

Heinrich Mann

En el país de Jauja

En el país de Jauja apareció por primera vez en 1900 en Munich. Esto marcó el inicio de una serie de novelas de Heinrich Mann, entre otras, quizá, la más famosa sea *El profesor Unrat*. *En el país de Jauja* describe con agudeza corrosiva la escena cultural del Berlín finisecular mediante la narración del ascenso y la caída de Andreas Zumsee, un escritor provinciano, que logra introducirse en los altos círculos berlineses, publicar, volverse arrogante, para finalmente precipitarse hacia el abismo social.

Lectulandia

Heinrich Mann

En el país de Jauja

ePub r1.1

IbnKaldun 13.09.13

Título original: *Im Schlaraffenland*

Heinrich Mann, 1900

Traducción: Elisa Renau

Diseño de portada: IbnKhaldun

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

El maestro de escuela de Gumplach

Andreas trabajó durante todo el invierno de 1833, de manera tan activa como un estudiante pobre que no puede contar eternamente con la mensualidad de su casa. En primavera, sin embargo, tuvo lugar un cambio. Durante las vacaciones de Pascua, que pasó en Berlín por falta de dinero para viajar, pensó continuamente en sus amigos y en los viajes a la montaña, remontando el Rhin. En el bote había una abundante provisión del picante mosto del padre.

La nostalgia incitó al joven a la meditación. Pensó en sus numerosos hermanos y en la mala cosecha del año anterior. Desde luego, con un viñedo que sólo producía una cosecha aceptable cada siete años no había nada que hacer. Sus estudios consumían poco a poco la futura herencia. Cosa rara, Andreas no deducía de ahí la necesidad de trabajar intensa y rápidamente con vistas al examen final, sino al contrario, que sus esfuerzos no valían la pena. Careciendo de medios y siendo como era candidato al cuerpo de funcionarios de la enseñanza, lo único que podía hacer era volver a Gumplach y esperar un puesto en el Instituto. Pero ¿era éste acaso un destino digno de él, Andreas Zumsee, cuyo talento, según la opinión de todos, hacía concebir grandes esperanzas? A los dieciocho años había compuesto poemas totalmente satisfactorios tanto para sus amigos como para él mismo. Desde entonces venía publicando en el *Diario de Gumplach* una novela corta que le había valido la protección del mecenas de Gumplach. Era éste el caballero anciano que hay en toda ciudad pequeña considerado por sus conciudadanos como un ser inofensivo y excéntrico por el hecho de dedicarse a la Literatura.

El Domingo de Ramos fue Andreas al Teatro Real para asistir a la primera parte del *Fausto*. Una vez en la tribuna, se ocultó tras un pilar. No había conocidos suyos en Berlín, pero le avergonzaba lo barato de su entrada. Su vanidad le hacía sentirlo como una vejación. En el entreacto bajó al patio de butacas, no por gusto, sino porque su dignidad se lo imponía. En los pasillos se abrió paso entre la gente de la buena sociedad.

La comitiva de paseantes se detuvo porque muchos de ellos se apiñaban en torno a dos caballeros de aspecto eminente mirándoles y escuchándoles boquiabiertos. Andreas reconoció al más alto de ellos, era el profesor Schwenke, un académico que había alcanzado un puesto de excepción por el hecho de apoyar todo lo moderno. Llevaba un artístico bucle sobre la frente y las manos en los bolsillos de la chaqueta, y sentía tal temor a parecer pedante, que al hablar procuraba adoptar una postura campechana. Su acompañante era de estatura algo menor e imberbe. Su encrespado

pelo negro descansaba sobre un cuello de camisa de dudosa blancura. Poseía una nariz aguileña y un rostro curtido y amarillento. La levita, excesivamente ancha, le caía por debajo de la rodilla. Andreas ardía en deseos de saber quién era aquel personaje, cuyo aspecto oscilaba entre el de un clérigo y el de un concertista virtuoso. Un caballero hizo señas al más pequeño gritando: «¡Doctor Abell!».

«¿Es Abell tal vez», pensó Andreas, «el crítico del *Correo de la Noche*?».

Le parecía inconcebible encontrarse en la realidad a los grandes hombres que viven en el mundo de los conceptos. Su corazón latía apresuradamente. Miró a su alrededor con recelo para ver si alguien notaba su agitación. No quería parecer ingenuo a ningún precio.

Desde su butaca de tribuna buscó de nuevo a los dos caballeros; estaban sentados a muy corta distancia de la orquesta, tras ella. De vez en cuando Andreas lanzaba rápidas miradas de soslayo a su vecino, un joven rubio con una modesta chaquetilla negra. Finalmente no pudo contenerse. «Perdón», dijo, «soy miope. ¿Es aquél de allí delante el doctor Abell, por casualidad?».

Se esforzó en hablar sin formas dialectales. El joven contestó amablemente: «Con toda seguridad. Es el doctor Abell. Está sentado junto al doctor Wacheles, del *Cable*. Dos filas más atrás puede ver también al doctor Bar, del *Diario Nocturno*, y al doctor Thunichgut, de *La Pequeña Bolsa*».

Junto a ellos sonó un «¡Pschsst!», y el telón se alzó. Andreas no vio más que las espaldas de los críticos. Ocupaban unos puestos para los que él se sentía también capacitado. Con exaltada fantasía se imaginó a sí mismo entrando en la sala. Caminaba con aplomo hacia el sillón reservado para él, poseído por la sensación de ser indispensable. Se arrellanaba, cruzaba los brazos y escuchaba negligentemente, con una suave sonrisa, a los artistas que hablaban para él más que para cualquiera de las otras mil personas. En la redacción, adonde se trasladaría tras la representación, unas líneas rápidamente improvisadas sobre un papel, le aseguraban poder, influencia, un buen ingreso y un puesto socialmente relevante en Berlín. El maestro de escuela de Gumplach no debía quebrantar este futuro. El talento reputado triunfaría.

Para reafirmarse en sus esperanzas hubiera querido expresarlas en voz alta. Miró repetidas veces a su alrededor y suspiró con ansia, presa de gran excitación. Su vecino, que le contemplaba pestañeando tras unos quevedos de montura negra, dijo amablemente:

«¿Somos colegas, por casualidad?».

Andreas titubeó, reflexionando.

«¿También usted es escritor?», preguntó.

El otro se inclinó.

«Friedrich Kopf, escritor».

Hablaba con los labios fruncidos como si le resultara penoso confesarlo. Andreas, por el contrario, se ruborizó de satisfacción al presentarse. Era la primera vez que se calificaba a sí mismo de literato. Pensó que con ello su carrera comenzaba en toda regla.

«La verdad es que estoy dando aún mis primeros pasos en la profesión», añadió.

«Oh, el talento auténtico acaba por triunfar», aseguró el joven.

Andreas se irguió y le miró amenazadoramente; sin embargo se convenció de que el otro sonreía con toda inocencia. Entonces repuso: «Hasta ahora he trabajado sólo como colaborador en un periódico de provincia».

«Ah, ¿entonces ya trabaja como periodista?».

«He colaborado en la sección literaria».

Andreas evitó citar el nombre del insignificante periódico al que había accedido gracias a su talento juvenil, y su nuevo conocido fue lo suficientemente discreto como para no preguntarlo. No dijo una palabra más y escuchó, lleno de interés, cómo Andreas contabilizaba los poemas que había publicado en el *Diario de Gumplach* y le hablaba del alentador éxito de su relato.

La conversación fue interrumpida. Concluido el acto, Andreas empezó de nuevo:

«Sin embargo en Berlín soy todavía completamente desconocido».

«¿Sí?», dijo Kopf incrédulo.

«Si pudiera, trabajaría aquí como periodista, pero resulta muy difícil establecer contactos».

«Por lo que a eso se refiere, aquí se le recibe a uno con los brazos abiertos en todas partes».

«¿De verdad?», preguntó Andreas.

Era extraño, no sabía en absoluto cómo interpretar las palabras del colega, a pesar de que todo cuanto éste decía sonaba sumamente optimista. Kopf pareció advertir el recelo del joven e intentó tranquilizarlo.

«Yo mismo, por ejemplo, puedo introducirle en el Café Hurra si le interesa», repuso.

«¿El Café Hurra?», inquirió Andreas.

«En realidad, Café Kühlemann, calle Potsdam. Encontrará allí a varios colaboradores de periódicos famosos».

«Ah», exclamó Andreas agradecido y lleno de esperanza. «Sería muy amable por su parte».

«Entonces acuda el próximo jueves. Es posible que me encuentre allí».

Kopf se despidió al término de la representación. Andreas sumamente contento y empuñando la llave de manera belicosa, se encaminó hacia su casa, en la calle Linien. El maestro de escuela de Gumplach pertenecía al pasado, una nueva vida comenzaba.

II

El Café Hurra

«¿Usted es el señor...?», preguntó titubeando Kopf.

«Andreas Zumsee».

Kopf presentó al nuevo colega en la tertulia del Café Hurra. Se le acogió cordialmente. El más respetado de estos caballeros le permitió sentarse a su lado y empezó a hablar con él. En cuanto hubo interrogado al joven sobre sus estudios y ambiciones, el doctor Libbenow dijo con un suspiro entre modesto y orgulloso:

«¡Ah!, realmente no leo un libro desde hace diez años».

Al parecer, esto era considerado como un notable mérito, y también Andreas, sin saber por qué, sintió admiración hacia el doctor Libbenow.

La conversación giraba en torno a la desgraciada situación financiera de los Beckenberger, una pareja de actores. Él había perdido rápidamente el favor del público; apenas percibía de su director un mísero sueldo, y, además, dilapidaba el dinero que su mujer ganaba en noches ajetreadas, aun cuando no interviniera el director de escena. Seis años antes cada uno había poseído diez mil marcos.

«Ahá», dijo el doctor Pohlatz.

«¿No lo cree?», preguntó a Andreas.

Éste sonrió con amabilidad.

Pohlatz aclaró: «Las mujeres jamás reciben nada de nadie, le doy a usted mi pequeña palabra de honor».

«¿Por qué no?», exclamaron los otros.

«Lizzi Laffé todavía tiene sus diez mil y va a por los cincuenta».

«¡No digas sandeces!», repuso Pohlatz ásperamente. «Lo que Lizzi posee, se lo da Türkheimer».

Los nombres que escuchaba Andreas se le quedaban grabados, todo lo que se decía le parecía interesante, pero lo que le resultaba más interesante era el doctor Pohlatz. Lo sabía todo, contradecía a todos, conocía los ingresos de cada actor mejor que ellos mismos. Sin embargo, cuando finalmente se marchó, el ambiente se hizo más acogedor. Andreas se permitió una pregunta:

«¿A qué periódico pertenece el doctor Pohlatz?».

«¿Doctor?», dijo alguien, «ese individuo sería un inepto hasta para morir».

«¡Un coñac y el anuario!», pidió el doctor Libbenow.

«Es infalible», dijo, mientras posaba el dedo sobre el nombre del doctor Pohlatz.

«Aquí queda establecida la verdadera categoría del doctor».

«¿Hay alguien más que sea doctor?», preguntó un caballero grueso, de aspecto

raído que lucía una barba negra y crespa.

«Con tal de que estemos sanos...», añadió.

«¿Doctor Bühl? ¿Doctor Rebbiner?».

Los doctores fueron localizados uno tras otro en el anuario; ninguno soportó la prueba. Sólo se respetó por cortesía al doctor Libbenow. El hecho de que también el doctor Wacheles del *Cable* y el gran Abell tuvieran que agradecer sus títulos al solo favor de sus colegas, no dejó de impresionar a Andreas, pero en cierto modo, esta circunstancia los hizo más humanos ante él en la medida en que le reconcilió con la grandeza de estos hombres.

Kopf ya había desaparecido cuando los otros se dispusieron a marcharse. El doctor Libbenow dijo a Andreas, que estaba despidiéndose de él:

«Tenga cuidado con Golem, pretende sablearle».

Andreas observó cómo el caballero grueso de aspecto raído, que lucía una barba negra y crespa, se alejaba apresuradamente hacia el extremo opuesto.

Dos días más tarde apareció de nuevo el joven por el Café Hurra, y desde entonces acudía con asiduidad. Le halagaba pasar las noches en compañía de colaboradores de diarios célebres. El juicio que sus nuevos amigos se habían formado sobre él era favorable. En una ocasión, cuando se disponía a entrar sin ser advertido, oyó decir al doctor Libbenow:

«¿El joven Zumsee? Ese joven tiene talento y se abrirá paso».

Andreas mostraba ingenuidad suficiente para halagar la vanidad de los demás y también la necesaria charlatanería para no ofenderlos por simpleza. Decía, por ejemplo: «¡Me he divertido mucho!». Cuando estaba contento, llamaba «pollo pera» a todo el que le desagradaba y no se ofendía si se burlaban de su dialecto. Como contrapartida se le permitía sostener, incluso contra el severo doctor Pohlatz, opiniones, que, por otra parte, ni siquiera eran suyas. En una ocasión se le ocurrió elogiar el socialismo, que personalmente le traía sin cuidado, por el solo hecho de parecerle original. Se equivocó al exponerlo, sin embargo, Pohlatz, que habría corregido con rudeza a cualquier otro, se complació esta vez en responderle: «De esto, joven, no entiende usted, yo apenas lo comprendo y he estudiado».

A propósito de esto llegó a saber Andreas el motivo por el cual el Café Hurra ostentaba ese nombre. Los caballeros de la tertulia habían profesado en otro tiempo principios revolucionarios, hasta que en marzo de 1890 se hizo evidente que la socialdemocracia era anacrónica. En aquel entonces todos habían cedido a las exigencias de la época, habían seguido durante algún tiempo a los jefes liberales en su evolución hacia la derecha y desde aquel entonces se declaraban partidarios del liberalismo del gobierno y de la patriotería. El nombre de este local testimoniaba esta evolución.

Durante todo el verano Andreas se movió en este círculo, con la conciencia

optimista de pertenecer ya, por ello, al mundo literario de Berlín. Desde que abandonara sus estudios, aguardaba acontecimientos que le permitieran emprender un nuevo trabajo. Gracias a sus actuales relaciones no tendría dificultades en el futuro. En sustitución del gordo Golem, enormemente vago, había actuado ya en varias ocasiones como reportero en la sala de audiencias. Siempre que regresaba a su casa ya avanzada la noche, tras haber paladeado dos tazas de café y dos coñacs, veía ante sí surgir un brillante futuro. Antes había estado empollando sin pensar en otra cosa, ahora no hacía nada, y sin embargo estaba poseído por una gran ambición.

Por supuesto no faltaban momentos en que todo parecía más incierto y menos seguro. Andreas no podía evitar a veces un sentimiento vacío cuando abandonaba la mesa en torno a la que se había estado hablando hasta las doce de sueldos de actores y de editores que pagan mal. Golem desapareció en una ocasión durante ocho días y a su regreso contó a sus asombrados colegas que había escrito su primer folletón. Desde hacía diez años se había limitado a redactar informes judiciales, pero ahora su periódico le había enviado a Bayreuth. Ello en sí no tenía nada de extraordinario, todo el mundo, poco más o menos, escribe algo sobre Wagner. Sin embargo Andreas recordaba haber leído artículos menos malos en el *Diario de Gumplach*.

El tal Golem le llenó, en cierto modo, de inquietud. La advertencia del doctor Libbenow, de que el gordo pensaba sablearle, se había cumplido, y hasta el momento, Andreas no se había atrevido a negarse. Aun ahora temía demasiado perder el favor de sus colegas. Quizá no se había enfrentado con suficiente energía a la opinión general, que parecía tenerle por un diletante acaudalado. Por ahora Golem le seguía pidiendo un día cinco marcos y otro diez. Y últimamente, el pobre desgraciado, a quien el casero seguía por todas partes, apareció con la idea de ocupar una habitación que quedaba libre en la vivienda de Andreas.

También en otro aspecto la nueva vida se le presentaba más cara de lo que había previsto. Los componentes de la tertulia del Café Hurra solían cenar juntos y de vez en cuando, alguien que había olvidado su monedero, se dejaba invitar por su joven amigo. Actualmente no compraría ya de ninguna manera una entrada de tribuna para el teatro. Pero todas estas obligaciones que le imponía su posición social, superaban las posibilidades de un pobre sueldo de estudiante. Así pues, normalmente a mediados de mes, Andreas tenía que limitarse a un restaurante vegetariano, y a los pocos días, era el café su único alimento. Como decía Pohlatz, lo único que ocurría es que la comida tenía que ser sustituida demasiadas veces por la abstinencia.

Hacía bastante tiempo que Andreas debía el alquiler de su habitación, y agradecía a su suerte el hecho de que la lavandera tampoco le exigiera el salario. Había conseguido crédito de la joven que le lavaba las camisas, porque se dejaba sobornar con amor. Sólo le pedía entradas gratuitas para el teatro, cosa que un escritor como Andreas podría conseguir con facilidad. Andreas aseguró que nada le resultaría más

sencillo; sin embargo, tanto Libbenow como Golem, que le debía multitud de favores, le entretenían con promesas. Cuando, al cabo de catorce días, no pudo conseguir ninguna entrada, la joven le abandonó expresándole su desprecio y no sin haber dejado antes la factura sobre la mesa.

En octubre, Andreas dio, en contra de lo acostumbrado, solitarios paseos por el Zoológico, donde caían las hojas. Abandonó el Café Hurra. ¡Que notaran que los despreciaba! Poco a poco fue sintiendo que se había equivocado. ¿Es que eran acaso una compañía realmente interesante para él, aquella gente, que en su mayoría no sabía ni siquiera escribir correctamente en alemán si es que escribían algo? Cada vez lo veía más claro: su *snobismo*, que al principio él había tomado por superioridad, no era, en el fondo, más que la expresión de su ignorancia e impotencia. Todo el buen tono berlinés no era más que falta de profundidad. Ironizaban porque eran excesivamente indolentes para penetrar en las cosas. Ya estaba harto de todo eso. El Café Hurra se había convertido en un callejón sin salida que no le conducía a parte alguna. Ninguna de las personas que había conocido allí parecía tener influencia suficiente para promoverle como periodista. Y, en última instancia, ni siquiera existía buena voluntad. Excepto Golem, cuya mala fama hacía que sus recomendaciones resultaran contraproducentes, ninguno de los demás dejaba que un novato se acercara a su periódico. En seis meses había ganado exactamente catorce marcos y sesenta y cinco fénigs, lo que no parecía suficiente para cimentar un futuro. El primer año de estudios había transcurrido ya entre unas cosas y otras. El sueldo que recibía de sus padres se prolongaría todavía por espacio de dos años. Antes de que acabara este plazo tenía que abrirse camino. El fantasma del maestro de escuela de Gumplach reapareció, removido por la necesidad. Indignado, lo rechazó. Pero entonces, ¿qué? Andreas sólo podía contestar a esta pregunta con un suspiro, y sin duda, se habría abandonado de nuevo a su irreflexiva inactividad, si una desagradable experiencia no le hubiera despertado brutalmente.

Por la noche acudió al Café Hurra más pronto que los demás, con la cabeza tan erguida como deprimido tenía el ánimo. Dio una vuelta por el local, que estaba prácticamente vacío, y saludó a la chica de la barra. Era una rubia insulsa. Andreas jamás había sentido la necesidad de acercarse a ella, ahora, sin embargo, pensaba que su dignidad lo requería. Tomando una rápida decisión, le colocó el brazo alrededor de las caderas. La muchacha, que no quiso sentirse aludida, torció la boca en una mueca de desagrado, dio al joven un violento empujón en los hombros y exclamó: «¿Jovencito, qué modales son éstos?».

Andreas la miró durante un segundo, se había puesto extremadamente pálido. Después de esto silbó entre dientes, giró sobre sus talones y abandonó la sala con pasos tranquilos.

A la mañana siguiente fue a ver a Kopf, para que éste le aconsejara en sus

próximas iniciativas. El Café Hurra quedaba eliminado del mismo modo que el maestro de escuela de Gumplach. Si hasta una chica, que había sido testigo durante medio año de su trato familiar con los colaboradores de los periódicos más reconocidos, reaccionaba con tal irritante indiferencia hacia él, es que su posición social era menos brillante de lo que pensaba. Sin embargo, era ésta la evidencia que menos estaba dispuesto a aceptar.

Tuvo que esperar algún tiempo en la habitación de Kopf, situada en la parte baja de la calle Dorotheen, y pudo advertir en aquélla una cierta prosperidad. El amplio escritorio de caoba y el cómodo sillón tapizado de tafete rojo no parecían pertenecer a una habitación amueblada. Las paredes estaban cubiertas por altas estanterías repletas de increíbles antiguallas, ante las que Andreas quedó asombrado. Volúmenes con unas tapas de cartón en estado ruinoso y lomos de cuero carcomidos esparcían todos los olores posibles de las prenderías. Una vieja historia sobre Luis XIII, de Le Vassor, junto a las *Memorias* de Saint-Simon llenaban totalmente un anaquel. Más allá estaban, incluso, los Padres de la Iglesia. Andreas no comprendía en absoluto qué valor podrían tener semejantes cosas para alguien que escribía novelas. Kopf, según opinaba Libbenow, se dedicaba a elaborar novelas que nadie llegaba a ver. Nadie sabía nada más de él. Aparecía por el Café Hurra apenas una vez a la semana, y esta circunstancia inspiró confianza en Andreas, dada su actual situación, a pesar de que en los últimos días venía sospechando que Kopf no le había introducido en ningún círculo.

En estos momentos sólo se preguntaba qué pretendía él en realidad de Kopf. Andreas, a quien la espera irritaba, hilvanó entretanto unas cuantas frases bonitas.

«Ha contribuido usted tan amablemente desde un principio a la evolución de alguien absolutamente desconocido, que impulsado por nuevas dudas, oso pedirle, una vez más, su ayuda y consejo».

Una vez completado el discurso, lo encontró estúpido. No se hablaba así, y mucho menos en Berlín. Además sonaba falso; no se proponía en absoluto sablear a Kopf.

Éste apareció repentinamente en la puerta y saludó al huésped con gran alegría.

«¡Querido colega!».

Andreas tuvo una ocurrencia:

«Sabe usted, estoy harto de lo de “colega”», dijo, volviéndose parcialmente hacia él.

Kopf sonrió.

«¿Acaso no le ha gustado el Café Hurra?».

«No demasiado».

«Yo hubiera podido advertirle antes. Sin embargo, me alegro de que se haya dado cuenta usted mismo».

Kopf parpadeó con aire de inocencia. A pesar de ello, a Andreas le pareció una frescura que le hubiera hecho pasar la prueba de tal manera, para ahora decirle abiertamente su opinión. El otro intentó atenuar rápidamente su mal humor.

«No debe usted arrepentirse de haber conocido entre colegas la cara ridícula de la vida. Uno tiene que pasar primero por esto, antes de emprender asuntos más serios. Ahora está usted dispuesto a trabajar seriamente, ¿no?».

«Pero ¿cómo?», preguntó Andreas algo desesperado.

«Bueno, hay varios caminos, por ejemplo, la prensa, el teatro y la sociedad».

«Olvida usted la literatura».

«En absoluto. He dicho: el teatro, aquí no existe otro tipo de literatura».

Andreas adoptó una postura de superioridad: había sorprendido en Kopf la irritación del fracaso.

«Sin embargo, usted escribe novelas, ¿no es verdad?».

«¡Oh!», exclamó el otro frunciendo los labios. «Es mejor no hablar de ello. Escribo solamente para mi consumo personal. No pretendo de ningún modo causar la ruina de un pobre editor que nunca me hizo ningún daño, y que acaso fuera a dar con mis obras».

¡Menos mal!, pensó Andreas, complaciéndose en advertir la debilidad de Kopf.

«Estando inmerso en un pueblo», continuó éste, «al que no se podría inducir ni a garrotazos a coger un libro, lo mejor que puede usted hacer es mantenerse en el ámbito del teatro».

«¡Pero si no he escrito una sola pieza!».

«Tampoco es necesario», aseguró Kopf tranquilamente. «El teatro tiene, sin duda, una vertiente literaria, sin embargo, es más importante su aspecto social. En teatro se trabaja siempre con personas, mientras que en la literatura auténtica, en última instancia, se opera sólo con libros. Para la literatura auténtica se requiere bastante seriedad, aislamiento y falta de consideración, cualidades que, en cambio, no benefician nada al teatro. Las relaciones sociales son lo más importante del teatro. Y usted, amigo, es un hombre de sociedad. ¿Quiere que le diga qué pruebas tengo de ello?».

«Por favor».

«En el Café Hurra no le han tomado en serio».

Kopf, con una inocente sonrisa, vio cómo Andreas se estremecía.

«No se enfade», añadió ante la reacción del joven. «Por otra parte, tengo que decirle, en cambio, algo que le halagará. Por lo que se refiere a sus amigos del Café Hurra: ¿alguna vez se comportó Pohlatz groseramente con usted?».

«No, ¿por qué?».

«Ya lo ve. Si le hubiera tomado en serio le habría tirado todos los días los trastos a la cabeza. Usted no sabe bien cómo se le afina el olfato a esa gente en cuanto

aparece un competidor. Sin embargo, comprendieron en seguida que usted es de una naturaleza demasiado alegre y abierta como para abrirse paso a empujones en el mundo de la prensa y la literatura».

«También yo lo creo así», observó Andreas, que se esforzaba por aparentar dominio de sí mismo.

«Hay en usted cierta alegría que le hará prosperar muy rápidamente en el mundo del teatro, es decir, en la sociedad. Allí sólo se necesita, en efecto, parecer feliz, para llegar a serlo realmente en poco tiempo. También su candidez, o digamos si lo prefiere, su aparente candidez, vendrá allí muy a propósito. Se le tomará tan poco en serio en los suntuosos salones como en el Café Hurra, y es particularmente importante para su éxito, que las mujeres no le tomen en serio. Éstas considerarán en usted cándidas e inocuas, cosas que, en otros, no tendrían por tales. Usted, querido amigo, ha nacido para tener gran éxito con las mujeres».

Esta vez Andreas dirigió al otro una mirada recelosa. Pero en el rostro de Kopf, que por otra parte, ostentaba una sospechosa nariz puntiaguda, no había nada que lo justificara. En todo momento Andreas reaccionó con un humor pésimo, sólo por no reconocer que se sentía halagado. Su éxito con las mujeres, en el que por lo demás también él confiaba, tenía todavía que ser demostrado en la práctica. Recordó las amargas desilusiones que le habían causado la lavandera y la chica de la barra.

«Me está usted diciendo un montón de cosas agradables», observó con bastante frialdad, «pero sigo sin saber qué piensa usted en realidad de mi carrera. ¿Qué debo hacer, hacia dónde debo dirigirme?».

«Tengamos en cuenta», continuó Kopf sin contestarle, «que usted, como renano, está habituado a una vida social más alegre y espontánea. Por su miedo a parecer ridículo, que, precisamente, en Berlín es la causa de toda la tontería y el aburrimiento, provocará sonrisas benévolas en un principio. Lo importante, al fin y al cabo, es que se haga usted de notar».

«¿Qué debo hacer, a dónde debo dirigirme?», repitió Andreas con impaciencia.

«¿Cómo? ¿Todavía no se lo he dicho? Bien, es muy sencillo: vaya al *Correo de la Noche*, pida hablar con el redactor jefe doctor Bediener, y si le hace pasar, no se retire antes de que, sin que usted le presione, él le entregue una recomendación para los Türkheimer».

«¡Ah, Türkheimer! El del asunto de Lizzi Laffé».

«¿Ya conoce usted la situación?».

«Naturalmente», replicó Andreas orgulloso.

«¿Entonces, ya lo sabe?», volvió a preguntar Kopf, al tiempo que estrechaba la mano del joven a guisa de despedida. «Ya me dirá cómo le ha ido».

Andreas lo prometió mientras se preguntaba secretamente por qué había prestado atención en realidad a todos aquellos dudosos cumplidos. Podía ocurrir que Kopf se

hubiera estado riendo de él todo el tiempo, desde el instante en que le conoció. Pero Andreas no estaba dispuesto en modo alguno a admitirlo. Por lo demás, daba lo mismo, ya que nadie lo sabía. En su situación, sintiendo íntimamente diversas dudas y contando con unas posibilidades muy ilimitadas de abrirse camino de otro modo, lo mejor, desde luego, era seguir el consejo de Kopf a ciegas. A la mañana siguiente fue a visitar al doctor Bediener, con una sensación de frío en el vientre pero con la cabeza erguida.

III

La intelectualidad alemana

Al subir la escalera en dirección a la redacción del *Correo Nocturno de Berlín*, la alfombra totalmente nueva y, sin embargo, ya muy manchada que la cubría deslumbró al joven. Todo en el edificio denotaba riqueza y participaba del activo ajetreo comercial allí reinante. Jóvenes con los pantalones salpicados de barro, por lo demás muy elegantes, pasaban presurosos ante el visitante. Arriba, en la gran sala de espera, se entremezclaba una considerable cantidad de gente. Andreas, empujado contra la pared, miró a través de un cristal hacia el interior de una larga sala desnuda, en la que se sentaban en pupitres alrededor de treinta jóvenes. Unos leían periódicos, otros charlaban mientras afilaban lápices o se hacían la manicura.

Una puerta abatible fue abierta de un empujón y un caballero de aspecto próspero, sin bigote y con patillas pelirrojas, el sombrero sobre la frente, gritó hacia el vestíbulo: «¿Es que no viene el jefe de la redacción?».

El subalterno de la redacción, que se acercaba apresuradamente, se inclinó:

«¡Tiene que venir en seguida, señor cónsul general!».

«¡Por fin, querido doctor!», exclamó el caballero tendiendo la mano con lánguida distinción a un hombre elegante y de gran tamaño, que venía de la escalera y lanzaba sombrero y gabán al subalterno. Antes de que ambos desaparecieran tras la puerta abatible, se oyó preguntar al cónsul general: «¿Ha estado usted en el Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Qué dice, pues, nuestro ministro?».

Andreas se estremeció de veneración, mientras meditaba qué infinito poder y respeto encerraban estas palabras. Aquél que estuviera en el vestíbulo del *Correo Nocturno* había entrado, en cierto modo, en el ámbito de una organización, cuya extensión y solidez igualaba, incluso, a la del Estado. El doctor Bediener entraba y salía del palacio de la calle Wilhelm como el mismo Secretario de Estado. Su colega era un ministro del Interior, a quien nadie en el país podía contravenir con despreocupación. Los cargos estaban distribuidos exactamente según el modelo del Estado, desde los embajadores de todas las capitales del mundo, hasta la escala inferior, aquel ejército de pequeños empleados demasiado numerosos, pasantes de abogado no remunerados, que afilaban sus lápices y se hacían la manicura. Muy por encima de esta impersonal máquina administrativa, tras el muro de leyes y cubierto por la responsabilidad de sus ministros, a los que él mismo nombraba y deponía, se sentaba en su trono el gran Jekuser, el propietario del *Correo Nocturno*, un monarca constitucional. Sin importarle las opiniones cotidianas, como a otras testas coronadas, poseía sin embargo una influencia todavía más ilimitada que aquéllas, puesto que,

gracias a su «oficina parlamentaria», tenía incluso la posibilidad de vetar y castigar a los diputados. Además, era más rico, ya que de los tributos de su pueblo, de los quince fénigs que diariamente desembolsaban los cientos de miles de lectores, la mayor parte se quedaba en su bolsillo.

La puerta abatible se entreabrió sin que nadie resultara visible, pero entre la multitud de gente que esperaba se propagó al punto una sacudida, que Andreas, comprimido contra la pared, recibió finalmente en el pecho. Con rapidez echó mano a la cartera, en la que conservaba sus papeles. Por fortuna todavía contenía la carta del señor Schmücke. El joven hacía un año que no se acordaba del escrito de recomendación para el doctor Bediener que le había dado el viejo caballero de Gumplach que se dedicaba a la literatura. Andreas había llegado a Berlín sintiendo demasiado temor ante los poderosos de la tierra, como para querer abrirse paso a empujones hasta uno de ellos apenas llegar. El señor Schmücke era, por supuesto, un buen burgués liberal, pero era más que dudoso que el jefe de redacción del *Correo Nocturno* prestara mucha atención a su recomendación. Por no arrinconarla, Andreas entregó la carta a un subalterno que pasaba y que, con un montón de despachos, esperaba la aparición del jefe. Al poco tiempo se despidió el cónsul general, a quien el doctor Bediener acompañó hasta la escalera. Andreas seguía con mirada tímida todas los movimientos del hombre del que dependía su destino. Le vio cruzar en voz baja unas palabras con algunos jóvenes que estaban muy cerca de él y, luego, desaparecer pensativo en su gabinete, llevándose la mano, en la que refulgía un gran brillante, a su puntiaguda barba. ¡Qué enorme cantidad de negocios y qué poca esperanza para un humilde principiante de alcanzar aquí la meta! Sin embargo, al cabo de pocos minutos, el mismo subalterno, al que Andreas había entregado la carta, se dirigió inesperadamente hacia el joven invitándole a entrar en el despacho del señor redactor jefe. Andreas atravesó ruborizado las filas de los que esperaban. Creía que la preferencia de que era objeto tenía que llamar la atención de todo el mundo.

Y entonces realizó una inclinación lo más correcta posible ante el doctor Bediener que, sonriente, le alargaba la mano del brillante.

«Me ha sido usted recomendado como un talento con mucho porvenir, señor... er...».

«Zumsee», completó Andreas.

«Señor Zumsee», repitió el doctor Bediener.

Le indicó un sillón y Andreas, que tomó asiento frente al director del *Correo Nocturno*, se dijo que la acogida no habría podido ser más favorable. El doctor Bediener comenzó de nuevo: «La recomendación que usted hace valer, me es especialmente preciada, ya que viene de un querido amigo de mucho tiempo. Espero que le vaya bien a mi viejo Schmücke».

Andreas dio una tranquilizadora información acerca de la salud del viejo

caballero. Sin embargo, se enteró con asombro de las estrechas relaciones existentes entre el redactor jefe y Schmücke, de las que éste jamás se había vanagloriado.

«Incluso creo haber leído su nombre en algún sitio, señor, señor, er...».

«Zumsee», completó Andreas.

«Sr. Zumsee», repitió el doctor Bediener, y, pensativo, se acarició la alta frente con dos dedos abiertos. ¿Acaso estaba pensando en el *Diario de Gumplach*? Andreas habría hablado con gusto durante largo tiempo de sus éxitos y esperanzas, de sus poemas, del relato corto, de Kopf, del Café Hurra y de los Türkheimer. Pero la inesperada amabilidad del poderoso caballero provocó en él tal embeleso, que durante minutos contempló al doctor Bediener mudo y rojo de violento entusiasmo.

Jamás en su vida había conocido Andreas modales tan selectos, porte tan distinguido, ni tan natural elegancia en cada movimiento, en cada mirada y en cada palabra. El doctor Bediener se sentaba un poco de lado, inclinado sobre el brazo del sillón, en el que se apoyaba. Con el otro brazo describía de vez en cuando un gesto fugaz, pero inimitable, sólido, que parecía aclarar todo lo que él intentaba sugerir. Su sonrisa se dirigía tan plenamente a su interlocutor, que éste no podría imaginar que obsequiara a algún otro con tanta solicitud. Hablaba como dudando, con una voz algo velada y dejando que la *r* se deslizara profundamente por el cuello, lo cual sonaba muy distinguido. Aunque el doctor Bediener se comportara de modo tan familiar, sin quererlo, con un pobre joven, a pesar de ello conservaba todavía en toda su persona un recato tan elegante, que a Andreas le pareció que habría descendido hasta allí desde una esfera diplomática más alta, en la que amenazaba con volver a ocultarse en cualquier momento.

Tras reflexionar, abandonó la cuestión de dónde podía haber encontrado el nombre de Andreas para preguntar: «¿Ha establecido usted ya algún contacto literario?».

«Como principiante absolutamente desconocido que soy, me ha resultado muy difícil», contestó Andreas con modestia. «Conozco a unos cuantos redactores, por ejemplo, el doctor Pohlatz».

«Ah, Pohlatz», dijo el doctor Bediener con un movimiento de mano que no parecía expresar mucha admiración. Sin embargo añadió: «Personalmente estimo a Pohlatz, incluso podría decir que somos bastante buenos amigos».

«De nuevo una persona a la que he tratado sin saber que tenía amistad con el jefe de redacción del *Correo Nocturno*», pensó Andreas.

«Sólo me gustaría disuadirle», continuó el doctor Bediener, «de que colabore usted en su periódico. No tendría demasiado sentido para usted —esto, entre nosotros».

Andreas se inclinó, lleno de satisfacción por la muestra de confianza de que se había hecho merecedor. ¡Menos mal que Pohlatz ni siquiera había pensado en

introducirle en el *Cable*! Sin respirar, escuchó los consejos del doctor Bediener.

«Todas esas hojas limitadas a la rígida dirección de un partido político no tienen ningún valor para un talento con porvenir», dijo el jefe de redacción. «Allí se comprometería usted, sin ser compensado por la pérdida de su independencia. Por el contrario con nosotros, como usted sabe, cada colaborador conserva su individualidad. El *Correo de la Noche* ha reconocido antes que todos los demás el hecho de que la prensa de partido ha pasado ya de moda. Que defendemos una política económica sana y liberal, es algo evidente; estaríamos locos si no lo hiciéramos». (Aquí intercaló el doctor Bediener un movimiento de brazo que correspondía a un paréntesis más largo). «Por lo demás, nos consideramos un órgano de la intelectualidad alemana».

El doctor Bediener se detuvo; había llegado casi a acalorarse. Pero al punto recobró su elegante equilibrio, cuya instantánea pérdida, Andreas, en su entusiasmo, no había advertido en absoluto. El jefe de redacción contempló con benevolencia la impresión que causaba en el joven. Incluso llegó a sonreír, pues había observado que la mirada de Andreas, que surgía entre largas y espesas pestañas resultaba, en su franqueza, halagadora de un modo extraño, y que la adoración incondicional que expresaba, tenía que resultar muy agradable para una dama. Fugazmente pensó incluso en la señora Türkheimer. Todavía estuvo dudando, pues la malograda chaqueta negra que daba al espigado joven un algo de torpeza, exhortaba a la prudencia. Su pelo lucía un corte deplorable, pero Andreas erguía la cabeza bastante bien. Entonces, el doctor Bediener se decidió.

«Sobre todo, debería usted introducirse en el teatro, quiero decir, en los círculos cercanos al teatro».

«Otra vez el teatro», pensó Andreas. «Algo debe tener».

Abrió la boca, pero el doctor Bediener interrumpió su objeción.

«No habrá escrito usted ninguna pieza de teatro, pero ello no tiene nada que ver con el asunto. Ya no se conquista el mundo desde el escritorio. Hoy en día el escritor debe utilizar también su persona. Tendrá usted que desenvolverse en sociedad».

«¿Entrarán ahora los Türkheimer?», se preguntó Andreas.

Pero el jefe de redacción dudaba de nuevo. «Trabaje usted de momento con nosotros», dijo. «Nuestro suplemento dominical *El Tiempo Nuevo* está abierto a los jóvenes talentos. Envíenos algo y, tras dos o tres pruebas, le contaremos entre nuestros poetas que, naturalmente, tienen una ventaja en el teatro. Esto es lo que puedo prometerle».

Las últimas palabras las pronunció más lentamente, parecía esperar algo. Pero Andreas veía las columnas del *Correo Nocturno* ya abiertas para recibirle. Sus optimistas esperanzas despertaron de nuevo. Sentía mucho calor y, sin pensarlo, repuso: «Señor doctor, sin la gran e inmerecida bondad con que usted me trata, jamás

habría osado pedirle, perdóneme, lo que ahora le pido: ¿me aceptaría usted como voluntario?».

El gesto del doctor Bediener expresó de repente un profundo recelo.

«Se equivoca», dijo, «tengo demasiado buen concepto de los jóvenes que me son recomendados, como para eliminarlos del modo por usted descrito. ¿Ha visto a los treinta desgraciados, que matan allí fuera el tiempo?».

Andreas comprendió que la ventana de la sala de espera había sido colocada para intimidar a aquellos y a él mismo.

«No me importa a quién coloque allí el doctor Jekuser», continuó el doctor Bediener. «Pero veo que uno se hace vago e inservible de tanto holgazanear. Quien más tiempo ha aguantado, no consigue finalmente más que una pequeña colocación en un diario de provincias. ¿Limitaría usted sus sueños a eso? —No, amigo mío», así finalizó el jefe de redacción, «tenemos mejores proyectos para usted en la mente. Ya le he dicho qué podemos prometerle. Usted ya sabe, a qué eficaz recomendación debe agradecer nuestra benevolencia».

Por cada «nosotros» que el doctor Bediener empleaba fría y comercialmente, Andreas se estremecía. Era consciente de que su entrevista personal con un alto protector había concluido y que ya se encontraba allí simplemente como un solicitante anónimo más frente a un poderoso. Y esto sólo a causa de su estúpida falta de habilidad; ¡porque con una petición absurda había destruido todo el bello resultado de la conversación mantenida hasta ese momento! Ahora sintió descansar sobre él la mirada del doctor Bediener con el claro anuncio de que la audiencia había finalizado. Y entonces el jefe de redacción dirigió la vista con toda claridad al reloj que había sobre el amplio escritorio. El pobre joven se mordió los labios. Estaba pálido y confuso, pero firmemente decidido a ser expulsado por el subalterno, antes que a marcharse por su propio pie sin haber logrado su propósito.

«No tengo nada que perder», se dijo Andreas. «Si me voy ahora, dejaré tras de mí la peor impresión que se puede imaginar». —«Tengo que obtener la recomendación para los Türkheimer», se repitió con tozudez, mirando con fijeza la alfombra inglesa de flores claras, que cubría el suelo de la habitación. Quería dirigir la vista hacia un óleo colgado a poca altura, pero le faltaba el valor. Su mirada no se atrevía a ir más arriba de los zapatos de charol del doctor Bediener y las blancas polainas, sobre las que caía con indecible elegancia el pantalón gris. ¡Si el jefe de redacción fuera tan sólo un animal grande cualquiera ante el que un pobre joven como Andreas se arrastrara en el polvo! Pero le imponía respeto como personalidad; esto era lo humillante. La excitación le provocó zumbido de oídos. Entre tanto, oyó tamborilear con los dedos al doctor Bediener en el canto del escritorio. Lanzó de abajo arriba una mirada angustiada, la situación ya no era sostenible por más tiempo. Pero, ante su asombro, el jefe de redacción dio la vuelta en la mano a la carta del señor Schmücke.

Incluso echó una ojeada con una media sonrisa al joven, cuya constancia había acabado tal vez por ganar su respeto. Habría que aceptar también la chaqueta negra... Sin embargo, lo que más sobresalía en la presencia de Andreas, era su recomendación. Además, el señor Schmücke era el votante liberal de mayor peso en Gumplach.

«Las relaciones sociales, como ya le he dicho», comenzó el doctor Bediener, «son para mí algo primordial. Estaría dispuesto gustosamente, a facilitarle el comienzo. Espere, le voy a dar una recomendación para una familia donde siempre son acogidos con benevolencia los talentos con futuro. La señora reúne a su alrededor la flor y nata de nuestra sociedad artística, allí conocerá usted a gente de gran influencia. ¡Amigo mío, aprovéchese del tono que reina en casa de los Türkheimer!»

Dicho esto, entregó a Andreas la tarjeta de visita, en la que había escrito un par de líneas durante la conversación. El joven se levantó de un salto. El orgullo que sintió por haber logrado su objetivo fue la causa de que introdujera el precioso sobre en el bolsillo superior de su chaqueta tan despreocupadamente, como si le tuviera sin cuidado. Este gesto pareció encontrar la aprobación del jefe de redacción, quien colocó la mano sobre el hombro de Andreas y le acompañó con toda amabilidad hasta la puerta. En el vestíbulo todo el mundo pudo oír cómo el doctor Bediener decía al que se estaba despidiendo: «¡Hasta la vista, querido amigo!».

«Es extraño», pensaba Andreas, que ciego de felicidad se precipitaba escaleras abajo, «yo ya creía que lo había estropeado todo, y ahora resulta que soy incluso su querido amigo, como Schmücke y Pohlatz. ¡Ya no tengo nada que temer!», se dijo triunfante, pero en el descansillo tropezó tan violentamente con alguien que subía a toda velocidad, que tuvieron que sujetarse uno a otro para no caer.

«¿Por qué no ha avisado?», repuso el desconocido, mientras se mantenían abrazados. Luego levantó la flor que se le había escurrido del ojal.

A pesar de lo violento del encuentro, Andreas recibió una impresión favorable. Era un joven rechoncho de estatura mediana que llevaba un sombrero de copa. Su traje era bastante distinguido, de una elegancia cosmopolita, que no llamaría la atención en ningún sitio. Su rostro no mostraba tampoco nada destacado, podía observar a uno con su inquisitiva mirada de perro y también olfatear, sin que ello resultara desvergonzado. Había algo tan alegre y bonachón en él, que con toda seguridad se le admitiría sin reparos en todos los lugares, se le confiaría todo, sin ni siquiera prestarle atención. ¿Es que había algo más preciado para un periodista? Ya la manera amable de apartar a Andreas, para abrirse paso, evidenciaba que podía atravesar y experimentar todo lo que quisiera, sin encontrar obstáculos. Con un aspecto tan impersonal como el que tenía, un tropezón con él, era no haber tropezado.

Subió dos peldaños más, pero regresó presuroso y dijo: «¡Oh, perdón, escúcheme! Puesto que nos hemos conocido, podrá tal vez decirme si el jefe está de buen humor,

porque usted acaba de verle, ¿no?».

«He estado con el doctor Bediener», confirmó Andreas.

«¿Podría decirme, que ha hecho usted allí?», preguntó el otro con un tono tan amable e insinuante, que Andreas llegó inmediatamente al convencimiento de que no podía hacer nada mejor por su propio interés, que decirle al desconocido lo que había estado haciendo con el doctor Bediener.

«Bien, yo tenía una recomendación para el jefe de redacción», repuso.

«Ajá, así pues, es usted un nuevo colega. ¡Me alegro mucho!».

Estrechó la mano de Andreas, se inclinó y dijo: «Kaflisch, del *Correo Nocturno*».

«Andreas Zumsee».

«Voluntario, ¿no?».

«En absoluto», negó Andreas orgulloso, como si jamás hubiera abrigado el propósito de entrar en la redacción como auxiliar.

«Entonces, ¿le ha ofrecido colaborar en *Tiempo Nuevo*?».

Andreas miró al periodista que sonreía con astucia. Kaflisch tomó la sorpresa del principiante por una respuesta y continuó preguntando.

«Y dígame, ¿también le ha dado una recomendación para los Türkheimer? Vaya, ¡mi enhorabuena!», dijo, ante la respuesta afirmativa de Andreas. «Una casa distinguida y una bella mujer».

Al decirlo chasqueó la lengua con tal fruición que Andreas sintió de repente todo tipo de oscuros anhelos.

«Y muchísimas gracias, señor mío. Si el viejo envía a alguien a casa de los Türkheimer, quiere decir que está de buen humor con toda seguridad. Así que entonces puedo irle con mis historias. ¡Es una miseria no recibir más que diez fénigs por línea y encima escribiendo sobre el Estado! Ahora quiero ir a Breslau, donde los procesados, ¿sabe usted?, donde se va a celebrar el proceso por asesinato con estupro. Bediener me encargará el reportaje, ya verá. Si está tan amable con usted y le envía a casa de los Türkheimer, entonces, también me hará ese favor. Bueno, que aproveche, y que se divierta mucho. Hasta la vista».

Ya había desaparecido arriba en el vestíbulo, pero Andreas seguía mirándolo. El tal Kaflisch le sorprendía un tanto, pero no precisamente porque su presencia resultara desagradable. Se reconcilió con su molesta curiosidad, por el hecho de que él mismo no guardaba discreción en sus propios asuntos.

En la calle, Andreas volvió la cabeza y miró la fachada del edificio, sobre la que se veía la inscripción en diagonal *Correo Nocturno de Berlín* con grandes letras en relieve. Este instante le pareció solemne, sintió que aquí comenzaba la carrera que se le había predicho.

Una vez en casa fue al punto a revisar su guardarropa. Resultaba difícil componer un traje de visita adecuado, ya que cada par de pantalones claros mostraba uno u otro

defecto. Suspirando, el pobre joven se decidió por el pantalón del frac, que junto con la malograda chaqueta negra, ya le había resultado inadecuado al doctor Bediener. Andreas lo había notado muy bien. Poseía un instinto congénito para la buena ropa, que se le había acabado de desarrollar en Berlín. Siempre que iba por la calle Friedrich, retenía la mirada complacida de alguna bonita muchacha, que sin embargo la retiraba en cuanto advertía con desprecio la chaqueta del joven. Esas muchachas esbeltas y rubias, que paseaban del brazo de caballeros bajitos y acicalados con brillantes sombreros de copa descansando sobre cabezas de negros rizos, no podían imaginar cuan profundamente herían a Andreas. Hoy, como otras muchas veces, se observó largo rato en su espejo de afeitarse, y vio con mayor claridad que nadie, por qué el traje, que en realidad no estaba muy usado, le daba ese aire triste y torpe. La idea de que ningún sastre de Berlín confiaría en su talento y le daría crédito, le deprimió, y le impidió durante dos días visitar a la señora Türkheimer.

Con el valor que da la desesperación emprendió por fin el camino hacia la calle Potsdamer. Recorrió la calle de la Reina Augusta y dobló con decisión hacia la calle Privada Hildebrandt, una avenida silenciosa, cubierta de arena, que estaba cerrada en ambos extremos con una tela metálica. El palacio Türkheimer resultaba a todos los viandantes el más grandioso de los edificios. Era de un estilo renacentista alemán, cuya autenticidad no debía ser comprobada más de cerca. Andreas tocó en el rico portón de bronce del jardín, y éste se abrió sin que apareciera nadie. Solitario como el príncipe del cuento que conquista un castillo encantado, el joven atravesó una especie de patio de armas, pisó una mayestática escalinata y se detuvo ante la elegante puerta de cristal que parecía incrustada por manos profanas en la bovedilla del portal artísticamente cincelado.

La puerta se abrió, pero el lacayo de uniforme verde plateado que salió al encuentro de Andreas, poseía el poder de ahuyentar al valeroso conquistador del umbral de su paraíso. Dijo que la señora no estaba en casa. Bajo la primera impresión de esta noticia, el joven le entregó su tarjeta y la nota del doctor Bediener. De inmediato se dio cuenta de que no debía haberlo hecho. Miró pálido de ira a la desvergonzada cara del criado y estuvo a punto de darle un golpe. «Si no perjudicaba a mis intereses», se dijo, «lo haría. Por lo demás, no puedo probarle su desfachatez, pues está disimulada, como siempre ocurre en tales personas».

Con el pecho oprimido por el peso de su esperanza destruida recorrió la calle hasta el final y se encontró en el Zoológico. Su ambición insatisfecha le llevó a deambular durante dos horas por los caminos cubiertos de hojas. Se sentía tan vacío y sin sentido como el día en que decidió abandonar el Café Hurra. Pero entre tanto, había dado unos pasos que no eran fácilmente repetibles. ¿Y si el descarado lacayo que le había mirado de arriba abajo como a alguien que busca un empleo, no entregara la tarjeta del jefe de redacción?

Pero ya a la mañana siguiente Andreas recibió por correo una invitación para la noche del diez de noviembre de parte de la señora Adelheid Türkheimer.

IV

Los Türkheimer

Andreas Zumsee se presentó ya muy tarde en la *soirée* de la calle Hildebrandt, porque estimaba que esto era más distinguido. A un lado del portón de bronce, que en esta ocasión estaba abierto de par en par, un portero mayestático golpeó con su bastón en el suelo. Andreas le miró a la cara, que sin embargo, sólo expresó una imponente frialdad. El lacayo que recogió su abrigo era casualmente el mismo que Andreas ya conocía. No volvió a mirarle. «No has podido impedirme que venga», pensó el joven.

La seguridad en sí mismo con que realizó la entrada, ahogó su secreta timidez, pero también le hizo perder la precaución. Al poco rato se le presentó un pequeño contratiempo. Junto al guardarropa había un vestíbulo, que Andreas, a primera vista, creyó vacío. Entró en él sin avisar, pero a los dos pasos se encontró pisando la cola de un abrigo de noche. Era un abrigo de seda amarilla rematado con brocados y forrado con satén-Duchesse. Andreas no pudo retirarse con rapidez suficiente para no ver que su dueña recibía un beso del joven que le quitaba el abrigo. Era una rubia alta y robusta, y el rostro iracundo y de nariz respingona que se volvió hacia Andreas le llenó de un pánico tal, que el joven, entre balbucientes excusas, se deslizó fuera de un modo bastante ridículo.

Al poco rato de esto, cuando subía la escalera en dirección al primer piso, se le ocurrieron los giros más ingeniosos con los que podía haber remediado su torpeza. Muy decaído por la conciencia de no haber estado a la altura de la situación, se dejó arrastrar a través de dos salones por una corriente de invitados que le condujo hasta el bufete. En el ajetreo, dio un empujón en la espalda a un caballero anciano de aspecto distinguido, y tampoco esta vez fue capaz de pronunciar una sola palabra de disculpa, embarazado por su nueva torpeza. En cambio, el anciano caballero dijo amablemente «*Pardón*» y le alcanzó un plato y cubiertos. Pero el pobre joven divisó en ese momento los calcetines de seda del mayordomo, y con el rostro sonrojado se dio la vuelta.

Ante él había barrilillos con botellas de champagne. Un sirviente aguardaba su señal para escanciarle. Pero Andreas temía que con ello quisieran comprobar que jamás había probado el champagne. Iba a escoger un vino, cuando alguien se rió tras él. Las diversas humillaciones que había sufrido en tan poco tiempo, le sacaron de sus casillas y estuvo a punto de arruinar su futuro con un escándalo. Muy pálido se giró hacia dos caballeros que estaban cerca de él, decidido a golpear al primero que se atreviera a mirarle de reojo. Sin embargo, cuando ambos observaron su rostro, pareció evidente que no habían sido ellos. Uno de los dos se puso a hablar con

Andreas, y ni el más acendrado recelo hubiera podido descubrir en su voz otra cosa que tranquila cortesía.

«Le recomiendo aquel Chablis», le dijo. «Es el mejor de los que hay aquí».

Andreas le dio las gracias, y con serenidad recobrada bebió varios vasos. Como el vino caía en un estómago vacío, al poco tiempo produjo los más alegres efectos. Cuando Andreas hubo bebido la última gota, se puso triunfalista. «Esos dos especuladores han tenido miedo de mi cara», se dijo.

Sentía necesidad de hablar; parecía que aquí podía uno dirigirse a cualquiera, aunque no lo conociera.

«¡Pero si está aquí Kaflisch!», exclamó de repente, como si saludara a un amigo echado de menos por mucho tiempo. El periodista iba del brazo de un caballero corpulento, de puntiaguda barba negra y corta y pesados párpados, que, por el aspecto, parecía una persona importante. Andreas creyó reconocerlo.

Kaflisch examinó al desconocido. Cuando lo hubo localizado en la memoria, le estrechó la mano.

«Me alegra volver a verle. ¿Ve usted cómo una recomendación de nuestro viejo resulta eficaz aquí?».

«¡Magnífica!», dijo Andreas. Se sentía emprendedor. Preguntó: «¿Sabe usted dónde está la señora de la casa?».

«¿Viene usted de Ratibohr?», preguntó el caballero corpulento. El joven titubeó.

«No, de Gumplach», replicó.

El caballero le sonrió con benevolencia. Kaflisch rompió a reír.

«Goldherz quiere decir, que si tiene usted que comunicarle algo a la señora de la casa de parte del señor Ratibohr. ¿Sólo quiere presentarse, no es así? Pues no hace falta en absoluto».

El caballero corpulento respondió aburrido a la llamada de un conocido. Kaflisch tomó el brazo de Andreas como si fuera el de un amigo de juventud.

«¿Era ése el famoso abogado?», preguntó el joven.

«El mismo a quien han estado mirando sus ojos mortales. ¿Sabe usted?, tiene usted que conocerle más a fondo».

Kaflisch añadió en tono paternal: «De todos los que están aquí, nadie puede afirmar que no le necesitará algún día».

«Por lo demás, ¿cómo le va?», preguntó después. «¿Está Bediener amable con usted?».

«Mucho», dijo Andreas. «El domingo anterior se publicó una cosa mía».

«Ah, ya, el poema del *Tiempo Nuevo*».

«¿Lo ha leído usted?».

«No debe usted pedir tanto. Pero de cada talento prometedor recomendado al viejo, se publica en el *Tiempo Nuevo* un poema. Tendrá que esperar mucho para el

segundo. —Mire, allí tiene a Asta», añadió rápidamente, empujó a Andreas y se volvió con descaro hacia una dama que pasaba.

«¿Quién?, ¿Asta?», preguntó Andreas, siguiendo el ejemplo de Kaflisch. Pero su báquica animación le traicionó enseguida, pisó a la dama en la cola, y ésta le mostró un rostro lleno de desprecio.

«Ya la ha visto usted», dijo Kaflisch amable. La dama siguió su camino al encuentro de un caballero alto y rubio de barba rala, que le hacía señas desde el fondo, junto a la puerta y asomando por encima de las cabezas de la gente.

Pero Andreas ya no perdía la calma tan fácilmente. Preguntó, riéndose muy alegre: «Dígame, ¿quién es Asta?».

«La hija de la casa, joven amigo. Y si pasea por aquí, entonces puede usted estar seguro de que la madre está en el otro extremo de la casa».

«¿Por qué?», preguntó Andreas. Se había asustado un poco.

«¿Por qué? ¡Santa inocencia! Asta es una chica con principios, es decir, va peinada a lo Ibsen, una mujer moderna, un ser más intelectual que sensual, ¿me comprende usted, señor mío?».

Kaflisch hablaba con la nariz muy cerca de la boca de Andreas y gritando mucho. Por lo visto no le importaba silenciar sus propios méritos. Alrededor de ellos empezaron a reírse. Andreas sintió la atención centrada en él y esto le halagó.

«¿Y la madre?», preguntó en voz alta, mientras seguían deambulando.

«Es una buena mujer», comentó Kaflisch con ligereza. «Incluso demasiado buena con nosotros los jóvenes».

«Comprendo», dijo Andreas en un tono que consideraba significativo.

«¿No viene por allí Lizzi Laffé?», preguntó. El nombre de la dama, a la que ya había ofendido en el vestíbulo con su indiscreción, le vino a la mente de pronto para mayor susto. La conocía por el teatro, al que pertenecía, y las relaciones de Lizzi con Türkheimer se comentaban hasta la saciedad en el Café Hurra.

«Buenas noches, Lizzi», dijo Kaflisch, al estrecharle la mano cuando pasaba. Ella no advirtió a Andreas, quien, lleno de temor, llegó a la conclusión de que su *toilette* no había perdido nada de su fastuosidad, aunque se hubiera quitado el abrigo amarillo. Con precaución la siguió con la mirada, viendo cómo paseaba en toda su intimidadora opulencia, salpicada de brillantes, del brazo del mismo caballero con el que la había sorprendido. Era un joven acicalado, con un rostro imberbe pero desafiante, ancho de hombros, obeso y con el porte de un estudiante aristócrata.

«¡Así que Lizzi también está aquí!».

Andreas se esforzó por hablar con inocencia. El encuentro con aquella mujer, que semejava una duquesa ofendida, lo había desilusionado. Además, su acompañante tenía un aspecto peligroso.

«Claro, pertenece al inventario», añadió Andreas. Kaflisch se sonrió con ironía.

«Mientras dure, será así. Türkheimer debe estar harto de ella. Tiene gracia, justamente ahora, cuando su mujer se ha librado de ese Ratibohr, ¿sabe usted?».

«También lo he oído», mintió Andreas, que se había propuesto entender todo sin más explicaciones.

«Pero no está bien hecho por parte de Lizzi», dijo con aire confidencial, «lo que he visto entre ella y el joven con el que se acercaba antes».

Kaflisch aguzó los oídos.

«¿Con ese que tiene un aspecto tan conservador?», inquirió. «Bueno, ¿qué es lo que hacían?».

«Se besaban».

«¿Nada más?».

Kaflisch estaba desilusionado. Andreas procuró disculparse.

«Bueno, es que aquí, en la casa...», dijo.

«Tonterías. Diederich Klempner es, desde luego, su falderillo. Un puesto así debería buscarse usted también, querido amigo. Klempner es un ambicioso, pero sin Lizzi no habría llegado a ser nada».

«¿A qué se dedica?», preguntó Andreas.

«¿No lo sabe? ¡Pues es dramaturgo!».

«¿Klempner? Jamás lo he leído en la hoja de teatro».

«¡Santa inocencia! No es necesario en absoluto, nunca escribe nada, pero desde luego es un autor dramático».

«¿Cómo?», inquirió Andreas lacónicamente. Encontraba la expresión «Santa inocencia» algo despectiva. Kaflisch aclaró: «Si alguna vez escribiera algo, entonces eso tal vez llegaría a ser un drama, ¿me comprende?».

Estaban en ese momento en uno de los tres grandes salones, en los que se advertía una dimensión de profundidad. Era verde pálido, el segundo rojo púrpura y el tercero azul pálido y rococó. Una asombrosa cantidad de gente dificultaba el avance pero Kaflisch poseía el talento de hacerse lugar en todas partes. Andreas se maravilló de ver la cantidad de apretones de manos que aquél distribuía a derecha e izquierda. Apartaba a la gente a un lado con una broma amable y se deslizaba entre ella.

Ya desde lejos se oía discutir a un grupo de caballeros que debían de ser jugadores de bolsa, puesto que estaban hablando de un tal señor Schmeerbauch, que acostumbraba a ir a la bolsa cada día con unos pantalones diferentes. Hoy había llevado unos ya conocidos, y éste hecho despertaba toda clase de sospechas. Alguno de ellos llamó a un caballero rechoncho y flemático que pasaba en compañía de una joven rubia y esbelta.

«¡Blosch! ¿Sabe usted algo de Schmeerbauch?».

«¡No es del todo cierto!», dijo calmadamente Blosch.

«¿Lo del pantalón?», preguntó alguien.

«Un ataque de melancolía», repuso Bloch. «Schmeerbauch sufre por un amor desafortunado».

El crédito de Schmeerbauch quedaba restablecido.

«¡Feliz él!», suspiró un joven esbelto con un bigotillo fino y oscuros ojos almendrados y acariciantes, a los que con toda seguridad, ninguna dama se habría resistido.

«Duschnitzki, cuando usted se pone a fanfarronear con esa pinta de tonto, dan ganas de pegarle», dijo otro. Duschnitzki respondió con suavidad: «¡Süss! ¡Santa inocencia!».

«Otra vez la “Santa inocencia”», pensó Andreas para sí.

«¡Pero si está aquí Kaflisch!», exclamaron los otros.

«Kaflisch, ¿sabe usted algo sobre *Venganza*?».

«¡Aprobada!», respondió el periodista. «Türkheimer lo ha conseguido del presidente de policía por medio de su futuro yerno».

«Claro, cuando se tiene un yerno en el Ministerio... Porque Hochstetten es consejero privado, ¿no?».

«Y no para satisfacción suya. Por el momento tendrá que obtener una medalla para Türkheimer. No se sabe cuál será, pero seguro que una estará incluida en el contrato de matrimonio. La Medalla del Sol de Puerto Vergogna ya no tiene ningún valor. Y entonces tendrá que acceder a la representación de *Venganza*».

«¿Integra?».

«Con unos cambios insignificantes», aclaró Kaflisch. «La lucha en las barricadas, el asesinato del consejero gubernativo por los encolerizados proletarios, todo eso puede conservarse. Sólo la pequeña profanación de la iglesia y la utilización de los vasos consagrados para fines sucios deben desaparecer».

«¡Vaya situación!».

«¡Qué frescura!».

Las exclamaciones se entremezclaron.

«¿Por qué se nos puede atacar a nosotros en el escenario y a los curas no? ¿En qué nos aventajan?».

«La religión es una cosa aparte», dijo la esbelta joven, que había venido con Bloch. Uno de los caballeros observó: «¡Santa inocencia!».

Andreas ya no se asombró de que le dirigieran tal expresión a él, puesto que también se la espetaban a una dama. Por lo demás, la frase reaparecía continuamente. Cualquiera estaba obligado a emplearla aunque dijera sólo dos frases. En ese momento Andreas se sintió en la obligación de tomar partido por la dama. También temía pasar por un estúpido si continuaba sin decir palabra.

«Esta señora tiene razón», dijo con decisión. «Hay que dejar la religión al margen del juego».

«Puede ser», opinó uno titubeando, pero Duschnitzki se hizo cargo con pasión del argumento contrario.

«Así es. Tiene usted razón, señora mía, y usted, señor, señor...».

«Andreas Zumsee», dijo Andreas.

«Escritor», añadió Kaflisch. Duschnitzki continuó: «Hoy en día, en estas circunstancias puede uno burlarse y pisotearlo todo, el honor de la burguesía...».

«¡Y nuestro glorioso ejército!», gritó Süß.

«¡Las más altas personalidades!», opinó otro.

«¡La fama de una mujer!», dijo el siguiente.

«Incluso la Bolsa», indicó uno en voz baja.

«¡Pero a Dios!», dijo Duschnitzki con energía. «¡Eso de ninguna manera!».

«¡La policía debe prohibirlo!», chilló Süß. «¡Provoca escándalos!».

«Y es de mal gusto», añadió Duschnitzki con desdén.

«¡Es cierto!», repuso Kaflisch entre un aplauso unánime. «Nosotros ya lo hemos superado. Habría que ser un patriarca algo anticuado como aquel caballero alto del fondo».

El grupo comenzó a reír. Andreas, siguiendo las miradas de los otros, advirtió en la entrada del segundo salón a un anciano alto con una pequeña y sonriente cabeza de pájaro. Un escaso vello se arremolinaba en su pelado cráneo. Hablaba con énfasis, dirigiéndose a un gran corro de damas y caballeros, del que sobresalía mucho. Andreas cogía al vuelo palabras sueltas: «Oscuros poderes elevan hoy de nuevo su cabeza...», creyó haber visto ya al anciano.

«¿No es ése Waldemar Wennichen?», preguntó a Kaflisch.

«¡Naturalmente! Supongo que conocerá a nuestro gran poeta. ¿Nos adherimos al corro de sus admiradores?».

Kaflisch intentaba deshacerse de Andreas. Había confiado en que el joven haría reír, lo que hubiera sido halagador para él, su mentor. Como Andreas había cosechado de momento incluso aplausos, Kaflisch se aburría con él.

El principiante, atento, y esforzándose según la indicación del doctor Bediener por aprovecharse al máximo del buen tono aquí reinante, tomó nota de que no se debía fanfarronear de erudición. Cuando reanudaron su paseo, preguntó al periodista quién sería aquella esbelta joven. Kaflisch aclaró en seguida. «Ésa no es accesible. Es la señora Blossch. Pida que le expliquen su historia, por ejemplo a Diederich Klempner, que siendo dramaturgo, lo hará bien».

Llegaron junto el grupo de Wennichen. «¡Reciba usted mis saludos, querido Liebling!», dijo Kaflisch dirigiéndose a un caballero serio de barba negra y cerrada que vestía un impecable frac.

«¿Me permiten presentarles?», añadió rápidamente. «Señor Andreas Zumsee, escritor, señor Liebling, sionista».

Mientras Andreas se inclinaba, Kaflisch desapareció. Andreas estaba frente al señor Liebling, que le miró con seriedad, le estrechó la mano con energía y, sin decirle nada, se volvió de nuevo hacia Wennichen.

Como el poeta hablaba con voz de falsete, tan sólo se entendían entre el murmullo que reinaba en la habitación las frases hechas que articulaba con una peculiar sacudida de su largo y nervudo cuello: «Honor de la clase comerciante... descarados abusos por parte de cierto sector... laboriosos comerciantes... defensa... logros de la revolución burguesa...».

Andreas ocultó una sonrisa reflexiva. En el Café Hurra se había enterado de todo tipo de cosas sobre la vida privada del famoso poeta. Wennichen percibía sólo la mitad de los honorarios, puesto que desde hacía cincuenta años escribía siempre las mismas novelas, que ya nadie leía. Había tenido mala suerte con sus hijos; su mujer, tras innumerables amoríos, se había dedicado al fin totalmente a la vida alegre. Él no se había dado apenas cuenta de todo esto. No advertía ninguno de los cambios que había producido el transcurso del tiempo desde el cuarenta y ocho, año en el que escribió su primer libro sobre el joven y bondadoso comerciante que fuerza su entrada en una familia noble, por completo corrompida, y con cuya hija se casa a pesar de todo. Incluso hoy en día Wennichen vivía entre comerciantes bondadosos, liberales, que estaban empeñados en una noble y desinteresada guerra contra terratenientes insolentes y curas oscurantistas. El pobre anciano le inspiró lástima a Andreas, para el que constituía una satisfacción poder juzgar de cerca a un poeta, a quien antes en Gumplach había admirado como a un astro de la Literatura.

La invectiva lanzada por Wennichen contra los enemigos de la ilustración cosechó algunos gritos aprobatorios, sin embargo, al lado de Andreas, Liebling comenzó a hablar con una bien timbrada y fuerte voz de barítono. Dijo: «Si queremos conservar la libertad, me refiero a la libertad bien entendida, debemos aprender a gobernar al pueblo. Desgraciadamente el pueblo, en su indefensión y falta de criterio está siempre dispuesto a ceder ante la tentadora propaganda de los reaccionarios. Debemos defenderlo de sí mismo, y esto sólo puede lograrse mediante *“¡força, fariña e feste!”*».

«¡Ajá! ¡Por lo de “fff”!», observó un caballero chistoso.

Se oyó una confusión de carcajadas.

«¿Es ése su nuevo invento, Liebling?».

«¡Guasón!».

«Sin embargo, tiene razón», aclaró alguien, que, al parecer, entendía italiano. «Si no le damos pan y fiestas al pueblo, entonces, tarde o temprano, nos llegará a nosotros el turno de la horca».

«¡Señores míos!», continuó Liebling, «el convencimiento que acabo de expresar está profundamente enraizado en mí desde hace mucho tiempo. Con una seria

reflexión, lo he comprobado en el pueblo que más amo. Si fuera factible para mí y para todos los que están animados por mis mismos sentimientos conducir a este pueblo de nuevo al país que le pertenece y que sigue amando, ¿creen ustedes que lo haríamos desgraciado mediante los parlamentos y la prensa? ¡La corrupción europea debe quedar desterrada de nuestro suelo!».

«¡Bravo!», resonó al unísono entre carcajadas.

Le estrecharon las manos al orador. A Andreas le pareció que el sionismo de Liebling no se tomaba demasiado en serio, aunque le proporcionara una categoría especial. «Así, pues, no pasa nada porque uno tenga también una u otra chifladura», se dijo Andreas.

En ese momento, un caballero situado al fondo detrás de él y que vestía con descuido, se puso de puntillas. Andreas reconoció al diputado Tulpe por su estúpido rostro de perro alano y por su no muy limpio cuello alto.

«¡Tonterías!», exclamó murmurando este político. «¡Si la burguesía renuncia a los principios del cuarenta y ocho, entonces renuncia a sí misma!».

Liebling intentaba corresponder con una respuesta, pero todo el mundo se esforzaba en imponer su opinión, las damas gritando más que nadie. Sólo Wennichen sonreía y balanceaba la cabeza. Liebling podía haber expuesto sus extravagantes creencias en chino, de todos modos no habría resultado más ininteligible para Wennichen.

«¡Pero por favor, señores!», dijo de repente con voz estridente un caballero que se acercaba.

«Ratibohr está aquí», susurraron. «¿Es que va a meterse aquí esta noche? ¡Por fin, uno que no padece de timidez!».

Maquinalmente los que estaban cerca de él le dejaron sitio. Parecían temer a Ratibohr. Era enjuto, de movimientos nerviosos y enérgicos y con un rostro bilioso. Su nariz aguileña y su mirada inquisitiva amedrentaban a cualquiera que quisiera plantearle una objeción. Su elegancia hacía pensar en la Bolsa y en la sala de esgrima. Ratibohr tenía tanto de duelista como de especulador, y causaba por ello una impresión más peligrosa. También su nombre hacía intuir secretos inquietantes. Dijo: «¡Reportémonos, señores míos! Al fin y al cabo no es muy importante cómo se gobierne. La historia se mantendrá intacta a pesar de todo».

Realizó un movimiento rápido y terminante con la mano, que hizo tintinear una pulsera de plata alrededor de su muñeca. Su opinión provocó un enorme aplauso. Andreas miró a Ratibohr lleno de envidia y admiración. ¡Sería maravilloso inspirar respeto a la gente sólo por la presencia, como él! Sin embargo, aquella gente le producía asombro. Desde que estaba en Berlín y recorría sus calles, les había considerado como la clase dominante, y ahora resultaban estar en desacuerdo sobre las bases de su poder. El absolutismo burgués que proponía Liebling, era, en realidad,

lo que les interesaba. Al mismo tiempo parecía reportarles una ventaja el simular que todavía compartían las cincuentenarias tesis de Wennichen. Por el contrario, Ratibohr había expresado, al parecer, su verdadera opinión: era de importancia secundaria cómo se gobernara. Andreas decidió apropiarse esta idea que consideró digna de un hombre de mundo y la decisión no le resultó difícil.

El joven comenzó a sentir entonces el cansancio provocado por el largo ajetreo y por estar de pie. La charla inútil, que no le abría camino en sus propósitos, le resultaba ya excesiva. Buscó en vano un asiento apropiado. Había sillas anchas de madera lacada en marrón y con cojines de seda de tenues colores; pero el respaldo era rígido y estrecho como una escalerilla. Otros sillones tenían un respaldo triangular, o bien carecían de brazos. Había otros, pero eran tan bajos, que no podría colocar las piernas sin apuro. Ningún asiento le ofrecía la posibilidad de adoptar una postura natural y a la medida de su propia dignidad.

Muy insatisfecho, estuvo deambulando con el pretexto de contemplar la decoración. El tercer salón, azul pálido y rococó, le atrajo. Ante los recargados rincones de charla, donde se entretenían algunas damas, había unos biombos bajos, forrados de satén recamado en colores y con cristales biselados y rodeados de floridos marcos. Parecían paredes arrancadas de algún antiguo carruaje. La interpretación de una cantante, que sonaba al lado, era sepultada por las conversaciones en voz alta. Cuando al cabo de un rato, notaron que había finalizado, estallaron en frenéticos aplausos. Al fondo, el reloj de mesa, de cobre incrustado en carey, que descansaba sobre la chimenea de porcelana rosada, dio las once y media.

Andreas se sentó por fin, reclinó la cabeza e intentó dejarse aturdir por el refulgente techo, cuyas doradas placas ocultaban bombillas eléctricas. Esto no le impidió entregarse de nuevo a un desesperado desaliento. ¿Qué había conseguido por ahora? Ningún conocido le ayudaba en serio, estaba demasiado claro que a la gente que empezaba a conocer le interesaba él, sólo en la medida en que se mostrara gracioso. Si no lograba esta noche obtener una sonrisa de la señora de la casa, entonces se habría frustrado su entrada en este mundo. Y ahora, al mirar hacia el interior del salón, encontró por fin el objeto de sus ansias. Lanzó una tímida mirada de conquista en derredor del círculo de acicaladas señoras. Algunas eran opulentas, pesadas y blandas como odaliscas. Otras, enjutas, levantaban sus impertinentes de largo mango hasta unos ojos maquillados y de mirada perversa. El que caía en gracia a alguna de ellas para falderillo, igual que Diederich Klempner a Lizzi Laffé, ése tenía la vida resuelta. Aquí el dinero circulaba hasta por debajo de los muebles. Nadie, con toda seguridad, hacía otra cosa más que llenarse los bolsillos. ¡Qué vida más regalada reinaba en este país de Jauja!

Un horrible pliegue de su frac, que nunca había resultado tan llamativo como bajo aquella iluminación, arrancó al pobre joven de sus sueños. Comparó su menesteroso

traje con las ropas impecables que desfilaban ante sus ojos, y con cada comparación aumentaba su ira. Al final se encontró en el estado de ánimo requerido para jugar consigo mismo a la ruleta. Se prometió a sí mismo que si en media hora no avanzaba al menos un paso en su carrera, se iría para no volver más.

Iba a levantarse cuando dos jóvenes se detuvieron delante y a muy corta distancia de él. Miraban hacia el grupo de palmeras, ante el cual estaba sentada en un Bergère-Pompadour una dama alta y robusta. No era precisamente joven, pero su tez no había perdido nada de su blancura, y Andreas pensó que ni siquiera en su juventud habría tenido unos hombros tan soberbios. Un alto casco de pelo negro que descansaba sobre la estrecha frente, daba a sus rasgos demasiado duros un algo característico. Iba vestida de seda blanca, con encajes que llegaban hasta el pecho y en los que refulgían broches de brillantes.

Uno de los jóvenes observó: «Todavía es bella, a pesar de todo».

«¿La señora de la casa?», dijo el otro. «Evidente. Desde luego una alimentación algo pesada, pero no pasa nada. Cuanto más, mejor, según el canon de las tribus del desierto».

«¿Qué canon?».

«La más bella resulta ser aquélla que no puede trasladarse más que a lomos de un camello. Después viene la que tiene que ir apoyada en dos esclavas. ¿Pero por qué hace esa cara tan triste?».

«¿La señora Türkheimer? ¿No lo sabe? ¿De dónde viene usted? Es que Ratiboehr ha roto con ella».

«¡Qué burro! ¿Y por qué?».

«Por el marido, se dice».

«¿Türkheimer? ¿Eso le va a evitar el ridículo? Desde hace casi tanto tiempo como vive un hombre, la está dejando hacer lo que quiere. ¿Qué tiene ahora contra Ratiboehr?».

«Sí, Ratiboehr no debe de ser un cliente agradecido. Gracias a su confianza con la señora Adelheid se ha enterado de toda clase de secretos. Türkheimer ha notado que, desde que su mujer anda con Ratiboehr, le han birlado cosas ante sus propias narices. Esto le ha indignado».

«¿De verdad?».

«Türkheimer es un hombre muy razonable, no se preocupa de los asuntos privados de su mujer. Pero cuando los negocios entran en el juego, entonces se pone severo».

«¿Y por eso ha reñido con Ratiboehr?».

«No le conoce usted. Le ha ofrecido una participación para una jugada fina, con la condición de que deje a su mujer».

«¿Y Ratiboehr ha aceptado?».

«¿Qué pensaba usted?».

En ese instante Andreas vio aparecer al elegante doctor Bediener por la puerta con el vaso en la mano. El joven se precipitó apresuradamente hacia el jefe de redacción. «¡Sr. doctor!», dijo con rapidez. «¿Me haría usted un favor? ¿Tendría usted la bondad de presentarme a la señora de la casa?».

«*Comment done, mon cher!*», exclamó el doctor Bediener, que en otros tiempos había sido corresponsal en París. Le miró con fijeza y añadió: «Le estoy buscando desde hace dos horas, señor mío, señor... er».

«Andreas Zumsee», completó Andreas.

El jefe de redacción tomó a su protegido del brazo con ligereza, se presentó con él ante la señora Türkheimer y dijo: «Bella dama, tengo el placer de presentarle a un joven colega lleno de talento, el señor Andreas Zumsee, a quien encomiendo a su magnanimidad y gusto artístico».

Al momento ya había desaparecido el doctor Bediener.

Andreas prolongó tanto su reverencia como si le hipnotizaran las puntas no muy relucientes de sus propios botines. La señora Türkheimer ya había reprimido de nuevo una sonrisa compasiva cuando el joven levantó la vista. La dama le habló con mucha amabilidad.

«Nuestros jóvenes poetas encuentran aquí siempre la puerta abierta, y los talentos recomendados por el señor Bediener nos son especialmente bienvenidos, señor Zumsee».

Andreas se inclinó de nuevo. Ocupó el taburete que le señalaba la señora Türkheimer.

«¿Se dedica usted desde hace mucho tiempo a la literatura?», preguntó.

«Sólo desde hace muy poco», explicó Andreas, «y no me atrevía a esperar por su parte un recibimiento tan favorable, lo que me hace infinitamente feliz. El interés por la literatura es tan limitado en este país, que nosotros, los jóvenes principiantes, sentimos desde el comienzo un hondo agradecimiento hacia los pocos lugares donde se cultiva un gusto moderno y refinado».

Un joven, que se hubiera librado mejor que Andreas de su seriedad provinciana, hubiera hablado de otro modo. En cualquier caso, la señora Türkheimer había esperado otra cosa, ahora su atención se centró en el joven. Pareció no encontrar malo ese discurso elaborado en casa. Se reclinó en la Bergère, y durante un instante, hasta sonrió halagada. Andreas, que temía los impertinentes de las damas que se sentaban a derecha e izquierda, miraba a la señora Türkheimer fijamente a los ojos, y su mirada, ensombrecida por espesas y rizadas pestañas, causó la impresión ya prevista por el doctor Bediener. Ella lo encontró agradable, sin rastro de osadía y lleno de abnegación juvenil. Como Andreas se sentía observado, se sonrojó, lo que sentaba muy bien a su rubia cabeza de muchacho y al ligero vello del labio superior. Ella

continuó observándole. El secreto dolor que había velado su rostro quedó olvidado. Sólo quedó una suave melancolía, alimentada por la presencia del joven, que también parecía necesitar la compañía de un alma compasiva. Andreas intuía algo parecido. En medio de su torpeza se sentía digno de compasión, pero le dolía tener que dejarse compadecer por una mujer hermosa: Se puso más rojo. Ella preguntó: «¿Y qué tal se encuentra usted en Berlín? Porque debe de hacer poco tiempo que abandonó su patria, ¿no?».

«Vengo del Rhin, señora».

«Me pareció notarlo en su acento. ¡Ay, el Rhin!», suspiró la señora Türkheimer. Se quedó pensando durante algunos instantes, pero renunció a la tentación de describir las sensaciones que le había sugerido el Rhin.

«¿Se debe de sentir usted aquí como en el extranjero, verdad?», preguntó en voz más baja sin querer. La melancolía, la compasión y las ensoñaciones se convirtieron en muro aislante para ambos, sin que ella supiera cómo.

«¿No le parece a usted la vida mucho más fría aquí que en su provincia? Entre ustedes se conoce la alegría, aquí sólo el sarcasmo. ¡Y el dinero! ¡Téngalo usted en cuenta durante su estancia aquí: no hay nada en este lugar, que no pueda ser traicionado a cambio de un buen negocio!».

Andreas creyó escuchar en las tranquilas palabras expresadas por la dama el gemido de un alma herida. Se sintió halagado por la alusión a su desgracia que ella le hacía. La señora Türkheimer añadió con negligencia: «¿Ya tiene usted un sastre, señor Zumsee?».

Andreas creyó que había entendido mal.

«Necesita usted amigos que le instruyan. ¿Por qué no hacerlo yo misma?».

Andreas se inclinó.

«Vaya usted a Behrendt, en la calle Mohren. Le autorizo para que acuda en mi nombre, de este modo le procurarán un equipo impecable. Le enviaré a usted mi tarjeta».

Le tendió su bien formada mano, que, debajo del guante, se sentía algo redonda, pero no demasiado.

«Aparte de esto, no nos olvide usted: todos los viernes estoy en casa».

Andreas se levantó de un salto, besó la mano y se alejó lentamente, conteniendo el aliento. A consecuencia de lo vivido, sus sentidos se habían quedado entumecidos. Cuando despertaron de nuevo, oyó decir a alguien tras él: «¡Maldición! ¡A éste se lo dará con los ojos cerrados! ¿Conoce usted el truco del sastre? Cuando vea la tarjeta de la señora Türkheimer, le cobrará al joven cincuenta marcos por los trajes que a nosotros nos cuestan trescientos».

Un poco más allá reparó Andreas en cierto cónsul general, de barriga abultada y rojizas patillas teñidas, a quien había encontrado ya en el vestíbulo del *Correo*

Nocturno. Este caballero sonrió con tanta amabilidad al pasar el joven y parecía tan predispuesto a saludarle, que Andreas se inclinó ante él. El cónsul general correspondió solícito a su saludo.

Un desconocido se acercó a Andreas y sin más cumplidos le dio un apretón de manos.

«¿Lleva usted mucho tiempo en Berlín, caballero?», le preguntó.

«Trece meses», dijo Andreas.

«Ya lo ve», observó alguien. «Yo ya estoy trece años en Berlín, y la señora Türkheimer todavía no me ha recomendado a un sastre».

Dicho esto, el desconocido se alejó de nuevo.

En el umbral de la puerta del segundo salón, al que Andreas regresaba, le salió a recibir Diederich Klempner, quien le hizo una formal reverencia de Asociación Aristocrática de Estudiantes.

«Diederich Klempner es mi nombre», dijo lacónico y cortante.

«Andreas Zumsee».

«En realidad nosotros somos colegas», hizo notar Klempner. «¡Maldición! ¡Usted sí que tiene suerte!», añadió en seguida. «Por lo demás, es necesario tenerla, en caso contrario no hay nada que hacer en nuestro ramo».

Andreas se volvió y señaló a Klempner al caballero de patillas teñidas.

«Perdone, ¿quién es aquel caballero de allí?».

«¿Aquél? Aquél es Türkheimer, naturalmente».

Andreas se sumió en sus pensamientos. Sólo una nimiedad le llamaba la atención dentro de su sorpresa. Cónsul general era, desde luego, un título muy distinguido, pero en la tarjeta de invitación sólo ponía «Sra. Adelheid Türkheimer». Diederich Klempner sonrió con ironía.

«¿Le causa a usted extrañeza que le haya sonreído de modo tan amable? Es natural, ha suplantado usted en su mujer a su competidor Ratibohr».

V

Una nobleza democrática

«Espere, creo que vamos a comer», dijo Diederich Klempner.

El anciano y distinguido caballero, a quien Andreas había dado un empujón en la espalda nada más aparecer por vez primera, caminaba lleno de dignidad, atravesando por el centro los abarrotados salones. Hicieron sitio y éste se acercó a la señora de la casa. Al momento, todos los invitados comenzaron a caminar a través de la habitación revestida de madera y gobelinos, en la que se encontraba el comedor. Andreas, que se había quedado con Klempner junto a la puerta para observar el desfile, ya no pasaba inadvertido por la oleada de gente. En el transcurso del último cuarto de hora había obtenido nombre y prestigio. Con orgullo sostenía las inquisitivas miradas de las mujeres, y el corazón le latía con más fuerza cada vez que uno de los caballeros se le acercaba, se inclinaba y pronunciaba su nombre. Era un triunfo, y Andreas opinaba que se lo había merecido. El capricho de una poderosa señora había extendido alrededor de su cabeza un halo de gloria visible para todos. ¿Se trataba sólo de un capricho? Probablemente su modo de comportarse había sido el adecuado para ella.

Uno de los primeros en pasar fue un caballero de corpulencia desusada, con peluca negra y un rostro rasurado y tenso que parecía el de un actor sin maquillaje. Llevaba del brazo a Lizzi Laffé. Klempner notó cómo Andreas reaccionaba con excitación.

«¿Le gusta?», preguntó con evidente satisfacción.

Andreas no había reparado siquiera en Lizzi. Pidió información: «¿No es ése el señor Jekuser?».

«¿Y quién si no?», dijo Klempner. «¿Es que todavía no conoce usted a su propio editor?».

Subyugado, Andreas siguió con la vista al propietario del *Correo Nocturno*, uno de los déspotas de la literatura, uno de los que controlaban la opinión pública, un poderoso, frente al cual, el gran jefe de redacción, doctor Bediener, era sólo un esclavo, y que ahora, igual que esa masa de otros mortales, recorría el camino hacia el comedor, atravesando la galería de la escalera.

Türkheimer iba con la joven señora Blosch, el señor Liebling conducía a la cosmopolita princesa rusa Bouboukoff. Klempner hizo que Andreas se fijara en ella. La dama tenía unos ojos oblicuos, que parecían dos franjas de carbón, y sostenía entre los labios un cigarrillo, hacia el que Liebling bajaba la vista con una indulgencia algo desaprobadora. Tras ellos, sonriendo encantado como siempre, del brazo de la

señora Adelheid iba Wennichen, sorbiendo con la nariz.

Las parejas se sucedían interminables, confundidas con jóvenes, jugadores de bolsa o caballeros de profesión desconocida, que pensaban sentarse a la mesa sin damas.

«Aquí está nuestra gente», dijo Diederich Klempner.

«Nosotros, claro está, somos caballeros que sobran, los Türkheimer se ocupan de que todos se sientan cómodos. Pero quizá Süß tenga... Se quedará usted en nuestra mesa, ¿no?», preguntó.

«¡Con mucho gusto!», aclaró Andreas.

«Mire, Süß tiene a la pequeña Bieratz. Esto proporcionará una gran diversión».

Süß se acercó con una joven maravillosamente esbelta y delicada, que parecía una sílfide con su sencillo vestido azul transparente. El estrecho y fino rostro quedaba enmarcado, como en las madonnas, por un pesado cabello de color rubio ceniza, y los ojos grandes y azules llenos de inocencia miraban al frente. Pero entonces pasó Ratibohr, calvo y nervioso, junto a ella. Ratibohr se volvió y sonrió a la pequeña hada, requiriéndola. Y al punto, con un movimiento que Andreas encontró encantador por su candor y puerilidad, ella soltó el brazo de su acompañante y tomó el de Ratibohr.

«¡Atiza, antes no pasaba eso!», exclamó Klempner a media voz. Durante unos instantes Süß se quedó allí con un rostro extrañamente estúpido, luego pareció que quería precipitarse tras ellos. Pero Duschnitzki, que se acercaba presuroso, le puso la mano en el hombro.

«¡Tonterías no, Süß!», dijo.

Se dirigió con su amigo, que todavía estaba bastante descompuesto hacia Klempner y Andreas, y los cuatro caballeros marcharon entonces al comedor atravesando la galería en medio de una doble fila de lacayos.

Andreas paseó la vista, asombrado, por la enorme habitación desnuda, en la que se agolpaban docenas de mesas, y que él comparó con las descomunales salas de un Restaurante monstruo. Las paredes eran de un color blanco brillante, adornadas sólo aquí y allá con rosetones dorados. Del techo, tapizado de tela roja oscura, pendía a gran altura una araña. Por lo demás, la luz eléctrica estaba prohibida, sobre todas las mesas había velas provistas de pantallas rojas.

Ya tintineaban los platos y tenedores, por todas partes se hablaba en voz alta, pero los compañeros de mesa de Andreas todavía estaban en silencio. Algo flotaba en el ambiente. Por fin explotó Süß: «¡Vaya una canalla! ¡Vaya una...!». Süß utilizó una palabra todavía más dura, tanto que Andreas dio un respingo en su silla. Klempner se rió.

«¿A quién se refiere?», inquirió.

«¡Qué pregunta!», gritó Süß. «¡A la Bieratz ésa!».

Andreas pensaba para sí, que la indelicadeza que tanto irritaba a Süß, era más imputable a Ratiboehr que a la pequeña joven.

«A lo mejor la señorita Bieratz se había comprometido antes con el señor Ratiboehr...», insinuó con modestia.

Süß rió venenosamente. Duschnitzki entonó su blanda y melódica risa, y también sus aterciopelados y almendrados ojos rasgados sonrieron. Klempner informó con amabilidad al joven: «Ratiboehr tiene ocho millones».

Andreas se estremeció.

«Acaso haya más millones aquí por el suelo, que marcos tengo en el bolsillo», dijo creyendo bromear.

«Aquí somos millonarios o estirachaquetas», aclaró Duschnitzki, y Klempner añadió: «Así es. La clase media se extingue».

Andreas no encontró halagadora la distinción preferida de Duschnitzki, pues atribuía a sus compañeros de mesa tantos millones como los que él mismo tenía. Pero como el buen tono parecía exigirlo, se puso a reír. Klempner intentó consolar a Süß.

«Al fin y al cabo, la Bieratz no es más que una mala copia del falso ángel parisién con un falso halo de cabellos», observó.

«¿Por quién lo dice?», repuso Süß, que ya se estaba serenando.

«Es igual», objetó Duschnitzki. «Lo más moderno resulta siempre virtud en una joven actriz».

«No quiero decir nada en contra de la virtud prestada», contestó Klempner. «Lo que me repugna es la falsa modestia. ¿Han notado ustedes que Werda Bieratz no lleva un solo adorno en su traje barato? Ni siquiera necesita llevar brillantes en las orejas, es tan lista que se esconde las orejas bajo el pelo».

«Y dígame usted», le interrumpió Süß, «¿es cierto que Lizzi lleva brillantes en las ligas?».

«¿Y por qué no?», replicó Klempner no sin satisfacción. «Piense usted en todos los sitios en los que Lizzi podría llevar brillantes, y siempre acertará».

«Sin embargo, está pasado de moda», dijo Duschnitzki. «Nadie daría ya nada por un capital muerto como los brillantes, y para una joven como Werda Bieratz, lo más chic es poseer dinero en el Banco».

«Parece que Werda tiene medio millón», observó Süß, lleno de respeto.

«¡Eso es justamente lo que quiero decir!», gritó Klempner golpeando con la mano abierta en la mesa.

«A ustedes, caballeros, les divierte darme a entender que Lizzi es un género anticuado. Por mi parte, no tengo nada que objetar. Pero quiero decirles en qué consiste en realidad la diferencia entre generaciones».

«¡La conocemos!», observó Duschnitzki. «Lizzi ha tenido un conde durante mucho tiempo, hasta que éste se quedó en la miseria».

«Y cuando Lizzi llegó al teatro», continuó Klempner, «era costumbre no hacer cuentas. Lizzi no ha conservado más que sus brillantes de los millones que han pasado por sus manos».

«¡Y cada uno es un símbolo de ganancias!», gritó Süß entusiasmado.

«Por el contrario, la nueva generación», dijo Klempner, «no ha aprendido a deshacerse del dinero alegremente, porque sólo se relaciona con especuladores; la pobre chica tiene que esforzarse y luchar por arrancarles un mísero billete de mil».

Andreas se puso rojo y miró al plato. Creía que Klempner había ofendido la conciencia de clase de sus dos vecinos. Pero Süß y Duschnitzki se reían muy divertidos.

«¡Pobres chicas!», repitieron.

«¡Una feliz hipótesis psicológico-social!», dijo Duschnitzki. «¡Salud!».

«Y así, hay en la generación de la pequeña Bieratz una partida de sucios avaros y usureros. ¡He oído que Engel hace préstamos al veinte por ciento a funcionarios pobres!», concluyó Klempner triunfante.

Andreas encontró indiscretas y poco afortunadas las fanfarronadas de Klempner con respecto a Lizzi Laffé. Lizzi todavía estaba muy pasable, desde luego algo pesada, y su rubia y corpulenta contextura no quedaba tan bien como la morena corpulencia de la señora Türkheimer. Pero bajo los polvos ya se advertían manchas rojas en el rostro de Lizzi, por el contrario, ¡qué inmaculado cutis tenía Adelheid!

Comenzó a buscarla entre el gentío, pero la mesa vecina se le interponía. Allí se sentaba el abogado Goldherz con la princesa Bouboukoff, Liebling, otra dama muy escotada y un joven que tenía un rostro de *clown* de extraña movilidad. Süß le contó a Andreas al oído una asquerosa historia sobre la dama escotada, la princesa y el joven, que, al parecer, era el hijo de la princesa. En aquel momento, la Bouboukoff entabló un proceso contra los otros, en el que el gran Goldherz actuaba como representante de la princesa. Los bandos, puesto que cenaban juntos, parecían haber firmado un alegre alto al fuego.

Andreas escuchó sin intención. Miró por entre la correcta espalda de Liebling y la desnuda nuca de la dama escotada. Allí atrás se sentaba Jekuser, cómodamente arrellanado en su silla, de modo que la pujante curva de su chaleco blanco brillaba desde lejos. La peluca negra de este poderoso hombre se había corrido un poco hacia la nuca; bebía, silencioso y alegre, un vaso de vino detrás de otro. Su rostro —¿el de un actor o el de un César?— reía lleno de gran deleite, pero sus pequeños e inquietos ojos, al parecer de Andreas, desmentían su candidez. «He aquí alguien, para quien no hay secreto en este lugar», pensó el joven lleno de admiración. Duschnitzki, tocando levemente su brazo, le habló.

«Se equivoca usted. La bella señora de la casa se sienta en la otra parte».

«¡Es una cabeza grandiosa!», dijo Andreas.

«¿Quién?».

«Jekuser».

Al principio, los demás callaban. Por fin Süß se expresó, lacónico y cortante: «¿Qué es Jekuser al fin y al cabo?».

«Es un mercachifle de lo más vulgar», aclaró Klempner. Duschnitzki añadió con una sonrisa amable: «Colecciona anuncios, igual que otros coleccionan andrajos».

Andreas adquirió la conciencia de haber provocado una situación algo penosa. ¿Qué tenían sus tres vecinos contra Jekuser? Seguramente, nada. Pero era de mal tono admirar a alguien o algo de modo abierto. Andreas se propuso no violar nunca más esta norma, al menos estando en sociedad. ¿Acaso con la señora Türkheimer ocurría de otro modo? Sólo cuando quisiera causar una impresión original, podría apartarse del gusto del gran mundo. Quizás fuera entonces una hábil política comportarse tal como él era en realidad...

La frugal cena constaba de una ensalada de langostas y un filete de ternera. «Ingerir sólo la necesaria cantidad, eso es lo sano y lo mejor», aclaró Duschnitzki. Pero en la ensalada de langostas había una enorme cantidad de mostaza que hizo llorar a Andreas, mientras que la fuerte salsa de verduras que acompañaba a la ternera le abrasaba el estómago. Por ello, tuvo que beber más de lo que hubiera deseado, pues ya imaginaba que sería desastroso lo que ocurriría si se comprometiera en estado de ebriedad. Envidiaba a los otros que podían abandonarse a su ligereza, si es que la poseían, porque en cierta medida se encontraban aquí con un puesto ya asegurado. Sin embargo, él, Andreas, iniciaba ahora sus primeros pasos de tanteo.

En el momento en que eran servidas un par de rodajas de helado de piña, alguien chocó el vaso en el otro extremo. A los pocos instantes la sonriente y pequeña cabeza de Waldemar Wennichen, con la calva cubierta de pelusilla blanca, se elevó, alta, por encima de los que le rodeaban. El famoso poeta hablaba ahora, tras la comida, con una voz de falsete más sofocada que antes, y en la sala no reinaba tampoco un silencio ejemplar. Sólo se podía entender que se trataba del enlace de dos familias patricias, de una nobleza democrática y cosas parecidas. Cuando Wennichen se hubo sumergido de nuevo entre la gente, se comentaba que aquella fiesta no era, en realidad, más que un tipo de celebración previa a la boda de la hija de la casa, la señorita Asta Türkheimer con el barón de Hochstetten.

Al punto, muchas miradas buscaron a la pareja de novios. Andreas notó que la señorita Asta hacía un gesto de franco desagrado. El discurso de Wennichen no debía de haberle gustado. Asta era bonita, pero Andreas opinaba que no soportaría una comparación con su madre. Su figura, en la que ya se advertía una opulencia, parecía tender más a la gordura, su cutis moreno no era tan limpio, sus espesas cejas le oscurecían el rostro y su boca grande tenía un gesto de arbitrariedad que atemorizaba a Andreas.

El novio, que se sentaba frente a Asta, era precisamente el caballero de pelo escaso, barba rala y rubia, hacia el que se dirigía la señorita Türkheimer cuando Andreas, nada más entrar, le pisó la cola. Hochstetten apoyaba en la sien una mano delgada, pálida y muy larga. Estaba sentado con expresión somnolienta, inclinado sobre la mesa y hablaba con su novia sin que su rostro se alterara. Las prominentes mandíbulas que le colgaban y una fina nariz curvada le daban enteramente un noble perfil de caballero. Siempre que se le veía, sus grandes y apagados ojos azules soñaban mirando al frente, quizás sólo a consecuencia de una anemia. Andreas acababa de llegar a esta conclusión, cuando en la mesa vecina, en la que se sentaba el abogado Goldherz, se oyó la siguiente observación: «¡Qué cansada raza!».

El joven admiró en silencio al gran abogado defensor. «¡Qué cansada raza!».

Estas palabras contenían toda la concepción científica, a la que Goldherz encontraba aplicación práctica con tanta frecuencia, y que en los juicios motivaba su superioridad sobre el fiscal.

Entretanto, Andreas había ido bebiendo más champagne del que deseaba. No sirvieron ninguna otra cosa más, pues Klempner ya le había explicado, que en un banquete tan rápido no valía la pena enfrascarse en un vino que requeriría esmero e inteligencia. Los pensamientos del joven comenzaron a vagar. De Asta, Hochstetten y el abogado Goldherz regresaron a la señora Türkheimer, cuando menos lo pensaba. Los suaves vapores del champagne ayudaron a su temperamento sanguíneo a vencer su timidez de novato, y, de repente, y para su propio asombro, se dijo a sí mismo con toda claridad que quería poseer a Adelheid. En ese momento no divisaba ningún obstáculo; pues con callada satisfacción imaginó la larga serie de amantes que ella debía de haber tenido antes de él. ¿No era entonces del todo natural, que ahora le tocara también a él? Un rato antes todo el mundo le había hecho notar con un repentino respeto, que la reina había dejado caer su panudo para él, el pobre paje. Por otra parte se encontraba en el momento más favorable que se pudiera pensar, justamente cuando Ratibohr acababa de abandonar a la dama cuarentona, dejándola inmersa en una solitaria tristeza. ¿Cuántos hombres dispuestos a consolarla podría encontrar todavía? Aceptar su favor era en realidad una tarea demasiado fácil y no demasiado merecedora de fama. Pero se podía admitir como primer peldaño de una ascensión mayor. Porque esto no era un idilio, y no se trataba de raptar a la esposa del cónsul general y llevarla a una isla de amor. Había que ser un joven moderno, del mismo modo que Asta, por ejemplo, era una joven moderna. Sí, también había que tener en cuenta a Asta en este asunto, y junto a ella a Türkheimer, al yerno, y quién sabe, quizás también los celos de otros aspirantes, la malevolencia de muchos, la opinión de toda una sociedad. Sobre todo, Asta le inspiraba un temor indefinido. Sin darse cuenta, Andreas había vuelto la cabeza ya varias veces hacia ella.

«Debería usted hacerle la corte a ella», dijo de repente Duschnitzki, que le

observaba inquisitivamente y con simpatía.

«¿A la señorita Asta? ¿Y por qué?», preguntó Andreas.

«Para conseguir de ella una neutralidad benévola».

«Muy cierto», observó Klempner. «¿No sabe usted que Asta considera a los amantes de su madre enemigos personales? A Ratibohr le jugó una mala pasada».

«¡Un carácter maligno, se lo digo yo!», exclamó Süß con voz quebrada por las lágrimas. El abundante champagne que había bebido le ponía blando y melancólico. Andreas preguntó: «¿Es que Asta tiene celos de su madre?».

«¡En absoluto! ¡Desprecia a la mamá!».

«¿Así que es una moralista?».

«Moralista por esnobismo», aclaró Klempner. «Asta siente la necesidad de mejorar su posición social. Si su madre tuviera a la vez tres viejos condes, no lo tomaría a mal. Pero, en cambio, tiene prejuicios hacia los jóvenes talentos».

Andreas pensó en Kaflisch y dijo declamando: «Precisamente es una mujer moderna, más intelectual que sensual».

«Moderna, sobre todo gastando dinero», repuso Duschnitzki. «Le cuesta tanto dinero a Türkheimer, como sus queridas».

«¡Y eso no debería hacerlo una hija!», añadió Süß muy afligido. Duschnitzki continuó: «¡Y encima, ella desprecia a Türkheimer y sus negocios, y se lo dice a cualquiera que quiera escucharlo!».

«¡La desgraciada! ¡Es una descastada!», gimió Süß.

«¡Se compra un nombre! ¿Qué valor tiene hoy en día un nombre tan desacreditado?».

«¡Obra maestra!», opinó Klempner. «¡La clase media alta ya se puede permitir ahora un barón y un consejero privado así, de nueva planta, desde que la nobleza se ha adherido al Liberalismo, que nosotros hemos rechazado!».

Cascaras, puros y cigarrillos se acumulaban sobre la mesa. Andreas, que necesitaba fuego, hizo que le pasaran el candelabro de plata. Éste constaba de una columna finamente cincelada, en la que se apoyaba Colombina, a quien besaba un caballero. Estaba también Pulcinella que sostenía un candelabro, empujándolo por el borde de la columna. Andreas veía el mundo de color de rosa y sentía deseos de entusiasmarse por alguna cosa, pero recordó a tiempo, que esto se consideraba inadecuado. Así, pues, dijo sencillamente: «¡Un trabajo bastante agradable!».

Duschnitzki lo confirmó: «¡Nada que objetar!».

Klempner comenzó en seguida a desarrollar su báquica elocuencia sobre el tema de la importancia que correspondía a la figura de Pulcinella en la historia de la Humanidad. Veía en él al modelo de criatura natural, considerada cómica, que se aproxima a las cosas sin prejuicios morales, dispuesto en su inocencia, tanto a la infamia como al heroísmo, y lo comparó con Parsifal y Sigfrido, que representaban el

mismo carácter, pero en su aspecto trágico. Su mirada se deslizó velada e insegura hacia Andreas, de pronto pareció haber descubierto algo y exclamó: «¡Usted, querido amigo, usted tiene realmente algo de eso!».

Andreas se sentía demasiado conciliador, como para detenerse en la pulla lanzada por Klempner. Preguntó: «¿Quién es el artista?».

Süss le informó con indignación sentimental.

«¡Pero hombre! ¿Es que viene usted de una zona donde no se conoce a Glaudius Mertens? ¡Mire hacia allá y sus ojos encontrarán a un gran hombre!».

Siguiendo esa dirección, Andreas descubrió a un caballero de anchos hombros, con un rostro placentero, barba rubia y corbata atada con descuido. Tenía las piernas cruzadas y sobre ellas descansaba una mano de aspecto tan excepcionalmente fuerte y dedos tan anchos que Andreas contempló dubitativo la frágil obra de arte que había ante él, sobre la mesa.

«¿Cómo lo habrá hecho?», se preguntó a sí mismo. En voz alta dijo: «¿Claudius Mertens? Jamás he oído ese nombre».

«Queda usted disculpado», aclaró Duschnitzki, «Claudius es casi desconocido fuera de cierto círculo, y en eso consiste su fama. No hace exposiciones y trabaja sólo para unas cuantas familias como los Türkheimer, que le pagan sumas enormes para que destruya los bocetos de sus obras».

«¡Qué extraño!», comentó Andreas.

«¡Eso es lo mejor!», gimió Süss. «¡Es un gran hombre!».

«¿Quiere ver el gabinete de Claudius?», preguntó Klempner a Andreas.

VI

Los medios por los que se llega a ser algo

Se empezaron a levantar de las mesas; el humo del tabaco comenzó a extenderse por la sala. Todo el mundo fumaba, en la mesa vecina la princesa Bouboukoff había vuelto a encender su cigarrillo en medio de los comentarios.

Duschnitzki y Süß se perdieron entre los invitados que regresaban por la galería de las escaleras hacia los salones. Klempner condujo a Andreas hacia un lado, en dirección a un pequeño gabinete de espejos. A través de una puerta de cristal se entraba al espacioso invernadero. La iluminación intermitente del lugar llenó de asombro a Andreas; contempló a las damas y caballeros, que con cables transportables en la mano, iban de un grupo de plantas a otro, encendiendo de vez en cuando la luz eléctrica. Sobre esbeltos pedestales, medio ocultos por flores inodoras, había bronce, terracotas y estatuillas de plata, que pertenecían a una misma familia de faunos enjutos y sáfides sonámbulas, de lascivos machos cabríos y muchachos de sonrisa enigmática.

Sobre los divanes, bajo las palmeras, un cierto número de caballeros ya maduros reposaban la comida, las galerías estaban llenas de damas con impertinentes. Los dos jóvenes, que se habían quedado apoyados en la entrada, podían contemplar las obras de arte en los espejos colocados por todas partes. Una frágil ninfa pequeña, que guardaba un remoto parecido con Werda Bieratz, se inclinaba sobre el manantial que fluía desde el pie de una palmera hacia una fuente cincelada. Trataba de rechazar los burlescos ataques de un Sileno marmóreo, cuya barriga y grosera sonrisa Andreas creyó haber visto ya durante la noche. Dos muchachos, dulces y tiernos como una Gracia, a la que no le está permitido vivir, bromeaban entre sí con inocencia, al mismo tiempo que mediante la ejecución de una necesidad privada se lanzaban agua del uno al otro extremo de la galería.

«¡Éste es el arte de Claudius Mertens!», exclamó Klempner con sombría solemnidad.

Andreas se concentró para ocultar la timidez que le inspiraban, no tanto las creaciones de Claudius Mertens, como las damas que le observaban con una experiencia tan libre de prejuicios.

«¿Y este artista no hace otro tipo de cosas?», preguntó.

Klempner sonrió dolorosamente.

«¡No juzgue mal a Claudius, también él es uno de esos a los que ha educado el mundo!», repuso, golpeándose el pecho.

«Puedo asegurarle que Claudius tuvo en sus años mozos unos bloques de mármol

entre las manos, con los que se habría contentado Michelangelo, cuando buscaba material suficiente para el monumento funerario de su señor. ¿Pero qué es lo que la sociedad moderna hace con tales soñadores? Cuando Claudius todavía era un esclavo del gran arte, vivía en una barraca de picapedrero y comía a base de pan duro. Pero desde que descubrió qué es lo que querían los adinerados amigos del arte, desde entonces recibe diez invitaciones a la semana, es recomendado de uno a otro, durante la comida recibe encargos, y gana dinero mientras hace la digestión».

Klempner había llegado al énfasis. «¡Nosotros los artistas deberíamos anunciar más que nadie la revolución con toque de campanas!», gritó tan fuerte, que dos banqueros calvos, que bostezaban uno junto al otro en un diván, levantaron la vista y haciendo guiños, miraron divertidos a los jóvenes.

Andreas no desconocía estas teorías, pero Klempner, que con toda seguridad no lo había dicho con mala intención, gritaba demasiado para el solemne silencio del gabinete de arte. Regresó con su acompañante de nuevo a la sala, que se volvía a llenar poco a poco. Las mesas habían sido retiradas, y un aire renovado y puro dejaba respirar a todos. Türkheimer, que entraba en ese momento, se acercó a un corro de gente que venteaba con las narices levantadas.

«Aire de montaña, ¿verdad?», dijo. «Todavía algo enrarecido, pero mejorará rápidamente».

Y explicó que había hecho instalar, tanto aquí como, hace ya tiempo, en los otros salones, algunos conductos de oxígeno.

«Un procedimiento técnico muy nuevo, la ciencia hace progresos colosales. Por apenas mil marcos tiene uno en casa toda la noche la más limpia cura climática de montaña».

«¡Aire por mil marcos!», exclamó Lizzi encantada.

«Para mí mil marcos no son más que aire, cuando se trata de deleitar a mis invitados», repuso Türkheimer con una galante inclinación.

Los invitados regresaban ahora en mayor número, y cuando la sala ya estaba tan llena que sólo se podía avanzar mediante hábiles virajes, se propagó el rumor de que se quería bailar. Un caballero pequeño y regordete, que surgió entonces de repente, se acercó, coleando sonriente y frotándose las manos, al piano colocado en una de las esquinas de la espaciosa sala y empezó en seguida a tocar un vals con energía.

Cuatro o cinco parejas comenzaron a girar bajo las arañas, donde, a base de dar pisotones a los que permanecían de pie alrededor, conquistaron poco a poco bastante espacio libre. En general, Andreas opinaba que en las verbenas de los pueblos cercanos a Gumplach bailaban mejor. Sin embargo, le llamaron la atención los graciosos movimientos de la joven que Kaflisch, el del *Correo Nocturno*, le había descrito como la esposa del señor Blosch. La veía bailar con su esposo y le causaba asombro cómo conseguía que éste, tan torpe, mantuviera el ritmo. Él tenía algo

bondadoso, y estaba claro que le alegraba resultarle agradable a su pareja. Realmente parecía que ella le acabara de conocer aquí hacía un rato, así de lejana y tímida resultaba con su sencillo pelo rubio ceniza y su vestidito demasiado ancho.

Andreas recordó que Kaflisch le había aconsejado que Klempner le contara algo sobre la señora Bloch. Klempner continuaba todavía lanzando discursos sobre arte y sociedad en relación con las obras de Claudius Mertens. Andreas le interrumpió con una pregunta: «El señor y la señora Bloch se casaron jóvenes, ¿verdad?».

La elocuencia de Klempner se centró con vehemencia en este nuevo capítulo.

«¿Porque bailan juntos? Ah, llegarán juntos a ser octogenarios y nunca parecerá que llevan más de cuatro semanas casados. ¿Quiere que le diga qué es el matrimonio Bloch? Pues bien, es una violeta entre amapolas, un idilio en una sala del tribunal. ¿Sabe usted quién es Bloch?».

Andreas dijo que no.

«No se lo tome usted a mal, pero carece usted de nociones fundamentales. Bloch es uno de los más afamados especuladores de Bolsa, es la persona maldita de Türkheimer. Él se encarga de los asuntos sucios, que la elegante y antigua familia Türkheimer no podría llevar por sí misma sin riesgo de escándalo. Türkheimer aprecia tanto la discreción de Bloch que le paga alrededor de cincuenta mil marcos al año. ¿Le atribuiría usted ahora a Bloch eso que se llama un corazón piadoso? ¡Escuche!».

»Hace aproximadamente cinco años, Türkheimer quiso liquidar asuntos con una de sus víctimas en alguna parte de la provincia, y envió a Bloch. Se trataba de un pequeño industrial que se había alegrado como un niño de poder participar junto al famoso Banco Türkheimer en un negocio de especulación del suelo. Para no desaprovechar tan gran oportunidad, aquel hombre había ido gravando su fábrica con hipotecas, había pagado ya la mitad de su participación en los terrenos y el resto lo había recibido en forma de créditos de parte de Türkheimer. Los terrenos subieron y Türkheimer se apresuró a cancelar el crédito de su socio. Sólo necesitaba ya aguardar a la liquidación y comprarle al hombre su participación en los terrenos por cuatro perras. El negocio estaba tan claro, que se podía ultimar dentro de la mayor amistad. Así, pues, Bloch llega allí con las mejores intenciones, se prepara para una reunión de fieles creyentes y no objeta nada a un arreglo amistoso, siempre, claro está, que los terrenos pasen a propiedad de Türkheimer. En vez de eso, se entera de que el hombre ha entablado pleito de verdad, pero, se lo digo yo, un pleito tan honrado que parece increíble. Era conmovedor, había empeñado hasta las joyas de su hija.

»¿Quién sabe si de algún modo a Bloch no le conmovió, en su fuero interno, la entrevista con el hombre? Pero yo conozco desde hace más tiempo que usted al siniestro clan de los hombres de negocios y le aseguro que la bondad de esa gente está tan entremezclada con sus instintos depredadores, como su general estupidez

humana con su agudeza comercial. Sólo una vez en la vida puede un Bloch cometer una necedad sentimental, y como un Bloch siempre tiene suerte, también eso le sale bien.

»En resumen, cuando Bloch abandona a su víctima tras la entrevista aquella que tanto le había desconcertado, ve en el vestíbulo, en el que apenas quedan ya muebles, a la hija sentada junto a la ventana. Al momento se dirige de nuevo al que estaba en bancarrota, se estira el bigote y dice con cierta timidez:

«“Señor Müller, lamento resultarle pesado, pero tengo que decirle algo, que me haría usted feliz si me quisiera conceder la mano de su hija”.

»El hombre arruinado, que, de repente, ve caer del cielo un millonario para su hija, se lleva las manos a la frente, las lágrimas acuden a sus ojos y cae de rodillas ante su salvador. ¡Imagínese esa escena en un teatro! Exquisito, ¿verdad?».

«¡Asombroso!», dijo Andreas.

«Y debe usted saber que la intención manifiesta de Türkheimer era casar a Bloch con Asta e introducirle en la compañía».

«¡Asombroso!», repitió Andreas. «¿Y es feliz Bloch con su mujer?», preguntó.

«¡Más aún!», dijo Klempner, «todavía no la ha engañado nunca. Ya le digo, un matrimonio ejemplar, que sólo se da en círculos, en los que el matrimonio tiene realmente el valor de una institución ancestral».

Andreas habría dejado con gusto que Klempner continuara hablando durante más tiempo. Desde el dintel donde se encontraban miró con un miedo indefinido hacia el salón de baile. Tenía la sensación de que allí le acechaba un peligro que podía poner en cuestión todo el éxito obtenido durante la noche.

«Si se me obligara a sacar a alguna de todas esas jóvenes deseosas de bailar», se decía a sí mismo, «¿qué haría con ellas?, ¿qué ocurriría entonces?».

Las más delgadas de las muchachas no iban apenas escotadas, las más gordas, en cambio, lucían escotes bastante más amplios. Sus rostros eran en su mayoría descarados, su sonrisa, no siempre resultaba simpática, pero, sin excepción era bastante desenvuelta. Andreas las encontraba pretenciosas como princesas y de espíritu tan crítico como golfillos. ¡Había que ver con qué desvergüenza se reía aquella insignificante criatura en la cara del caballero grueso, de aspecto próspero y piernas en equis!

Andreas experimentaba la sensación de que no tenía nada que buscar entre aquellas jóvenes. Las vio reírse abiertamente de los hombres, sentadas en una fila irisada, y las llamó «pavas». Pero le resultaban criaturas inquietantes. Si de algún modo labrase aquí su suerte alguna vez, sólo podría ser con la ayuda de mujeres maduras a las que una experiencia más rica había hecho bondadosas y tolerantes y que sabían apreciar la confiada abnegación de un joven. «Soy demasiado ingenuo para una muchacha joven», reflexionó Andreas categóricamente.

Recordó la comprensiva sonrisa de Adelheid cuando ella le dijo que se sentiría en Berlín como en el extranjero.

Türkheimer, que procuraba una compañera de baile a cada joven que se arriesgara a avanzar, le llenó de preocupación. Por suerte desapareció con unos cuantos caballeros en la habitación vecina. Andreas ya estaba pensando en esquivar todos los posibles incidentes y abandonar en silencio la reunión, pero en ese momento, la señora de la casa, pasó muy cerca de él, hacia unas cuantas damas mayores que le habían llamado. Su forma de andar, orgullosa y balanceándose, le gustó más todavía que su cansada laxitud en el sillón donde la había visto al principio. Su pecho y su perfecto talle redondo quedaban ahora más realzados, y el porte de la cabeza con el pesado yelmo de cabello negro descansando sobre la estrecha frente, le resultó francamente fascinante a pesar de su cuello demasiado corto. Se inclinó lleno de profundo respeto.

«¡Aquí está usted de nuevo, señor Zumsee!», dijo ella; fugaz y como por casualidad se detuvo ante él.

Klempner, que todavía estaba hablando, interrumpió la frase a mitad. Le hablaba a un joven que pasaba, y se alejó con una discreción que se esforzó en hacer notar.

Andreas observó que la señora Türkheimer había retenido su nombre.

«¿Todavía no ha bailado?», le preguntó ella.

«Todavía no, señora».

«¡Estos jóvenes! ¿Y por qué no?».

Andreas intentó de nuevo mirarle a los ojos como antes, pero se puso rojo. Qué estupidez inventarse una mentira que ella debía haber oído ya cien veces de boca de otros. ¿No causaría una impresión más favorable, si admitiera con toda sencillez: soy tímido?

«Se va a reír usted de mí», comenzó a decir.

«¿Por qué?».

La señora Türkheimer sonreía animándole.

«Pues es que todavía no he bailado nunca en Berlín», dijo Andreas con firme resolución, «y debe usted saber, señora, que todavía no he cruzado dos palabras con ninguna joven berlinesa».

Sintió el leve golpe de un abanico en el brazo.

«¡Tiene usted miedo, confíéselo!», dijo Adelheid.

«¿Acaso hay algo que confesar?», aclaró suspirando.

«¿Puede usted imaginarse, qué tendría yo que decirle a una de esas jóvenes damas, después de haber tenido la gran suerte de merecer de usted, señora, palabras tan bondadosas?».

Ella sonrió de nuevo, algo pensativa. El pequeño discurso del joven, que esta vez era improvisado, parecía resultarle nuevamente fuera de lo corriente y no del todo

malo. Su abanico se había elevado de nuevo para darle otro golpecito, pero volvió a bajar. Le hizo con la cabeza un gesto rápido y amable y dijo, mientras continuaba andando:

«¡Que se divierta! ¡Hasta la vista!».

Kaflisch, el del *Correo Nocturno*, que, de repente, resultó estar junto a Andreas y que le tendía una mano con un elegante gesto arqueado, tenía que haber presenciado la escena. Acercó su rostro de viva sonrisa irónica a la nariz de Andreas para decirle: «¡Está usted hecho un galanteador!».

«Aún hay más ojos bellos que le aguardan», añadió, al tiempo que tomaba el brazo del joven. «Tengo que presentarle a la señora Mohr; me ha preguntado por usted».

Antes de que Andreas pudiera resistirse, se encontró frente a una bonita mujer, que estaba reclinada en un sofá bajo entre las madres de las participantes en el baile. Iba vestida de seda de color violeta oscuro que también habría sentado bien a una dama de mayor edad. Su espeso pelo negro estaba peinado con sencillez. No sostenía impertinentes en la mano, cosa que tranquilizó a Andreas, y ella respondió a su inclinación con una sonrisa encantadoramente bondadosa, casi maternal. Su persona traslucía una paz fuera de lo corriente, limpia de coqueterías y pasiones. Ofrecía la estampa de una mujer respetable, que va a entrar en cierta edad.

«Ah, señor Zumsee», dijo la dama, «tengo que darle las gracias, me ha deparado usted una hora muy agradable. Su colaboración en *Tiempo Nuevo...*».

Andreas no creía lo que estaba oyendo, la señora Mohr había leído su poema en el suplemento del *Correo Nocturno*. ¿O quizá sólo era que Kaflisch, que sonreía tan detestable e irónicamente, la había informado? Aquí nunca sabía uno qué creer. Balbució algunas palabras de agradecimiento. Junto a ellos, varias parejas empezaron a bailar el vals. Andreas se sintió obligado a invitar a la señora Mohr.

«En realidad, yo no bailo», repuso ella, al tiempo que se levantaba.

Andreas creía ser un bailarín bastante bueno, pero se encontraba en terreno extraño. El parqué resbalaba demasiado y la cola era excesivamente larga. Cuando condujo de nuevo a su pareja al sitio, se sentía avergonzado. En las dos vueltas realizadas bajo las arañas, había perdido el ritmo tres veces. Sin embargo, y para su asombro, la señora Mohr continuaba muy amable. Andreas no se pudo despedir, hasta que otra dama entabló conversación con ella.

Kaflisch, que le había estado esperando, volvió a apoderarse de él. Como Andreas había alcanzado de repente algún tipo de notoriedad, Kaflisch utilizaba con gusto su antigua amistad para exhibirse con él.

«¿Qué quería la señora Mohr?», preguntó Andreas sin pensarlo. La halagadora conducta de la bella mujer le inquietaba profundamente. Se sentía solicitado y creía que no debía prodigar sus favores. La señora Türkheimer tenía que conservar la

seguridad de que ella era la única a la que él deseaba cortejar.

Kaflisch se sonrió con ironía. «¿Cree que eso va por usted? No tenga miedo, amigo mío. La Mohr sólo hace la corte a la hermosa señora de la casa. Usted es el nuevo favorito, así que la señora Mohr tiene que ser su amiga».

«¿Y por qué?», preguntó Andreas, un tanto desengañado.

«Ella es una mujer tolerante, ¿sabe usted? No toma a mal las debilidades de Adelheid. Entre unas mujeres, que tienen cada una sus debilidades, eso pasa a veces. Se establece un consorcio a base de un seguro recíproco de buena fama. ¿Me comprende usted, caballero?».

«La señora Mohr causa una impresión tan decente...», observó Andreas. Kaflisch aclaró: «Y lo es. Y también siente una pasión expresa por la respetabilidad, ¡si no necesitara dinero! Mire usted, entre todos los que deambulan por aquí, no hay absolutamente nadie que pueda decir nada en su perjuicio. Lo que ella necesita, lo toma de otros círculos, de nobles extranjeros o caballeros de la corte, ¿sabe usted? Luego, cuando viene aquí, se encuentra en un mundo diferente del todo. Aquí exhibe tal cantidad de honestidad, que incluso podría darnos a todos una parte».

«Extraña pasión», comentó Andreas.

«No es tan malo», aseguró Kaflisch. «Se mantiene junto a Adelheid, porque ésta, claro está, es demasiado rica para reírse de ella».

Andreas dudaba.

«Me parece un esfuerzo del todo inútil», observó.

«¡Joven!», exclamó Kaflisch con solemnidad. «¡Usted no conoce la fuerza de voluntad de ciertas mujeres! Ésta de la que hablamos, quiere pasar por respetable, y sabe conseguir que cualquiera que conozca exactamente su modo de vida, se conduzca como si creyera en su virtud. En realidad, eso supone un mérito enorme para una mujer así, ¿sabe usted?, y lo hace sin ningún beneficio, sólo por honor. Imita la virtud, como otras imitan el vicio».

«¿También hay de eso?», preguntó Andreas.

«¡Pues claro! Conocerá en esta casa a la señora Pimbusch».

«¿La esposa del gran fabricante de aguardiente?».

«La esposa del señor feudal del ron. Ya verá usted, entonces, qué aspecto tiene el vicio. ¡Pero no se queme usted los dedos, se lo aconsejo! Ella es inocente, ni siquiera se ha dejado arrebatar su inocencia por Pimbusch. Por lo demás, tampoco él debe ser ni siquiera capaz de ello».

«Debe aburrirse mucho una mujer, cuando se rebaja a tales cosas», opinó Andreas. Kaflisch se encogió de hombros.

«¿Y qué quiere usted? Tenemos nervios. ¡Cansada raza!, como dice Goldherz. ¡Vieja cultura! ¡Dios, estamos cansados!».

Kaflisch intentó hundir mucho los hombros. Curvó las comisuras de la boca hacia

abajo y empezó a contemplar el infinito con mirada opaca. Andreas temió que pudieran reconocer la imitación del barón de Hochstetten. Intentó arrastrar a Kaflisch, pero éste continuó inmóvil. Se encontraban junto a la puerta tras la que el señor de la casa había desaparecido antes con otros invitados. Kaflisch realizó un movimiento de brazo, como si reanudara una apasionada conversación.

«¿Sabe usted qué?», dijo en voz baja. «Aquí al lado están jugando. ¡Vamos a mirar!».

Empujó a Andreas a toda prisa hacia delante a través del dintel y se apresuró a correr la cortina tras ellos.

Atravesaron un gabinete de espejos muy parecido al que servía de vestíbulo al museo de Claudius Mertens. Luego entraron a un segundo aposento, que estaba vacío en sus dos terceras partes. En los divanes, junto a la pared, dormitaban dos o tres ancianos caballeros; por el contrario, un gran número de invitados se apiñaba en torno a una barandilla circular, que rodeaba a poca distancia la mesa de juego, también circular. Andreas reparó en una ruleta horizontal muy ingeniosa que había sobre la mesa, y cuyos radios estaban marcados con caballitos de marfil. Sobre ellos se sentaban pequeñas amazonas de plata con incrustaciones de nácar, la mayoría en posturas muy íntimas. Sólo Claudius Mertens podía haberlas creado.

«¿Ha jugado usted ya?», preguntó Kaflisch.

Andreas tenía ganas de mentir, pero temía ser descubierto.

«No», dijo.

Kaflisch levantó la voz de repente, y gritó estridente y triunfalmente hacia la silenciosa reunión: «Caballeros, ¡no pueden imaginárselo! ¡He aquí un caballero que jamás ha jugado!».

Un murmullo que Andreas no comprendía se extendió por las filas de invitados. Un hombre largo y enjuto se dirigió al punto hacia él y le tocó el brazo a Andreas con una mano que temblaba levemente.

«Si me permite la pregunta, ¿cuántos años tiene usted, caballero?», inquirió amable.

«Veintitrés», repuso Andreas con igual amabilidad.

«¡Apuesto al cinco!», gritó el hombre delgado, sin ni siquiera darle las gracias a Andreas, a la cara gruesa de un gordo de pelo blanco que estaba tras la barandilla, y que, tomando el dinero del hombre delgado, le tendió varias tiras de papel.

El grupo de jugadores comenzó a murmurar que no constituía ningún mérito ganar, cuando se tenía enfrente a un novato. La partida quedaba anulada, pidieron que se les devolvieran sus apuestas. Pero el caballero gordo y pálido protestó enérgicamente. «¡Listo!», exclamó, disponiéndose a girar la ruleta. Quisieron impedirselo; Türkheimer, que se encontraba entre los que se habían excitado, procuró calmarlos con amabilidad.

«¡Ante todo, orden, señores míos!».

«*Voyons, messieurs!*», dijo también el jefe de redacción doctor Bediener, volviéndose hacia el caballero que estaba tras la barandilla.

«¡Señor Stiebitz, un momento, por favor!».

«¿No quiere usted apostar?», le preguntó a Andreas.

«¡Naturalmente, apueste!», dijo Türkheimer, inclinándole la cabeza al joven con benevolencia.

«Apueste usted, señor, señor... er...».

«Zumsee», completó Andreas.

«¡Cinco!», pidió entonces en voz alta, tal como lo había oído del hombre delgado.

«¿Cuánto?», preguntó el señor Stiebitz. Andreas vio sobre el tapete verde de la barandilla, montones enteros de oro apilados ante los jugadores y se sintió un poco inquieto. Ya temía haber dudado, y metió la mano en el bolsillo rápidamente, pero con toda la calma que le era posible. Abrió el monedero sin sacarlo, porque lo consideraba más elegante, y tiró al tapete verde con descuido las dos monedas de veinte marcos que había contenido el monedero.

Stiebitz le dio dos números, luego, la ruleta zumbó en medio de un silencio general. Andreas se dejó hipnotizar por el anillo giratorio, en el que al principio se había borrado todo. Poco a poco fueron distinguiéndose cada uno de los caballitos. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que la ruleta se paró. Los jugadores se inclinaron sobre la barandilla y entremezclaron sus exclamaciones.

«¡El cinco gana!», dijo Stiebitz tranquilo.

Comenzó a repartir las ganancias y colocó doscientos ochenta marcos delante de Andreas.

Andreas miró con rapidez el dinero sin tocarlo. Temía sonrojarse de alegría y dirigió la vista, todo lo impasible que pudo, hacia el quinto caballito, detenido en la meta. La dama de plata que se sentaba sobre él y que con su postura faltaba a la decencia más de lo que se creía, parecía sonreírle, animándole. Oyó exclamar a un jugador que había ganado: «Bueno, ¿y por qué va tan aprisa?».

«¡Pschtt...! ¡No lo eche a perder!», le advirtió el caballero delgado, de quien se sentía deudor Andreas, porque había mencionado el cinco antes que él.

Sólo se oía tintinear el dinero que andaba removiendo el señor Stiebitz. Éste se volvió hacia los jugadores que estaban más cerca.

«¡Yo paso!», le gritaron, cortante y lacónicamente uno tras otro, como una ráfaga de ametralladora. Cuando Stiebitz llegó ante Andreas, éste sintió todas las miradas centradas en él.

«Esta gente es supersticiosa», se dijo Andreas, mientras miraba a Stiebitz con calma.

«La ruleta puede detenerse en cualquier sitio. ¿Qué objeto tiene escoger un

número especial? Con el cinco he tenido suerte».

«¡Al cinco!», dijo, empujando hacia Stiebitz los doscientos ochenta marcos que había ante él.

Un breve movimiento titubeante se propagó por la reunión, luego, las exclamaciones se confundieron: «¡Cinco!».

Cuando Stiebitz ya había reunido todas las apuestas, Türkheimer, sonriendo tranquilo pidió: «¡Al siete!».

«¡Al cinco!», dijo al momento un caballero de bonita barba negra que se acercaba. Andreas reconoció a Liebling, el sionista.

De nuevo el anillo giratorio, del que, poco a poco, iban emergiendo los caballitos. Cuando la ruleta se paró, todos se inclinaron otra vez ávidos sobre la barandilla.

«¡El cinco gana!».

Esta vez no hubo discusión, todos, excepto Türkheimer, habían ganado. Stiebitz repartió las ganancias. Colocó ante Andreas un billete de mil marcos, uno de quinientos, cuatro de cien y tres monedas de veinte. A Andreas le pareció que el grueso rostro de Stiebitz coronado por un pelo blanco, se estremecía visiblemente.

Türkheimer se acercó al joven y le tendió una mano, mientras que con la otra se rascaba complacido sus pelirrojas patillas teñidas.

«Me resulta una verdadera satisfacción perder mi dinero con usted», dijo. «Toda la noche estoy manteniendo el siete, tiene que salir alguna vez».

Andreas apenas pudo darle las gracias. Cambió la vista furtivo y con secreta inquietud de Stiebitz al dinero ganado, que contó: mil novecientos sesenta marcos, y luego de nuevo a Stiebitz, que esta vez se acercó directamente a él.

¿Qué debía decirle? «No se puede ganar por tercera vez», pensó, mientras que la posesión de tanto dinero y el miedo a perderlo le provocaban palpitaciones. Contuvo el aliento y levantó la mano con un movimiento tan lento y frío como le era posible, para empujar otra vez hacia Stiebitz toda la suma. Pero durante el segundo en que su mano se acercaba a la barandilla, su cerebro trabajó con inaudita velocidad.

¿Tenía que hacerlo? Seguramente era poco elegante, meterse en seguida lo ganado en el bolsillo y alejarse de allí. Ello podía causarle problemas aquí o bien anular su prestigio. Todos se pondrían alertas. Así que tenía que hacerlo.

¿Pero todo el dinero? ¡Tonterías! De repente le invadió una gran sobriedad, la sobriedad heredada de su familia se impuso a tiempo, la sobriedad de su padre, del cultivador de viñas, que miraba y remiraba cada céntimo antes de gastárselo, y que se alegraba de que las cepas, que él había cuidado como a lactantes, produjeran una buena cosecha cada siete años. Apostar a un número dos mil marcos de un dinero bien ganado, era tirarlo por la ventana. ¡Que los berlineses fueran así de estúpidos si querían! En esos momentos les desaparecía toda consideración comercial. Antes de que Andreas hubiera completado su tranquilo movimiento y hubiera tocado los

billetes del banco, ya había decidido no sacrificar más que el billete de quinientos marcos. Sin embargo, cogió sólo tres billetes de cien y se los tendió a Stiebitz.

¿Habría estado dudando? No, nadie hacía ningún gesto irónico, pero todos estaban en tensión.

«¿Juega usted?», preguntó Stiebitz.

«Al cinco», dijo Andreas, sin reflexionar. El juego ya no le preocupaba, los trescientos marcos estaban perdidos, un sacrificio honorífico, que sólo debía servir para facilitarle una correcta terminación del juego.

Esta vez los jugadores se indignaron con el novato, encontraban excesiva su osadía. Se oyeron dudas sarcásticas: «¿Y con ese anzuelo quiere ir a pescar?».

El caballero largo y enjuto se encogió de hombros misteriosamente, pero pidió el cinco a pesar de todo. En esta ocasión le siguieron pocos.

Salió el siete. Andreas se metió con calma las restantes ganancias en el bolsillo del pantalón, irguió la cabeza y lanzó una ojeada alrededor, decidido a mirar con fijeza a los ojos a todo aquel que se atreviera a sonreír. Pero, por el contrario, su conducta parecía haber provocado algo así como admiración. Cuando se apartó de la barandilla, el caballero enjuto, que había perdido pero seguía jugando, le siguió envidioso con la vista, parpadeando.

«¡Bravo!», oyó decir a alguien tras él. Divisó a Türkheimer, que por fin había ganado, y que de nuevo, como al principio de la noche parecía invitarle a saludar. Intercambiaron corteses inclinaciones.

Cuando Andreas ya estaba cogiendo el pomo de la puerta, sintió una mano sobre su hombro. El señor Liebling le miraba serio y solemne a los ojos y su negra barba temblaba un poco antes de decir: «No me considere usted impertinente, mi querido señor, señor... er».

«Zumsee», completó Andreas.

«No me considere usted impertinente si le digo: ¡No vuelva a jugar jamás! Esta advertencia podía haber preservado a algunos de daños mayores, si se les hubiera hecho a tiempo. Usted habrá notado, desde luego, que al novato se le atribuye una suerte especial. ¡Qué estúpida superstición!».

«También tú te has aprovechado un poco de eso», pensó Andreas.

«Reconozco que hay que jugar al menos una vez», dijo Liebling con suavidad. «Pero jamás una segunda vez. Aquí comienza ya el pecado», añadió con energía, al tiempo que estrechaba, cálida y fuertemente, la mano del joven.

Antes de que Andreas dejara caer la cortina de la puerta tras de sí, oyó unas cuantas voces.

«¡Oíd, ése no hace falta que se esfuerce!».

«¡Ese muchacho posee los medios con los que se llega a ser algo!».

«¿Y por qué iba yo a habituarme al juego?», se dijo Andreas, mientras paseaba

por el salón de baile. «¿Considerarán que el juego es una pasión? No comprendo por qué iba a arriesgar yo mi dinero, mientras tenga suficiente. Cuando se acabe, entonces ya veremos».

Dejó resbalar la mirada por los grupos de damas sin encontrar a la señora Türkheimer. Luego salió a la galería, y secreta, muy secretamente, sacó su reloj de plata. Pasaba un poco más de las tres.

Despacio, bajó al vestíbulo. No tenía ya por qué preocuparse de su parte, como antes, hace cinco horas, cuando subía estos mismos escalones. Sus sentidos estaban libres, examinó su gesto en los pulimentados espejos que llegaban hasta el techo y comprobó que era el gesto de un triunfador. Ahora podía deleitarse con el perfume y la visión de los altos ramos de heliotropos, orquídeas y los cactus purpúreos, que se alzaban junto al pasamanos a través del hierro forjado, a lo largo de los escalones, y que transformaban la amplia escalera en un jardín colgante. En los descansillos había banquetas para descansar, que llevaban el escudo de la casa repujado en cuero: un turco blandiendo un sable. Andreas se sentó un momento y vio pasar como una exhalación a dos damas que abandonaban el baile. Siguió con la mirada el brillo de sus brillantes y los irisados reflejos de la luz que se filtraba por el entramado de hojas sobre el satén de sus vestidos, y se dijo en voz baja: «¡Os poseo!». Por lo demás tampoco él sabía exactamente qué es lo que quería decir con tan grandes palabras.

Mientras continuaba su camino se fue planteando consideraciones más razonables. En una casa berlinesa así se podía vivir en una sola noche todo un cúmulo de cosas. Se alejaba, siendo diferente, a cuando entró, enriquecido por muchas experiencias y conocimientos, que tampoco había pagado demasiado caros. Se había precipitado con Lizzi Laffé en una situación inadecuada, y había pisado la cola de Asta Türkheimer. Cosa extraña, ambas se le aparecían como enemigas. Además, también había provocado en las conversaciones con gente joven ciertos penosos silencios, y había sentido miedo ante las muchachas. Ésta era la parte negativa de sus resultados. La positiva consistía en que había sido bien tratado por la señora Türkheimer, tan bien, que había dado que pensar a muchos y que no se podía saber en qué desembocaría.

«Desde luego, he tenido suerte», se dijo Andreas, «pero si yo no fuera, también, precavido y reflexivo, y si no supiera lo que quiero, ¿lo habría conseguido entonces?».

Y tocó con la mano el billete de mil marcos.

Abajo en el guardarropa, varios lacayos adormilados se levantaron de un salto. Andreas podía equivocarse, pero le pareció observar que en esta ocasión le trataban con un cierto respeto. ¿Tal vez es que tenían experiencia en reconocer al ganador?

Con indiferencia dio una moneda de dos coronas al que le colocaba el abrigo de paño, mientras lamentaba para sí no llevar una moneda de cinco marcos.

Cuando se encontraba bajo el portal, alguien gritó tras él: «¡Usted, caballero, oígal!».

Kaflisch, el del *Correo Nocturno*, se le acercaba a paso rápido sonriendo y haciendo señas. Deslizó su brazo bajo el del joven.

«¿Ya se va usted a casa?», gritó. «Yo también, esto es lo que se llama una suerte encantadora. Deliciosa noche de verano, ¿verdad? Veinte grados como máximo. ¿Tomamos un coche?».

A lo largo de toda la calle Hildebrandt la nieve relucía bajo las luces de los coches, colocados en doble fila desde una tela metálica hasta otra. La mayoría eran carruajes señoriales. Cuando hubieron encontrado al final de todos un coche de punto de primera clase, libre, Kaflisch preguntó: «¿Dónde vive usted?».

Andreas, lleno de ira, dio al cochero su modesta dirección, que ahora le resultaba en aguda contradicción con su posición social. El periodista tomó un cigarrillo de Andreas. Mientras lo encendía, inquirió: «Bien, ¿y cómo le caen los Türkheimer?».

«Una familia bastante agradable», comentó Andreas.

«¿Verdad que sí? Se come, se juega y no se aburre uno más que lo absolutamente necesario. Sin formulismos, con la puerta abierta desde el pasillo, eso es lo principal. Lo demás, da igual».

¿Cómo? iba a preguntar Andreas, pero lo pensó mejor. Volvió a recordar lo que había decidido sobre su relación con Adelheid. No había que raptar a la señora Türkheimer para llevarla a una isla de amor. Sería difícil sacarla de los alrededores del jardín zoológico, había que conocer perfectamente el terreno. Andreas tomó en cuenta incluso su posición en la casa, que le imponía ciertos derechos y deberes. Y con todo, apenas sabía todavía qué clase de casa era aquélla.

«Türkheimer debe tener una cantidad escalofriante de dinero», observó. Kaflisch estaba envuelto en nubes de humo.

«Sí..., le va bien», dijo. «Lo que no le ha entregado al gobierno de Puerto Vergogna, se lo ha quedado».

«¿Puerto Vergogna?», preguntó Andreas.

«¡Santa inocencia! ¿Me permite un favor? En la próxima ocasión le contaré a Türkheimer que usted no conoce su negocio con Puerto Vergogna. Le hará muchísima ilusión, pues todavía no ha encontrado a nadie así».

«Naturalmente», mintió Andreas, «he oído algo al respecto. Pero no he captado del todo bien los detalles».

«Tampoco es tan fácil como usted cree. Algunos no lo captan jamás. Ocurre que Türkheimer es un gran hombre, eso es todo. Imagínese, Türkheimer acuerda con el presidente o dictador de la República Puerto Vergogna, que, por lo demás debe de ser un presidiario fugado, agraciado al bello y cálido paisito con trenes. El presidente hace de Türkheimer su cónsul general y le otorga la concesión de emitir acciones. Éstas no

fueron admitidas en la cotización de Berlín. (Türkheimer no tenía todavía a Hochstetten como yerno. ¡Es curioso lo lejos que hemos llegado en la protección de los tontos!). Pero en Viena, el gobierno se avino a razones. Claro, Alemania era el principal cliente de las *stradas ferradas* de Puerto Vergogna. El público alemán siente una conmovedora preferencia por los valores de nombre sonoro. Parece incluso que las primeras primas y valores fueron financiados por aquella república tropical. Pero cuando el presidente vio que no iba a recibir ni un fénig del producto de la emisión, valorada en setenta millones, se dio cuenta de que Türkheimer estaba también por encima de presidiarios experimentados y rechazó su participación. Ya no encontraba necesarios los trenes para el progreso económico y moral de su país, se demostró que Puerto Vergogna se encontraba en completa bancarrota para ello, cosa que seguramente Türkheimer no podía remediar, y el Imperio alemán se dedicó desde entonces a cursar reclamaciones contra la república. Parece que luego también fue enviado un crucero en seguida, siguiendo el criterio de los acreedores alemanes, para mostrar al mundo lo lejos que llega el fuerte abrazo de Alemania. ¿Me comprende usted, caballero?».

«Así que setenta millones», dijo Andreas pensativo.

«¿Verdad que sí?», exclamó Kaflisch entusiasmado. «¡Qué gran hombre! Siempre lo he dicho, para nosotros, los modernos literatos, no hay nada superior al genio de acción. ¡Napoleón, Bismarck, Türkheimer!».

Pidió un segundo cigarrillo y se sumió en el mutismo. Los pensamientos de Andreas, algo cansados, se detuvieron en la última palabra de Kaflisch. De modo que este hombre descubría en ocasiones algo así como un ideal literario dentro de sí. Bueno, también los de la tertulia del Café Hurra lo habían tenido, antes de ponerse al servicio de algún Jekuser, y casualmente, salía a relucir hacia las tres de la noche, cuando podían beber gratis. Andreas descansaba de todas las emociones de la noche inmerso en la superioridad del poeta libre sobre los escritores a sueldo.

Kaflisch limpió los cristales; el coche torció hacia la calle Linien.

«Tengo que regresar», observó. «Yo vivo en la calle Albrecht».

«¡Es fabulosa», comenzó de nuevo, «la suerte que ha tenido usted esta noche! Se ha embolsado usted un buen pellizco, y yo he tenido la amabilidad de mostrarle el local de juego. Por mi parte, me alegro, desde luego. Entre colegas se suelen hacer favores de este tipo, sin reclamar tantos por ciento. A propósito, ¿me podría usted prestar cien marcos hasta el día uno? Si supiera lo miserablemente que paga el Jekuser... No hace falta ni que le diga, que desde hace seis años que me estoy quedando sin uñas de tanto escribir, sólo cobro diez fénigs por liniecita. ¡Y hasta me descuenta los espacios en blanco!».

Andreas se echó la mano al bolsillo, antes de que Kaflisch acabara de hablar. Tendió el billete a su vecino, que dejó transcurrir unos instantes, antes de darle las

gracias. Tal vez esperaba recibir sólo veinte marcos.

El coche se detuvo y Andreas se despidió. Cuando ya había cerrado la portezuela tras sí, Kaflisch bajó el cristal y le gritó: «¡Usted! ¡Espere! El dinero que llevo suelto no me alcanza. ¿Pagará usted al cochero?».

VII

Un ardid

Los pensamientos, con los que se despertó Andreas hacia mediodía, se referían al sastre Behrendt de la calle Mohren. ¿Debía ir? En ese caso, aceptaba el regalo de una dama, con la circunstancia agravante, de que él consideraba a esta dama como su futura amante. Lo especialmente grave era que todos parecían conocer el truco de Adelheid y el sastre. ¿Era necesario que la historia fuese cierta? Casi tenía derecho a no creérsela. Y, por otra parte, si él pagaba el monto de la factura no estaba obligado de ningún modo a preocuparse de si su sastre percibía más dinero de otra parte, por ejemplo, de la señora del cónsul general Türkheimer. Además, no había nada que discutir al respecto, se trataba de un paso necesario para su carrera. Aquél que quisiera alcanzar un objetivo, debía también querer los medios.

Sólo cuando hubo solucionado estos escrúpulos, sacó las ganancias del día anterior del bolsillo de su pantalón de frac. Extendió los billetes de banco sobre la mesa e hizo tintinear las monedas. Pero al poco rato lo recogió todo de nuevo, metiéndoselo con descuido en la chaqueta. Porque se dijo que la posesión de este dinero era algo del todo natural, que le correspondía desde hace mucho tiempo, y que no debía ponerle nervioso. La vida para la que había nacido, acababa de empezar.

Cuando ya iba a salir, un lacayo le trajo la tarjeta de la señora Türkheimer. Iba dirigida al señor Behrendt, de la calle Mohren. «¿Ya?», pensó Andreas. ¡No podía ir más de prisa! Silbando, bajó los cuatro tramos de la escalera, hizo señas a un coche de punto de primera clase y se apeó en «Unter den Linden». En la esquina de la calle Friedrich se compró una corbata de siete marcos, que se colocó en seguida, un par de guantes amarillos, un sombrero y un pañuelo de batista. Estas adquisiciones provisionales le animaron a almorzar en «Aimé». Pidió ostras y una botella de Chablis, en recuerdo de la cena en casa de los Türkheimer.

Después paseó, fumando un puro, hacia la calle Dorotheen. Kopf le recibió con curiosidad.

«¿Y bien? ¿Está usted contento?».

«Pst, me va bien», repuso Andreas con orgullosa modestia. «He ganado dos mil marcos, y espero poder decirle en seguida, por propia experiencia, qué clase de camiones usa la señora Türkheimer».

«Avanza usted con mucha audacia...», observó Kopf con su ambiguo guiño de ojos.

«¿Quiere pruebas?», preguntó Andreas. Se había picado y ya se llevaba la mano al bolsillo de la chaqueta. Finalmente consideró que la tarjeta de visita dirigida al

sastre no era un documento suficientemente halagüeño, y no la sacó.

«En serio, puede usted creerme, he tenido suerte. No quiero hablar de mi éxito».

«¡Hágalo!», rogó Kopf.

«Por lo demás, no es difícil tener éxito en una casa así, con el elegante tono de libertad que allí reina. Llega uno sintiéndose tan extraño como un salvaje y, sin embargo, al momento alterna uno, como si se encontrara entre viejos conocidos. Las mujeres se giran ansiosas, esperando sólo a alguien que consienta en que ellas le hagan feliz. Y luego, uno recibe hasta dinero, sin saber de dónde. Sí, ¿de dónde proviene además todo ese dinero que en esa casa rueda por debajo de los muebles?».

«¿De verdad rueda?», preguntó el otro divertido.

«Bueno, a mí me da la sensación de que sólo necesitaría agacharme para cogerlo. Seguro que esa gente no hace nada en todo el día. Yo no sé a qué llamarán ellos hacer negocios, pero está claro que no les ocupa mucho tiempo. Unos poseen cantidades escalofrantes de dinero, otros nada en absoluto. ¿Pero qué importa eso? Allí hay de todo, buena comida, vinos exquisitos, mujeres, chistes, arte y placer. Uno alarga la mano para tomar lo que quiera como en el país de Jauja».

«¡Bravo! ¡Eso sí que es entusiasmo sincero!», repuso Kopf. Andreas titubeó, temía haber llegado demasiado lejos, y dijo: «Naturalmente, cuando va uno de nosotros allí, entonces aplica un criterio literario. Nosotros sabemos juzgar a esa refinada sociedad».

«¡Oh!», exclamó Kopf con los labios en punta. «¡Usted hace muy buen efecto tal como es, querido amigo! ¡No se convierta usted, por ambición, en un juez malhumorado! Como ya le dije una vez, tiene usted un algo feliz que gusta».

Andreas pensó en la definición hecha por Klempner sobre Pulcinella y su feliz ingenuidad. «Usted tiene algo de eso», le había dicho Klempner, y Kopf parecía opinar lo mismo. ¿Y por qué no? Comenzó de nuevo: «Lo que de verdad me impone, es la falta de prejuicios de las mujeres. Apenas ha sido uno presentado, cuando ya le tratan como si quisieran irse de su brazo a casa. Realmente, no es muy honroso».

Kopf balanceó la cabeza pensativo.

«Es mejor que no se lo imagine tan simple. Desde luego, yo sólo tengo experiencias modestas, pero las damas de la casa de los Türkheimer no son ya marquesas del siglo pasado. No se entregan con ligereza a un joven abad, y jamás ceden ante un antojo que no obligue a algo. Ante ellas tiene uno que presentarse con principios».

«¿Cómo?».

«¡No olvide usted el elemento moral! A pesar del mucho cinismo que prescribe el buen tono, entre los Türkheimer, en el fondo, se encuentra uno rodeado de escrúpulos morales. Al fin y al cabo no son más que mujeres burguesas».

«Eso también lo he notado yo», dijo Andreas, pensando en la señora Mohr, y en

su fanatismo por las buenas costumbres.

Kopf inclinó la cabeza y miró pestañeando desde abajo a su joven amigo. Sentía un sincera simpatía por el destino de Andreas, tenía para él el encanto de un experimento interesante, conducir al joven en su escabrosa carrera y proveerle de normas de conducta. ¿Qué resultaría de todo eso? ¿Cómo se desarrollaría este inocente trepador y vividor, este inconsciente especulador, como le llamaba su escéptico amigo, en un terreno tan pingüe como aquél al que se había trasplantado? Esto, sobre todo, despertaba una enorme curiosidad en Kopf. Repitió despacio y pensativo: «Tiene uno que presentarse con principios ante ellas. Es decir, usted tiene que convencer a la mujer, con cuyo amor usted cuenta para progresar, de que una relación con usted sería una obra especialmente buena, o bien, algo nuevo e interesante, y también halagador. Ella debe descender a su nivel, o bien ser encumbrada por usted, lo mejor es alternar ambas cosas. Usted causará una doble impresión, si se muestra lleno de abnegación y humildad pero sin dejar a la vez de traslucir una secreta superioridad».

«También yo lo creo así», dijo Andreas, a quien le resultaba difícil en ese momento sentirse superior a la señora Türkheimer.

«La bella mujer a la que nos referimos, desciende hasta el pobre poeta, y hace florecer un talento oculto gracias a la luz y el calor de su amor».

«¡Y lo hará!», exclamó Andreas riendo. Estaba desagradablemente afectado por el modo de expresarse de Kopf. Éste continuó: «Por ese lado la relación está clara. Puede usted justificar fácilmente su superioridad por el hecho de ser renano».

«¿De verdad?», preguntó Andreas sorprendido.

«¡Considere usted sólo que su cultura es más antigua! Cualquier labrador paisano suyo es un aristócrata comparado con estos vagabundos procedentes del salvaje Este que aquí habitan palacios».

Andreas se golpeó la rodilla de satisfacción. Se levantó de un salto, giró dos veces sobre sí mismo y comenzó a andar arriba y abajo con largos pasos.

«¡Claro!», exclamó. «Debía haber pensado en eso. Los Türkheimer, naturalmente, serán emigrantes de Posen o Galitzia. Lo que esa gente oculta bajo su general indiferencia, no es más que su tontería y malos modales. No quiero hablar de Kaflisch, ¿usted ya lo conoce, no? Y luego hay uno, que anda siempre con las piernas así. Se llama Süß».

Y Andreas atravesó la habitación contoneándose con los pies hacia adentro.

«Las mujeres son ridículas de verdad, sobre todo esa matrona gorda de Adelheid. Parece que entre estas gentes ocurre lo que en las tribus del desierto. La más bella, sólo puede trasladarse a lomos de un camello, después de ésta va la que tiene que apoyarse en dos esclavas».

Triunfante miró a Kopf, que estaba haciendo apuestas consigo mismo sobre si

Andreas habría conquistado tal sabiduría sólo durante la noche pasada. El joven se rió con euforia, había tenido una ocurrencia.

«Pero lo más cómico de todo es el mismo Türkheimer. Debe de tener una enfermedad epidérmica. ¡Fíjese!».

Y Andreas comenzó a rascarse unas imaginarias patillas y a acariciarse el mentón. Se colocó unas gafas que cogió de la mesa en la punta de la nariz y se dirigió, a pequeños pasos inseguros y sacando la barriga, hacia Kopf.

«Mi nombre es Escupitajo», dijo arrastrando una voz nasal como Türkheimer, «Cónsul general Escupitajo, y aquí mi mujer, nacida Arroyo».

Se detuvo sin aliento, con la cara roja, muerto de risa. Kopf se rió en silencio, parpadeaba de un modo tan sospechoso, que Andreas al observarle más de cerca, no habría sabido decir si el otro se reía de su chiste o de él mismo. El joven iba ya hacia la puerta, pero regresó rápidamente.

«¡Ah, antes de que lo olvide! Aquí, en esta vivienda hay una habitación vacía, ¿no? Por favor, resérvemela, me mudaré el próximo día uno. Por lo menos, ésta es una zona en la que una dama no se compromete enseguida. Ya que quieren hacer felices a los poetas pobres, al menos no se les debe exigir que lo hagan en la calle Linien».

«¡Muy cierto!», confirmó Kopf. «Esa previsión tan sabia le honra. Realmente, usted parece poseer los medios...».

«¡Con los que se llega a ser algo! ¡Me lo dice todo el mundo!», exclamó Andreas chasqueando los dedos, y abandonó la casa muy satisfecho de sí mismo. Se había guardado de contarle a Kopf nada sobre Ratibohr ni sobre la tendencia de Türkheimer a dejar que su mujer fuera feliz con un joven inofensivo. También había retenido la historia del sastre. A pesar de todo, entretanto, había alcanzado el estado de ánimo propicio para encaminarse a la calle Mohren.

El empleado a quien Andreas entregó la tarjeta de la señora Adelheid, llamó en seguida al señor Behrendt. El propietario de la casa de alta costura para caballeros parecía un embajador. Condujo al joven a un salón amueblado con elegante gusto, le invitó a sentarse en un taburete acolchado y tapizado de seda y le rogó que le dijera en qué podía servirle. Andreas ya creía que iba a añadir: Entre hombres de honor existe una gustosa obligación recíproca.

El novato temía descubrir su punto flaco, si se llegaba a la elección de telas y a tener que expresar sus deseos respecto al corte. Sin embargo, no se habló de ello, el señor Behrendt le interrumpió tras las primeras palabras: «Entiendo, caballero, se trata de un equipo completo que se adecuó al gusto de las casas más elegantes y que a la vez tenga en cuenta su personalidad individual. Opino que no se debe exagerar el chic que marca la moda, por el contrario, habría que introducir un discreto aire de artista».

Andreas se admiró mucho de la penetración de aquel hombre. El señor Behrendt añadió: «¿Me permitirá usted estudiar su estilo más de cerca?».

«¿Cómo?», preguntó Andreas.

Pero el señor Behrendt se había sumido ya en sus estudios. Cerró un ojo y se puso a dar amplias vueltas alrededor del taburete de seda.

«¿Me hará usted el favor de ir hacia aquel espejo?», le rogó entonces.

Cuando Andreas regresó, el señor Behrendt le dijo: «Esto es todo, caballero».

Tocó la campanilla, con lo que apareció el segundo sastre con el metro. Al punto, el señor Behrendt se despidió con una inclinación, ya que el asunto profano de tomar medidas no requería su presencia.

Andreas abandonó la casa de alta costura para caballeros, con un sentimiento acrecentado de la propia dignidad. Todavía tenía que resolver más asuntos y encargó dos docenas de elegantes camisas a medida, y además, otra buena cantidad de ropa interior. También consideraba muy importante la adquisición de algunos camisones coquetones, de cuello bordado y cordones de seda. Luego se dirigió a una boutique del calzado, y por todas partes iba acosado por la prisa.

El viernes, el día de visita que le había fijado la señora Türkheimer, tuvo la satisfacción de ver extendidas sobre el sofá, ante sí, todas sus nuevas y lujosas galas. El equipo completo del señor Behrendt cubría todos los restantes muebles de la habitación, que, con toda seguridad, a pesar de lo viejos que eran, no habían presenciado jamás tal magnificencia. Las obras salidas de la boutique de la calle Mohren se le aparecían al principiante deseoso de aprender, como una guía ilustrada para una presentación elegante, por lo cuidadosamente que se ajustaban a las diferentes situaciones de la vida social. A cada traje le habían cosido un letrero con la inscripción: «Traje de visita», o «Traje de Soirée (*petit comité*)», «Traje de paseo», «*Smoking-Dress* (reuniones de caballeros)», y algunas otras indicaciones, que Andreas conservó para evitar equivocaciones. Agradeció al gran sastre esta precaución como si fuera un delicado servicio amistoso. Se vio en posesión de dos chaquetas de calle de distinta longitud, dos fracs, un chaleco de frac, dos chaqués de diferente tono de gris, tres ternos, un abrigo de noche y dos paletos. Había también cinco pares extra de pantalones de delicado dibujo, y el corte de las chaquetas testimoniaba una fantasía artísticamente elaborada.

Andreas escogió la chaqueta de sociedad que el señor Behrendt había marcado con la recomendación: «Five o'clock». Cuando se acercó al espejo, tras haber finalizado su *toilette*, le saludó la imagen que él había llevado en la mente desde hace un año como un ideal soñado. La negra chaqueta de paño le llegaba hasta la rodilla. El forro de satén, que resultaba ligeramente visible, estaba en armonía con el chaleco marrón claro, de discretas flores. Los pantalones gris perla caían en suaves pliegues sobre los zapatos de charol. Andreas intentó varias veces sentarse de modo que los

pantalones quedaran algo levantados, dejando ver los calcetines de seda negra. Cuando lo hubo logrado tal como deseaba, se alegró viendo el níveo resplandor de la camisa plisada. Se puso los guantes, mientras ensayaba con descuido diversas posturas.

En un bolsillo de su nuevo paletó encontró la factura del señor Behrendt. Ascendía a cuatrocientos marcos aproximadamente por los once trajes junto con muchas prendas extra, lo cual suponía apenas treinta marcos por cada traje completo, bastante menos de lo que pedía el sastre de Gumplach por sus trabajos. Al marcharse, Andreas lanzó una mirada despectiva a las prendas retiradas, que languidecían en un rincón formando un miserable montoncito. En realidad, era su antigua persona la que yacía desplomada allí. Y tuvo que exclamar en voz alta: «¡Pensar que alguna vez he tenido ese aspecto!».

La chaqueta le sentaba bien debajo de los brazos y los pantalones le resultaban cómodos para andar, y la conciencia de que nadie podía reprocharle ningún defecto ni miseria, daba elasticidad al paso del feliz joven. Como hacía un frío intenso, se dirigió a pie a la calle Mohren, donde saldó su deuda con un gesto de superioridad. Luego marchó en coche a casa de los Türkheimer.

Esta vez se acercó con una tranquila confianza en sí mismo a la puerta, que le abrió el criado. Opinaba que en aquella casa, entre aquellas personas, no le estaban reservadas ya apenas sorpresas. Así que, casi perdió la serenidad, al entrar en una habitación completamente desconocida. Las paredes de la pieza estaban tapizadas de satén amarillo. En ellas, arbitrariamente dispuestos, había colgados unos cuantos cuadros pequeños, que parecían caros, quizás a causa de sus anchos marcos negros con incrustaciones de nácar. Los muebles lacados en negro con diminutas figuras doradas y de gráciles formas excéntricas formaban grupos de dos o tres, a caprichosas distancias. Entre éstos se extendía la superficie verdosa de una alfombra tejida, en la que serpenteaban nenúfares blancos.

Durante un instante hubo silencio al entrar Andreas. Sintió los impertinentes centrados en él. Sólo la señorita Asta, que se encontraba con su prometido ante el hueco de una ventana, continuó hablando alto. La señora de la casa saludó muy bondadosa al joven, pareció no advertir su traje demasiado nuevo. Le condujo ante las señoras Mohr y Pimbusch, que estaban charlando con el señor Liebling, tras lo cual regresó junto al señor Pimbusch. Éste preguntó, sin moderar la voz, por la procedencia del desconocido. Después que la señora Türkheimer le hubo indicado que el señor Zumsee era escritor, aclaró: «No comprendo cómo una persona puede escribir libros sin considerar necesaria una justificación de tal decisión».

La señora Mohr miró a Andreas con encantadora confianza. Parecía decir: desde el primer momento, he sido amiga suya. Observó: «He oído que últimamente ha tenido usted mucha suerte en el juego».

«Cuídese de que entre nosotros eso no le cause perjuicios», dijo la señora Pimbusch con su aguda voz quebrada y con una entonación que a Andreas le resultó casi siniestra. Su mirada verdosa se lanzó sobre él centelleando.

El señor Liebling protestó contra la superstición, y la dignidad moral con que lo hizo le sentaba bien. Andreas comparó la chaqueta de Liebling con la suya, y en silencio, admiró la sutil capacidad de diferenciación que había desarrollado el señor Behrendt ese día. La personalidad de Liebling requería una sencilla corrección, un predominio de lo moral hasta en el corte del chaleco. Su propio traje, por el contrario, tenía un vago sello de artista, que coincidía con su carácter. Andreas llevaba el pelo de la nuca algo más largo de lo corriente. El corte de su chaqueta, con un ligero vuelo, recordaba, desde luego, mil ochocientos treinta, pero tal como el señor Behrendt ya había predicho, no había nada que fuera exagerado en lo que se refería al chic de moda. Sin embargo, esto era lo que llamaba la atención en el aspecto exterior del señor Pimbusch. Andreas, que concedía una distraída atención a la diatriba de Liebling contra la superstición, observaba con interés la modernísima indumentaria de Pimbusch y el modo que éste tenía de hacerla valer. Pimbusch no realizaba ni un solo movimiento por nimio que fuera, que no estuviera prescrito por alguna ley de moda. Su forma de levantarse los faldones de la chaqueta para sentarse, su forma de colocar el sombrero en el anaquel, de girar la cabeza, de enrollar su bigote y de sostener el cigarrillo entre los dedos, así tenía que hacerlo cualquiera que presumiera de buen tono en mil ochocientos noventa y cuatro, y nadie más lo haría así ya al cabo de dos años. La dignidad con que observaba los ritos de la elegancia le daba un cierto carácter sacramental, esto era al menos lo que afirmaba Kaflisch, quien, por lo demás, opinaba que en Pimbusch se escondía un místico. Pues se hubiera encontrado perdido si su sombrero de copa no tuviera siete reflejos brillantes, ni el nardo de su ojal trece pétalos. Pimbusch aparecía como un perfecto habitante de aquel país de Jauja, tal como se lo imaginaba Andreas. Sin embargo, desarrollaba una actividad en el centro de la vida pública, cosa que el joven no desconocía. Era hijo y sucesor de aquel gran Pimbusch, que había dado su nombre, respetado por el pueblo berlinés, al aguardiente especial de patata que él había lanzado. Hoy en día, el negocio iba solo, el hijo no necesitaba preocuparse de su funcionamiento. A pesar de ello, también realizaba un trabajo cuando se miraba las uñas o repetía el último chiste de la Bolsa. Siempre que por la noche, las destilerías arrojaban su resplandor sobre las calles, Pimbusch estaba trabajando. La somnolienta procesión de proletarios entraba y salía a través de las puertas ampliamente abiertas de las tabernas. Bastaban seis vasos del aguardiente especial, para trasladar al más embrutecido al reino de sus ideales. Los más dichosos soñaban dormidos en los arroyos. Un aroma venenoso se extendía por la ciudad que anhelaba ahogarse en un mar de ron. En esos momentos era cuando trabajaba Pimbusch, que en un salón discutía el problema de la última moda en cuanto a la

altura de los cuellos.

Como es lógico, Pimbusch despreciaba al pueblo que consumía su ron. Pero también hablaba de sus negocios con un gesto lejano, como alguien que no pertenece a ellos. Kaflisch le llamaba el señor feudal del ron, y le incluía en la familia mayor de los especuladores feudales. Pues la ambición que consumía a Pimbusch, era ser considerado como la última manifestación de una sociedad en decadencia a causa del refinamiento. Desde que conoció al barón Hochstetten en casa de los Türkheimer, lo había tomado como modelo a fin de ejercitarse en una fisonomía feudal. Sus aspiraciones se veían facilitadas por su aplastado cráneo, por el que habían pasado treinta agradables años, devastándolo, por la cristalina palidez de sus ojos y por una piel lívida y horadada como un pergamino. Sólo sus poderosas mandíbulas que se abrían y cerraban voraces al hablar y que dejaban ver unos dientes agudos como los de un pez carnicero, testimoniaban todavía los fuertes instintos de lucro de sus padres. Pero cuando las dejaba colgar sin fuerza sobre su pecho, sabía también hacerlas servir a sus propósitos. Y aunque no sabía absolutamente nada sobre el origen de su abuelo, este retoño de la fuerte burguesía estaba por lo menos tan cerca del ideal de perfecto cretinismo, como el barón de Hochstetten, cuyo antepasado se había instalado en Brandenburgo junto al burgrave de Nürnberg.

La personalidad a quien Andreas dedicaba tanta atención, estalló inesperadamente en un grito de terror. Pimbusch miró con fijeza la cara de la señora de la casa pálido de susto y tartamudeó: «¿Qué dice usted, señora? ¿Que las localidades para *Venganza* están agotadas? ¡Imposible, señora, eso me llevaría a la desesperación!».

«¡Claire!», exclamó, «¿no lo ha oído? ¡Las entradas para *Venganza* se han agotado, y no tenemos ningún palco!».

Se levantó, dejó caer los hombros muy hacia delante y dio dos cansados pasos por la alfombra. Su mujer dirigió sus impertinentes hacia él.

«Entonces tendrás que renunciar a ello», observó despectivamente. Él la miró fuera de sí.

«¡Pero eso es imposible! ¿Cómo puedes decir una cosa así?».

«¿Y por qué no pensaste antes en conseguir localidades para nosotros, mi pobre amigo?».

La señora Mohr intervino.

«¡Querida Claire, sabes de sobra que hay que ir a ver *Venganza*! ¡Todo el mundo va, es un acontecimiento!».

«¡Aparece la revolución en el escenario, nada es respetado!», exclamó Asta, irónica, desde el otro lado.

«¡Qué mal gusto!», expresó Liebling.

«¿El autor es desconocido?», preguntó Andreas. Pimbusch entrelazó las manos.

«¡Tiene que ser alguien de nuestros círculos! A lo mejor se da a conocer el día del

estreno. Y quien no esté en el estreno, dejará totalmente de ser tenido en cuenta. ¡Piensa bien en eso, Claire!».

Su esposa se encogió de hombros, impaciente. Se volvió hacia la señora Türkheimer.

«¿Tiene usted palco, señora?».

La señora de la casa hablaba con Hochstetten, parecía no concederle demasiado interés al importante acontecimiento del día. Respondió evasivamente: «Todavía no sé nada concreto, querida Claire. Tampoco yo creía que se acabarían tan rápido. Supongo que el doctor Bediener se acordará de nosotros. Si conservamos algún sitio libre, entonces, claro está, es suyo».

«¡Señora, puede estar segura de mi eterno agradecimiento!», exclamó Pimbusch.

«Pero no puedo prometer nada», dijo la señora Türkheimer sonriendo.

Así pues, Pimbusch no se había librado todavía de todas sus dudas. Sacó el reloj, y miró inquieto hacia la puerta, pero le resultaba imposible marcharse sin Hochstetten. Solía acompañarle hasta el Ministerio y mostrarse junto al barón en todos aquellos sitios en que le pudieran ver. Porque Pimbusch abrigaba la descabellada ambición de ser admitido, por mediación del yerno de Türkheimer, en el Club de Juego de la alta nobleza.

«¿Usted sabrá quién es el autor, no?», le preguntó a Andreas la señora Pimbusch.

«¿Por qué?», repuso ingenuo.

«Bueno, pues porque usted es escritor».

La señora Mohr añadió: «¡Ustedes, naturalmente, andan siempre juntos, y sólo quieren despertar nuestra curiosidad manteniendo el nombre en secreto!».

«Yo no sé nada», aseguró Andreas.

«¿Y tampoco podría contarnos más detalles sobre la obra?».

«Lo lamento infinitamente».

La señora Pimbusch le miró a los ojos, como si quisiera hipnotizarle.

«¿Pero usted irá, no?», le preguntó.

«No», dijo Andreas muy confuso.

«¿Y por qué no?».

Ni siquiera él sabía por qué. Siempre se podría conseguir alguna localidad de pie para él. ¿Por qué no iba a ir? Había dicho que no al azar. Ahora puso una cara de desconcierto a la que intentó dar un algo misterioso para no parecer un necio.

«Puede usted consolarse, señor Pimbusch», dijo la señora Mohr. «El señor Zumsee tampoco va».

La señora Türkheimer giró rápidamente la vista hacia Andreas.

«¡Oh, dejemos ya de una vez este estúpido asunto! ¿Qué importancia tiene?», opinó la señora Pimbusch.

«¡Siéntese otra vez, señor Zumsee!».

Acercó la silla de Andreas con el pie, sacándolo por debajo del vestido. El joven se encontraba ahora sentado entre los vestidos de las señoras Mohr y Pimbusch. La esposa del fabricante de ron acariciaba de vez en cuando su rostro con su enigmática mirada, sin embargo, él tenía la sensación de que esta mirada no le abandonaba nunca. Parecía seguirle por todas partes, como los ojos de un retrato antiguo. La señora Pimbusch se le aparecía tan inhumana como un símbolo. Era exactamente la encarnación del vicio, Andreas creía que tendría que soñar con ella.

Claire Pimbusch llevaba una gran amatista en lo más alto de su artístico peinado, y la piedra violeta destacaba con estridencia en medio de su cabello rojo carmín. Las curvas negro-azuladas de sus cejas formaban dos arcos, en cuyo centro, sobre la nariz, se veía una profunda depresión rodeada de pequeñas arrugas verticales, que atravesaba la frente. Esta estrecha frente parecía desgastada por pensamientos impúdicos. Sobre ella había un artificial resplandor verdoso, como en la piel de la frente mal pegada de una peluca de teatro. Un círculo rojo se extendía desde los párpados superiores hasta los pómulos rodeando los verdosos ojos hinchados por la humedad. Su rostro parecía inflamado, sin que, por otra parte, se pudiera advertir panículo adiposo, y su color sonrosado resultaba difícil de creer, porque de él sobresalían su afilada nariz larga con amplios y ansiosos ollares y su puntiaguda barbilla blanca como la tiza, igual que en la máscara de un *clown*. Las comisuras de la boca, rojo sangre, se curvaban con extraña movilidad. El labio superior, demasiado corto, dejaba asomar los blancos dientes puntiagudos entre los que brillaba un poco de líquido. Una profunda arruga enmarcaba el huesudo ángulo de la mandíbula; debajo de ésta, la flácida piel de la papada caía formando bolsas sobre el largo y estrecho cuello del vestido. La cabeza descansaba sobre él como una abultada flor venenosa de brillante colorido sobre un tallo demasiado fino. El observador Andreas encontró todos los detalles de aquella cabeza horrible, pero no así la señora Pimbusch misma. Se sentía, como si tuviera, por primera vez en su vida, el honor de sentarse frente a una gran y cara *cocotte*, hacia cuyo palco se giraran los jóvenes, palideciendo, desde la platea. Tras una observación más atenta se veía que su profesión había impregnado con su fealdad cada uno de sus rasgos, y a pesar de ello, una mirada a su descarado rostro fustigaba a la carne, sacándola de su tranquilidad.

Cuando la dama le miró de repente, Andreas se asustó. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que se hallaba en el salón de la señora Türkheimer. ¡Pero qué extraña resultaba también en una burguesa aquella fantasía de querer tener completamente el aspecto de una hetaira! Los brazos de la señora Pimbusch, delgados como los de una muchacha, salían de unas anchas mangas almidonadas. Sus dedos, de pequeñas uñas sonrosadas, rodeaban, blancos como lirios, los impertinentes. Poseía un talle de doncella, ¿y acaso no lo era? Kafilisch lo afirmaba. Andreas dirigió al señor Pimbusch una mirada compasiva. ¿Habría notado ella en su rostro la

impresión que le causó durante unos instantes? ¡Pero al fin y al cabo, su ambición era pasar por una hetaira!

Liebling estaba contando los detalles de la ruina del joven Jessel, que había conseguido dilapidar en año y medio la fortuna heredada de su padre, tres millones, y el sionista expresó su reprobación ante la decadencia moral de la juventud moderna.

«¡Bah! ¡Sólo pocos hacen lo que el joven Jessel!», opinó la señora Pimbusch.

«¡Disipación y desenfreno, se mire a donde se mire!» aclaró Liebling, solemne. La señora Pimbusch replicó: «La mayoría son demasiado débiles para arriesgar su comodidad por alguna pasión. ¿Y entonces, cómo va nadie a convertirse en un depravado?».

«¿Y los excesos?», preguntó Andreas, a quien producía satisfacción oír hablar a una dama de tales cosas.

«Oh, todos ellos sienten miedo por su querida salud. Nosotras, las mujeres podemos estar seguras con esos jóvenes», contestó.

La señora Mohr soltó una alegre risa gutural, como una honrada matrona, que, indulgente, encubre una palabra atrevida de una mujer más joven.

«Y encima, tú eres casi, lo que ella querría ser», se dijo Andreas, orgulloso de su conocimiento de los hombres. Decidió causar perplejidad con la sutileza de sus opiniones y observó: «Señora, debe meditar que nuestra generación, que, además proviene de padres con sobreexceso de trabajo, tiene toda la razón para ser precavida. Todo lo existente resulta inseguro hoy en día, y nadie sabe si algún día tendrá que trabajar».

«¡Oh!», exclamó la señora Mohr, mientras que el gesto de la señora Pimbusch era de hastío. Liebling expresó en voz alta su convencimiento de que nada contribuiría más a la moralización de la Humanidad como la progresiva desaparición del préstamo a bajo interés. Ello encerraba un futuro mejor. Andreas continuó: «Quizá la situación nos ha hecho sabios antes de tiempo. Un joven moderno conoce el valor del dinero y ahorra sus fuerzas. La mayoría de las veces es demasiado escéptico o precavido para buscarse aventuras. Sólo suele aceptar aquellas que se le presentan sin esfuerzo».

Las comisuras de la señora Pimbusch se curvaron con desprecio.

«¡Más bien acepta lo que puede, pero, quiero contarle cómo lo hizo uno de sus escépticos sólo unos días atrás!».

«¿Tu última aventura, Claire?», preguntó la señora Mohr con suave sonrisa. «¡Por favor, no tengas reparos en contar!».

«Me lo ha contado una amiga, cuyo nombre, claro está, no puedo decir».

Guiñó tan expresivamente los ojos a los dos caballeros como si les dijera al oído: ¡Soy yo misma! Luego contó: «Pues mi amiga nota, al ir por la calle Behren, que un caballero le va casi pisando los talones. Ella empieza a andar más despacio, él

también. Se para ante una tienda de objetos de arte y lo observa en el cristal: un hombre muy guapo, de bigote negro, hombros anchos, muy fuerte y moreno».

Con estas palabras la señora Pimbusch se sumió en sus recuerdos un instante. Continuó: «A ella le gusta mucho, y en tales casos, mi amiga toma decisiones rápidas. Él está detrás, a dos pasos de ella, y no se mueve. Entonces mi amiga deja caer su pulsera, ¿sabes, querida? justamente una serpiente de oro con una turquesa y cinco perlas como la que yo llevaba hace poco tiempo».

«¿Es que ya no la tienes?», preguntó la señora Mohr.

«Eso no importa en este asunto. Bien, la deja caer y, aprisa, dobla la esquina. Ahora él tendrá que hablarle. Ya ha andado diez pasos y todavía no le oye venir. Se para, pero él no aparece. Entonces regreso corriendo, quiero decir, regresa ella corriendo a la esquina. El caballero ha desaparecido y también la pulsera. ¿Qué me dice de esta historia?».

«¡Bravo!», observó Liebling con sarcasmo.

La señora Mohr se encogió de hombros.

«Se te parece, Claire. Tienes talento».

«¿Talento?», pensó Andreas. La señora Pimbusch había narrado su historia de un modo tan convincente, que casi la creía. Además, su cabeza, esa expresiva cabeza, era una ilustración muy digna de crédito en lo referente a todo tipo de novedades inmorales que contara. Dijo, lleno de admiración: «¿Y por qué no envía usted esas cosas a los periódicos, señora?».

«¡Bah!», exclamó. «Las experiencias más bellas no deben ser escritas nunca, querido amigo».

«¡Es cierto! ¡Pues, en caso contrario qué cantidad de cosas podría revelar un hombre como el señor Türkheimer!».

«¡Haga usted que le cuenten algo de él!», dijo la señora Mohr.

«¡Y utilícelo!», añadió la señora Pimbusch.

«¿Para qué?», preguntó Andreas.

Ella sonrió con malignidad.

«Para un festival para la boda de su hija».

«¡Ah, sí!», exclamó Andreas ingenuamente entusiasmado, «¡hay que celebrarla! ¿Todavía no hay programa?».

Estaba sentado tan cerca de los vestidos de las dos damas, que los pliegues crujían alrededor de sus piernas. La esposa del fabricante de ron había colocado el pie muy cerca del suyo, a través del zapato sentía él su tibieza. La señora Mohr le arrullaba con la tierna amistad de su mirada, mientras que los verdosos ojos de la señora Pimbusch extendían un hechizo mágico a su alrededor. Un hálito de femineidad, como un aroma de verbena y violetas, le envolvía totalmente.

Por si esto no hubiera bastado para embelesar al joven, la sola conciencia de

sentirse casi como en casa, tal como él deseaba, hubiera sido suficiente. Hoy no estaba perdido en un anónimo torrente de invitados, sino que pertenecía a la media docena de elegidos que no se avergonzaban de dar a conocer algo de sus vidas, de sus egoísmos y pequeñas maldades. ¿Era realmente él, el que, rodeado de toda la exuberancia de una vida próspera, charlaba con toda confianza con picantes e inteligentes mujeres? Sus éxitos le embriagaban con más rapidez que el vino. Sentía una cálida simpatía por todos los presentes. Eran personas abiertas, amables, con gusto les hubiera dicho algo agradable a cada uno de ellos.

El reloj, que descansaba sobre la más grande de las mesillas lacadas en negro, dio las cinco, con lo que el dragón verde dorado que lo guardaba abrió cinco veces las fauces. Al punto se abrió la puerta abatible y dos lacayos trajeron la mesa del té, ya preparada, a la habitación. La señora de la casa llenó las tazas y la señorita Asta las fue pasando a los invitados. Pimbusch, con donaire estudiado, se llenó el plato de Petit fours y pastel de terebintos, mientras que Liebling rechazó estas golosinas con frialdad.

Cuando Asta llegó junto a él, Andreas repitió sonriendo con amabilidad: «Desde luego, la boda de la señorita debe ser celebrada con algo fuera de lo corriente. ¿Por qué no la festejamos con un festival?».

Un grueso pliegue apareció sobre las tupidas cejas de Asta; sus hombros, bastante altos, se encogieron despectivamente.

«¿Y con quién pretende celebrarlo?», dijo con indiferencia, sin mirar a Andreas.

Al pobre joven, que había esperado vencer al fin la muda hostilidad de la hija de la casa, se le heló la sonrisa en los labios. Sintió cómo palidecía. El enfado de esta rechoncha morena trajo a su memoria de repente la imagen de aquella delgada rubia, que le había dicho con aspereza: «Jovencito, ¿qué modales son éstos?». Estaba claro que Asta había pensado lo mismo, y se sintió tan abrumado por su desprecio, que no sabía dónde mirar. La señora Pimbusch le sonrió con malignidad, pero la señora Mohr, pasando la mano sobre su brazo, le susurró llena de sincera compasión: «Debí decirle antes que la señorita Türkheimer no quiere saber nada de una fiesta».

Se volvió hacia la joven.

«Querida Asta, realmente no es nada agradable de su parte que no deje participar a ninguno de sus amigos en su más bella fiesta».

«Oh, lo más moderno son las bodas tranquilas», aclaró Pimbusch acercándose. Asta giró la cabeza, altanera.

«¿Para qué molestar a todo el mundo con un asunto privado?», repuso. «Esas alegrías masivas han dejado de existir».

Liebling, cuya barba temblaba visiblemente, dejó oír un callado murmullo, pues ni él mismo se atrevía a contradecir a esa resuelta muchacha en voz alta. Andreas creía que debía decir algo, pero no sabía qué. En medio de su miedo susurró: «La

señorita Asta piensa como una mujer moderna».

Casi habría añadido: Más intelectual que sensual.

«¿Dejado de existir?», repitió al fin la señora Pimbusch, en cuya frente viciosa se movían pequeñas arrugas. «Yo opino incluso, que una boda es, en sí, algo inapropiado». «Casi algo inmoral», añadió tras una corta reflexión, y lanzó una mirada a su alrededor, comprobando que todos se sentían molestos.

Asta, sonrojada, miró fijamente ante sí durante un instante con gesto adusto. Luego dio la vuelta de repente, y se encaminó hacia la puerta, sin despedirse de nadie ni mirar siquiera a su prometido. La señora Pimbusch y la señora Mohr intercambiaron una rápida y disimulada sonrisa de inteligencia.

Hochstetten siguió a su novia medio dormido, pero, con todo, un tanto asombrado, y el señor Pimbusch se unió en seguida al barón. Tomó su sombrero del anaquel y dejó resbalar cuidadosamente la brillante superficie de una de sus uñas sobre éste. Esta uña era de una longitud desusada, su pulimento y su conservación había supuesto para Pimbusch el trabajo de medio año. Antes de besar la mano de la señora de la casa, dio una vuelta a su sombrero decopa en torno al eje junto al resplandor de la llama de alcohol, sobre la que hervía el agua del té, para comprobar la presencia de los siete reflejos. Pimbusch realizó todo aquello con movimientos acompasados con exactitud, los codos muy separados del cuerpo.

Andreas era consciente de su obligación de abandonar la habitación con los otros. Su dignidad personal habría exigido hacerlo tras la ofensa infligida por la hija de la casa. Pero ¿debía poner en juego su futuro? Se quedó sentado, profundamente humillado por su cobardía. Nadie parecía prestarle ya atención. Las damas hablaban con Liebling, Andreas permanecía callado, mordiéndose los labios.

Fue una suerte para él que apareciera una nueva visitante, una pequeña y elegante dama, que revoloteó como un pajarillo hacia la puerta. Las plumas de su sombrero ondeaban, su peinado rizado se balanceaba en torno a su cabecita. Cuando se sentó, una bocanada de aire salió de la nube de encajes que asomaba por debajo de su vestido de seda. Al momento se levantó otra vez de un salto y voló por la habitación con un continuo gorjeo. También ella sentía la máxima inquietud por *Venganza*. Decididamente, ya no quedaban entradas.

«Ni siquiera yo tengo», repitió la señora Türkheimer. «Tendré que confiar en el doctor Bediener».

Sirvió té y se volvió buscando a Asta, cuya desaparición parecía no haber advertido hasta ese momento.

«¿Se ha marchado mi hija? ¡Ah, entonces tendré que reclamarle a usted, señor Zumsee!».

Andreas se acercó presuroso, y, mientras les pasaba las tazas a las demás, se esforzó por hacerlo con modales tan escogidos, que la pequeña dama recién llegada le

examinó con visible aprobación a través de sus cristales. Inmediatamente se sintió con la moral más alta.

«Olvida usted a la señorita von Hochstetten», hizo notar la señora Türkheimer.

«¿Dónde?», preguntó él asombrado.

Ella le señaló sonriendo el hueco de la ventana, donde antes se encontraban Asta y su novio. Allí se sentaba la señorita, casi oculta tras la cortina de seda amarilla. Si su hermano hablaba poco a consecuencia de una acentuada anemia, ella, por su parte, se callaba por orgullo. En aquel ángulo, en que había tomado asiento, fue relegada al poco tiempo al olvido y hasta el último momento se quedó allí, los penetrantes ojos críticos ocultos tras los cristales de sus impertinentes. La nariz de los Hochstetten no permitía ninguna mención de belleza. Ya con treinta años, una definitiva renuncia se plasmaba en su rostro enjuto, elegantemente perfilado. La boca, fina y apretada, hacía temer unas ironías, que alejaban de ella a las mujeres. Parecía decir:

«Desapruebo la boda de mi hermano, pero, ya que os concede el honor de aceptar vuestro dinero, quiero participar en el pacto. Estoy preocupada, porque el consejero privado consumía nuestros pequeños ingresos en su representación. Ahora os permito que me devolváis lo mío. Por ello, tengo, en todo caso, que aguantaros de vez en cuando. A veces, pruebo vuestro champagne, pero sólo con la punta de los labios, como ahora con la taza de té. Opino que en vuestros salones flota un continuo olor de trajes viejos, prenderías y trastiendas. Estad seguros de que no se me escapa en absoluto lo que esto recuerda, los falsos tonos y las bajezas que se os deslizan. Aunque vuestros esposos se pavoneen y se jacten a mi costa después de cerrar el negocio, a pesar de ello, descubro incansable en su figura, en su paso y en su expresión el rastro que han dejado sus groseras ocupaciones, el regateo y el contar monedas. Aunque vuestras esposas se consuman en el esfuerzo de imitar como monas a grandes damas y *cocottes*, para mí siguen siendo precisamente lo que no quisieran ser de ningún modo: pequeñas pavas de la burguesía. Cubrís vuestras habitaciones de gobelinos auténticos y armas oxidadas, coméis en vieja porcelana de Meissen, os vestís de *moiré antique* y fanfarroneáis de estas y otras reminiscencias históricas, como si pudierais tener reminiscencias, y como si, en los tiempos en que fueron inventadas aquellas exquisiteces, hubiera existido gente como vosotros».

La impertinente mirada de la señorita Hochstetten, que le midió de pies a cabeza, intimidó considerablemente al joven. Se irritó por su desmañada inclinación, se sonrojó y se retiró muy aprisa a la zona de la mesa de té.

La pequeña dama revoloteante ya se despedía de nuevo. En la puerta soltó un gracioso grito de pájaro, porque, al correr, había chocado con la barriga del abogado Goldherz, que la encogió conteniendo el aliento. Las damas observaban al famoso abogado defensor con burlona compasión. El pobre, jamás había dejado que los caprichos de su pequeña mujer menoscabaran su equilibrio anímico hasta que su

matrimonio había sido disuelto por amistoso acuerdo mutuo. Ahora, Goldherz se veía aquejado de celos póstumos. Lentamente estaba arruinando su fama y dentro de poco ya no se le podría tomar en serio. La diminuta criatura pasó volando junto a él como un hatillo de plumas y encajes escaleras abajo, él, corpulento y jadeante, la siguió a toda prisa, y la pareja desapareció para entrar de nuevo en el salón de al lado, donde la pequeña dama deseaba dejar oír su gorjeo.

«Ha cumplido usted su deber», le dijo la señora Türkheimer a Andreas. «Ahora preocúpese de sí mismo. ¿Chartreuse o Benedictino?».

Le señaló una silla, colocó pastas en su plato y le tendió una taza. Andreas se metió en la boca con satisfacción los pasteles, que habían tocado la mano de ella. Las señoras Mohr y Pimbusch les daban la espalda, Liebling poseía un alma demasiado elevada como para ver algo. Así que por fin Andreas se encontraba a solas con Adelheid, que se sentó al otro extremo de la mesa de té. No había añorado este instante desde que se encontraba cerca de su futura amante, sino que había aguardado con calma el desarrollo de los acontecimientos, cosa que consideraba como una prueba de su diplomática sangre fría. ¡Desde luego no quería enamorarse en absoluto de ella, una corpulenta esposa de banquero de cuarenta y cinco años! Tan pronto como notó que lo miraba, levantó soñadoramente hacia ella sus claros ojos de muchacha de largas y curvadas pestañas, y ella pareció no resistir esta tentación, que sólo hablaba de entrega. Poco a poco, se extendió desde su papada hasta su rostro un sonrojo, que llenó a Andreas de victoriosa alegría. Notó cómo su pecho se levantaba con más fuerza bajo los plisados de seda azul de su Tea-Gown, y suspiró quedamente.

«¿Está usted melancólico?», le preguntó llena de simpatía.

«Sólo estoy asombrado de ver tales criaturas de la naturaleza en este ambiente».

Y señaló un ramo de flores campestres que había en un vaso decorado con pinturas, entre los utensilios de plata del té.

«Tiene razón, en realidad es de mal gusto. Pero ¿qué quiere usted? Lo más nuevo son las flores labriegas, dalias, alhelíes y asteres, flox, mundillos, escabiosas y, sobre todo, estos tulipanes-papagallos a manchas es lo que ahora se coloca en todas las habitaciones».

«Es extraño, cómo surge de repente una moda así», comentó Andreas, sólo por responder algo.

«La deben haber traído los pintores. Parece que esas flores aparecen mucho en los cuadros antiguos», aclaró Adelheid encogiéndose de hombros. «Veo que le gusta que le instruyan», añadió.

«¡Usted señora!», dijo en voz baja e íntima.

«Es cierto, prometí instruirle. Por lo demás, ya se ha mostrado usted muy diestro».

La sonrisa con que ella observó su nuevo traje era tan bondadosa y contenía una

provocación tan encantadora, que el joven conquistador olvidó por un instante meditar sobre su conducta. Los blancos dedos de Adelheid, algo cortos, pero, en todo caso, afilados, descansaban sobre el canto de una bandeja de plata. Andreas los cogió y estampó sobre ellos varios besos ligeros, que le abrieron el apetito. «La señorita Hochstetten podría presenciarlo desde su escondite», pensó, pero el contacto con la bella y redonda mano de Adelheid le excitó y continuó deslizándose los labios cada vez más arriba. Sólo la pulsera, una pieza de considerable tamaño en torno a la muñeca, detuvo su ansiosa boca. La señora Türkheimer retiró la mano y preguntó completamente tranquila: «¿Así que no va usted al estreno de *Venganza*?».

«No lo sé», repuso Andreas, que despertaba muy poco a poco de su embriaguez. Había disfrutado de la carne de Adelheid.

«Antes le ha dicho usted a esas damas que no iba a ir».

«Quizá no».

«¿Pero por qué? ¿No ha querido decirlo?».

«¿Que no he querido decirlo?».

«Bueno, ponía usted una cara tan misteriosa...». Andreas reflexionó. «¡Tal vez sea conveniente tener un secreto!», pensó.

«No puedo», repuso titubeando.

«Pero si es el domingo. Si consigo un palco, cosa que todavía es incierta, cuento con su visita, ¿oye usted?».

El joven calló.

«¿Qué le impide acudir a una matinée? La representación será el domingo a mediodía».

«No puedo», repitió él, pero esta vez con intencionado énfasis. La señora Türkheimer se impacientó.

«¡Es usted un aburrido! ¿No ve usted la curiosidad que siento? ¿Por qué no puede venir al teatro?».

«Porque voy a la iglesia», dijo Andreas en voz baja.

«¿A la iglesia?».

Parecía muy desconcertada.

«¿A qué iglesia?».

«A la iglesia católica de Hedwig».

La señora Türkheimer enmudeció. Andreas tuvo una idea, una genial idea que fue madurando poco a poco en él. Jamás había ido a una matinée de teatro. Cuando Adelheid habló del domingo, él oyó sonar a lo lejos las campanas de Gumplach. A consecuencia de una natural asociación de pensamientos, se dijo, que el domingo por la mañana era más correcto ir a la iglesia, que a la representación de *Venganza*.

Andreas estaba libre de prejuicios, pero tan fanáticamente libre de prejuicios, como sólo se puede estar en aquellos países católicos, en que, de vez en cuando, se

alza un Lutero. Desde su confirmación no había ido apenas a misa, pero sin embargo, sentía que aquí había entrado en un mundo bastante más ajeno a los hábitos religiosos que él mismo. Lo que tenía que hacer, como renano, era anonadar a esta gente mediante su cultura más antigua, ya lo había afirmado Kopf. Pero Kopf no había pensado en el catolicismo, esto era una idea genial, exclusiva de Andreas. Nada podía causar una impresión más inaudita en Berlín occidental que un católico severo y practicante. Andreas sólo necesitaba mirar el gesto intimidado, casi atemorizado de la señora del cónsul general Türkheimer, para comprobar que su añagaza, el ardid tan importante para su progreso, había sido hallado. Para alguien que deseara destacarse, era urgentemente necesario mostrar una pequeña peculiaridad, que desde luego no sería tomada en serio por todos, pero que, de cualquier modo, daría qué pensar a esa gente, y que imprimiría al novato el sello de la personalidad. Andreas se complacía en ensombrear al mismo Liebling y a su sionismo con ese ardid recién inventado.

«¿Va usted allí todos los domingos?», preguntó Adelheid por fin, con precaución y llena de ternura. Él afirmó con la cabeza.

«¿Y no podría usted eludirlo ni siquiera una vez? ¡No tome a mal esta pregunta!». Hablaba en voz baja, con encantadora confianza. Él contestó del mismo modo.

«¡Señora, qué no haría yo por orden suya! ¡Si no se tratara precisamente del próximo domingo!».

«¿Tiene usted una obligación especial?».

«Piense usted, señora, que me encuentro en una importante etapa de mi vida. No creería usted lo poco que sabía yo hasta ahora del mundo. En nuestra provincia se vive sólo a medias, y lo mucho que yo he aprendido aquí en su casa en unos pocos días, allí no se aprende ni en años. Eso causa confusión, y uno siente la necesidad de recogerse en sí mismo al modo antiguo, tal y como uno acostumbra a hacerlo desde la niñez».

Tomó aliento. Adelheid enlazó las manos en el regazo y escuchó con interés.

«Y eso no es todo», continuó. «Tengo que encontrar fuerza para oponer resistencia a una pasión que amenaza con dominarme. Lo que más ardientemente deseo, sería un pecado. Y sin embargo lo deseo con toda la violencia de mi apasionado amor», susurró levantando hacia ella sus persuasivos ojos. «Ante tan graves problemas de conciencia, busquemos consejo en el sacerdote».

«¡Se confiesa usted!», murmuró Adelheid casi con miedo. Él miró confuso al suelo.

«No sé por qué le digo a usted todo esto. ¡Precisamente a usted!», suspiró.

«Acaso no sea tan malo», se atrevió a observar Adelheid. Encontraba al joven original y muy poético, pero no debía tomarse demasiado en serio sus deberes religiosos, porque si no, estropearían el juego.

«¿Y si yo —claro está, en el caso en que usted me lo permita— le diera la

absolución sin una confesión y le perdonara sus grandes pecados de pensamiento? Pero, naturalmente yo no sé en realidad en qué piensa usted», añadió con una cautivadora sonrisa. «¿Así que vendrá usted el domingo?».

Él no contestó, y ella advirtió que se había puesto pálido, cosa que interpretó como una señal en su lucha interior. Sin embargo, era una consecuencia de la violenta alegría que le invadía por el éxito de su ardid.

«¿Por mí?», rogó Adelheid casi tiernamente.

La puerta se abrió. Andreas se vio obligado a poner punto final. Se levantó.

«No puedo negarle nada, señora», dijo con una profunda inclinación.

El doctor Bediener apareció con entradas para *Venganza*.

«No creará usted con cuánta gente me he enemistado para poder complacer a las damas. Oh, por favor, incluso me ha proporcionado satisfacción», aseguró, dejando resbalar el monóculo del ojo. Tras él entró Türkheimer junto con algunos jóvenes. Ya en la puerta se dibujó en su rostro un gesto divertido, cuando vio retroceder a su esposa por un lado y a Andreas por otro. Cuando, con mirada experta, hubo examinado el estado de cosas, caminó hacia el joven y le estrechó la mano con calor.

«Me alegra realmente volverle a ver», dijo sonriendo con astucia.

Andreas saludó a Süß y a Duschnitzki, pero en ese momento le pareció que robaban a la señora Türkheimer de su presencia. La fantasía de ella, que él acababa de aumentar, estaría ahora en plena actividad. Cuando hubo salido, le asaltó una desagradable duda: «¿Y si me encuentra un poco ridículo?».

La escena que acababa de representar le confundía a él mismo ahora. Sin embargo, recobró en seguida su confianza.

«¡Bah! Ella me ama, si no no habría creído mi ardid. Si después de todo lo que le he contado no me toma por loco de atar, entonces, ¡cuánto debe amarme!».

VIII

Venganza

«¡Un magnífico edificio!» estaba diciendo el señor Pimbusch, cuando Andreas entró al palco de los Türkheimer.

La señora Türkheimer y la señora Pimbusch se sentaban en los asientos delanteros, Asta tuvo que contentarse con estar detrás de ellas. Señaló con su abanico la exuberante nuca de su madre e hizo notar a Liebling, que estaba junto a ella: «Desde luego, no voy a poder ver nada en absoluto. Mucho mejor, si así tampoco me ven a mí. ¡Qué corral más repugnante!».

Liebling le contradijo con precaución.

«Hay que dar tiempo al tiempo. Pero yo saludo como una esperanzadora señal de recuperación social, el hecho de que, al menos, lleguemos a conocer los lugares en que el pueblo recoge sus satisfacciones y enseñanzas».

La muchacha contestó sólo con una mirada furiosa al tabique de madera que había a su lado, de cuyo revestimiento de papel colgaban grandes jirones. La anodina y vacía sala, con su escasa iluminación, hubiera nublado el humor incluso de personas alegres y saciadas. Parecía flotar en el ambiente un gris testimonio de indigencia y preocupaciones.

«¿No opina usted que parece que nos encontremos en un velatorio?», preguntó Andreas al señor Pimbusch.

Pero el fabricante de ron no estaba muy dispuesto a escuchar ocurrencias.

«¡En absoluto!», exclamó. «Nos encontramos entre la mejor sociedad. Y desde luego es muy chic estar aquí. ¿Qué creía usted? ¡Preste atención!».

En la orquesta estalló inesperadamente un bárbaro estruendo, que desgarró tan de repente los desprevenidos tímpanos, que las damas, asustadas, saltaron de sus asientos. La señora Pimbusch se volvió a hundir en seguida en el suyo. Rió nerviosa.

«¡Ah! ¡Esto no era más que el comienzo del espectáculo! ¡Lo encuentro encantador!».

Al mismo tiempo, la sala quedó un poco más iluminada, y Pimbusch le dio un codazo a Andreas.

«¿No se lo he dicho? ¡Magnífico edificio!».

Para asombro suyo, el joven vio todos los palcos ocupados por elegantes damas. Incluso allá arriba, junto al techo, resplandecían los brillantes, y los reflejos del satén de los abrigos de teatro, refulgían desde el fondo de los pequeños y sucios cuchitriles de madera. Sobre las barandillas, poco limpias, de los palcos, se apoyaban brazos femeninos desnudos, sobre ellos había auténticos encajes, y una nube de perfumes y

polvo levantada por los abanicos, flotaba desde un palco a otro.

La señora Türkheimer inclinó la cabeza.

«La señora Mohr nos ha saludado», observó.

«Ah, y la pequeña Blossch está sentada junto a ella», dijo la señora Pimbusch. «¡La santa inocencia con su vestidito blanco! A lo mejor también las muchachas pensionistas quieren ver *Venganza...*».

La señora Türkheimer se encogió de hombros.

«Querida Claire, espera usted demasiadas cosas. No será tan malo».

«¡La mitad de malo!», dijo una voz. «Se dice que la representación ha sido organizada por la liga masculina de moralidad».

El señor Stiebitz se inclinó desde el palco vecino, dejando ver su blanco rostro, cuya flácida gordura reconoció Andreas con alegría. Había conocido al banquero junto a la mesa de juego en circunstancias muy favorables. También la señora Stiebitz y la esposa del consejero comercial Bescheerer saludaron a las damas.

«Parece que la obra es un poco fuerte, ¿no?».

«Digamos que ligeramente basta».

«No debemos tomarlo a mal, aquí estamos entre pobre gente», hizo notar Stiebitz.

Pimbusch se abrió paso, a pesar de la irritante defensa de su esposa, hasta la baranda, para saludar a conocidos de platea. Tenían que ver que él estaba allí. La conversación saltaba de una categoría a otra, todos parecían conocerse en aquella gran sala. Andreas advirtió con frecuencia un cierto parecido de familia entre las mujeres. La señora Pimbusch, desde luego, no era una aparición aislada, pues muchas otras damas mostraban una evidente inclinación a imitar a *cocottes*. Tal vez consistiera en ello el último refinamiento, o quizá fuera un medio ideado por el instinto femenino para superar la competencia.

Los impertinentes tintinearón, y los vestidos y peinados fueron criticados. La señora Bescheerer iba de color melocotón con encajes de Ekrü, la señora Mohr vestía una seda Foulard color «reseda», y su falda descansaba sobre satén rosa. La señora Türkheimer llevaba un traje de noche oscuro hecho de Moiré, calado en el cuello por encajes transparentes, bajo los cuales brillaba la piel blanca mate. Andreas no tenía nada que objetar al respecto, incluso cuando contemplaba su nuca blanca sentía frío en el estómago, un sentimiento premonitorio de futuras pasiones.

Se empezaron a comentar los nombres de los hombres famosos. Toda la crítica estaba presente, entre otros el gran doctor Abell del *Correo Nocturno* junto al profesor Schwenke, el bohemio académico emancipado. Wennichen, que parecía no poseer un sitio propio, mostraba aquí y allá su sonriente cabeza de pájaro en la que se arremolinaba la pelusa. En ese momento estaba concediendo a Lizzi Laffé el honor de visitarla. Ésta estaba majestuosamente sentada en su palco, en diagonal, frente a la señora Türkheimer, junto a Werda Bieratz. Diederich Klempner se mantenía en un

segundo plano, con modestia.

El cuerpo diplomático estaba representado por bastantes miembros de repúblicas lejanas, caballeros morenos con coloridas bandas honoríficas. Türkheimer, en su calidad de cónsul general de Puerto Vergogna, se encontraba entre ellos.

Algunos miembros de la mejor sociedad, que sólo habían podido obtener ya localidades sin asiento, estallaron en estridentes silbidos y, con ello, hicieron que los encolerizados hacedores de ruidos de la orquesta se callaran. El telón se alzó, y en medio del solemne silencio de todo el edificio, comenzó el drama social *Venganza*.

La escena transcurría en la Prusia oriental, en una pequeña población industrial que controlaban un director de fábrica y su esposa. A la izquierda del escenario se veía la casa señorial, a la derecha, la iglesia. La exposición transcurría con sencillez y energía. Los hambrientos trabajadores se sublevaban. Era domingo, el cantinero, a quien adeudaban el sueldo de varios meses, ya no les despachaba más ron. Por ello, llegaban a la idea de tomar venganza por todo el mal que les había infligido la sociedad. Manipulaban diariamente azufre, mercurio o venenos similares. A los cuarenta años eran ya unos ancianos y ninguno llegaba a cumplir mucho más. La mayoría estaban tuberculosos. Y encima, había que añadir la corrupción moral, que, asimismo, emanaba de arriba, pues no se sabía quién era peor, si el director o su esposa. Aparecían muchachas ligeras, lívidas y borrachas, todas ellas arrastradas a la desgracia por el señor. Su esposa requería los servicios de aquellos pocos muchachos que todavía conservaban alguna fuerza, y a los que, con ello, contagiaba una repugnante enfermedad.

La revelación de este estado de cosas provocó una profunda conmoción en el público. Las figuras demacradas de los proletarios andaban pesadamente por la nieve, sus hundidos pechos luchaban contra los escalofríos de la fiebre y contra el asma. Muchos llevaban una espuma roja en la boca, provocada por una desesperada cólera, y en el escenario se tosía más que se hablaba. De vez en cuando, algún abanico se cerraba de golpe en algún palco y se podía percibir un sollozo.

Al momento siguiente, dos jóvenes empezaban a contar sus penas a sus compañeros. La muchacha tenía que esperar al director detrás de la iglesia, el muchacho había sido llamado por la esposa al jardín de la casa señorial. En el caso de que se negaran, serían despedidos, y sus padres impedidos se quedarían sin pan. Así que no tenían más remedio que resignarse, pero la ignominia ya había sido tolerada demasiado tiempo, y los vengadores les seguían a cierta distancia. El tiempo de espera hasta que se produjeran nuevos acontecimientos, había sido rellenado con los estertores de los enfermos. De repente, resonó un penetrante chillido, al que siguió un desordenado griterío, y la Mesalina fue arrastrada por los hombres al escenario. Las mujeres se arrojaban sobre ella, le revolvían las ropas de modo considerable, y empezaban a golpear vivamente las partes desnudas. Una tras otra le iban diciendo

después la verdad a la cara, a lo que la dama, retrocediendo por el miedo y la cólera a su estado natural, respondía con la misma sucia locuacidad.

Fue una escena que nadie resistió. El grito de venganza del pueblo explotado y ultrajado se extendió por todo el edificio. Hizo estremecerse tanto a las damas, que sus brillantes tintinearón. La señora Pimbusch profería sonidos ininteligibles, al tiempo que se levantaba y se sentaba nerviosamente en su silla. Tuvo que ser tranquilizada por la señora Türkheimer. Los millonarios de la platea gritaron «da capo». Sus blancos guantes se entreabrían ya, y por causa de la tempestad de aplausos que duró minutos, hubo que bajar el telón. Apareció un caballero con un mugriento frac, disculpando a la actriz que representaba a la esposa del director por no poder repetir la escena. Temía herir el pudor del honorable público con su vestido, muy dañado y hecho trizas. Pero algunos espectadores de platea insistieron en entregarle una corona de laurel, y para cogerla, la artista sacó un brazo con una manga a jirones por entre el telón. Sólo entonces pudo reanudarse la representación. El lascivo director había escapado a tiempo de su peligrosa cita y había huido a su casa. Apareció en la ventana, en compañía de bastantes cómplices armados, y desde aquí se atrevió a dar expresión a las más repugnantes ideas manchesterianas. También, con el valor que le concedía su abyección, disparaba contra la masa de proletarios desarmados. Éstos lanzaban piedras contra él, y por fin, uno de los tiradores conseguía abatir al monstruo. Todos se precipitaban hacia la casa, los muebles y objetos de lujo caían contra el asfalto deshaciéndose en pedazos. En ese mismo instante se percibían las campanillas de los trineos. En el momento más oportuno aparecían los señores del consejo de administración de la capital de la provincia, para tomar parte en una reunión en casa del director. Tanto ellos, como la gendarmería llegada a toda prisa, escapaban del desesperado pedrisco de los insurrectos. Sus trineos eran destrozados, y los hombres se disponían a prender fuego a la casa señorial con esta madera. Cuando la esposa del asesinado, medio desnuda y oculta por un corro de mujeres danzantes, emitía un graznido de pava real, el telón bajaba lentamente.

Transcurrieron algunos segundos, durante los cuales el público contuvo el aliento antes de descargar sus aplausos. En los ojos de las damas, que, apoyadas sobre las barandas de los palcos respiraban con dificultad, brillaban lágrimas de triunfo y algunos caballeros habían palidecido. Lo que habían visto y oído había sacudido enérgicamente en ellos los más nobles de los impulsos morales, y también podía considerarse ya, que *Venganza* era un indiscutible acontecimiento literario. Había electricidad en el ambiente, como en las grandes veladas teatrales. Nadie abandonaba la sala, y un ininterrumpido murmullo testimoniaba la tensión contenida en todos los presentes. El veredicto de una autoridad se extendió por los corros. En el palco de los Türkheimer era Pimbusch quien, con un instinto adquirido para aquello que se debía

decir y opinar, tomó la palabra extraída de un modo enigmático de algún sitio.

«¡Miguelangelesca!», informó de repente. «*Venganza* es miguelangelesca. Schwenke lo ha dicho».

Liebling tuvo que reconocer que el drama poseía un gran brío, lo que intentó expresar con un solemne movimiento de brazo. Asta frunció las cejas.

«Opino que es una chapucería de mal gusto», aclaró con desprecio. Al punto, todos se precipitaron sobre ella. Pimbusch gimió en voz alta, por lo mucho que le dolía tal juicio. No comprendía que se pudiese tener una opinión diferente a la del gran Schwenke, y, perplejo, miró fijamente a la muchacha. Pero su esposa expresó su indignación en voz alta.

«¡Asta, me apena usted! No tiene ninguna sensibilidad para lo excelso. ¡Oh, todavía nos aguardan los mayores deleites!».

Sus ojos verdosos brillaban bajo los amplios párpados enrojecidos. Temblaba de tal modo que el frasco de sales, del que aspiraba con los ollares muy abiertos, se le cayó de las manos.

La señora Türkheimer, secretamente ocupada con pensamientos más dulces, permanecía bastante al margen de las emociones de la representación. Dijo, calmando los ánimos: «Pero querida Claire, ¿acaso espera todavía más? El pueblo ya se ha vengado».

«¡Oh, todavía se vengará de otro modo muy distinto!», susurró la esposa del fabricante de ron, ronca de pasión.

Andreas se sentía descontento. Estaba apoyado en la puerta y sólo había podido lanzar una fugaz mirada al escenario. Liebling y Pimbusch le tapaban la visión de la nuca de la señora Türkheimer. Y además, ella ni siquiera se había vuelto a mirarlo.

Hicieron «¡Sst!», y Andreas oyó el crujido del telón. Ahora parecía que los insurrectos se habían atrincherado en la iglesia. Pero Andreas, penosamente inclinado, renunció a conseguir una zona de visión. ¿Para qué le habría hecho venir Adelheid? Si hoy no avanzaba en su conquista, esto se parecería a una derrota. Entonces, tal vez tuviera que volver a empezar desde el principio. ¿Lo desearía ella? ¿O quizá sólo le había instalado allí para que él, con su presencia, testimoniara que todavía era capaz de atraer admiradores? Ahora ni siquiera lo miraba y él temía hacer el ridículo, cosa que, al parecer, era lo que se proponía Adelheid. El pobre joven estaba lleno de desconfianza, y un total descorazonamiento pasó por él tan rápidamente, como sus encendidas esperanzas de otras veces.

Un violento tableteo y estrépito le sacaron de sus reflexiones. ¡Ah!, ahora habían llegado las tropas y disparaban contra la iglesia. Pero los proletarios habían conseguido armas, contestaban al fuego desde lo alto de sus barricadas construidas con altares derribados, bancos de iglesia y reclinatorios. Las mujeres estaban en primerísima línea, se burlaban de las tropas con gestos obscenos hasta que, heridas

por una bala, caían de cabeza dando volteretas. En el fondo del escenario, Mesalina, la prisionera de guerra, fue violentamente cubierta con un sobrepelliz. Fue conducida al púlpito y arrojada desde allí, de modo que la camisa hinchada ondeó a su alrededor. Abajo, fue recogida por brazos extendidos hacia arriba, y los hombres continuaban la broma jugando a la pelota con la esposa medio muerta del burgués. Luego sumergían a la desgraciada en un gran recipiente de agua bendita, para, por fin, colocarla, completamente empapada, sobre la barricada, allí donde iban a parar la mayoría de los tiros. También constituía un inteligente detalle el hecho de que tampoco los soldados pudieran contener la risa ante la visión de aquella dama tan maltrecha. Este episodio tuvo como resultado una gran hilaridad. La platea se retorció de risa, muchas de las ocupantes de los palcos, entre ellas la señora Pimbusch, sollozaban de satisfacción en voz baja.

La escenificación hubiera sido digna de un escenario mayor. Aquellos hombres lívidos y enfermos de muerte, saltando por la destruida iglesia, con su griterío sofocado por el odio y los rostros extrañamente demudados por la trémula luz de las velas de altar que había sobre los parapetos provocaban un efecto fantasmagórico. Sin embargo, el público no se sentía del todo satisfecho. La orden policial prohibiendo la mala utilización de los vasos sagrados para fines sucios, hacía imposible que aquellos sucesos produjeran una impresión limpia. Y, aunque los proletarios ahuyentaban a las tropas con un victorioso ataque, este acto dejó los ánimos bastante deprimidos.

Pimbusch se inquietó por conocer la opinión que, ahora, debía tenerse sobre *Venganza*. Su mujer aclaró: «Todavía no provoca sensaciones suficientes».

Liebling añadió, severo: «No puedo calificar una cosa así como arte. ¿Dónde está aquí el pensamiento moral?».

«Se esconde en la estructura general de la obra. Además, quizá aparezca todavía», dijo la señora Türkheimer con suavidad. Pero era difícil aplacar al sionista.

«Esta pieza tiene desde el principio algo brutal», hizo notar.

«¡Obra maestra!», exclamó Kaflisch, que apareció en la puerta. «¡Ése es el truco del drama social! Elevar los fuertes instintos populares, lujuria y crueldad, que, en otro caso suelen ser saciados más bien en los museos de figuras de cera, a una cierta esfera más elevada, eso es lo que pretende nuestro ingenioso autor».

Se puso a olfatear el aire.

«¡Aquí huele realmente a alma popular! ¿Saben ustedes qué me recuerda *Venganza*?».

«¿Qué?», preguntó Pimbusch.

«A todas las obras literarias fuertes, tal como le gustan al pueblo, por ejemplo las memorias de una criada: “Odio, venganza y desesperación me arrastran a la senda del vicio”.»

Las damas arrugaron la nariz. La llegada del barón von Hochstetten privaron al

periodista de un éxito mayor. El prometido de Asta parecía menos agotado que de costumbre. Asustado y nervioso miró en derredor, antes de atreverse a hablar.

«He presenciado también el final del acto, abajo. Esta chupucería es todavía más grosera de lo que me imaginaba. Si se llega a saber que he intercedido para que se pudiera representar —ya saben que he impedido una prohibición policial— entonces... Porque, desde luego, no se puede jugar con Su Excelencia...», finalizó el atemorizado funcionario con un descorazonado movimiento de mano.

Su suegra y la señora Pimbusch le miraron con una sonrisa ambigua. Como no encontraba aquí el consuelo que buscaba, se dispuso a continuar andando con sus inciertos pasos.

«¡Si al menos tuviera éxito la obra!».

Con estas profundas palabras abrió la puerta. Pero Asta estaba disgustada por el lamentable efecto producido por su novio, y decidió vengarle.

«¡Dame el abrigo!», dijo en voz tan alta, que Stiebitz asomó la cabeza desde el palco vecino.

Hochstetten obedeció, y ella se alejó rápidamente. Su novio la siguió con la cabeza hundida. Los caballeros que quedaban en el palco se sintieron un poco molestos.

«¡No es ninguna tontería!», dijo Kaflisch. «¿Y si siguiéramos el ejemplo de los oradores anteriores y abandonáramos el local en señal de protesta?».

La señora Pimbusch se encogió de hombros.

«Además, corren todo tipo de rumores sobre el autor anónimo».

«Bien, ¿y quién es?», exclamaron las damas. Pero el periodista se puso misterioso.

«¿Quieren saberlo, verdad? ¡Pues a fastidiarse, no voy a decirlo! Miren, cómo se reúne allá abajo la crítica. Abell y Bar, Wacheles y Tunichgut están locos de curiosidad. Ahora salen, y yo también con permiso de las damas. Allí afuera nos enteraremos de todo tipo de cosas».

«¡Espere, voy con usted!», gritó la señora Pimbusch en seguida. Los caballeros se les unieron.

«¿La señora se queda en la sala?», preguntó Andreas. La señora Türkheimer se abanicaba.

«Oh, aquí hará menos calor que fuera. Todo el mundo se agolpa ahora en los pasillos».

Le hizo un guiño con el ojo que Andreas comprendió a la perfección. Salió con los demás, los perdió al poco rato en la confusión, y regresó al palco.

«¿Ya está usted aquí de nuevo?», le preguntó Adelheid sonriendo con picardía.

«Mire, aquella luz de la pared me deslumbra», añadió.

El inteligente joven captó también aquella insinuación. Cogió la capa de la señora

Türkheimer forrada de piel y la tendió desde la pared del palco hasta la baranda con tanta habilidad que, en el ángulo donde se sentaba la dama, no podía penetrar ninguna mirada indiscreta. Ella se reclinó y dijo: «¿Así que no le preocupa lo que se rumorea allí fuera del autor?».

Andreas se enderezó, intentaba hacer un acopio de valor.

«No es por eso por lo que estoy aquí», repuso.

«¿No? Pero la obra le gusta, ¿verdad?».

«He estado pensando continuamente en usted, señora».

Una vez lo hubo reconocido, se puso muy rojo, pero se dominó.

«¿Quiere usted darme a entender que durante todo el tiempo no ha mirado lo que se representaba?».

«¿Puedo decirle lo que he visto?».

«Por favor».

«¿No se enfadará?».

«Esta vez, todavía no».

«Por entre las espaldas de Pimbusch y Liebling he visto de continuo la violetas que lleva usted en el cuello, y a veces, cuando era especialmente afortunado, también un trocito de su nuca bajo el calado de encaje, señora».

Adelheid movió la cabeza sonriendo.

«¡Vayas cosas que aprende usted en Berlín! ¡Siéntese aquí!», dijo en voz baja.

Atrajo la silla en que se había sentado la señora Pimbusch muy cerca hacia sí, de tal forma que las rodillas del joven penetraron profundamente en los pliegues del vestido, quedando entre las rodillas de ella. Así, en la más próxima cercanía, lo miró ella con una tierna pregunta en los ojos. Luego comenzó de nuevo.

«Así que por fin ha venido aquí, en vez de irse a confesar. Ojalá que no haya arruinado usted por mi culpa la salud de su alma. Pero no era tan grave, ¿verdad?».

Por el contrario, Andreas se había puesto extraordinariamente serio. Bajó los párpados y se mordió los labios. Adelheid se asustó mucho por su propia falta de tacto. ¡Le había herido! ¿Cómo remediar su indelicadeza? Sentía deseos de besar esas largas y suaves pestañas que ensombrecían profundamente su rostro. De repente, él levantó los ojos, lleno de un sentimiento quejumbroso y abnegado.

«No debía habérmelo recordado», susurró.

Ella repuso del mismo modo: «¡Perdóneme!».

Él se inclinó más hacia ella.

«¡No sabe usted Adelheid, todos los sacrificios que yo haría por usted! ¡Créame!».

«Lo creo, querido Andreas», repuso ella muy íntima. Él tomó su mano, que la dama había levantado para trazar un gesto de ruego, y en seguida se sintió atraído hacia ella de un modo casi imperceptible, pero con irresistible violencia. Adelheid le

recogió a tiempo en sus brazos, pues si no, se habría hundido con demasiada fuerza en su pecho.

«¡Cuánto me amas!», susurró la señora Türkheimer, retirando la cabeza muy hacía atrás.

Andreas estaba buscando una expresión que correspondiera a la situación y tartamudeó: «¡Oh, Adelheid! ¡Déjame amarte siempre así, aquí seremos felices por fin!».

Al punto, estas palabras le parecieron mal escogidas. Descansar en un palco de teatro entre los brazos de la señora Türkheimer era una felicidad que, evidentemente, no podía durar.

Posó una mano sobre su cadera, y sus pesados miembros se estremecieron bajo su contacto. Ella respiraba con dificultad, su pecho palpitaba bajo la presión del otro. El rostro de él estaba muy cerca, sobre el de la amada y a través de los párpados entrecerrados, ella le miraba a los ojos, con una expresión en la que se derretía la voluntad. Su aliento le entibiaba el rostro, ella tenía los labios entreabiertos. Blandos y rojos, en medio de su pálido y ancho rostro, tentaron a Andreas, que sepultó su boca en ellos, como en un cojín de sensuales y aterciopelados pétalos de rosa. Temía perder la cabeza y se preguntó con angustia cómo acabaría aquella cita amorosa expuesta a las más penosas interrupciones.

Adelheid parecía ocultar los mismos escrúpulos. Levantó la cabeza, miró a su alrededor como si recobrara la conciencia y suspiró: «¡Aquí no, Andreas!».

En ese mismo instante se separaron, violentamente sobresaltados por el ruido de un golpe de timbal, al que siguió un caos de tonos desafinados. La orquesta había reemprendido su actividad.

A Andreas, que ordenó su traje a toda prisa, le pareció advertir que, allí atrás donde la penumbra era más profunda, la puerta del palco era cerrada con cuidado. Sí, le pareció que el placentero rostro de Türkheimer había aparecido por la rendija apenas durante un segundo. Era probable que se tratara sólo de una ilusión óptica, consecuencia de su sobresalto. Sin embargo, su memoria conservaba una imagen muy clara de las patillas pelirrojas.

Temió que esos preciosos minutos de intimidad transcurrieran sin un resultado seguro, y de nuevo, inclinado sobre ella, rogándole, cogió la blanda mano de Adelheid. Ella la retiró titubeando, llena de pesadumbre. Siguió acariciándola y sus labios rozaron su cuello y las violetas que llevaba en el vestido.

«¡Aquí no, Andreas!», repitió ella de nuevo, un poco ensimismada. «Espera, déjame pensar. Mañana al mediodía tengo modista, luego, está la tómbola benéfica para hijos de presidiarios. El martes a primera hora no, no puede ser, pero tendrás que quedarte toda la tarde en casa, ¿oyes?».

Y sonrió de un modo encantador.

«Tienes que recitarme tus poesías. Además, vas a escribir una obra de teatro como ésta, una que obtenga un gran éxito. ¡Quiero que seas famoso!».

«Kopf tiene razón», pensó Andreas. «Ya me exige que la convenza de que soy digno de su protección».

De momento, ella ya le pertenecía, ¡tenía su promesa! Y lleno de agradecimiento, intentó un nuevo ataque a la nuca de Adelheid, allí donde se transparentaba bajo los encajes. Ella se impacientó.

«¡Déjalo ya! Además, aquí hace mucho calor, ¿sabes?, y las violetas me molestan. ¡Ayúdame!».

Movió el cuello, demasiado corto para el tamaño del ramillete, a un lado y a otro. Se lo arrancó, Andreas le ayudaba presuroso y torpe.

«¿Puedo quedármelo?», preguntó.

«Por mí... Pero se van a dar cuenta».

Él oprimió con ansia las flores entibiadas por el cuerpo de Adelheid contra su rostro. Luego las introdujo en el bolsillo interior de su chaqueta. La puerta se abrió ruidosamente. Andreas estaba en correcta postura a tres pasos de la señora Türkheimer. Al tiempo que retiraba de la baranda el abrigo que la protegía de la luz, ella observó: «Este descanso se prolonga de un modo insoportable».

La señora Pimbusch gritó sin aliento: «¿Ya saben quién es el autor de *Venganza*? ¿No? Es para morir. ¡Pues un joven al que todos conocemos!».

«¡No es posible!».

«Un miembro de la mejor sociedad», dijo Liebling con la frente arrugada.

Pimbusch sonrió dándose importancia.

«¿Y bien? ¿Todavía no se lo imaginan? Es un dramaturgo conocido, se lo digo yo. ¡Pueden verle desde sus sitios! ¿Y bien? ¡Pues Diederich Klempner, naturalmente!», anunció triunfante, incapaz de retener la noticia por más tiempo. La señora Türkheimer sacudió la cabeza, incrédula.

«¡Pero si jamás ha escrito nada! ¿Por qué iba a arruinar su fama de repente con una obra así?».

«¡Parece tan conservador!», añadió Andreas muy asombrado. Liebling afirmó con la cabeza, preocupado.

«¡Pero predica la revolución!».

«¡Qué picante!», observó la señora Pimbusch. Dirigió sus impertinentes hacia el palco del poeta, quien susurraba algo al oído a la gran Lizzi Laffé y a la pequeña Werda Bieratz alternativamente.

«¡Hace como si no fuera él! Pero ahora la crítica arremete contra él».

Se vio entrar a las señoras Abell y Thunichgut al palco de Klempner, que parecía responder a todas sus preguntas con una viva protesta.

«Hay que tener energía para componer una obra así», comentó la señora

Türkheimer un poco pensativa. «Por lo demás, también el señor Zumsee va a escribirnos un drama dentro de muy poco».

«¡Ah!».

Andreas fue felicitado. Pimbusch le estrechó la mano con los codos muy separados del cuerpo.

Les obligaron con silbidos a guardar silencio. El último acto ya había comenzado. Andreas ocupó esta vez un buen lugar, pero estaba más activamente inmerso en sus propios pensamientos que antes. La ambición de Adelheid de convertirle en un dramaturgo le inquietaba. Esas molestas obligaciones le parecían innecesarias en el país de Jauja. ¿Es que todavía no le había infundido suficiente respeto con su ardid, el ardid ideado por su genio? ¿Es que tenía que asombrarla con algo todavía más espectacular? Había que meditarlo. Pero competir con Diederich Klemptner, con ese rollizo estudiante aristocrático que sobre el escenario hacía asesinar por su populacho a la gente, a cuya costa vivía él, esta perspectiva no atraía a Andreas en absoluto. Además, *Venganza*, le desagradaba, la obra es demasiado bestial y malévol. Kaflisch tenía razón, olía a alma popular. Estando en posesión de la dulce promesa de la señora Türkheimer, Andreas se sentía propietario, y todo ataque a la clase dominante le resultaba en este instante muy hostil.

Sólo prestó atención cuando los más vivaces gestos de excitación anunciaron que el éxito del drama estaba decidido. Un tren discurría por un solitario paisaje de invierno. La locomotora pitaba con miedo, avanzando poco a poco, porque las vías estaban cubiertas de nieve. Pero bajo la nieve debía de ocultarse algún obstáculo, porque, de repente, se produjo una catástrofe. La locomotora dio un salto, como si quisiera precipitarse hacia adelante. Los vagones se amontonaban, cada uno se encaramaba con las ruedas por la espalda del que se encontraba delante, para, inmediatamente, pulverizarse tras una caída repentina. Durante algunos segundos todo queda en silencio, luego el harapiento y demacrado ejército de proletarios se acercaba surgiendo de zanjas y de arbustos, asombrado de su propia obra. Pero en cuanto el primer viajero sobreviviente se atrevía a trepar por la ventana del vagón volcado, recobraban su cólera. Las mujeres iniciaban el ataque estrangulando con sus manos a una mujer que habían sacado por la fuerza. El que había en manos de los hombres era un miembro del consejo de administración, que había escapado. Le abrieron la barriga con sus cuchillos. Al ver la sangre se quedaban como hechizados. El placer de la venganza parecía haberlos idiotizado, sacaban mucho la lengua, sus vidriosos ojos daban vueltas, y sus hundidos pechos se estremecían en espasmos. Una vez despiertos, se precipitaban aullando sobre sus víctimas, los burgueses, sus torturadores, sus explotadores y asesinos, que por fin habían caído en su poder. Destrozaban a los que asomaban por entre los escombros ya casi triturados, caían sobre ellos con dientes y uñas y se revolcaban con ellos en la ensangrentada nieve. Se

hacían recíprocamente horribles muecas para comunicar su alegría, chasqueaban la lengua, rechinaban los dientes y proferían roncadas maldiciones. Esto se desarrollaba con tal emocionante verismo, que los espectadores se estremecían con un desusado y delicioso espanto. Un caballero malhumorado se atrevió a afirmar en voz alta que toda la escena era un plagio, mientras que un guasón preguntó que cuántos hectolitros de sangre de buey habían comprado para la puesta en escena. Pero ambos se vieron obligados a abandonar la sala. Pues no estaba la cosa para bromas, esta vez iba en serio. Varios proletarios en el último grado de tuberculosis, arrastraban con bestiales aullidos de deseo a dos mujeres que no estaban heridas hacia los matorrales cercanos. Las damas de los impertinentes se levantaron de sus asientos, para poder ver más allá de los arbustos, absolutamente convencidas de que la escena se seguía desarrollando. La ilusión era tan fuerte que algunos hipersensibles se colocaron el pañuelo ante la nariz. Pero la mayoría de las carnosas morenas de los palcos, muy inclinadas, se oprimían con manos nerviosas el pecho jadeante. Cerraban los ojos en una deleitosa entrega, y sus sensuales ollares se abrían, anchos y negros, en medio de unos rostros cubiertos por una palidez mortecina y húmeda. Casi aturcidas, aspiraban ansiosamente el débil olor de sangre que parecía flotar, cálido, por el edificio. Cuando, por fin, se dio la señal de aplauso, el furor de sus instintos atizados ya les había debilitado tanto, que apenas podían levantar las manos. Gruesas gotas perlaban los cuellos y las nuca; el amargo olor de su transpiración se mezclaba con los densos perfumes que emanaban de la tela recalentada de los vestidos y de las flores. De vez en cuando, sonaba una estridente y vidriosa carcajada junto con un tintineo de brillantes. Jóvenes muchachas, que miraban con lascivia desde detrás de las espaldas de sus madres, daban estridentes gritos. Dos o tres de ellas se desmayaron.

Sólo el gran arte podía provocar tales efectos. En todo el edificio no habría más de dos personas que se sustrajeran a ellos. La joven señora Bloch, siempre aquella tímida desconocida que el famoso ojeador de Türkheimer había sacado de su tranquilo nido de provincia, no entendía nada de lo que veía. Sonreía, arrugaba, desde luego, la nariz y se comportaba de un modo silencioso y decente, apoyada en el ángulo con su vestidito blanco. Le seguía faltando la adhesión interna a los placeres del mundo al que pertenecía. Pero el anciano y alto Wennichen se comportaba también como si apenas comprendiera algo más que ella. También él sonreía sin interrupción, mientras miraba con pequeños y asombrados movimientos de su cabeza de pájaro al público de alrededor. Tal vez se preguntaba por qué los laboriosos comerciantes y sus esposas, los representantes de la moral y la propiedad que ya habían tenido bastante qué hacer defendiéndose de terratenientes insolentes y de curas oscurantistas, consentían ahora en conceder aplausos a los groseros excesos del populacho.

La mayoría se había levantado de un salto, totalmente dominados por la apoteosis

del proletariado con que finalizaba la obra. En el lúgubre cielo de nieve llameaba una bengala roja, el reflejo de unos fogonazos que estaban destruyendo los lugares de dominio burgués. Dejando tras de sí la obra de su venganza, el tren despedazado y los cadáveres mutilados de sus enemigos, el pueblo avanzaba en parejas entrelazadas, los brazos fervorosamente abiertos, hacia la aurora de la bondad humana y de la fraternidad. Parejas de enamorados se unían en medio de la libertad y la naturalidad. La joven y el muchacho, las víctimas rescatadas de los lascivos propietarios de la fábrica, se precipitaban a abrazarse y se prometían en matrimonio. Pues, en el fondo, el pueblo poseía una moral. Así, también Liebling, asegurado el pensamiento moral, podía darse por satisfecho.

Cuando los actores, considerablemente debilitados por todas las fatigas soportadas, hubieron aparecido once veces en el proscenio y el edificio comenzaba a vaciarse, los caballeros de la platea, cuyos blancos guantes colgaban como andrajos, empezaron a pedir con pasión la *Marsellesa* de los trabajadores. Los miembros de la orquesta todavía presentes tuvieron, por fin, que satisfacer ese deseo, y el público cantó a coro, lleno de fervor. En el palco de los exóticos diplomáticos se veía a Türkheimer marcar el ritmo con sonrisa satisfecha.

En la escalera, Andreas fue separado de sus acompañantes. Todavía consiguió hacerse notar por la señora Türkheimer, cuando ella subía a su coche. Recibió un saludo, que para él significaba de nuevo: «¡Pasado mañana!».

En el vestíbulo parecía haber ocurrido un accidente. Una dama era sacada por su cochero y sus lacayos y llevada al coche. Andreas reconoció a la señora Pimbusch, que, a consecuencia de su excesivo goce pasional del arte, sufría espasmos de risa. Su esposo correteaba a su alrededor de un lado para otro, desconsolado y lleno de temor ante un posible ridículo.

Cuando el joven iba a continuar su camino, una aglomeración de espectadoras atrajo su atención. Entre ellas reinaba una gran excitación, el literato Diederich Klempner entró en el corro de sus admiradoras. No negó por más tiempo el hecho de que estaba relacionado con el creador del ahora famoso drama, tan sólo se encogió misteriosamente de hombros, y, condescendiente, dejó que las muchachas le cogieran sus rechonchas manos. Algunas intentaron besárselas, pero Klempner las rechazaba. Para darse importancia, se llevó la mano a sus gafas de montura negra, haciendo guiños por encima del rebaño de damas, y la sonrisa escéptica que impregnaba su enérgica y redonda cara, ocultaba la satisfacción que le proporcionaba el homenaje.

Andreas se llevó consigo a casa esa imagen de un escritor rodeado por el perfumado aroma de manos femeninas. El malestar que, comprensiblemente, le inspiraba el éxito de otro, pronto quedó vencido por su viva fantasía, que, de repente, le trasladó a la situación de Klempner. Él mismo, tal como deseaba Adelheid, había escrito una pieza, que todo Berlín celebraba con gritos de júbilo. Todas las miradas se

dirigían al palco, donde él se sentaba junto a ella. Era el decisivo público berlinés del estreno, que él acababa de conocer, quien comunicaba su gusto a las capas menos evolucionadas del pueblo alemán, y quien decidía la fama de un escritor en toda Alemania. Ahora, el nombre de Andreas se extendía en un embriagante triunfo por todas las regiones.

Cuando hubo desarrollado la fantasía de su sueño durante un rato, ya no le faltaba mucho para creerse el autor de *Venganza*. Sólo el entusiasmo que ello provocó en él le había enseñado a comprender la obra. Poco a poco comenzaron a fermentar también sus instintos salvajes. No sabía bien si debía sentirse como un proletario sediento de sangre burguesa. Tal vez eran los ancestrales instintos de campesino, los que le sublevaban contra los odiados y refinados burgueses de ciudad. El hecho de que tenía que conseguir la posesión de la señora Türkheimer, se le aparecía como una trágica venganza. Él, y todo el pueblo, se vengaba de ella y de sus semejantes. No había que buscar otro placer en esa madura esposa de banquero. En cuanto la poseyera, tenía que mostrarse frío e inaccesible. Ella debía encontrar en él un amo duro.

Junto a tales reflexiones, otra buena cantidad de ocupaciones más prácticas llenaron la espera del momento en que pudiera estrechar a Adelheid en su brazos. Se mudó a la calle Dorotheen, en la habitación de al lado de Kopf, cosa que le fue considerablemente dificultada por las precauciones que tuvo que tener con el valioso vestuario del señor Behrendt. Informó a la señora Türkheimer de su traslado con una carta que finalizaba con las siguientes líneas:

«No me ha resultado fácil decir adiós a mi silenciosa y retirada celda de trabajo, pero ¿qué no haría yo, amada mía, por estar unos cuantos cientos de metros más cerca de ti y por ahorrarte algunos escalones? Ahora vivo en el segundo piso. ¡Oh, ven pronto para aliviar mi necesidad con la ternura de tu sonrisa! ¡Dame órdenes, buscaré algo que ofrecerte!».

Andreas renunció a embellecer su nueva vivienda con la adquisición de objetos de lujo. ¡Cómo iba a infundir respeto a esa rica dama con esto! Sólo debía traslucirse exteriormente en la decoración su santo ardid, cuya eficacia esperaba aumentar. Entresacó de varios ropavejeros objetos que tal vez pudieran causar perplejidad a una dama de la calle Hildebrandt.

El martes, a mediodía, se dirigió a su habitación nada más comer. Tenía que revisar y retocar los poemas que quería recitarle. De vez en cuando, levantaba la vista de su trabajo, lleno de agradables pensamientos. ¿Vendría a las tres o a las cuatro? ¿Estaría ya en camino? Posiblemente abandonara su coche en las puertas de Brandenburgo y marchara a pie hacia la calle Dorotheen. En el primer piso tendría que tomar aliento, no estaba acostumbrada a unos escalones tan empinados. La imagen de la corpulenta dama que trepaba sin aliento dos tramos de escalera, sólo

para sumergirse en sus brazos, provocó en Andreas una viva hilaridad. Se golpeó en las rodillas riendo de tal modo, que las desnudas paredes resonaron.

De repente, creyó oír un ruido afuera, en el corredor. Se precipitó hacia la puerta. Pero no, todo estaba en silencio. Entre tanto se habían hecho casi las tres y media, ¡no tenía por qué hacerle esperar tanto! Se le ocurrió una posibilidad del todo nueva. ¿Y si no viniera? En esto no había pensado todavía en absoluto, pero era muy fácil que ella no pudiera o que no tuviera ganas. Tal vez la aventura no valía ya la pena para ella, quizá prefería otra diversión. Se arrepintió de no haberla buscado durante los días anteriores para recordárselo en persona. Su carta había sido anhelante y tierna en exceso, decidió expiar este desacierto si es que ella venía. Pero no podía faltar, lo amaba demasiado. Además ella ya se había comprometido por él. Había notado muy bien lo atentamente que la señora Pimbusch había estado observando durante el tercer acto de *Venganza* el hombro de Adelheid, del que había desaparecido el ramillete de violetas. ¡Ah, casi lo olvida! Sacó del bolsillo de la chaqueta las flores ya muy aplastadas, las puso en agua y las colocó sobre la mesa. En ese mismo instante sonó el timbre de la puerta del pasillo. Contuvo el aliento. No, esta vez no se equivocaba, percibía un crujido de seda.

La señora Türkheimer no estaba casi cansada. Había subido presurosa y con facilidad las escaleras, las había subido con el corazón. Llevaba un sencillo Tailor made-Dress in Covercoat. Vestida así, podía penetrar en cualquier casa sin llamar la atención, y al mismo tiempo, sin negar su posición.

«¿Se ha instalado aquí un tal Andreas Zumsee?», preguntó a la patrona. La vieja mecklemburguesa estaba de pésimo humor.

«No conozco ningún nombre así. Tendré que preguntar a mi hija. ¡Zaffie!», gritó hacia la cocina.

La señora Türkheimer no tenía demasiado interés en ser vista también por Sophie. Dijo con rapidez: «Bueno, debe de estar en casa».

«¡Pues vaya a verlo!», repuso con sequedad la señora Levzahn. Colocó las manos en las caderas y se alejó despacio arrastrando sus pantuflas de fieltro, muy descontenta con el trajín de damas del nuevo inquilino.

«Se podrá hablar con él, siendo una visita de familia», le gritó Adelheid a la vieja, mientras en la oscuridad intentaba dar con el picaporte. Golpeó a la puerta, pero no recibió respuesta. Abrió.

En el umbral retrocedió espantada. Se sujetó a las jambas y sofocó un grito, ¡en aquella habitación había un monje! Estaba sentado en un taburete de madera ante una tosca mesa de pino, con la espalda apoyada en un catre de hierro. Un horrible crucifijo labrado, que amedrentaba, miraba con un gesto demudado y sangriento abajo, hacia el portador del hábito de monje, quien, con el rostro sepultado en las manos, parecía inmerso en una profunda meditación.

La señora Türkheimer encontró al solitario monje tan espantoso como una aparición. Con esta visión se desarrolló en ella una rápida sucesión de terribles imágenes que obedecían a sus largos años de lectura del *Correo Nocturno* y el *Cable*. Pues ni ella ni los ilustrados lectores de estos periódicos sabían bien si todavía había monjes, y consideraban a la iglesia católica como un fantasma de la oscura Edad Media, que, de vez en cuando, se levantaba de tumbas sepultadas, para arrastrar horribles cadenas. Tan pronto como se hubo repuesto un poco de ello, Adelheid pensó en escapar sin ser vista. Debía de haberse equivocado de habitación, y a lo mejor se encontraba incluso en un edificio que no era. Pero la vista de un rizo, que sobresalía de la capucha marrón, la detuvo en su retirada. ¡Ése era el pelo de Andreas! El monje levantó la cabeza poco a poco. Sus ojos seguían cerrados, pero ella reconocía su perfil, que emergía, pálido, de la penumbra. Muy silenciosamente, temblando todavía un poco, se deslizó hacia él y posó con suavidad la mano sobre su cabeza. Él abrió los ojos aún inmerso en sus pensamientos.

«¡Cómo me has asustado!», susurró ella.

«¿Te he asustado? ¿Con qué?», preguntó él sonriendo. Se puso en pie y trajo una silla para ella.

«¿Te refieres a mi túnica? Pues esto es mi traje de trabajo...».

«¿Y siempre llevas un camisón así?», inquirió Adelheid con inocencia. Él se sintió herido.

«Vosotros, claro está, no podéis comprender qué importante es para nosotros el traje con que nos sentamos al escritorio. ¿Crees que vestido de frac me asaltan los mismos pensamientos que con el hábito?».

«¡Seguro que no!», afirmó Adelheid. La conducta de Andreas le extrañaba un tanto, pero era bastante interesante. Los hombres importantes tenían que tener tales peculiaridades, y la suya era realmente chic.

«Te comprendo, Andreas», dijo, «y ahora ya puedo imaginarme qué tipo de poesía escribes».

«Escribo poesía católica», aclaró él en un cierto tono, dirigiendo la mirada al cristal de la ventana que resplandecía con una luz opaca. Adelheid trasladó la mirada desde el sangriento Cristo, que, en la oscuridad aparecía cada vez más pavoroso, hacia el hábito marrón de Andreas, y un escalofrío de miedo y bienestar la recorrió. Estaba muy satisfecha de haber sabido elegir a primera vista precisamente a este joven, entre todos los que frecuentaban su casa. Ni la señora Mohr y la señora Bescheerer, ni Lizzi Laffé o cualquier otra habían conocido jamás algo semejante. Era digno de ser amado por ella. Además, el hábito le sentaba bien, le daba un aire romántico.

Se inclinó hacia él, puso su brazo sobre el suyo y le miró con ternura a la cara, que parecía empalidecida por la meditación y la ascesis. La buena vida de los últimos

días no había eliminado todavía las consecuencias de la económica alimentación vegetariana de la época del Café Hurra y de las numerosas comidas sustituidas por un rígido ayuno. Adelheid dijo: «¿Es que no me preguntas por qué me he retrasado? No tuve la culpa. Si supieras...».

«Puedes venir a la hora que te apetezca. Siempre tendré que estarte agradecido», repuso él, pero en un tono que a ella le sonó: Si tiene que ser así, renuncio totalmente a ello.

«Aquí hace muchísimo calor», dijo, encogiéndose el busto de un modo provocativo. Sus dedos desataron las cintas de los botones. Él dejó resbalar una mirada indiferente por su pecho, que amenazaba con hacer saltar la tela, pero con eso se dio por satisfecho. Adelheid se sintió rechazada, y la embargó un dolor tal por su frialdad, que gimiendo se llevó la mano al corazón.

«Me encuentro mal», susurró.

Andreas la recogió, pero en seguida la soltó de sus brazos, dejándola en el sillón. Se giró para mirar el sofá, pero encontró imposible cargar con el peso de la señora Türkheimer hasta allí. Adelheid advirtió esto mismo, se enderezó. Para mantener la compostura, Andreas encendió la lámpara.

«¿Abro la ventana?», preguntó él.

«¡Déjalo, vamos a charlar! ¿Has pensado algo sobre *Venganza*? Todavía no sé qué opinas del tercer acto. ¡Y qué críticas le han hecho a Klempner! ¿Has leído a Abell?».

Hablaba muy aprisa, para encubrir su miedo. ¿Y si era muy vieja, realmente muy vieja para él? ¿La rechazaría?

«¡Bueno, Abell! Opino que no dice más que tonterías», aclaró Andreas. Cogió el *Correo Nocturno* y entresacó las frases clave, que leyó a toda prisa parodiándolas un poco: «Ha aparecido una nueva estrella, que podría barrer del campo a algunos de nuestros epígonos dramáticos... Genial síntesis de una sicología social diferenciada... Movimiento napoleónico de masas... Un sentido supremo de la justicia social...».

Andreas adoptó la pose e imitó el elegante movimiento de mano del doctor Bediener.

«El hecho de que apoyamos en el aspecto político una sana política económica liberal y de que apoyamos firmemente al más lascivo director de fábrica, es evidente. Estaríamos locos si no lo hiciéramos. Pero en el folletón tomamos el partido de los oprimidos, a causa de nuestro supremo sentido de la justicia social, ya sabe usted. Pues nos consideramos un órgano de la intelectualidad alemana».

Levantó la ceja derecha, como si dejara caer el monóculo del ojo, y el modo de hablar del jefe de redacción resultaba bastante reconocible. Adelheid se mostró encantada e hizo palmas con las manos.

«Lo sabes hacer todo», dijo con ternura.

Andreas se sintió halagado. La crítica de Abell, desde luego, le había agradado mucho en realidad, porque la leyó con el sentimiento de que era la recensión de su propia y futura obra. Pero oír entonar un cántico de alabanza a Klempner en presencia de Adelheid, le repugnaba profundamente.

«Es cierto», opinó ella. «No se debe tomar en serio una cosa así. En realidad, todos los periódicos bromean».

«¿Y Klempner?», preguntó Andreas. «¿Le encuentras muy noble? Ha estado comiendo siempre a tu mesa y a las mesas de otras familias ricas, mientras que, en secreto, se ocupaba en hacer despreciable a la clase propietaria y en arrastrarla por el fango. ¿Qué dices a eso? ¡Yo digo que es un asco!».

«¡Y con razón! ¡Oh, tú sí que eres noble!».

Nadie de sus círculos había pensado en lo que Andreas acababa de expresar. Lo miró muy asombrada. Su agudo sentido moral se llenaba de sincera admiración.

«¡Tú sí que eres noble!», repitió mientras pensaba: «¡Ah! Él no sería capaz de venderme como lo hizo Ratibohr».

Este éxito desarmó a Andreas. Le perdonó a Adelheid el excesivo fervor de la carta que él le había mandado, y también la hora que le había hecho esperar. Adelheid ya no consideraría nunca más un favor el hecho de visitarlo, él la había castigado y podía ceder ya un poco en su reserva. Por eso corrió su silla tan cerca de ella, que sus rodillas comprimían las de Adelheid, le colocó la mano alrededor del talle y susurró: «¡Qué adorable puedes ser! ¡Sé así siempre conmigo, por favor!».

«Tú sí que eres noble», repitió ella, arrebatada por las caricias de su mirada de muchacho y su suave voz.

«¿Ya no tienes calor?».

«No».

«¿De verdad que no?».

«De verdad».

«Pero yo creo... ¿un poquito?».

Ella hizo como si lo rechazara, cuando él intentó hacerse con sus botones, pero, llena de bienestar, dejó oír un leve arrullo. Las manos de Andreas poseían una natural habilidad. Sus espontáneas ternezas eran, desde luego, algo torpes, pero agradables, que difícilmente se le podrían reprochar. Se sintió muy pequeño ante los opulentos encantos de Adelheid, y se asemejaba a un pequeño muchacho vicioso, que juguetea con su ama antes de tiempo.

«Oh, Andreas», suspiró ella, cuando ya yacía, pesada, en sus brazos, muy asombrada, de haber llegado tan lejos.

«Amo tu cuello», dijo él, y sus besos la obligaron a retirar la cabeza cada vez más, hasta que sus sensuales labios resbalaron desde abajo por la amplia superficie de su carnosa papada, cuya blanca y tierna piel les halagaba. Demasiado profundamente

abandonada a sus sentimientos como para pensar en algo, Adelheid dijo otra vez: «Tú sí que eres noble».

«Tienes una hermosa línea de mentón», le dijo él, al tiempo que la atraía cada vez más hacia su taburete, que amenazaba con volcarse.

«Tú sí que eres noble», repitió ella, y con éxito, ambos resbalaron, un poco violentamente, casi como en una caída, hacia la estrecha cama de estudiante, que recibió la desacostumbrada carga no sin un considerable crujido. Y eso fue todo. Andreas no se lo había imaginado tan sencillo.

Cuando recobraron la conciencia por un instante, Andreas quiso apartar el hábito. Adelheid le sujetó el brazo.

«¡Déjalo!», ordenó, y creyó que él iba a advertir ese diabólico placer, que casi le atemorizaba a ella misma. Pues sentía un insospechado placer en amar al monje. Jamás le había invadido tal devastadora pasión. Ahora comprendía el satanismo y la magia, el sadismo y también otras perversidades de las que había oído hablar. Ninguna de sus conocidas, ni siquiera la señora Pimbusch, que se jactaba de todas las infamias posibles, podía haber vivido algo parecido. Apoyó la cabeza en la mano y contempló a Andreas con la pavorosa y ardiente concupiscencia de una esfinge.

Andreas estaba lejos de entenderla. Pero también su placer era mayor de lo esperado, y se sumergió de nuevo en los brazos de Adelheid, incluso antes de que éstos le llamaran. Pero lo primero que emergió de la total entrega de su voluntad a la mujer amada, fue su vanidad. Se levantó y se sentó en la cama.

«Todavía no te he leído mis poesías», dijo.

«¡Ah, sí!».

Sofocó un bostezo, mientras lo dejaba hacer. Pero de nuevo, la libertina y perversa fantasía que acababa de descubrir hoy en su alma, se alimentó con la visión del pálido poeta con túnica de monje, que la cubría a ella, la amada en el pecado, con las rosas de su poesía. Andreas leía con voz cortante y gestos solemnes. Luego le hizo preguntas.

«¿Qué te parece esa matización de los sentimientos? ¿No percibes los cautelosos escalofríos de los aromas, colores y tonos del atardecer?».

Adelheid se mostró hábil. En el momento oportuno intercalaba una alabanza.

«¡Muy bonito!», decía. «¡Chic! ¡Encantador!».

Al fin, lo atrajo de nuevo hacia sí, como a un niño que ya ha jugado bastante. Él cayó tan torpemente, que sus poemas se esparcieron por el suelo, revoloteando como lánguidas mariposas.

Entonces aclaró que todo lo que le había leído hasta ahora estaba superado.

«No es lo bastante inmaterial, estamos volviendo a lo muy sencillo e ideal», dijo.

«Oh, eres un hijo del sol, lo contemplas todo a través de unas gafas doradas».

Él comenzó a recitar una oda. «Al arrepentimiento». Ella observó: «Recuerda a

Schiller».

«Debe ser así», aclaró Andreas.

Adelheid escuchó con atención. Pero cada vez su pecho sentía más miedo, y sollozó:

«¡Ay, me pones muy triste!».

Los sublimes sonos de su última poesía habían abatido su corazón. Se arrodilló sepultando la cabeza en los almohadones, de modo que sus caderas se erguían altas como montañas bajo la colcha, y sollozó estremeciéndose. Él se esforzó por consolar a la Magdalena; su contrición, obra de su palabra poética, le conmovía.

«¡Pero Adelheid, nosotros nos amamos!», dijo.

«¡Nuestro amor es un pecado!», gimió ella, sofocada por las lágrimas.

Este estado de ánimo lo dominó y el arrepentimiento de Adelheid se le contagió. Se olvidó de Ratibohr y de la larga serie de amantes anteriores, que él había imaginado antes en la sombra del pasado de la señora Türkheimer. Sólo por su culpa se había ella desviado del buen camino, y con esta halagadora conciencia, lloró junto con la amada. Los estremecimientos de su *pathos* moral tendrían que ser ahogados, con toda seguridad, en un nuevo abrazo.

Adelheid sintió luego ganas de fumar un cigarrillo, y sumidos en el silencio tras todas aquellas profundas emociones, fumaron tumbados de espalda y mirando al techo.

Un reloj dio las cinco y media. Adelheid se levantó de un salto.

«Sí que la hemos hecho buena», dijo. «Voy a llegar muy tarde a casa».

Corrió en camisa y medias negras hacia el tocador, soltó su espeso pelo oscuro y comenzó a ordenarlo. Andreas, que se había quedado en la cama, miraba con los ojos entrecerrados hacia ella, muy debilitado. Pero su cansancio era muy honroso, y los resultados y éxitos de aquella tarde aumentaron su propia estimación. Contempló a Adelheid con orgullo y agradecimiento. Así que ahora poseía una bella amante. ¡Quién se lo hubiera dicho antes! Había anhelado la relación con la corpulenta esposa de banquero sólo por su carrera, temiendo interiormente que ello le hiciera parecer ridículo. Había considerado su conquista fácil y poco honrosa, pero ahora, ya que le había salido bien, se envaneció de ambición satisfecha. Todavía hoy había estado soñando con alguna sombría venganza que quería llevar a cabo cuando se apoderara de Adelheid. Sin embargo, su posesión le causaba en realidad, contra todo lo esperado, una apasionada satisfacción. Sus miembros, que superaban todo lo que había imaginado, le deleitaban violentamente.

¡El pobre joven había estado condenado tanto tiempo a una vida sin plenitud! Como la económica dieta vegetariana con la que, en vano, había tratado de saciarse, igual estampa le ofrecían las indigentes muchachas, sobre cuyos escuálidos pechos había podido descansar de vez en cuando a cambio de una pequeña gratificación. Ni

siquiera habían sido capaces de despertar un deseo carnal, que tampoco hubieran podido satisfacer. Ahora se sentía como vuelto a nacer. Sólo en los brazos de Adelheid había hallado su temperamento y lo invadió una desenfrenada alegría de labriego ante aquella gigantesca plenitud, ante una cantidad de carne, como jamás había podido ver de una sola vez. Pensaba que aquello tendría que bastarle siempre, se sentía insaciable. De nuevo empezó a acechar por debajo de los pliegues de las faldas que ella se estaba poniendo, las formas que hace muy poco había tenido entre las manos.

Ella le envió desde el espejo ante el que estaba una sonrisa coqueta. Si hubiera tenido menos prisa y no sostuviera ganchos del pelo entre los dientes, le hubiera dirigido algunas ternezas. Pues también ella estaba llena de orgullo satisfecho y agradecimiento. Pues, al fin, era ella y no cualquier otra, la que había conseguido vencer la castidad del ideal y religioso joven. Ahora que le pertenecía, se burlaba un poco de su peculiaridad, ahora le conocía desde un aspecto más natural. ¡Pero se había comportado de un modo diferente, y sin embargo fresco y fuerte! Ella soñaba en cómo daría a entender su nueva dicha a la señora Mohr o a la señora Pimbusch. Él sería discreto, pues era tan noble... ¡Ah! Ya se había vengado de Ratibohr. ¡Qué tonta había sido temiendo ser demasiado vieja! Andreas la encontraba bella por mucho, mucho tiempo. Ella opinaba como Madame de Chaulnes: Una duquesa siempre tiene treinta años para un burgués.

¡Jamás se le ocurriría abandonarla, porque no tenía dinero! Esto era una agradable garantía para esta mujer práctica. Ella tenía su futuro en sus manos y podía ocuparse de ser ambiciosa por él y dejar que él le abriera su corazoncito. Era su sueño, una relación duradera así, sobre la base de una amorosa familiaridad. Todos sus destinos procedían del hecho de que era una mujer muy buena, hasta demasiado amable con los jóvenes, como decía Kaflisch. A los cuarenta y cinco años todavía soñaba, a pesar de todos sus engaños, con la constante y eterna amistad de un amante. Siempre estaba de nuevo dispuesta, con una juvenil energía de corazón, a encajar en la vida de un nuevo amigo, a aceptar su sensibilidad y modo de expresión, compartir sus deseos e inclinaciones, y adaptarse a él, como si fuera para siempre. Recordó el tiempo en que, estando con un deportista, no había pensado más que en hipódromos y caballos, y luego otra época en que había ido a tantos conciertos en compañía de un músico, que tuvo dolores de cabeza y alucinaciones auditivas. Para agradar al banquero Ratibohr se había convertido en una especuladora y había engañado a su esposo no sólo en el dormitorio, sino, lo que era peor, en la bolsa. Tan pronto como entró en contacto con Andreas, su fantasía experimentó un impulso desconocido hasta entonces. Entre sus brazos se le ocurrían unos refinamientos mentales, que le asombraban a ella misma. Sólo necesitaba mirar a su devoto poeta, para que sus sentimientos se hicieran sanguíneos, y entonces comenzaba a hacer teatro como él, y

la peculiaridad de Andreas la invadía. Era capaz de todo; si el destino la conducía a un hombre como Liebling, se entregaría al sionismo.

Antes de colocarse el corsé, se detuvo un instante para mandarle un beso desde el espejo. De repente, él se levantó de un salto y se le acercó corriendo. Le disgustaba ver desaparecer su busto tras el corpiño de ballenas.

«Espera un poquito más», rogó. Ella dijo solamente: «¡Qué niño!».

Andreas acarició con sus manos la enagua de seda, de la que estaba orgulloso. Quería saber, incluso, lo que había costado.

«¡Qué niño eres!», repitió ella.

«¿Y ese perfume de aquí del corsé?».

«Crab apple».

«¡Ah! ¿Dónde está en realidad?».

El joven buscó, olisqueó y no se tranquilizó hasta que tocó la carterita cosida.

«Tienes talento para ser modisto».

«Sería un bonito trabajo».

Él dio vueltas a su alrededor, se estrechó contra Adelheid, intentó desaparecer del todo entre sus enaguas, y lleno de bienestar se arqueó como un gatito. Ella se rió.

«Ya te has puesto bastante pesado. No voy a acabar nunca. ¡Ayúdame a ceñirme el talle!».

Andreas comenzó a rogar con humildad.

«¡No lo cierres todavía! Olías tan bien... Tengo que retener algo tuyo en la nariz para luego, cuando tú ya no estés aquí».

Ella le miró con los ojos semicerrados y la cabeza inclinada hacia atrás.

«Me encuentras bonita, ¿no?».

«¡Vaya pregunta!».

El joven se arrojó a su cuello, pero ella se defendió.

«¡Mi pelo! Ya está bastante despeinado...».

«¿Y qué importa?», preguntó con inocencia.

«¡Ah! Vosotros no advertís esas cosas. Pero la primera mujer que me encuentre, notará por mi aspecto de dónde vengo».

«¿De verdad?».

«¡Santa inocencia!».

Le acarició la mejilla, pero no dejó que la tocara. Luego se acercó de nuevo al espejo para colocarse el sombrero.

«Es horrible lo estropeado que está mi peinado, tendré que ir al peluquero. Sin tenacillas no hay nada que hacer».

Le miró por encima del hombro.

«Es que no me he traído las tenacillas».

«¿Por qué no?».

«Porque no pensaba que te ibas a poner tan apasionado en seguida».

Él se rió halagado.

Por fin se había puesto los guantes y había extendido el velo por delante de los ojos. Andreas hizo una mueca, como si quisiera llorar.

«¿Y quién te obliga en realidad a volverte a marchar?».

«¡Todavía lo pregunta! Y a lo mejor mi salón de té está lleno de gente ya desde hace una hora. ¡Si al menos está Asta allí!».

Era curioso, hace unos instantes le había pertenecido a él solo, y de repente quería volverse a reunir con toda aquella gente extraña. ¡Tal vez quisiera exponerse a las miradas críticas con el secreto de su amor en el corazón!

Adelheid se compadeció de la expresión de Andreas.

«¡No te pongas triste, tesoro! Nos podemos ver todos los días. Además puedes venirte conmigo».

Andreas le miró con los ojos tan abiertos, que ella rectificó.

«O vienes dentro de media hora, después de mí. ¿Qué importa?».

«¿Que qué importa?».

Retrocedió dos pasos de un salto, no sabía cómo expresar su espanto. ¿Qué? Hace unos minutos habían estado haciendo juntos eso, y a la media hora le proponía aparecer en su salón, saludarla como señora de la casa y beber té junto con los invitados. ¡Era demasiado fuerte para él! Toda su moral de Gumplach se rebeló. No concebía tal falta de prejuicios, pero ella le inspiraba un cierto respeto.

Adelheid advirtió su consternación sin saber muy bien qué era lo que le producía una impresión tan fuerte. Pero aprovechó ese instante para escaparse de él. Andreas la alcanzó en la puerta. Adelheid le acarició la oreja con los labios.

«Mañana a las tres», susurró.

Él quiso seguirla, pero ella le empujó hacia atrás, con un dedo sobre la boca. Desde la cocina espiaba el descarado rostro de la señorita Levzahn, la bonita hija de la patrona. Adelheid cerró la puerta en las narices de Andreas. Éste cayó sobre una silla y escuchó cómo se perdía el crujido de seda de su enagua. Ahora cerraba la puerta abatible.

¡Pero ya la poseía! Este hecho asombroso le hizo mover la cabeza. Inmerso en una profunda meditación de las cosas increíbles que ahora habían hecho su aparición, habló varias veces y cada vez más fuerte: «¡La señora del cónsul general Türkheimer!».

Este título le sonaba especialmente fabuloso, era como un ascenso de categoría que se le hubiera presentado a él mismo. No sabía qué mitad le imponía más, si la de «general» o la de «cónsul». En todo caso, la totalidad resultaba fantástica.

«La señora del cónsul general, y encima de Puerto Vergogna. ¡Si lo supieran en Gumplach!».

Al pensar en sus paisanos, abandonó la silla de un salto, hizo una cabriola y empezó a bailar por la habitación una incansable y desenfrenada danza de alegría, como un caníbal triunfante, a quien la victoria no ha restado bastantes fuerzas y que no sabe cómo gastar su exceso de energías. Cuando por fin descansó, su vecino Kopf estaba junto a la puerta.

«¿Es esto la consagración de una iglesia?», preguntó sonriendo con benevolencia al alegre monje.

«¡Desde luego, una consagración de iglesia!», aclaró Andreas, tomando aliento a bocanadas. «Y si usted supiera qué iglesia... Una iglesia grande y exquisita, se lo digo yo. ¡Y una iglesia muy rica! ¡Se llama Adelheid Türkheimer!».

«¡Ah! ¡Le felicito!».

Kopf estaba sinceramente sorprendido.

«Esto ha ido rápido de verdad».

Andreas se pavoneó.

«¡Pequeñeces!», exclamó.

«¿Está satisfecho?».

«¡Me va bien, gracias!».

Estalló en carcajadas y empezó a hablar en dialecto a causa de su excitación.

«¡Viene a mi casa la mujer más bella que jamás he visto, y me pregunta que si estoy satisfecho! ¡Oh, he sentido una alegría!».

«Ciertamente, la mujer más bella, admiradísimo», repitió Kopf.

«¿Quiere detalles?».

No esperó la invitación de Kopf.

«Tiene unos pechos tan grandes como sacos de harina se lo puedo asegurar. ¡Pero unos sacos de harina llenos, duros! ¡Y unos muslos, como los que no hay!».

Se dominó para declamar:

*Estos hermosos miembros
de colosal femineidad
están ahora sin discusión
abandonados a mis deseos.*

«Es de Heine», añadió con orgullo.

Dio una vuelta sobre sí mismo, saltó por encima de la silla más próxima y se sumergió de nuevo en la danza triunfal del caníbal victorioso.

IX

Política y economía política en el país de Jauja

Vivían en una embriagadora felicidad, durante diez días vivieron en una embriagadora felicidad.

Adelheid pasaba toda la mañana y la noche sobre los cojines del diván de su dormitorio, abandonada a los ensueños de gozo que cada tarde, inmediatamente después de la comida, se hacía realidad. Se ponía a toda prisa siempre el mismo Tailormade-Dress in Covercoat, y abandonaba la casa, anunciando a sabiendas de lo contrario, que regresaría dentro de una hora como máximo. En el coche de punto que tomaba a medio camino, se colocaba un velo tan tupido como una máscara. Sostenía en la mano el precio ya contado del viaje, y gratificaba al cochero, que le dejaba a la entrada de la calle Dorotheen con una propina tan grande como su dicha. Cuando, con el vestido arremangado, corría hacia allí balanceándose, el reflejo de su opulenta figura bailaba ante ella en el húmedo asfalto. El paraguas que había protegido su cabeza y su pecho de miradas groseras se cerraba crujiendo y Adelheid desaparecía en el oscuro corredor.

La señora Mohr y la señora Pimbusch ya estaban esperándola en el salón de té de seda amarilla, cuando por fin regresaba, sin aliento y del mejor humor. ¡No necesitaba despertar la envidia de sus amigas mediante palabras veladas! La radiante palidez de su rostro proclamaba su triunfo, y sus ojos en los que se habían derramado miradas de amor en lugar de las gotas de atropina, refulgían húmedos, con la pupila dilatada. La señora Mohr, que había declarado ayer que Adelheid tenía sólo veinticinco años, opinó hoy: «¡Querida, has vuelto a rejuvenecer cinco años!». La señora Pimbusch preguntó con un gesto lleno de pensamientos ocultos: «¿Qué toma usted, en realidad, señora?».

«¡Revélenos el tipo de cura que utiliza!», rogó también la señora Bescheerer, una sexagenaria ataviada como una joven, que esparcía oleadas de perfume. La señora Türkheimer respondía sólo con un encogimiento de hombros. Majestuosa, se deslizaba con la bandeja de té en las manos de una a otra, fuera del alcance de sus pullas. Sus caderas se balanceaban llenas de fuerza, y sonreía con la conciencia de ser joven y deseada.

También Andreas opinaba de momento que su pasión le sentaba bastante bien, a pesar de todas las exigencias que Adelheid le planteaba. Aunque ya no pensaba disfrutar encantos nuevos en su amante, ya que Adelheid, también en este aspecto una buena mujer, no le había ocultado nada desde el primer día, a pesar de ello, gozaba con todas sus fuerzas de las bellezas que había alabado ante su amigo Kopf. Hasta

parecía revivir. El color de su rostro se hizo sonrosado, los pómulos se redondearon, y Adelheid comprobó no sin melancolía cuando le abrazaba, que su contorno debía de haber aumentado dos pulgadas. También desarrolló un apetito mayor de lo usual. Comía tres veces al día en diferentes restaurantes cercanos a su casa, ya que el movimiento empezaba a resultarle fatigoso. Mientras que por las mañanas al levantarse y por las noches se satisfacía con una fuerte comida burguesa, por la tarde, en cuanto le abandonaba la amante, tenía que saciar un hambre tan voraz que apenas le bastaban dos docenas de ostras, un sangriento Roastbeef y un poco de carne de ave. Para acompañar se bebía una botella de Château-Lafitte, y, de vez en cuando, también un poco de champagne. Cuando el café y la botellita de *fine champagne* se encontraban ante él, le sobrevénía una agradable tranquilidad de espíritu. Se hundía lentamente, cada vez más, en su asiento rojo y afelpado, la cabeza, cargada, caía con pesadez sobre el pecho y el joven se adormecía. En una ocasión se levantó de un salto con un ligero grito. El puro que colgaba de su boca le había chamuscado la camisa y quemado la piel del cuello. ¡Oh, con qué tiernos labios sanó Adelheid al día siguiente esta herida! Al menos lo intentó.

Cuando hubo transcurrido una semana con tal modo de vida, Andreas se dijo que jamás le había ido tan bien. Entretanto, la somnolencia que le invadía después de comer se extendió poco a poco a todo el día. Sentía su cabeza pesada a pesar de la mucha paz de que disfrutaba, y tan pronto como le había demostrado su amor a Adelheid, se adormecía entre sus brazos. Ella no le tomaba nada a mal, ni siquiera, cuando, el décimo día, él le dio el más grave motivo de descontento. Ella comprendía que las excesivas exigencias que le había impuesto al joven no podían ser satisfechas a la larga. En lugar de provocar su cólera, se aprovechaba de su eventual debilidad, para dispensarle ternuras de nuevo tipo. Apretaba sus calientes mejillas entre sus manos, le llamaba «Chiquitín», «Serpientita» y su «pobre nenito», y a la vez lo acunaba en su regazo. Andreas sentía todas estas zalamerías como otras tantas humillaciones. Le disgustaba que ella utilizara ese momentáneo eclipse de su virilidad para dejarle sentir su superioridad. Seguro que no lo hacía con mala intención. También él comprendía que la razón no estaba de su parte; no había cumplido con sus obligaciones. Pero su vanidad se sublevó. Al despedirse, Adelheid advirtió su mal humor.

«Tesorito», dijo ella, «estás demasiado tiempo solo, tienes que volver a tratar gente».

Le acarició el mentón, pero Andreas retiró la cabeza.

«No puedo», le espetó.

«¿Pero por qué no? La gente debe verte en mi salón de té».

«Lo encuentro indecente».

Ya no estaba muy convencido de esto.

«¡Es menos malo!», exclamó Adelheid. «Justamente porque ya no te ven es por lo que piensan cosas inadecuadas. ¿Crees que no han notado ya todo lo que existe entre nosotros?».

Andreas tartamudeó.

«¿Es que son tan listos?», pensó. Ella volvió de nuevo a la carga.

«¡Me lo debes, queridito mío! Tienes que defender mi buen nombre. ¡Una mujer bonita debe poder exigirte al menos ese gesto de caballerosidad! ¿Acaso no soy bonita?».

Adelheid le gustaba mucho cuando retiraba la cabeza, dilatando la nariz, y lo miraba con los ojos semicerrados. Se dominó para no ceder en seguida.

«Quiero pensármelo», le dijo.

Ella le rodeó de repente el cuello con su brazo y le susurró al oído: «Tengo que mostrarte ante ellos. ¡No creerías lo envidiosos que están!».

Estas palabras reconciliaron el orgullo del joven, y ambos se separaron entre caricias.

Adelheid se venció a sí misma para conceder a su amante un descanso de tres días. Cuando regresó, lo halló crecido de nuevo en sus requerimientos, pero hacia el final de su encuentro fue notando sus besos más fríos, sus gestos más lejanos. Andreas se había aburrido bastante durante aquellos días, y, todavía demasiado derrengado como para procurarse diversiones, se había entregado a reflexiones desagradables. Ahora estaba casi dispuesto a atribuirle a ella la culpa de su temporal agotamiento. Adelheid era demasiado simple, el placer que le brindaba carecía de variación. Sentía ganas de cosas extravagantes, y como no se le ocurría nada mejor, pensó que constituiría una satisfacción aparecer con la frente alta junto a Adelheid ante la sociedad reunida en su salón. Le debía esto a su posición, el ser reconocido oficialmente como amigo de la familia y el unirse, donde fuera posible, a las amistades de Türkheimer. Sin embargo, esperó su invitación.

Ella gimió un poco, cuando intentaba cerrarse el corsé.

«Ayúdame», rogó.

Andreas no se dio demasiada prisa.

«¿Bueno, qué? ¿Lo has pensado?».

«¿El qué?».

«Ya lo sabes. ¿Quieres aparecer junto a mí?».

«Si tanto te importa... Por mí, bien».

«¡Ya sabía que eras un encanto!».

Él se dejó besar el cuello con el rostro impacientemente vuelto.

«¿Ven mañana, eh? Al menos nos veremos».

«¿Y por qué no hoy?», repuso él con tono indiferente.

«¡Míralo! ¿Por qué ahora estás dispuesto?», exclamó ella riendo, y retiró tanto la

cabeza apoyándola sobre el cuello de piel que él le estaba colocando, que la carnosa papada se tensó. Él no resistió la tentación. Y tal como ella esperaba, dijo: «Tienes una bella línea de mentón».

Adelheid le permitió comprimir los labios sobre esta línea, y preguntó: «¿Entonces, acudirás dentro de media hora?».

«Mejor ahora mismo», dijo él a la ligera.

Ella le miró asombrada.

«¿Puedo irme ahora contigo, no?» rogó Andreas, de nuevo muy enternecido.

Adelheid sacudió la cabeza, su sonrisa era un poco pensativa.

«¿Pero por qué? Eso no puede ser», observó.

«¡Por favor! ¡Por favor!».

El joven redobló sus apasionadas peticiones, se oprimió contra ella hasta casi desaparecer bajo sus faldas, y la hizo estallar en risas. Era de nuevo el pequeño muchacho irresistible, cuyas caricias algo torpes la deleitaban tanto. Pero persistió en su negativa.

«No debemos aparecer juntos», murmuró. «¡Qué cosas se te ocurren!».

Él la soltó de repente, giró sobre sus talones y le dijo: «Entonces prefiero no ir».

«¿Cómo?».

«Entonces prefiero no ir».

«¿Ahora no quieres venir? ¿Pero qué te pasa?».

Andreas dijo por encima del hombro: «Tú no me amas».

«¡Pero...!».

Ella gritaba muy asustada.

«Tú no me amas», repitió él tranquilo y tozudo.

Ella dio dos pasos hacia él, con la mano tendida en gesto de súplica, pero Andreas le colocó rápidamente una silla en el camino. Y por muy pronto que lograra ella rodear el obstáculo, Andreas, ágil como un lagarto, ya se había deslizado de nuevo hacia la otra parte. Adelheid se quedó sin aliento a consecuencia del esfuerzo, y el joven arrugó la frente con dificultad, porque los ejercicios gimnásticos de la corpulenta dama provocaban su hilaridad. Por fin, agotada, se detuvo.

«¿Y bien?», preguntó Andreas.

Ella intentó reír.

«¿Qué es lo que pretendes?».

«Ir contigo a la calle Hildebrandt».

«Pues ven, al fin y al cabo da igual que nos vean».

En seguida se le acercó, le enderezó, lleno de atenta caballerosidad, el cuello de piel y le besó la mano. Ella bajó la vista hacia él, sacudiendo levemente la cabeza, y con una sonrisa muy tierna, pero también asombrada y preocupada.

«Entonces me adelantaré un poco», le dijo desde la puerta. «Seguro que me

alcanzas».

Desde el lavabo donde había sumergido la cabeza, Andreas gritó: «Pero si te escapas, sabes...».

«¡No tengas miedo!», respondió Adelheid riéndose, pero ella sí que sentía miedo. ¿Por qué insistía en comprometerla más de lo necesario? Lo había considerado tan noble y discreto... ¿O tal vez era que no la amaba, tal como había esperado?

Andreas se secó la cara silbando un estribillo popular bajo la toalla. Lo que había conseguido, lo llenaba de satisfacción. Lo había hecho sólo por capricho y aburrimiento, pero ahora encontraba que se había comportado con habilidad política. Pues ahora Adelheid le había mostrado que su amor, al ceder, era más apasionado que el suyo. E intuía que aquél que ama más apasionadamente, se encuentra siempre en desventaja. ¡Qué lástima que no se le ocurrieran esas cosas cuando tenía que escribir una novela!

Como llovía a cántaros, tuvo que acceder a coger un coche. Adelheid bajó las cortinillas con sus propias manos. Apenas habían llegado ante la casa de los Türkheimer cuando un coupé se les adelantó desde la otra parte. La señora Pimbusch se apeó de un salto y salió corriendo al encuentro de su amiga. Gritó con viveza: «¡Ah, señora, es usted! ¡Y casi la salpican mis ruedas ante su propia puerta! Lo habría encontrado tan cómico como inadecuado, ¿sabe usted?».

Andreas, totalmente inadvertido, mantenía un paraguas sobre los sombreros de las damas, tras ellas. La señora Türkheimer empujó a la señora Pimbusch a través del portal. Varios criados que se precipitaron hacia allí, recogieron sus abrigos, y ellos subieron las escaleras. Pero en el primer descansillo se interpuso en su camino algo que revoloteaba como un pájaro espantado. La pequeña señora Goldherz se acercó a Adelheid a saltitos, le besó ambas mejillas con rapidez y gorjeó excitada: «Menos mal que todavía la he visto, señora. Me tengo que ir otra vez, es horrible».

«Quédese un momento, querida», rogó la señora Türkheimer. «¿Qué es lo horrible?».

«¡No se puede ni decir, ahora pretende seducirme!».

«¿Quién?».

«¡Pues Ferdinand!».

«¿Su esposo?».

«Mi ex esposo, por favor».

«Ferdinand no es nada tonto, encuentro muy buena esa idea», observó la señora Pimbusch.

«Hasta la vista, señoras, él puede llegar en cualquier momento».

La señora Goldherz hizo a sus amigas señas de despedida. Las plumas de su sombrero, el borde de piel de su Golf-Cape, sus faldas, todo en ella, revoloteaba y ondeaba; parecía agitar las alas. De repente, su mirada cayó sobre Andreas, que en el

fondo, aguardaba con impaciencia. La dama tropezó y los impertinentes que pendían de su cinturón saltaron por sí mismos hasta la altura de los ojos, y entonces dijo, repentinamente tranquilizada: «En realidad, puedo esperarme todavía un poco».

En el salón de té encontraron a la señora Mohr y a la señora Bescheerer. La señora Türkheimer se la presentó a Andreas, y éste se dispuso a besar una delicada y blanca mano, que aquélla dejaba colgar desnuda desde el respaldo de una silla. Sin embargo, al punto retiró los labios con un sabor a grasa; la mano llevaba maquillaje. A pesar del asqueado rostro de Andreas, la esposa del consejero comercial le mostró su agrado con una benévola inclinación de cabeza. Lo examinó como a una personalidad que hubiese adquirido importancia desde hace poco, y a quien uno no debía pasar por alto. Andreas, por su parte, encontró espantosa a la delgada sexagenaria con su juvenil atuendo. Un descolorido rizo rubio descansaba sobre su frente en una zona verdosa, como cubierta de musgo. La dama parecía una momia conservada en Creme Simón. En el caso de que los embriagadores perfumes que derramaba se hubieran evaporado, entonces había que temer unos olores muy diferentes.

«Ya no se le ve, señor Zumsee», dijo la señora Mohr.

La señora Pimbusch se vio repentinamente obligada a advertir la presencia del joven.

«Sí, ¿dónde ha estado metido, señor Zumsee?», gritó en voz alta. Le estrechó la mano con energía, al tiempo que acercaba su viciosa cabeza a la de Andreas, con una mueca que asustó al joven. Luego añadió: «¡Hace usted una cara, sí, una cara como la de Tannhauser!».

Andreas enrojeció. No sabía responder y esto le irritó. La señora Bescheerer y la señora Goldherz intercambiaron miradas de inteligencia. La pequeña dama revoloteante mantenía sus impertinentes muy cerca de la nariz del joven.

«¡Desde luego!», anunció contenta. «Como la de Tannhauser. ¿Pero a qué obedece?».

La señora Mohr entonó su bondadosa risa.

«¿Por qué nos deja en la estacada, señor Zumsee? ¿Se divierte más en otra parte?».

«La señora es injusta conmigo...», repuso Andreas, pero Adelheid, que había logrado acercarse a la mesa del té, le cortó.

«Ojalá sea cierto que es usted injusta con él, querida Bertha. Pues, si no son meras excusas, parece que se queda en casa trabajando, día tras día, desde la mañana hasta la noche».

«¡Ay, estos poetas!», exclamó la señora Pimbusch. «¡Es asombroso, lo que rinden a veces!».

Paseó su mirada verdosa y húmeda, que decía mucho, por Adelheid y Andreas,

mientras preguntaba: «¿Y piensa usted continuar durante mucho tiempo con sus diarios esfuerzos?».

«¡No exagere demasiado... con la poesía!», advirtió la señora Bescheerer. «Parece usted bastante fatigado».

Se giró hacia la señora Türkheimer.

«A propósito, usted, querida Adelheid, está hoy realmente más joven».

Con una mirada que pasó desapercibida, Andreas comprobó la cara, que a ese respecto, ponía Adelheid. Había inclinado la cabeza hacia atrás, orgullosa, tal como él la amaba, y la sonrisa de su reposado gesto expresaba un indulgente desprecio hacia sus amigas. La envidia y malignidad de unas, la ambigua y casi obscena sonrisa de Claire Pimbusch, y también el impotente deseo de mal de la vieja señora Bescheerer, que se estaba pudriendo poco a poco sin haber aprendido a renunciar, todo eso no eran más que nubes de incienso ascendiendo hacia aquella opulenta y bien conservada mujer. Le anunciaban que ninguna podía tener esperanzas de amar y ser amada del mismo modo que ella.

Andreas, por el contrario, no se encontraba muy cómodo en medio de aquel corro de damas. En vista de tantas ambigüedades, que él no encontraba muy ingeniosas, pero para las que no estaba preparado, tuvo la sensación de que se hallaba en desventaja. Le resultaba especialmente molesto el alborozo de la pequeña señora Goldherz, quien con los impertinentes alzados, deslizándose y revoloteando, realizaba una verdadera danza de alegría en torno a Adelheid y a él. Sobre su sonrosada cara de muñeca, la envidia y malevolencia resultaban agradablemente suavizadas por la íntima satisfacción que le proporcionaba aquel escabroso tema de conversación que tenía la oportunidad de cazar al vuelo aquí con la esperanza de luego difundirlo de un salón a otro.

En medio de su creciente turbación, el pobre joven sólo encontró un punto de reposo, al que huyó su mirada; se trataba de la bondadosa sonrisa de la señora Mohr. Estaba sentada en un sillón con las manos entrelazadas, sin sombrero, tan apacible como en su propio hogar, e inclinaba la cabeza alternativamente hacia la señora Türkheimer y hacia el intimidado Andreas, llena de indulgencia maternal, como si quisiera decir: ¡Disfrutad de vuestra dicha con tranquilidad y sin excesos! Entretanto, yo estoy aquí, para servir el té y disculpar a la señora de la casa. Las insinuaciones insidiosas se estrellan contra mi comprensiva dulzura; soy vuestro ángel de la guarda y no pido por ello nada más que un poco de indulgencia hacia mis propias debilidades. ¡Si nosotras, las mujeres respetables, no nos tratáramos mutuamente con indulgencia, qué sería de nosotras!

«En realidad es bello», dijo. «Un poeta, que por lo demás es quizás una persona del todo normal, se retira de repente de todo el mundo y se encierra completamente solo, o bien con sus ideales».

«Con una sombra amada», corrigió la señora Pimbusch.

«Sólo digo eso, con una sombra amada. Pero ¿cómo lo resiste? ¿Qué opina usted, señor Zumsee, cómo lo resiste usted?».

La aparición de Lizzi Laffé hizo innecesaria la respuesta de Andreas. Llevaba un amplio abrigo de terciopelo violeta, y llenaba toda la anchura de la puerta, de modo que los señores Klempner y Kaflisch, que la acompañaban, tuvieron que rezagarse. Durante algunos segundos contempló la reunión como desde la altura de un trono, antes de dirigirse a la señora de la casa, susurrante y pomposa, con una sonrisa atrayente y el andar de una reina que entra al escenario.

Pero la señora Mohr se había puesto romántica; aclaró: «Oh, un poeta auténtico soporta cosas más graves que la soledad. Yo conocí a uno, un agradable joven, que trabajaba siempre con las cortinas corridas y a la luz de una vela. Ayunaba tres veces a la semana».

«¿Tan pobre era?», preguntó la señora Pimbusch.

«No, era por la inspiración. Lo encuentro poético. Y además murió de tuberculosis».

«Ésas son las consecuencias», dijo Kaflisch acercándose. Intervino en la conversación con firme seguridad.

«Yo también conocí a uno», contó, «que murió de manera parecida. Era uno de los jóvenes talentos con más porvenir de nuestro suplemento *Tiempo nuevo*. Desde luego, tampoco estaba acostumbrado a una alimentación abundante, porque cuando ganó con nosotros un tálero, se compró todas las salchichas vienesas que dan por un tálero, y murió de indigestión».

«¿No sabe alguna otra cosa más necia?», preguntó compasiva la señora Pimbusch. La señora Mohr estaba enojada.

«¡Por Dios, qué desagradable!».

Como Lizzi Laffé se estaba acercando a las damas, el periodista, contento con su éxito, renunció a más ovaciones. Tomó a Andreas del brazo y lo condujo hacia el otro extremo de la habitación, ante la chimenea, que estaba llena de flores. Detrás, se escondía la válvula de la calefacción, y un aire cálido les envolvió las piernas.

«¿Qué opina de Lizzi?», preguntó Kaflisch.

Andreas se encogió de hombros. Lizzi ya no le podía intimidar más, después de la fulminante mirada que ella le había lanzado al entrar. Con toda certeza, no le había perdonado todavía su debut, el pisotón en la cola de Satin-Duchesse. ¿Pero qué pretendía en realidad, con esa brutal cara de Bulldog?, ¿quién se creía que era? Una actriz mediocre, a quien sólo sus brillantes concedían algún valor. Dijo con desdén: «Debería cuidar su cutis, cada vez se le estropea más. Alrededor de la nariz tiene manchas».

«Bueno, pero tiene formas», opinó Kaflisch con buen humor. Pero Andreas

continuó implacable.

«Sus formas me parecen movedizas. Hay cosas mejores dentro del mismo género».

Y miró hacia Adelheid con la satisfecha mirada de conocedor de un propietario. El otro suspiró.

«¡Afortunado! Usted sí que sabe de qué habla. Por lo demás, no me refiero a eso. Lizzi tiene hoy un algo elevado, ¿no lo nota? Un algo grandioso. Pero mírelo, es evidente. Ocurre que está representando ahora su papel de despedida, definitivamente, su última aparición, ¿sabe usted? Lo de Türkheimer se habrá acabado pronto, así que prepara una buena retirada».

Andreas empezó a prestar atención.

«¡Qué dice! ¿De verdad que Türkheimer la deja? ¿Y a quién hará feliz ahora Türkheimer?».

«Es problemático. Por todas partes se agotan buscando hipótesis, señor mío. Ya se han hecho apuestas. Pero Türkheimer ya no tiene nada que hacer, está en decadencia. Se dice que anhela algo más esbelto».

«¿Algo más esbelto?».

«Una muchachita, ¿sabe usted? Pero el que empieza con esas cosas... es una mala señal, sobre todo cuando uno posee setenta millones como Türkheimer. En la bolsa causó impresión, ayer flojeó, porque ese gran hombre había explicado que ya no soportaba el champagne. Una cosa así causa inquietud en esa plaza, ¿me comprende, señor mío?».

«¡Es curioso!», observó Andreas.

«¿Lo encuentra curioso? ¡Es maligno!».

«¿Y Lizzi, qué va a hacer ahora? ¿Se conformará con Klempner?».

«¿Klempner? Ése pertenece a sus efectos pasivos, ya lo sabe».

«Desde luego. ¿Entonces se deshará de él?».

«Se trata de un viejo amor demasiado consistente, y cada vez se hace más tierno, especialmente desde *Venganza*. ¿Ve usted?, un éxito así hace prosperar a un joven en todos los aspectos. Debería usted escribir también una pieza».

«Pequeñeces», repuso Andreas con ligereza. «Todo el mundo escribe piezas».

«¿Verdad?», exclamó Kaflisch. «La forma dramática es la más sublime y complicada, donde las haya; por lo menos eso dice todo el mundo. Y precisamente ésa es la que sabe hacer cualquiera, aunque no sepa nada más. ¡Hay un auténtico florecimiento!».

«¿Y se ha enamorado así de él a causa de *Venganza*?».

«Y por sus restantes virtudes. Él tiene un algo viril. Y además es conmovedor cómo se lo lleva a rastras a todas partes, incluso aquí, para su actuación de despedida. No digo nada, pero un puesto como el de Klempner es lo que desearía cualquiera».

Andreas sonrió con desprecio.

«Bueno, bueno. ¿Y si el que venga detrás no quiere cargar con él?».

«Tendrá que hacerlo. Sin Klempner no hay nada que hacer con Lizzi».

«¿Ya tiene uno nuevo?».

«¿Un pretendiente? Pues claro. Sigue siendo la Lizzi de los brillantes. Siempre se encuentra a alguno que tenga cierta ambición histórica y que no repara en gastos. El de ahora parece incluso que es un tal señor de Rcszscinski, colega de Hochstetten, que lleva poco tiempo en Berlín».

«¡Ja!», dijo Andreas sin querer. Kaflisch le preguntó. «¿Acaso lo conoce?».

Pero lo único que ocurría es que a Andreas le había cogido por sorpresa la mención de Hochstetten. El recuerdo de Asta le pesaba en la conciencia, y se sintió mal al pensar que hubiera podido encontrársela cuando venía con Adelheid en el coche de punto. Pero no la veía, y tomó aliento como si se acabara de librar de un peligro. El hueco de la ventana tras la cortina de seda amarilla le inspiraba también cierto temor, pero en seguida se cercioró de que también faltaba la señorita von Hochstetten.

«La señorita Türkheimer no se deja ver. ¿Es que no se encuentra bien?», inquirió.

Kaflisch estalló en carcajadas junto a la nariz del joven.

«¿Que no se encuentra bien? ¿Tan preocupado está por Asta? ¡Qué ocurrencia! A esa buena muchacha le va mejor que nunca, y ahora precisamente, porque ya no se llama Türkheimer».

«¡Ah!».

Andreas estaba tan asombrado, que se dejó arrastrar por el periodista, que iba criticándole en voz alta.

«¡Señora!», exclamó Kaflisch. «¡Miren a la santa inocencia! No se ha enterado».

«¿De qué?», preguntó la señora Goldherz.

«¡De que Asta se ha transformado!».

«¿Y cómo iba a enterarse?», opinó la señora Mohr con indulgencia. «Nosotros lo sabemos sólo por comentarios, ya que se han casado, por así decirlo, de incógnito».

«Porque eso es lo más chic este año», observó la señora Bescheerer. «Y ni siquiera se sabe seguro si de verdad están en Noruega».

«¡Desde luego!», aclaró Glaire Pimbusch. «Noruega pertenece a los lemas de Asta».

«¿Noruega, ahora en invierno?», preguntó Andreas. «¿Y qué hacen allí?».

Kaflisch le informó: «Esquían en los fiordos».

«Quien no conoce eso, no conoce nada», dijo la señora Bescheerer, y su expresión continuó inalterable, gracias a la gruesa capa de maquillaje que cubría las arrugas de su rostro.

Andreas casi hubiera preguntado si también la señora era aficionada a este

deporte; pues temía seriamente que los delicados huesos de la señora Bescheerer no pudieran soportar tales esfuerzos. Pero un violento asombro por todas las cosas extraordinarias que habían sucedido desde su desaparición sin que él se enterara, le tenía desconcertado. La obesa hija de Adelheid se podía casar sin que su amante le dijera nada de ello... tan profundamente sumidos estaban ambos en su pasión. La señora Pimbusch tenía razón, él venía directo desde la montaña de Venus, y ahora había de readaptarse a la sociedad burguesa. Se giró, entrecerró los ojos, ladeó ligeramente la cabeza muy de repente, y como si alguien desde detrás le empujara, caminó hacia la señora Türkheimer. Se inclinó y con moderada cordialidad, dijo: «Señora, estoy avergonzado de no haberle expresado hasta hoy mi enhorabuena. De hecho, no sabía nada de la boda de la señorita».

Ella le respondió: «Pero apreciado señor Zumsee, claro que está disculpado. Ya sabemos que durante semanas ha vivido entregado a su trabajo».

Tal vez, la señora Türkheimer, no había ocultado toda la ternura de su mirada, mientras recibía las felicitaciones de Andreas. Al menos, ésta fue la opinión de algunas espectadoras. Pero la seguridad del joven, que se había mostrado más a la altura de la situación de lo que se esperaba, causó un general respeto. Diederich Klempner apareció tras las faldas de Lizzi Laffé y la señora Türkheimer, para estrechar la mano del colega. Llevaba un traje de paseo más serio que en otras ocasiones, y desde la representación de *Venganza* había ganado visiblemente en madurez y dignidad. El rasgo conservador destacaba ahora más en su rostro humorístico.

Hasta Lizzi dispensó al no bienvenido principiante una sonrisa despectiva. Adelheid se volvió hacia la actriz: «¿Todavía no conoce a nuestro amigo? El señor Andreas Zumsee».

«Escritor dramático», añadió Kaflisch. «Próximamente estrenará una obra».

«¡Desde luego, una comedia de mujeres!», exclamó la señora Pimbusch. «¡Con una heroína insatisfecha!».

«¿De verdad?», preguntó Lizzi con bastante sequedad.

«Es cierto, señorita», explicó Andreas, lleno de confianza victoriosa. Se le podría haber dicho que su obra se desarrollaba en las islas Fidji en el siglo XII, y también, lo habría confirmado. Tampoco se dejó aturdir por Kaflisch, que le agarró un brazo y le cuchicheó: «¡No atiende a lo de señorita, llámela señora!».

Pero la múltiple atención de que se sentía rodeado en aquel momento se le subió a la cabeza, y con caballerosa ligereza, repuso: «Precisamente había pensado en usted para el papel principal, señorita, y me consideraría feliz...».

«Ah, vaya...», expresó Lizzi suspirando.

No dispuesta en absoluto a tomar en consideración esta cortesía, Lizzi miró al pedante jovencito de los pies a la cabeza, antes de fulminarle.

«En seguida me he imaginado una cosa así. Todo el mundo anda ofreciendo papeles femeninos desconocidos».

Cuando vio reflejados en su rostro los efectos del rapapolvo, añadió con más suavidad y en un tono didáctico: «¿Sabe usted?, lo que usted parece tener en la mente es un hechizo que ya está agotado».

«¡Oh, déjalo ya, Lizzi!», dijo la señora Mohr.

La señora Türkheimer traicionó su agitación interior con un involuntario movimiento de brazo. Pero Lizzi estaba ajena a toda objeción.

«¡Yo sí que conozco el teatro!», explicó en voz más alta. «Lo que ahora está de moda es el pueblo, y hay que ir con la moda. El movimiento napoleónico de las masas...».

«Eso ya estaba en la crítica de Abell», hizo notar Adelheid.

«¡Ya lo ven!», exclamó Lizzi, encantada por esa intervención. «El pueblo, la masa, eso es lo que resulta atractivo ahora. ¡Escuche, *Venganza* hará escuela!».

«Escuela, tal vez», contestó la señora Türkheimer, «pero taquilla ya no hace, ¿verdad? ¿O todavía se está representando?».

Las enemigas se explicaron. Se mostraron mutuamente sus celos, bien a las claras. Andreas, contento de que le dejaran a un lado, se retiró con precaución tras la silla de Adelheid. Klempner quedaba oculto por la espalda de Lizzi. La actriz, compasiva, se encogió de hombros.

«¡Hacer taquilla! Esas opiniones mercantiles, señora, son desconocidas para nosotros los artistas. Como si tuviera importancia hacer taquilla, cuando se trata de un arte tan grande y nuevo como el de *Venganza*. En Posemuckel y Meseritz...».

«Ah, Posemuckel y Meseritz».

«Desde luego. Allí *Venganza* ha tenido éxito, y la auténtica cultura, señora, se encuentra tal vez con más frecuencia en la provincia que aquí, entre nuestro presuntuoso público berlinés. Una obra como la nuestra, claro está, es sólo para la élite de la cultura, mientras que los derechos de la mujer, bah, andan ya por todas las alcantarillas».

«¿De verdad opina eso? Si hablamos de alcantarillas, entonces, en *Venganza* aparecen más cosas que huelen a alcantarilla. ¡Y además, me permitirá que encuentre poco limpios esos ataques a la clase propietaria, sobre todo si provienen de cierta parte, quiero decir, de gente que es la menos autorizada para quejarse de nosotros!».

Adelheid tomó aliento. Tenía la intención de repetir las réplicas aprendidas de Andreas a la moralidad de Klempner, y de reprochar al autor de *Venganza* todas las cenas que había aceptado de la clase propietaria, mientras que en secreto, colaboraba a su caída. Pero Lizzi se le adelantó.

«*La mujer ignorada*, así podría titularse la obra de su protegido, o bien, tendrá un nombre nórdico, Ebba o Hedda, o algo parecido. Pero por favor, ¿qué pretende con

eso? De todos los derechos de la mujer, sólo el derecho al amor causa ya en realidad algún efecto en el escenario. ¿Acaso se trata de eso?».

Miró triunfante al corro de alrededor, antes de añadir con mucha intención: «¿Tal vez el derecho al amor... a una cierta edad?».

«A su edad, querida señorita», respondió Adelheid en tono hiriente, «debería uno haber superado tales bromas».

Su voz temblaba, a pesar de que la señora Türkheimer aparentaba al exterior una calma cada vez más fría frente a la excitada actriz. Mientras que Lizzi se sonrojaba visiblemente por alrededor de la nariz, ella se había puesto muy pálida, cosa que le favorecía. Pero la curva de su pecho daba tan pocas muestras de apaciguarse como la de la otra. Lizzi había roto ya todas las trabas. Estaba sentada con el abrigo violeta violentamente retirado y una mano sobre el broche de brillantes de su cinturón, inclinada hacia delante y dispuesta a saltar sobre el rostro de su enemiga en cualquier momento.

«Leonas defendiendo a sus chicos», le comentó Kaflisch a su vecina, a media voz.

Klempner y Andreas estaban muy quietos tras la segura protección que les proporcionaban las espaldas de Lizzi y Adelheid. Se contemplaban mutuamente en secreto, confusos y con muchas dudas de si se esperaba de ellos una toma de posición en la disputa de sus protectoras. Andreas pensaba que estaba obligado a lanzar al otro una clara mirada de desafío, pero en el enérgico rostro de Klempner no encontró más que una sonrisa escéptica. Y una vez hubieron acordado silenciosamente, que esa pelea de mujeres no era digna de una intervención masculina, ambos desviaron la vista con discreción.

Pero las damas de alrededor estaban pendientes de los labios de las rivales. Cuando éstas se recordaron mutuamente la edad, la señora Pimbusch estuvo a punto de desmayarse a consecuencia del esfuerzo que tuvo que realizar para no anunciar su gozo a gritos. La señora Bescheerer, inmóvil y erguida en un sillón como por medios mecánicos, intentaba fruncir el entrecejo por lo menos, con lo que la mancha verdosa semejante al musgo reptó como un animal vivo por entre las arrugas. La señora Mohr sonreía conciliadora, mientras que Kaflisch hacía una mueca horrible que debía testimoniar su satisfacción a todo aquel que le mirara por casualidad.

La pequeña señora Goldherz, que había estado revoloteando con inquietud, desapareció de repente con un leve grito tras las faldas de sus amigas. Andreas sintió un aliento cálido y jadeante en la nuca, y al darse la vuelta vio al abogado con un rostro sudoroso y apopléjico. El caballero, demudado, abrió de par en par unos ojos comprimidos por la grasa, incapaz de comprender dónde habría vuelto a meterse su esposa. Su gruesa barriga, desilusionada y triste, se bamboleaba a un lado y otro. Türkheimer estaba a su lado, balanceando la cabeza con picardía. Preguntó: «¿Es que

las damas tienen una pequeña diferencia de opiniones? Yo soy muy imparcial y brindo mis servicios como honrado agente de cambio y bolsa, igual que nuestro gran canciller».

«Oh, es una disputa literaria», explicó Adelheid en un tono indiferente. Kaflisch añadió: «A propósito de la intelectualidad alemana, ya sabe usted, señor cónsul general».

«Si no tiene más importancia...», dijo Türkheimer.

Adelheid le hizo a su marido por encima del hombro algunas insinuaciones con negligencia.

«Se trata de los nuevos dramas. ¿Sabes, querido?, tenemos que ofrecer alguna velada dramática a nuestros invitados. Pues de lo contrario, la vida social se hará más monótona cada año, ¿no opinan lo mismo, señores? ¿Y qué vamos a hacer si no?».

Türkheimer lo confirmó con amabilidad: «Adelheid, tienes razón, como siempre. Tenemos que hacer algo en favor del arte, ¿quién va a hacerlo si no? Comer y nada más que comer, eso es justo lo que hace la clase media».

«Pues es cierto», expresó la señora Pimbusch. La señora Mohr aclaró: «La clase propietaria debe mucho a los caballeros del espíritu».

«¡Dígamelo a mí!», exclamó Kaflisch golpeándose el pecho.

«El rey debe ir acompañado del poeta, eso ya es un lugar común».

Y se inclinó ante Türkheimer. Éste sonrió con magnanimidad y tendió su dos manos a Klempner y Andreas.

«Señor Klempner y señor Zumsee supongo que nos concederán la satisfacción de colaborar en nuestra pequeña fiesta, ¿no?».

Pero una mirada de su mujer le mostró que debía callarse. Adelheid dijo: «Oh, el señor Klempner es famoso, y no podemos contar con celebridades para nuestro teatro casero. *Venganza* ya se está representando en Posemuckel y Meseritz».

«Pero por favor, señora», intervino Lizzi con una voz dulcificada y suavizada.

«Posemuckel y Meseritz tienen respecto a eso, poca fuerza de opinión. Además el señor Klempner está terminando ahora una nueva obra, de la que puede afirmarse que es única. Tiene todavía más tensión que *Venganza*, y acaba con todas las demás cosas, por así decirlo. El autor, señora mía, se consideraría feliz, con toda seguridad, ofreciéndole a su casa el estreno. La *crème* de la sociedad que se reúne aquí, desde luego, tiene derecho a conocer, antes que nadie y que otras capas más numerosas de público, esta obra que hará época».

Adelheid sonrió feliz con el gozo que le proporcionaba ver a su rival en posición implorante, casi tendida a sus pies. Encontró innecesario rectificar su conducta, y con visible alegría expresó su pesar de tener que rechazar el ofrecimiento de la actriz.

«¡Qué pena!, es una mala suerte que el señor Klempner no pueda brindarnos más que una cosa tan grandiosa, que llenaría toda la velada. ¡Si tuviera un solo acto! Pues

es que ya he elaborado nuestro programa. Debe consistir en cosas cortas, actos aislados y escenas de las obras de nuestros más jóvenes escritores, ¿comprende?, para que todos tengan la oportunidad de mostrarnos su saber».

«¡Pero por favor, sin Klempner no puede salir bien!».

«¡Es cierto! Y los motivos por los que nos vemos obligados a renunciar a la colaboración del señor Klempner, son tan halagadores para él, que no nos lo tomará a mal».

«¡Halagador, desde luego!», confirmó Türkheimer. «¡Un hombre tan joven y genial!».

«¿Y bien?», preguntó Lizzi. Adelheid le explicó: «Es muy sencillo. Diederich Klempner está tan por encima de todos sus contemporáneos, cosa ya conocida hasta en las más apartadas regiones, que sería injusto hacer competir con él a los escritores menos relevantes. Su drama, como usted misma, querida señorita, ha reconocido, acabaría con todo lo demás. Confíese que sería nefasto para nuestro programa».

«¡Nefasto, nefasto!», repitió Türkheimer.

«¡Pero sin Klempner el programa quedará incompleto!», gritó Lizzi casi desesperada.

«Entonces tendremos que renunciar a la perfección», repuso Adelheid con indolencia.

Klempner, a quien Lizzi animaba con frecuentes codazos a que defendiera por sí mismo sus intereses, continuaba callado. Con una modesta inclinación, rechazó los falsos cumplidos de Adelheid y sonrió con alegre flema. Dejó que su desafortunada defensora se humillara todavía más.

«¡Señora!», comenzó ésta de nuevo, «¡cómo puede sobrevalorar así la posición de un joven principiante! Klempner necesita tanto como cualquier otro que se haga algo en favor de su fama. El éxito obtenido por *Venganza* es muy grande, pero no lo es todo. La pieza, como usted sabe, ya no hace taquilla, y es probable que la representación de su segunda obra tropiece con dificultades...».

«¡Oh!», hizo Adelheid. Había inclinado la cabeza hacia atrás, y los agujeros de su nariz, negros y ampliamente abiertos, aspiraban, a ojos vista, un precioso perfume, el perfume del temor de Lizzi y de su penosa humillación. La actriz hizo un acopio de fuerzas para su último intento.

«El nombre de un autor joven se borra en seguida de la memoria del público. ¡Un fracaso, un rechazo, y se acabó. Klempner ha demostrado bien que merece una ayuda, y nadie es tan apropiado para promoverlo como usted y su casa, señora mía!».

Adelheid levantó los hombros con incredulidad.

«Cometería una gran injusticia con el señor Klempner, si creyera lo que usted me dice. ¡Que nuestra pobre casa serviría de publicidad para una celebridad reconocida! Pero, querida señorita, entonces podría usted pedirnos también que prestáramos

apoyo a la fama del gran Wennichen. ¡Este genio no es tan modesto en absoluto!».

Türkheimer repitió como un eco: «¡En absoluto, este genio no es tan modesto!».

«¡Sólo la canalla es modesta!», anunció Kaflisch con energía. Klempner, que se comportaba como si todo aquello le atañera sólo muy de lejos, estalló en carcajadas, y los demás se le unieron.

Lizzi tuvo que dar su asunto por perdido. De repente, se había puesto muy roja, se irguió rígidamente en la silla y observó con acritud: «¡Desde luego es curioso que, allí donde se debía de tratar sólo de arte, se tropiece uno siempre con clanes y camarillas!».

«¿De verdad lo cree?», preguntó Adelheid, que contemplaba con fría curiosidad la impotente amargura de Lizzi.

«¡Oh, sí, señora mía, desgraciadamente es así! Cierta gente aparenta querer hacer algo en favor del arte, y cuando uno la examina más de cerca, advierte que sólo se trata del deseo de exhibir a algún protegido personal a la luz de las bengalas».

«¡No, yo diría...!», gritó la señora Mohr interviniendo muy asustada. Adelheid se contentó con sacudir la cabeza, asombrada y compasiva. Las damas se rieron por lo bajo, dirigieron sus impertinentes hacia Lizzi, y retiraron un poco sus sillas.

Pero Türkheimer se mostraba extrañamente activo. Se frotaba las manos, balanceándose y haciendo guiños, se inclinó con irónica sumisión ante la actriz y comenzó a bromear con euforia.

«¡Un protegido personal a la luz de las bengalas! ¡Muy bien dicho, admiradísima señora Laffé, muy bien dicho! Desde luego, todos nosotros tenemos protegidos personales, hay que reconocerlo, y a ese respecto no hay nada que hacer. ¡Un protegido personal es realmente conveniente!».

«¡Y nos cuestan algún dinero, esos protegidos personales!», dijo con renovada hilaridad. Cogió la mano de Klempner, le dio un confianzudo golpe en la barriga, y se le rió en la cara con retumbantes carcajadas. Klempner se tomó la libertad de reír en el mismo tono, con lo que la alegría de Türkheimer se reforzó. Al punto, el otro redobló la suya, y durante minutos estuvieron uno frente al otro con la boca de par en par, sin aliento, retorciéndose, con los ojos llenos de lágrimas y casi como idiotas. Al final sintieron miedo de su alborozo, que ya degeneraba en espasmos. Se miraron con asombro y se separaron.

Lizzi se levantó de un salto. Envío a toda la reunión una mirada llena de altura y desprecio, luego se giró hacia la puerta, susurrante y pomposa, con el andar trágico de una reina destronada. Klempner la siguió, con la cabeza bastante hundida entre los hombros.

La reunión se disolvió. Andreas, a quien toda aquella escena no le había dejado una impresión del todo agradable, quería escabullirse sigilosamente. Pero Türkheimer, que de repente se interpuso en su camino, le cogió del brazo, le dio unos

golpecitos casi tiernos y preguntó: «¿Ya se va, querido amigo? Bueno, si le gusta esta animación, vuelva pronto. Mi mujer, lo sé por casualidad, siempre le tiene reservadas muchas cosas».

Se rió con astucia y añadió: «Y yo también».

En la escalera le asaltó Kaflisch.

«¿Está usted reflexionando sobre sus actos?», le preguntó.

«No, ¿por qué?».

«¡No lo sabe!», exclamó el periodista con una alegría contagiosa. «¡Viene aquí y sigue sin saberlo! Pero si siempre lo estoy diciendo, a los suyos se les da hasta durmiendo».

«¿Qué quiere decir, por favor?».

«Vaya, no se enfade conmigo, señor mío. Ahora hay que hablarle con cuidado. Le ha prestado usted a Türkheimer un servicio de amigo, y él no olvida una cosa así. Ahora ya tiene usted la vida prácticamente resuelta y está en una situación privilegiada».

«¡Explíqueme de una vez lo que intenta decir en realidad!».

«Todo eso lo ha conseguido usted con haberse equivocado tan totalmente respecto a Lizzi. Es imposible atraérsela con papeles bonitos, con lo a gusto que ella los crea, y en ningún caso, si se los ofrece un competidor de su Diederich. Éste es el rasgo heroico de su carácter. Con toda la inocencia ha irritado usted mucho a esa buena muchacha, con su *Mujer ignorada*, ¿sabe usted? Por eso se puso grosera con Adelheid, y ésta, naturalmente, se ha vengado en seguida pisoteando a Klempner. Si tú le pegas a mi judío, yo le pego al tuyo, como dice el refrán... sin ningún ánimo de ofenderle, señor mío».

«¿Tiene intención de citar más cosas esta tarde?».

«Es igual. A lo que íbamos, y entonces Türkheimer ha aprovechado esa exquisita oportunidad, para poner fuera de juego a Lizzi, cosa que jamás habría osado hacer. ¿Por favor, qué tenía que reprocharle? Desde luego, lo de Diederich no, éste es obligatorio y consta en el contrato. Ahora se ha librado de ella, y eso sólo puede agradecérselo a usted. Por eso también estaba tan contento con Klempner. Mire, ahora pone usted una cara pensativa, y con razón. Pero no olvide que soy yo quien le ha contado todo eso, yo, Kaflisch, del *Correo Nocturno*, y no tome a mal que ahora le deje solo con sus sueños. Debo trabajar, pues si no, tendré jaleo con Bediener».

Se alejó rápidamente a grandes pasos, mientras continuaba hablando.

«La inocencia es mejor que la habilidad política, es evidente. Quién y qué diría...».

Y desapareció sin completar la cita.

Andreas, que se quedó parado meditando en el descansillo que había entre las orquídeas y las variedades de cactus purpúreos, oyó arriba la gruesa voz de orador del

abogado Goldherz.

«¿Y dígame, quién es ese joven que acaba de adquirir usted?».

Türkheimer respondió: «¿También le cae bien? Pues, es el protegido personal de mi mujer. Su payaso y diversión, ¿sabe usted?».

«Flaca distracción», comentó Goldherz.

«Un poquito flaco todavía. Pero ya engordará».

Estas opiniones decidieron el juicio que Andreas tenía sobre lo que acababa de vivir. Mientras andaba hacia su casa de pésimo humor, declaró que el cinismo de Türkheimer era repugnante y que la actuación de Adelheid ante la actriz era indecente y de mal gusto. ¿Acaso había pensado que le daba gusto a él, defendiéndole de su rival y de su llamado «protegido» con el griterío de una verdulera? Por el contrario, debía haberse comportado con más discreción. Para una mujer resultaba, verdaderamente, demasiado fácil dar la cara por un amante, siendo así que nadie se lo censuraba y que su marido se reía de ello. ¡Qué costumbres eran ésas! Türkheimer, estaba claro, no temía nada tanto como el hecho de que su mujer pudiera perder a su inocente joven y volviera con Ratibohr, el banquero.

«Si no, ¿por qué esa cordial benevolencia que deja sentir hacia mí de continuo? Me habla en un tono tal, como si en cualquier momento fuera a ofrecirme Schmollis. No puede contemplarme sin traslucir su satisfacción, sonreír con astucia y frotarse las manos, igual que si hubiera hecho una jugada maestra. Tal vez piensa que me ha embaucado con Adelheid».

Y además, Türkheimer se había librado ahora de la Laffé, y eso con su ayuda, con la de Andreas. Él, Andreas, acabaría por resultar provechoso a toda aquella gente, les servía de payaso y de distracción. Éstas eran las palabras de Türkheimer. Algún tiempo atrás, Klempner le había comparado con Pulcinella, y Kopf le atribuía una dichosa ingenuidad. En realidad, con todos ellos, uno tenía la sensación de que le tomaban el pelo. ¿De hecho, a quién estoy engañando?, se preguntó con honrado enojo.

En las historias de amor de ese tipo, según la tradición, alguien tenía que resultar burlado, y si Türkheimer no podía serlo, entonces le tocaba a Adelheid. A consecuencia de este maligno estado de ánimo, Andreas realizó algunos movimientos violentos contra la señorita Levzahn, que le abrió la puerta de la casa. Ésta dio en la oscuridad del pasillo un grito que quería ser tierno, pero que sonó agri dulce, y se deslizó hacia la cocina.

«Madre», preguntó, «¿tengo hinchada la cara? Ese joven es tan enérgico cuando pellizca la mejilla...».

«Vaya, ¿pero es que...?», gritó la vieja.

«¿Quién ha sido? ¿Kopf?».

«¡Qué va!, ese pacífico conejito... El otro, claro».

«¿Ese escritor ruidoso? Bah, ése no te conviene, Zaffie. No es más que un Putschinell».

La muchacha puso cara de enfado.

«¡Madre, habla como Dios manda! Además, ese joven no parece en absoluto de mala familia», añadió con indiferencia. «Tiene un portamonedas muy grande».

«Lo recibe de la vaca esa que le visita todos los días, y ésa no nos dará nada».

«Así que eso es lo que piensas», observó Sophie con inocente ingenuidad. La madre le explicó: «Es una vergüenza, una vaca como ésa, que anda suelta por ahí y se compra un joven».

«¿De verdad crees que quiere casarse con él? Éste es un asunto sucio de éstos que se llevan entre manos todos los del mundo elegante, madre, déjalo estar».

«Bah, aunque no se case con él, sigue siendo una vergüenza», afirmó la señora Levzahn con tozudez.

Tras unos instantes de reflexión, la muchacha pareció tener una idea.

«Pero si luego deja libre al joven, le tendrá que regalar por lo menos una dote y un ajuar. Eso no es más que justicia».

Callaron de nuevo. La vieja mecklemburguesa puso sus huesudos brazos en jarras. Su barriga, muy abultada, llena de agua, arrojaba una monstruosa sombra sobre la pared. Contempló con abierta admiración a su despabilada hija, y repitió torpemente: «Sí, desde luego, no es más que la justicia que puede exigir un hombre».

La muchacha giró la cabeza sonrojándose.

«¡Qué pensamientos se te ocurren, madre!», dijo en el tono de una nena de obra de teatro.

Pero el pensamiento al que se refería, acababa de ser captado en toda su profundidad por la vieja y gritó vivamente a la hija, que se disponía a abandonar la cocina: «¡Pero espera un poquito, a lo mejor él pretende algo de ti, Zaffie!».

Y en realidad, Andreas continuó con sus ataques a Sophie Levzahn. Después de la cena se presentó con un débil pretexto en la habitación de las dos mujeres, y se sentó junto a la muchacha, bajo la lámpara. Contempló asombrado las orlas y los monogramas que ella bordaba en cojines y portafolios. Se informó de los precios con todo detalle, lanzó violentamente diatribas contra esos explotadores que hacían que una pobre muchacha trabajara todas las noches a cambio de un salario de miseria, y adquirió una carterita de tarjetas para la que él explicó que era su tía.

«Es bueno tener una tía», observó Sophie con una significativa mirada oblicua, que agradó a Andreas. Se dijo, triunfante, que ya estaba empezando a vengarse de Adelheid.

Luego, quedó cautivado por los blancos dedos de la bordadora. En verdad, tenía unas manos de princesa. «Eso me lo dicen todos los caballeros porque no cuesta ni una perra», murmuró ella.

La vieja se deslizaba arriba y abajo con sus pantuflas de fieltro, y Andreas no podía librarse de la sensación de tener clavada en la espalda la mirada de un guardián. Sin embargo, por fin, se decidió a estampar un beso en el pelo de Sophie, en realidad, con poca convicción, ya que su pelo era fino y de color rubio ceniza. La muchacha soltó esta vez un chillido muy débil, pero tampoco le salió bien, en el caso de que pretendiera que sonara dulce. «No tiene la culpa», pensó el joven. «Esta chica no es musical».

En general, su conquista no le seducía mucho, a pesar de que la encontraba bastante bonita. Su rostro todavía era fresco, como máximo tendría veinte años; pero por debajo del cuello parecía haber echado unas carnes algo flácidas, tal vez en la mal ventilada trastienda de su padre, el difunto tabernero Levzahn. Además, su coquetería era algo forzada, traslucía demasiadas ilusiones perdidas y demasiado cálculo. A pesar de todos los esfuerzos que ella hacía para adular al joven, sus agudos ojos grises miraban con tanto cálculo, codicia y desconfianza como los de un usurero.

Andreas, que, al fin y al cabo, era de buen corazón, sintió compasión por aquella insatisfecha criatura. Pero él sentía demasiada necesidad de alegría y saciedad, como para aguantar mucho tiempo junto a ella. Bostezó varias veces en secreto, no encontró nada más que decir, y se despidió, un poco azorado.

Ni la madre ni la hija supieron interpretar su conducta; Sophie se abandonó a su mal humor. Por fin, la vieja comentó: «No debes tomártelo tan a pecho, hijita. ¡Ese joven tiene la cabeza a pájaros!».

Sophie se encogió de hombros.

«Todo el día andas con malos pensamientos, madre. ¿Qué te crees? ¿Que voy a echar a correr detrás de un tipo así y a esperar que su vieja sea buena y me lo dé? Papá era un hombre honrado, pobre pero decente, siempre lo he dicho...».

«Todo eso está bien. Pero “suelto” se escribe con “Z” mayúscula».

La señora Levzahn se rascó su coronilla gris con una aguja de tejer de madera, mientras meditaba qué medios emplearía para convencer a su hija, que, por otra parte, no pedía otra cosa que ser convencida.

«Y además, Zaffie, tampoco sabemos todavía si de verdad es tan grave».

«¿Qué es lo que no es grave?».

«Lo de la vaca. Puede que sea una persona muy honesta, puede ser, y quizá, también, la tía del joven».

«Eso está por averiguar».

«Sí, tendríamos que averiguarlo antes».

La vieja se sumió de nuevo en la confusión, y de nuevo fue sacada de ella por su astuta hija. Todavía estuvieron discutiendo durante un rato, con torpeza y llenas de dudas, pero por fin Sophie consiguió que su madre, por sí misma, diera con la idea apropiada. La próxima vez que la dama desconocida viniera a visitar al inquilino, la

muchacha la esperaría abajo, en el zaguán, y la seguiría secretamente. Si ella subía a un coche de punto, la señorita Levzahn también tomaría uno, el asunto lo merecía. Cuando hubieron decidido esto, la vieja añadió: «Y también vale la pena que sepamos quién es esa que sale y entra todos los días. Pues si no, cualquiera podría venir. Una viuda con una hija crecida debe cuidar su fama».

Sophie le contestó: «Por fin dices alguna cosa razonable, madre».

Andreas, que estaba descontento del curso que había seguido su escapada a las Levzahn, se dispuso a recibir con mucha frialdad a Adelheid. Pero ésta no le dejó tiempo en absoluto para mostrar su irritación. Al día siguiente por la tarde, entró a su habitación de un salto, más juvenil y elástica que nunca. Sus mejillas estaban rojas de frío, y la dicha irradiaba de los labios que le ofreció. Sacó un trocito de papel de periódico de la abertura en forma de corazón de su guante y se lo puso delante de los ojos.

«¡Léelo! ¡Lo acabo de recibir!, ¡por correo, es una prueba de imprenta y aparecerá esta noche en el *Correo Nocturno*!».

Andreas leyó las líneas por encima, primero con recelo y luego cada vez con mayor ansia, y le desarmaron. Decían:

«En círculos literarios locales se habla mucho últimamente de una comedia moral en tres actos escrita por Andreas Zumsee. El señor Zumsee, protegido de una de las más brillantes damas de nuestra alta sociedad, es conocido desde hace mucho tiempo por los lectores de nuestro periódico como uno de los jóvenes talentos con más porvenir. Según se dice, la representación de esta obra, que se titulará *La desconocida*, ya fue aceptada por un importante teatro local, y su estreno tendrá lugar en la actual temporada. En todas partes se aguarda con emoción este interesantísimo acontecimiento literario. Su éxito, sin duda alguna, será grande».

«¿Qué me dices ahora?», le preguntó Adelheid. Sonreía llena de expectación. Inmerso en una profunda emoción, Andreas cogió su mano, que acarició y apretó; luego levantó sus largas y curvadas pestañas para envolverla en una mirada de amor, efusiva como no lo había sido desde hacía mucho tiempo.

«Eres la mejor de todas», dijo cariñoso.

«¿Verdad que sí?».

«¿Cómo lo has conseguido?».

«¡Ah!, Kaflisch ya sabe por sí mismo lo que tiene que hacer».

«¡Ah, Kaflisch!».

Le desilusionó que Adelheid no se hubiera ocupado personalmente de su gloria.

«¿Es que necesita estar complaciente?», supuso Andreas.

«Lo hace más bien por buena amistad. Es un hombre servicial».

«Pero eso de “protegido”», objetó Andreas, «no está bien, lo ha cogido de Lizzi».

De repente, enrojeció de placer, porque cayó en la cuenta de lo adúladora que

resultaba para su fama precisamente esta expresión de la nota de Kaflisch.

«¡Así que ya aparecemos juntos en los periódicos!», dijo, reprimiendo su júbilo. Ella retiró la cabeza.

«¡Me importa un bledo!».

Esa independencia tan consciente, ganó su respeto.

«Entonces no deberías haber maltratado tanto a la pobre Lizzi», comentó con humildad. Adelheid se irritó en seguida.

«¿Cómo? ¿No pretenderás proteger a esa persona?».

«No exactamente. ¿Pero, en realidad, qué crimen ha cometido? ¿Sueles ser tan buena!».

Y casi habría añadido: ¡Y tan amable con los jóvenes!

«Y lo soy», confirmó Adelheid. «¡Pero esa persona me ha herido en mi amor propio, y eso no lo perdono jamás!».

«¡Oh!», dijo él a la ligera, para atraerla, pues le agradaba lo trágico de su postura. Ella caminó excitada hacia la puerta, luego se detuvo de nuevo ante él.

«Türkheimer puede introducir a quien quiera en su casa, y ¿qué me importa, si desea que sus queridas frecuenten nuestras reuniones? Sobre todo tratándose de un hombre así, tal como están las cosas con él, sería ridículo ponerse nerviosa. No la ha hecho feliz con demasiada frecuencia, excepto con los diamantes, ¡eso lo sé mejor que nadie!».

Andreas se echó a reír, casi por turbación, ya que advirtió que, en realidad, él aparecía por la calle Hildebrandt en condiciones muy similares a las de Lizzi. Pero Adelheid continuó: «Pero no se puede exigir eso, que me quede callada, cuando una persona comprable como ella...».

Andreas se estremeció repentinamente serio. No, por fortuna la comparación no era viable, porque a él no se le podía comprar.

«¡Una persona comprable!», repitió Adelheid con energía. «¡Si se atreve a acercarse demasiado a mis más sagrados pensamientos...!».

Ella le cogió el brazo y se hundió pesadamente en sus hombros, de modo que Andreas se tambaleó un poco. En la voz de la señora Türkheimer creció un sollozo.

«¡Es sólo por ti, mi amado Andreas! ¡Y por ti soy capaz de todo, hasta de verter su sangre!».

Casi la creyó cuando contempló su tembloroso rostro, que resplandecía, pálido bajo la negra peineta, con unos párpados entrecerrados bordeados en un color oscuro, y con los agujeros de la nariz muy abiertos. Vivamente excitado por esta escena, empezó a estampar sobre sus labios unos besos fogosos, pero ella se enderezó, todavía no había acabado.

«¡Todas las demás cosas que me ha dicho, y el que me eche en cara mi edad, eso se lo perdono! Alguien que a su edad ya tiene ese aspecto, no puede inspirarme más

que lástima. Yo tengo cuarenta y cuatro años, no me importa que lo sepas. Y tú, mejor que nadie, puedes decir si soy vieja. Bien, ¿es viejo esto?».

Y con un repentino tirón se abrió la blusa, de modo que unos cuantos pequeños broches de nácar rodaron por la habitación. La prenda de vestir cayó al suelo. Andreas admiró con la boca abierta su rapidez. Y entonces se desató el corsé, que sólo estaba ligeramente anudado los días en que ella acudía aquí; y cuando el corpiño cayó, Adelheid se señaló el pecho con un gesto casi solemne, un pecho que, resplandeciente y muy arqueado, triunfaba sobre su edad.

«¿Es viejo esto?», repitió, y Andreas la encontró grandiosa en medio de su desvergüenza. Su apasionamiento lo avasallaba, y sintió ganas de echarse a sus pies. Pero ella abrió los brazos.

Era lamentable que Adelheid se transformara siempre tanto tras la terminación de la fiesta de amor. Tan pronto como le veía agotado, toda la grandiosidad se desvanecía de su ser, y de nuevo le causaba enojo con sus infantiles y compasivas ternezas: «Tesorito mío», «Pequeñito mío», «Corazoncito mío». Él esquivaba con hosquedad sus ternuras, y aun cuando no se atreviera a manifestar su mal humor, de buen gusto le hubiera gritado: ¿Por qué te falseas así? ¿No comprendes que una ingenua de cuarenta y cuatro años resulta ridícula? ¡Hace unos instantes eras una sultana codiciosa y grave, ahora eres tan sólo una gruesa matrona! Adelheid no comprendió ninguna de sus iracundas miradas y continuó bromeando:

«Ahora mi angelito va a trabajar. ¿Cuándo escribirás tu obra?».

«¡Ah, sí, pronto!».

«¡Hazlo, querido! En enero ya quisiera poderla representar en casa. Luego, en febrero la llevaremos a un gran teatro, lo conseguiré para ti».

«¡Pero si ya estamos en diciembre!».

«No importa. Atente a ello, tú lo puedes todo».

Andreas se levantó, indignado, de un salto.

«¡No puedo sacarme de la manga un drama de tres actos! ¿No tienes idea de lo que eso supone?».

«¡No te enfades, por favor! No pretendo decirte eso. Ya sé que la inspiración...».

«Y el documentarse, claro».

«Y el documentarse, te comprendo muy bien. ¡Pero sé amable otra vez!».

Él se dejó tranquilizar superficialmente. Pero las exhortaciones a que trabajara, que reaparecían con frecuencia, le resultaban sumamente molestas. La nota del *Correo Nocturno* bastaba de momento, y eso era tan bueno como si la obra ya estuviera escrita. Qué más quería. Ella empezó de nuevo: «¡Escúchame, tesorito! Pensándolo bien, podemos esperar hasta febrero. Hasta entonces puedes escribir mucho todavía. ¡Piénsalo, ocho semanas!».

Andreas se encogió de hombros con indiferencia y la dejó seguir hablando.

«Así que ya hace tres meses que nos amamos. ¡Cuánto tiempo! Y luego, serás famoso y rico».

Adelheid, dulce y romántica, le susurró al oído.

«Dime una cosa, muñequito mío, ¿tienes de todo? ¿Todavía te queda dinero?».

El joven se apartó de ella violentamente y la miró, sus ojos estaban del todo pálidos de ira. Luego le dio la espalda, se levantó la larga túnica y, con las manos en los bolsillos, empezó a silbar muy fuerte. Ella intentó acercársele, pero Andreas la apartó dándole un fuerte empujón con los hombros. Dio algunos pasos largos y coléricos, y dijo entre dientes: «¡Esto es demasiado fuerte! ¡Realmente, es demasiado fuerte!».

«¡Me confundes con Lizzi Laffé!», le gritó de repente.

Ella murmuró, rígida de miedo: «¡Te lo ruego, tranquilízate, no ha pasado nada!».

«¡¿Nada?!».

Le rió con odio a la cara y reanudó su violento paseo. ¡Una persona comprable! ¡Si al menos no hubiera estado hablando hace unos momentos precisamente de una persona comprable! Y ahora...

Adelheid hizo un acopio de fuerzas, voló hacia él con los brazos extendidos en un gesto de súplica.

«¿No irás a creer que te ofrezco dinero?».

«¿Acaso, no?».

Andreas se quedó pasmado, casi desilusionado, pues su negativa estorbaba a la nobleza de carácter de su papel. Ella redobló sus juramentos.

«¡No creas tal cosa! ¡Cómo iba yo a conocerte tan mal! Sólo quería decir que...».

Ella paseó la vista por la habitación, llena de miedo. De repente, había encontrado algo, arrastró a Andreas ante el espejo.

«¡Me refería sólo a la mesa de tu tocador! Ya lo ves, sin pretender ofenderte, pero es demasiado primitiva, y en ese espejo se ve uno amarillo».

«¿Bien, y qué?», inquirió con desconfianza.

«Y hace poco he visto en algún sitio un mueble maravilloso, en la calle Leipzig, creo. Muy apropiado para ti, rococó y con remates, y además es una ocasión, sólo cien marcos. ¡Por eso te preguntaba si te quedaba dinero!».

«¡Ah!, eso es otra cosa».

«Ya lo ves. ¡Y por una pequeñez así te enfadas en seguida, corazoncito malo! Yo había pensado que podría adelantarme luego y encargártela, pero no llevo dinero».

«Es muy amable por tu parte. Por favor, toma».

Andreas sacó el billetero y le tendió el billete con una elegante inclinación. Adelheid advirtió con toda claridad, que la cartera no contenía nada más.

Él se sintió en la obligación de disculparse.

«¡Ah!, estoy muy contento de haberme equivocado», repuso con ligereza.

«¿Verdad que sí? ¡Cómo podemos malinterpretarnos! ¡Seres como nosotros, que viven completamente el uno para el otro! ¡Oh, pobre corazón nuestro!».

La emoción la invadió. Si el tiempo no urgiera, habría celebrado muy a gusto la reconciliación durante más tiempo. Su amor resurgió con más fuerza, si ello era posible, tras aquel incidente, y se mezcló con un respetuoso temor hacia la fortaleza moral del amado. La simple idea de tener que aceptar un regalo de ella, lo había sacado de quicio. ¡No había nada igual! Todavía en la puerta, le susurró entre besos: «¡Tú sí que eres noble!».

Sin embargo, cuando Andreas se vio solo, le asaltaron las dudas. ¿Hubiera debido aprovechar tal vez la oportunidad y haberle solicitado un préstamo a Adelheid? No todo el mundo demostraría tanto desinterés estando en posesión de una amante acaudalada. Y aun cuando alguien pidiera un préstamo, no por eso dejaba de estar lejos de ser comprable. Además cualquier comparación entre él, Andreas Zumsee, y gente como Klempner o la Laffé estaba totalmente fuera de lugar.

Había que reconocerle una gran nobleza de sentimientos; pero para que uno pudiera permitírsela sin incomodidades, en realidad, había que estar en una situación igualmente desahogada. Y suspirando, sacó de todos los bolsillos la calderilla y juntó lo que le quedaba: veintiún marcos y treinta y cinco fénigs. Era el resto de sus ganancias de juego en casa de los Türkheimer. Pero el billete de cien constituía el monto total del sueldo mensual que le enviaban de su casa. Y se había deshecho de él, ¿para qué? ¡Para que Adelheid ya no se viera amarilla en el espejo!

Naturalmente, a una grandeza de alma tan extravagante tenía que seguirle el arrepentimiento. Las cosas se presentaban en su imaginación como en aquellos siete frugales años. Los tiempos del Café Hurra regresaban; otra vez tendría que sustituir la comida por un ayuno rígido, como entonces, y, sin embargo, ahora necesitaba mucho más que antes una alimentación abundante. Tendría que contar cada fénig, aunque se moviera en unos círculos en los que el dinero rodaba por debajo de los muebles. Era un bonito privilegio haber penetrado en el país de Jauja, pretendiendo destacar mediante la sobriedad, allí donde todo el mundo se atiborraba de comida sólo por competir. En cierto modo se sintió dañado, y *a posteriori* le censuró a Adelheid que no le hubiera hablado de un modo más razonable.

Y encima, sus conocidos le consideraban rico muy posiblemente. Incluso era seguro, ya que Pohlatz y el doctor Libbenow, a quienes se había encontrado hacía poco en la calle Potsdam, habían examinado su elegante traje con unas miradas, como deseándole suerte. También recordó un encuentro con el gordo Golem, que se había dirigido intencionadamente a él, con su confianzuda sonrisa que siempre indicaba un propósito de pedir dinero. Andreas apenas había podido librarse de él doblando la esquina. Todos eran de la opinión de que su relación con la casa Türkheimer le proporcionaba un fuerte ingreso; con el pensamiento de lo mucho que se

equivocaban, se sintió humillado y engañado.

¿Quién les habría informado tan mal sobre sus relaciones? Tal vez Kopf, que tenía algo de astuto y taimado. O quizá Kaflisch, y entonces, debería darle vergüenza, pues todavía no le había devuelto los cien marcos que había tomado prestados de las ganancias de juego de Andreas. La deshonestidad de una persona que le adeudaba dinero, y que, mientras tanto, divulgaba infundios sobre él, exasperó a Andreas. Con fría decisión se vistió y abandonó la casa.

Tenía intención de buscar al periodista en la redacción del *Correo Nocturno*, sin embargo, le encontró antes en «Unter den Linden», en medio de algunos camaradas de los que apenas se distinguía. Todos disfrutaban enteramente de la misma elegancia cosmopolita, y sus pantalones estaban salpicados de barro.

Kaflisch iba a pasar de largo, saludando amablemente, pero Andreas le cogió del brazo.

«Sólo una palabra, por favor», le dijo con decisión.

El reportero husmeó su rostro con curiosidad.

«¿Bien, qué cosa buena me trae de nuevo? ¿Ha ocurrido algo con los Türkheimer?».

«¿Qué va a ocurrir?».

Andreas se había propuesto hablar duramente, pero en el último momento, le contuvo la timidez y, con bastante amabilidad, le preguntó: «A propósito, ¿no me debe usted cien marcos?».

«¿Y?», comentó Kaflisch con inocencia.

«¿Me los devuelve ahora?».

«¿Es eso todo lo que sabe? ¿Y por esa vieja historia me aparta de mis negocios? ¡No está bien por su parte, señor mío!».

Intentó soltarse para correr detrás de sus amigos. Pero Andreas no le dejaba.

«Necesito el dinero», repuso con sangre fría. Kaflisch fingió enfadarse de verdad.

«¡No haga usted pucheros! ¿No pretenderá jugar al acreedor, verdad? ¡Entre nosotros eso no tiene éxito, amigo mío! Sólo conseguirá arruinar su crédito si corre usted así detrás de unas cuantas míseras perras gordas».

«¡Unas míseras perras gordas!», repitió Andreas, lleno de reproche. Cien marcos suponían ahora para él toda una fortuna. Kaflisch afirmó: «Usted tiene un montón de dinero y no necesitaría acosar así a un pobre hombre».

«¿A qué se refiere?».

«Bueno, el que anda con Adelheid Türkheimer, siempre tiene un montón de dinero».

«¿Así que no piensa devolverme nada?».

«¡En absoluto, no pienso hacerlo!».

El reportero empleó el tono bonachón con el que siempre convencía a la gente, de

que lo mejor que podían hacer por su propio interés, era confesarle lo que él quería saber.

«Ahora, entre nosotros, dígame, ¿todavía no le ha ofrecido dinero?».

Andreas intentó poner una cara orgullosa.

«¡Puedo tener tanto como quiera!».

«¿Pero?», investigó Kaflisch. «¿No padecerá usted de un falso sentido de la vergüenza, pobre amigo? ¡Vaya, era cierto, ahora se pone rojo!».

Se estuvo riendo hasta que se le acabó el aire.

«Si me tocara a mí», dijo, «¡eso es demasiado bueno! Usted todavía no conoce el asunto, se nota, tengo que contarle algo. Mi negocio ya se ha ido a paseo».

Entraron en el Café Bauer y subieron al primer piso. El periodista continuaba estremeciéndose de risa.

«¡Eso es demasiado bueno, santa inocencia!».

La voz le falló casi cuando pedía «dos helados de nuez tostada». Saludó a derecha e izquierda, distribuyendo algunos apretones de manos y regresó junto a Andreas.

«¿Así que no permite que le regalen nada?», le preguntó.

«Como hombre de honor...», repuso Andreas con frialdad.

«¡Vaya mérito! Todo el mundo es hombre de honor. Y tampoco permiten que les regalen nada».

«¿Entonces?».

«Sólo necesita participar».

«¿Participar?».

«Naturalmente. Es decir, uno pertenece a ello o no pertenece. ¿Me comprende? Y si uno pertenece, pues bien, entonces participa».

«¿De qué?».

«¡De la fortuna nacional de los Türkheimer!».

«No le entiendo».

«¡Y sin embargo es muy fácil! Sólo hay que saber quién es Türkheimer. Mire usted, robar está muy bien, pero cuando un solo hombre ha robado tontamente tanto dinero como Türkheimer, entonces ya no puede hacer comprender a nadie que todo aquello le pertenece de verdad a él solo. ¡Y tampoco lo pretende! Vivir y dejar vivir, es lo que él opina. Porque Türkheimer es un hombre bastante ilustrado, comprende que ese comunismo, tan de moda ahora, responde de hecho a una necesidad de los nuevos tiempos. Naturalmente, sólo el comunismo sano que se mantiene dentro de sus justos límites. La política de la mano abierta no debe ir más allá de la familia, eso sería un insensato despilfarro de la fortuna nacional. Pero la familia está muy ramificada y por una parte abarca hasta los personajes principescos que acostumbran a plantar un árbol de vez en cuando en el jardín de los Türkheimer. ¿No se lo imaginaba, verdad? Se trata de una rentable sociedad de jardineros. Y por la otra

parte abarca también a cualquiera de nuestros semejantes que atrape este o aquel billete de cincuenta marcos en el aire, con agilidad y habilidad. ¿Me comprende usted, señor mío?».

«Así, así. ¿Pero habrá que hacer algo a cambio, creo yo?».

Kaflisch abrió los ojos de par en par.

«¿Y es que usted no hace nada?, ¡galanteador!».

«Ah, bueno», repuso Andreas, sonriendo halagado.

«Desde luego, es el auténtico país de Jauja», observó, visiblemente animado.

«Es cierto, país de Jauja. ¡Qué hombre más capaz es usted! Bien, y ahora yo le voy a iniciar en el sistema político-económico que, en el país de Jauja, forma la base de todas las cosas beneficiosas que existen. ¡Pero sin sentimentalismos! En ese sistema entran, desde luego, todas las personas que usted conoce. De nosotros no quiero hablar, me refiero a nosotros los del *Correo Nocturno*. ¿Qué es ese Jekuser en realidad? Usted me dirá, manipula los acontecimientos mundiales; pero los más importantes para él, son aquellos que se saca de la manga por encargo de Türkheimer, o de sus servidores, que es lo mismo. Y si no existieran las emisiones de Türkheimer, entonces yo no cobraría ni siquiera esos míseros diez fénigs por liniecita».

«¿Tan poderoso es?».

«Cada vez más poderoso. ¿Cree usted que algún teatro representaría algo a lo que él sólo pudiera decir: ¡Caramba!? Hoy en día, con este progreso, ¡hasta el más pobre puede permitirse ofensas a las majestades y calumnias contra los dioses!; pero ¿ha conocido a alguien que se atreva a decirle algo a Türkheimer? ¡Ya lo ve! Porque eso es bastante más peligroso. El que empieza así, sale volando y nadie vuelve a verle. Fíjese en lo mal que le va ahora a la pobre Lizzi, ella ya lo debe saber. ¡Y hasta a Klempner! Ni siquiera un perro aceptaría nada de él. Y qué bien les iba antes, cuando todavía vivían en el país de Jauja. Cuando Klempner descansaba de Lizzi y se procuraba una muchachita con llave de casa, ¿quién lo pagaba a fin de cuentas? ¿Eh? Türkheimer, naturalmente. Entonces, una familia entera vivía de ello. Hasta abajo, en el pueblo, se extienden las fronteras del país de Jauja, señor mío, y todos quieren entrar en él. Ahí está la baronía de los Hochstetten, que Asta acaba de comprar con esa personalidad. Pues bien, la señorita de Hochstetten figura en todas las listas para construcción de iglesias y envía calcetines de algodón a Palestina para la conversión de niños judíos pobres. ¿Y con qué lo hace? Con el becerro de oro de los Türkheimer. No, usted no creería cuántas manutenciones y panes asegurados hay entre nosotros. Por ejemplo, Liebling...».

«¿Liebling? ¡Un hombre tan serio!». «¿Y por qué no? Otros lo hacen con bromas, él lo hace con seriedad y dignidad personal». «¿Es que él no es así?».

«¿Por qué no va a ser así? Eso es lo exquisito de él, y por eso lo ha llevado tan lejos que siempre opina así sobre todas las cosas. Félix Liebling nació de padres

ricos, pero honrados. Pronto se desarrolló en él una tendencia a la filantropía, con lo que, sin embargo, no tuvo éxito al principio. Una vez, editó un periódico, se llamaba: “*El jorobado*. Órgano central para la defensa de los intereses de todos los lisiados físicos y morales”. Cuando, extrañamente, no logró con ello el éxito merecido, acometió la fundación de una institución que debía llevar el bonito nombre de “Leche materna” y estar al servicio de la cría artificial de nodrizas, para lo que partía de la convicción, de que esta valiosa especie de muchachas tenía que ser representada por un número cada vez mayor, respondiendo a las necesidades de la sociedad moderna. Desgraciadamente, la policía frustró la realización de esa empresa tan humanitaria. Tras esto, Liebling se dedicó a las más diversas especulaciones aunque con un capital cada vez más menguante, pero siempre con ese cierto rasgo moral que le es propio; hasta que su situación le obligó a limitarse por completo al sionismo. Con esto ha conseguido, al fin, prestigio y posición».

«¿Y dinero?».

«Donde hay posición, hay también dinero. ¿No lo sabe? Pues Liebling es el hombre de confianza de Türkheimer. Lo que Blosch es respecto a los negocios, eso es él para lo diplomático y lo puramente humano. Si Türkheimer quiere deshacerse de una vieja querida o desea adquirir una boquilla de puro incrustada en diamantes para un príncipe exótico o para un consejero privado, Liebling siempre es el hombre adecuado. Su rasgo moral ayuda a superar hasta lo más delicado. Él ha amueblado todo el palacio de la calle Hildebrandt y descubrió a Claudius Mertens, y se ocupa siempre de las novedades. Las damas le confían hasta cuestiones íntimas, él hace de todo. Y es curioso, con todo ello Liebling percibe sus buenos ingresos, y a pesar de esto Türkheimer se gasta la mitad del dinero que antes. Él mismo lo dice».

«Bueno, entonces todos están contentos».

«En el país de Jauja todo el mundo está contento siempre», aclaró Kaflisch. Su propia elocuencia le causaba deleite, lleno de benevolencia, se acercó más a Andreas, le dio una palmada en un hombro y le dijo: «¿Sabe usted qué? Tiene usted hoy un día de suerte. Todavía vamos a estar juntos un rato más».

Mientras bajaban, anunció triunfante: «Le invito a comer».

Por la calle dio más explicaciones.

«Es que estamos ahora con el negocio ése del Texas Bloody Bank Gold Mounts, en el que se gana tantísimo dinero. Türkheimer también está metido en ello, pero no se sabe dónde. Nosotros, todos los del *Correo Nocturno*, colaboramos y lo único que hacemos es bucear en el dinero».

Y sin prestar atención a los viandantes, comenzó a realizar movimientos natatorios.

«Si ahora le va tan bien», comentó Andreas, «¿podría tal vez devolverme mis cien marcos?».

«¿Y por qué?», gritó Kaflisch jovial. «¡No me venga otra vez con eso! Pero recibirá usted una exquisita cena. ¿Qué le parece Hiller?».

Desde Hiller se dirigieron a Renz, luego a Kempinski, donde paladearon Porter con champagne, luego al Café Keck y luego a la bodega de Lukas Bols con una acompañante que se había agenciado Kaflisch para sí. Cuando el periodista, apoyado en una farola hacia las tres de la madrugada, abrazaba a su amigo para despedirse, le dijo dificultosamente: «Esta noche, corazón hermano, me ha costado usted bastante más de cien marcos. Es igual, usted sigue siendo bueno... En fin, ¿soy un hombre de honor o no? ¡Vaya mérito, hombre de honor lo es cualquiera!».

X

El placer de calar a las personas

Las veinticuatro horas siguientes las pasó Andreas con la cabeza embotada, mirando turbiamente hacia el futuro y en una nerviosa espera de Adelheid. Ésta no apareció hasta el día siguiente, con una tímida alegría en su rostro, que no se atrevía todavía a exteriorizar.

«Imagínate», repuso ella con su mejilla junto a la de Andreas, «lo mucho que me he asustado».

«¿Asustado?».

«Sí, y por culpa de tu dinero».

«¡Ah!».

El joven había olvidado por completo el incidente y ahora le irritó de nuevo.

«¿Querías encargarme una mesa de tocador, no?».

«¿Una mesa? Ah, sí...».

Ella tuvo que hacer un esfuerzo de memoria.

«Es cierto, la mesa ya había sido vendida, y no he encontrado otra que te vaya bien. Ya sabes, corazoncito, por ti soy muy exigente. Así que he estado pensando, si no podría invertir mejor tus cien marcos».

«¿Y bien?», dijo Andreas con recelo.

Pero Adelheid estaba inspirada y soltaba sus frases como si se las hubiera aprendido de memoria.

«Y por fin he encontrado algo, aunque he tenido que pensarlo mucho. Porque era peligroso, y tu dinero podría haberse echado a perder con ello. Así que se lo he dado a Türkheimer».

«¿A Türkheimer?».

«Sí, a Türkheimer. Es que yo también le doy de vez en cuando algún dinero mío, cuando no sé exactamente en qué emplearlo. Entonces juega con eso a la bolsa. A veces gano, pero a veces también pierdo. De modo que he colocado tus cien marcos y he hecho que me proporcione una acción del Texas Bloody Bank. Todo el mundo las compra ahora».

«Ya las conozco. Se gana mucho dinero con ello».

«¡Ya lo ves! Ocurre que se han descubierto nuevas minas de oro. Y hoy los valores están realmente tan altos, que he vendido, por precaución y para obtener dinero al contado en seguida, ¿sabes?».

Tan pronto como paraba de hablar, Adelheid estampaba un montón de suaves besitos en el lóbulo de la oreja izquierda de Andreas.

«Pero si no corría prisa», le dijo él con un elegante movimiento de mano.

«Bueno, tu billete ha criado. Claro está que sólo poseías una quinta parte de la acción, y también podrías haberlo perdido todo. Oh, un poeta no puede entender estas cosas, están muy por debajo de él. Pero con las minas de oro siempre pasa eso, y Friedrich Wilhelm Schmeerbauch, que es aquí el principal accionista, va a quebrar de nuevo, dice Türkheimer, pero nadie debe enterarse todavía. Mientras dure, las Texas Bloody Gold Mounts seguirán subiendo alegremente».

«¡Qué nombre tan bonito!», comentó Andreas. «¿Toda la montaña es de oro?».

Adelheid se encogió de hombros.

«Türkheimer opina que no hay que darle vueltas a un asunto así. Texas está muy lejos. Pero el negocio era peligroso, desde luego, puedes creerlo. No tienes ni idea de cómo le enredan a uno a veces. Yo voy bastante segura con las informaciones de Türkheimer, pero a pesar de ello, podía haberte costado tu dinero, ¿sabes?».

Estuvo repitiendo siempre lo mismo y mirándole al propio tiempo con una implorante ternura. Cuando consideró que ya le había aclarado suficientemente el peligro que había superado, se atrevió a sacar una pequeña cartera de cuero de su manguito de piel. Se la acercó a los ojos con unos tímidos movimientos en zig-zag, y sólo cuando él pareció haberse acostumbrado a la visión del objeto, la colocó Adelheid sobre el borde del escritorio. Andreas, ligeramente sonrojado, miró a un lado.

«Tu amistad puede serle dañina a uno...», repuso. «Si hubiera perdido mi poco dinero...».

Omitió decirle cosas más terribles. La armonía y confianza en que transcurría su relación no fueron obstaculizadas por ninguna cosa durante varias semanas. La cuestión más delicada estaba solucionada, Andreas poseía un ingreso asegurado del que no necesitaba avergonzarse. El juego de la bolsa producía lo suficiente, de modo que se podía vivir de ello sin preocupaciones. Al principio se asombraba mucho cuando el billete de cien que había entregado a Adelheid, se transformaba en cuatro o cinco en el transcurso de una semana. Se sumía en la lectura de las cotizaciones de bolsa, pero ello le causaba confusión y pronto renunció a comprender cosas indignas de él, como su amante le aseguraba repetidamente. En lo sucesivo, se contentó con dejar resbalar en el bolsillo interior de su chaqueta con ligereza comercial la suma ganada, que ella le tendía discretamente encerrada. ¡Que se enteraran si querían de la procedencia del dinero, aquéllos que dirigían el regimiento del país de Jauja! Nadie tenía ninguna responsabilidad personal aquí, donde las monedas de oro rodaban por debajo de los muebles de un modo incomprensible; se vivía bajo designios superiores.

Sólo se advertía un ligero malhumor cuando Adelheid hacía preguntas sobre el drama. Lo encontró sentado con su cilicio ante la mesa de pino, bajo el sangriento

Cristo, con la cabeza apoyada en las manos.

«El índice de personajes ya está acabado», le anunció Andreas.

«¡Ah!».

«La heroína se llama Hildegard Trentmonichen, y también después de su matrimonio exige ser llamada así. Es un nombre expresivo y romántico, ¿no crees?».

«¡Maravilloso! ¿Cómo se te ocurren esas cosas?».

«Los nombres de gran efecto son muy importantes. El esposo es groseramente materialista, un bebedor de cerveza. Se llama Alois Pfaundsteissler».

«¿Y esa escena grandiosa de la que me hablaste hace poco?».

Andreas se tiró de los pelos con los dedos extendidos.

«Es un desastre. Diederich Klempner ya la ha utilizado en alguna parte».

«¡Ese Klempner es un ser insoportable!».

«¿Y qué quieres? La gente de Silesia y Posen se le cruzan a uno continuamente en el camino. Hoy en día son ellos los que lo hacen todo».

Se encogió de hombros.

«La nueva cultura alemana tiene, por fin, algo del Este».

Con frecuencia volvía sobre estos pensamientos, cuando comenzaba a dudar de su obra en horas solitarias. En el fondo, Lizzi Laffé tenía razón, el tema de la mujer ignorada o liberada ya andaba por las alcantarillas, de tan bajo como había caído a consecuencia del mal uso que de él había hecho la gente de Posen y Silesia. Precisamente, éstos poseían la torpeza y el fanatismo propio de estratos culturales bajos; en los más altos se estilaba un ligero escepticismo. No se tomaba en serio nada, y menos, a mujeres lloriqueando, y de éstas, al fin y al cabo, no importaba más que una cosa, lo ya consabido. No eran dignas de un drama importante, decidió tratarlas con desprecio. Se giró y vio reflejada en el espejo la victoriosa sonrisa de sus labios.

Luego, en la euforia de un súbito entusiasmo escribió el poético monólogo de un esposo que se asombra de la vacuidad espiritual que de repente se ha manifestado en su esposa, y que intenta comprenderla en vano:

El refrán decía así:

*«¡Quién va a desentrañar
los enigmas de ese pequeño cerebro!».*

La última estrofa era decididamente chabacana, y eso inquietó a Andreas de momento. Pero recordó que tenía que vérselas con el público de *Venganza*. Y en efecto, Adelheid, a quién Andreas contó su obra, no se escandalizó lo más mínimo. Se mostró apasionadamente conmovida por las bellezas del poema, le profetizó al poeta los más altos honores y un radiante futuro y, excitada por la admiración de su genio, desarrolló una pasión tan ardiente, que arrastró consigo al joven como en los primeros días de su amor.

Más tarde, Andreas cayó en la cuenta de que había que buscar un actor para encarnar la figura ideal creada por él. Se requerirían algunas pruebas. Adelheid fijó la representación (para el viernes siguiente. Durante su apresurada despedida hizo advertencias al joven, a quien causaba nerviosismo la cercana perspectiva de un primer encuentro personal con el público: «Estáte tranquilo, tesorito, no te preocupes de nada en absoluto, ¡un poeta debe ser elegante! Ya me encargaré yo de todo. ¡Ven mañana a las tres a la calle Hildebrandt!».

Andreas tuvo que luchar consigo mismo para aparecer tarde. Ya habían sido reunidos seis jóvenes escritores a cuyos nombres no prestó atención, en medio de un nerviosismo que procuró ocultar tras un gesto distante. Aparte de éstos, al llegar, encontró a algunos amigos de la casa, al señor y la señora Pimbusch, a la señora Bescheerer y a la señora Mohr. Adelheid le presentó en seguida al personaje principal de la reunión, el señor director Kapeller. Andreas le reconocía: era aquel orondo y dinámico hombre que tan servicialmente se había abierto paso entre la gente deseosa de bailar hasta el piano, tiempo atrás, en la gran *Soirée*. La amabilidad parecía ser el rasgo principal de la personalidad de Kapeller. Estaba presente en todos aquellos sitios, en los que tal vez se le pudiera necesitar. En todas partes escuchaba con atención pero con discreción, sondeaba el estado de ánimo de la opinión pública y sabía hacerse indispensable. Sin ser impertinente, pero implacablemente, sabía siempre captar de nuevo la atención de los poderosos con su sola presencia. En el caso de que alguna vez hubiera que dar a toda prisa un puesto lucrativo al primero que se encontrara, entonces tenía que recibirlo Kapeller, porque siempre estaba a mano.

Tal como su título daba a entender, había dirigido alguna vez un teatro, posiblemente en tiempos muy lejanos. Lo que se le pedía aquí, entraba de lleno en su oficio; al punto dominó la situación con gran seguridad.

«Estimados señores míos», dijo con una voz gruesa y suave. Hablaba con un ligero acento sajón, y esto parecía hacerle gracia a él mismo.

«Si les parece bien, me encargaré de la dirección, y también puedo manipular, quiero decir, encarnar, el papel ya creado por el señor Zumsee. Porque poseo una antigua práctica en este género, de cuando estuve al frente de un teatro de variedades de Leitmeritz. Es decir, si es que...».

Se interrumpió, porque vio reír silenciosamente a la señora Pimbusch.

«¿De qué se ríe la señora? ¿Del teatro de variedades? Entonces déjeme decirle: ¡No se ría usted! En regiones medio salvajes, el teatro de variedades es un factor cultural de primera categoría, y se utiliza con éxito para la elevación de la moral y del gusto artístico. Así pues, tengo práctica en este género, es decir, si es que aquí se puede hablar en algún modo de género, porque la creación del señor Andreas Zumsee me parece de hecho algo único y, por así decirlo, algo que nunca habíamos tenido.

Una obra maestra, tan cuajada de bellezas nuevas e insospechadas, sólo se podría agotar difícil y parcialmente».

Con un amplio gozo, se hinchó, realizó un victorioso movimiento circular de brazo y con su pequeña mano gorda agitó el aire un par de veces como en busca de manifestaciones de alabanza más palpables todavía. De repente, metió su grueso labio inferior detrás de los dientes, apoyó la cabeza sobre el hombro izquierdo y envolvió a Adelheid y Andreas, que estaban juntos, en una mirada desvergonzadamente tierna. Ahora, Kapeller ya estaba seguro de su éxito. Habría suscitado el alegre aplauso de las damas, había tratado bien a los más tiernos sentimientos de la señora Türkheimer, y también había satisfecho la vanidad de autor de Andreas, por muy exigente que ésta pudiera ser. Más, no se le podía pedir. Los seis escritores que se apiñaban en un rincón con timidez, no entraban en la cuenta, los trató con un suave desprecio y, sin prestar atención, se metió los manuscritos en sus amplios bolsillos. Sabía bien para qué le habían llamado, y al tiempo que se colocaba detrás de unas cuantas sillas bajas como ante un proscenio, comenzó ya a recitar el monólogo del esposo asombrado. Escandió los versos con flema, subrayó significativamente los audaces pensamientos del autor, y entonó el refrán con voz de trompeta, como alguien que vence las dificultades de una intrincada sucesión de ideas:

*«¡Quién va a desentrañar
los enigmas de ese pequeño cerebro!».*

Al mismo tiempo, corrió dos o tres veces con súbita agilidad alrededor de lo que figuraba ser el escenario. Su rechoncho cuerpo parecía rodar sobre las cortas piernecillas; resultaba asombroso. Kapeller sonrió de satisfacción al público, repitió aquel simpático gesto que ya había deleitado antes a las damas, y les hizo señas con la mano al correr. Era irresistible esa mano. Parecía un molusco rojizo tragando aire. De repente, Kapeller se detuvo de nuevo en su sitio, y suave y lentamente, como si no hubiera ocurrido nada, continuó exponiendo sus argumentos en contra de una mayor emancipación de las mujeres.

Al principio, Andreas se había entregado a la única preocupación de si notarían su penosa turbación. El valor de su obra, en el que hasta entonces había creído con tanta firmeza, repentinamente, se le había hecho dudoso. No reconocía sus versos en la voz de Kapeller, los escuchaba como si fueran sonidos extraños; sin embargo, tuvo que reconocer para sí que cada vez sonaban más bonitos. Todos los presentes parecían de la misma opinión, y esta creencia se extendía, sin que todavía dieran muestras de ovación al sutil autor. Ya sólo podía resultarle fatal la evidente chabacanería de la última estrofa, sobre todo en la interpretación preferida del actor. Porque en vez de pasar ligeramente por alto las partes peligrosas, Kapeller se apoyaba en ellas con todo su peso. Hundía las manos en los bolsillos, sacaba la barriga, retiraba la cabeza de

modo que la estrecha frente desaparecía y la papada extendida en toda su amplitud sustituía a la cara. Entre las frases, sacaba la lengua y la deslizaba de una comisura a otra. Andreas opinaba que Kapeller era la encarnación del más sucio y repugnante cinismo. A pesar de todo, precisamente esos versos que daban pie a ello, llenaron a su autor de un orgullo especial.

Lleno de expectación miró a su alrededor; sólo dos de los seis poetas habían enrojecido. La señora Pimbusch se golpeaba las rodillas con los guantes, ruidosamente. Había cerrado los ojos y giraba a un lado y a otro, de modo inquietante, su flaco y largo cuello dentro del estrecho cuello del vestido, sobre el que se balanceaba la cabeza como una flor venenosa de demasiados colores y abultada en exceso. La pequeña señora Goldherz brincaba por la habitación gorjeando. La señora Bescheerer, inmóvil, intentaba contraer el gesto. Y, como de costumbre, sólo se movieron las arrugas de su frente, entre las que se deslizaba, como si estuviera viva, la verdosa mancha de musgo. La señora Mohr sonreía bondadosamente, y Pimbusch, manteniéndose a la expectativa, se había abandonado a la contemplación de sus uñas. El aspecto general del público era tranquilizante.

Kapeller estaba terminando. Repitió de nuevo el refrán, esta vez no en tono de trompeta, sino con una voz; que le fallaba y con un espiritualizado gesto de cansada sabiduría que nadie le hubiera atribuido. Luego, señalando con modestia al autor, recibió las felicitaciones. Entre los presentes se extendió al punto el comentario de que acababan de descubrirse a dos grandes artistas. Pimbusch, que no cobró vida hasta ese momento, corrió excitado de uno a otro para preguntar por todas partes si no opinaban que la ejecución del recitador era *ultrasmart*, y que la poesía del señor Zumsee era *copurchic* y absolutamente suprema. Después que hubo reunido todos los pareceres y formado su propia convicción, se acercó a los artistas con solemnidad, les estrechó la mano con su peculiar modo sacramental y dijo: «¡Señores míos, son ustedes absolutamente supremos! ¡Señor director, su ejecución es *ultrasmart*! ¡Señor Zumsee, su poesía es *copurchic*, nada que objetar, absolutamente supremo!».

Andreas se giró; de repente sintió que todo su cuerpo se humedecía. Superado el peligro, se desencadenó su excitación nerviosa. Buscó a Adelheid y se sintió feliz de encontrarla sola por un instante junto a la mesa de té que acababan de traer. Ésta le tocó la temblorosa mano al pasar por su lado y le sonrió con una alegría tranquilizadora. Durante el ensayo había permanecido completamente en calma; su rostro conservaba la lozana palidez que le daba la luz de las velas. La enamorada mujer jamás había sentido duda alguna sobre el avasallador éxito de esta obra que, sin embargo, hace un instante había llenado de seria preocupación a su autor, y con amable languidez acogía las felicitaciones que se le daban a ella en mayor número y con más viveza que a Andreas. Cada uno de sus movimientos les decía: ¡No sólo me pertenece la obra, sino también el poeta! Andreas encontró magnífica contemplarla y

la amó por su orgullo.

Sólo Kapeller le estorbaba en su dicha, pues al parecer, tenía que compartir el éxito con él. Lo encontró indigno y le dijo a Adelheid: «¿No opina también la señora que el señor director Kapeller lleva un frac demasiado sucio? ¿Se le podría dar a entender esto sin herirle?».

«Sencillamente, le encargaremos uno nuevo», propuso ella.

Pero la señora Pimbusch, que se acercaba, susurró con viveza: «¡Querida, no lo estropee! ¿No ve que Kapeller y su frac son inseparables? El uno está tan grasiento como el otro».

«Desde luego», confirmó la señora Mohr. «Kapeller es un actor reflexivo, y su frac entra en el papel. Precisamente, causa la mayor impresión...».

«Sobre todo aquí, en tu salón», añadió la pequeña señora Goldherz. La señora Bescheerer le tocó el hombro a Andreas. «Ese grasiento frac le sienta bien a su poesía y la resaltaba, querido amigo», aclaró con una mueca maligna. Andreas se estremeció y palideció; pero el propio Kapeller le sacó del atolladero. El actor había procurado, al parecer, hacerse con el ángulo en que se apiñaban los seis poetas. Pero, por muy en voz baja que las damas intercambiaran sus comentarios, aún así, él poseía un oído bien educado para aquello que los poderosos pensarán y planearán. Su instinto le decía que existía alguna hostilidad hacia él, y con una sonrisa inocente, casi humilde, se dirigió hacia Andreas. Éste era el enemigo con quien debía congraciarse. Y con una simpática sinceridad empezó a decir: «Perdóneme, caro señor, si le he ofendido».

Cuando el joven le contempló asombrado, Kapeller explicó: «Pues es que tengo mala conciencia, porque sus señorías son muy bondadosos y se comportan conmigo como si yo hubiera contribuido al extraordinario e imponente éxito de su obra. Sin embargo, esto descansa, como voy a hacerles notar, sobre un error; yo no soy, por así decirlo, más que un simple ayudante, y en cierto modo, me siento impotente frente a todas las bellezas de las que su obra está realmente cuajada, tal como ya tuve antes ocasión de comentar. Pero me resulta imposible hacerlas resaltar todas, caro señor, no soy capaz, tendrá usted que disculparme».

Con toda honradez, se colocó la mano sobre el pecho. Andreas, completamente desarmado, quería disculparlo todo y le hizo un gesto amistoso. Pero Kapeller todavía no estaba tranquilo.

«Un solo hombre no puede hacerlo, y tampoco se le puede exigir. ¡Ah, si fuéramos dos! He estado pensando que mi mujer, es decir, la esposa incomprendida, que, desde luego, es un personaje principal en el drama, debería aparecer también. Además no necesita hablar, sólo debe ir vestida de un modo picante, poner una cara desvergonzada y abrir el abanico. Si les parece bien a sus señorías, entonces buscaré a una muchacha joven y bonita que pueda manipular el papel, quiero decir, encarnar».

Andreas tuvo una idea de pronto y se dijo: «Este gordo tiene razón. Si hay dos

personas sobre el escenario, entonces ya no es monólogo, sino un drama. ¡De modo, que yo he escrito un drama!».

La cara de perplejidad que puso ante tal descubrimiento, le devolvió a Kapeller la buena conciencia. Después de asegurarse el permiso de las damas, se despidió, modesto y solícito. El próximo ensayo estaba fijado para el día siguiente.

De nuevo se reunieron todos a la misma hora. Kapeller se había traído a Werda Bieratz, que, al punto, fue acaparada por la señora Pimbusch. La esposa del fabricante de ron se llevó a la muchacha a un rincón de charla, colocó el brazo sobre los hombros de la linda hetaira y puso cara de decirles a todos: Estamos hablando de secretos de dormitorio. La pequeña Bieratz bajó los ojos y con un gesto púdico, se estrechó el vestido. Andreas pensó: «Y encima, si algún empresario capitalista se lo pidiera, estaría inmediatamente dispuesta a pasearse desnuda por Unter den Linden».

Por fin pudo empezar Kapeller a aleccionar a la actriz sobre su tarea. Lo hizo con un humor generoso. «Mientras yo declamo, debe usted gesticular y enseñar las piernas de vez en cuando. No tiene que hacer nada más aparte de eso. Si acaso, debe retirarse un poco las ondas de las orejas, sólo se le ve la punta de la nariz. Y debe hacerse con un vestido de seda roja».

Se giró hacia las damas.

«Como la señorita tiene una voz bastante fea, es mucho mejor que no tenga que decir nada en el papel».

«¡Como si usted no tuviera nada feo aparte de la voz, señor Kapeller!», repuso la pequeña Bieratz, procurando, sin embargo, sonreír con amabilidad. Era demasiado lista para crearse en el mundo de los salones un enemigo al que podría volver a encontrar continuamente en el mundo del teatro.

Cuando ensayaron juntos, Kapeller se mostró tiránico con su compañera. Interrumpió la declamación para aleccionarla: «¡Ahora doble el talle hacia atrás y sáqueme la lengua! ¡La mano izquierda en la cadera y el vestido arremangado! ¿Es qué le da vergüenza enseñar sus piernecitas? Además, parecen palillos».

«¿Han visto las damas algunas vez a una actriz de piernas bonitas?», preguntó. «¡Yo jamás!».

Su fino sentido para captar los sentimientos de los poderosos le decía que no podría halagar más hábilmente a las damas que humillando a la actriz. Intuía que, con ello, satisfacía un inconfesado instinto de venganza en la señora Pimbusch, en la señora Bescheerer y en las demás. La derrota de Lizzi Laffé en su riña con Adelheid les había proporcionado cierto placer; pero ¡cuánto más fuerte era la complacencia por su triunfo sobre Werda Bieratz, a la que envidiaban por su vicios, y con la que se encontraban en competencia para explotar a los mismos hombres! La estrella de la pequeña Bieratz había empezado a brillar hacía poco tiempo, estaba agotando y consumiendo una considerable parte de las fuerzas y los ingresos de los hombres del

país de Jauja. Cuanto más deseaban ser igual que ella, tanto más complacidas contemplaban aquellas damas la penosa tortura de la muchacha. La señora Pimbusch, que hace un cuarto de hora había aplastado apasionadamente su pecho contra el de la pequeña Bieratz, sufría ahora deleitosos espasmos, hundida en su sillón. Cuando Andreas pasó casualmente por donde se apiñaban los seis poetas, captó un comentario de aquel anónimo grupo: «¡Vaya con las hembras! ¡Esto ya está al borde del sadismo!».

Se dirigió hacia Adelheid, que, algo apartada de la reunión, contemplaba las cosas con indiferencia, y le preguntó: «¿Había visto alguna vez una cosa así, señora? Cómo se recrean las damas en las infamias que le inflige Kapeller a esa pobre muchacha... no lo comprendo, ¡eso ya está al borde del sadismo!».

«¡Oh!», susurró ella, mirándole a los ojos con temerosa admiración. «¡Eres cruelmente penetrante!».

Con el dulce sonido de estas palabras en el oído, Andreas abandonó la casa. Se consideraba tranquilizado sobre el buen desarrollo de su aventura teatral, pero a la mañana siguiente le asaltaron nuevas dudas, y durante los tres días de espera se acrecentaron hasta unos límites insoportables. Empezó a preguntarse: «¿Realmente, soy yo aquél cuyo drama va a representarse? ¡Es increíble! ¡En el fondo, jamás había pensado en tal cosa!». Y, finalmente, tuvo la seguridad de que le sucedería una desgracia. «¡Tiene que salir mal, estas historias siempre salen mal!».

De repente le venció la desesperación. «¡Qué majadero soy! Llevo la mejor de las vidas y tengo una posición segura en el país de Jauja, por la que todos me envidian, y ahora se me tiene que meter en el cuerpo el diablo de hacer representar una obra. ¡Y, con ello, lo arriesgo todo! Un fracaso me convertiría en una figura ridícula y, entonces, estaría perdido. ¿Ofrecería Adelheid resistencia a la opinión pública? ¡No, dejará que me hunda!».

Febrilmente, estuvo meditando si podría impedir la puesta en escena de la *Desconocida*. Quiso ir a ver a Adelheid para prepararle el ánimo para lo peor. Pero, por la calle Hildebrandt andaban rondando los seis poetas de cuyas obras se estaba ocupando Kapeller por necesidad. El grueso mimo alegraba el círculo de damas con sus indiscreciones en contra de la pequeña actriz. ¡Qué repugnante sonrisa distendería los sangrientos labios de la señora Pimbusch, si Andreas entrara a la habitación con gesto azorado! No se atrevió, y por correo le rogó a Adelheid que le visitara. Ella respondió que le era imposible. Que su casa estaba patas para arriba, «por los preparativos de tu fiesta».

Entonces, Andreas se abandonó a lo inevitable. El viernes se levantó muy tarde, cenó abundantemente y se bebió una botella de Champagne. Kapeller tenía que pronunciar a las diez la primera palabra de su monólogo; sólo al cabo de veinte minutos entró el joven al enorme salón de fiestas blanco y dorado, en uno de cuyos

extremos se había instalado el escenario. Los invitados estaban sentados en mesas pequeñas como en aquella primera velada de la casa de los Türkheimer a la que Andreas asistió. Esta vez, sólo había vasos de cerveza y cubetas de Champagne, y todos fumaban. La atmósfera estaba cargada de los olores que emanaban de todas partes; de los perfumados tocados de las damas, de la transpiración de sus axilas, de su cuero cabelludo impregnado de colonias de fuerte olor, de las cremas que habían esparcido por sus caras y pechos, de las recalentadas y ajadas flores de sus escotes; de las encremadas cabezas de los hombres, de sus bigotes, cuyas puntas estaban fijamente pegadas con brillantina junto a los ojos, y de las gotas de Opopanax de sus corbatas. Un penetrante aroma de cigarrillos egipcios se mezclaba con todas estas emanaciones. Un brillante resplandor blanco, que surgía de tres grandes arañas, sustituía a la luz de las velas que antes habían iluminado la sala. En los peinados y sobre los hombros danzaban los reflejos de piedras preciosas, una estridente risita saltó en algún lugar, en medio del tintineo de los vasos que unos dedos nerviosos hacían chocar. Un crujido de seda sonaba ininterrumpidamente en aquella sofocante atmósfera, y, de vez en cuando, parecía chispear en alguna mirada femenina una llamita, un débil anhelo sobreexcitado que se apagaba en seguida. Lo que lo había despertado por un instante era la voz flemática de aquel hombre gordo de frac grasiento, cuya mano, semejante a un molusco rojizo tragando aire, hacía señas a los espectadores mientras que, corriendo por sobre sus piernecillas, circunvalaba el escenario por última vez.

Cuando se detuvo, su gruesa barriga, fuera de todo control, se balanceó arriba y abajo al ritmo de su jadeante respiración. Se le debía de haber soltado el cinturón: por entre el chaleco y los pantalones colgaba un trozo de camisa mojada y gris, y los pantalones caían en lamentables pliegues. El nudo de la corbata estaba debajo de su oreja derecha; lleno de miedo, se llevó la mano al cuello que le estaba ahogando. Su rostro, por el que se deslizaba el maquillaje y sobre el que colgaban unas greñas empapadas, mantenía una sonrisa de superioridad, y Kapeller continuó haciendo señas con esa mano que entusiasmaba a las damas. A pesar de todo, Andreas opinaba que ofrecía un aspecto repugnante, inquietante y miserable. Al punto, el actor advirtió desde su elevada situación el pálido rostro del escritor. La engreída satisfacción desapareció inmediatamente de su expresión, y en él se reflejó una sufrida renuncia de sí mismo que rechazaba todo mérito.

Mientras tanto, fue creciendo la ovación. Werda Bieratz que, sumida todavía en su papel, seguía haciendo muecas despectivas al público, le dio la espalda de repente. Dobló el talle con tanta habilidad que su infantil vestido de seda roja, brillando, se elevó hasta más arriba de los muslos. Pero sólo se vieron nubes de encaje, cosa que provocó algunas exclamaciones de desilusión. Sin embargo Liebling, no muy lejos del asiento de Andreas, exclamó en voz alta: «¡Brava! La moral debe quedar siempre

a salvo».

«¡Brava!», repitió con voz sonora.

Los de alrededor titubearon; se propagó el rumor de que lo más exquisito era gritar «brava», con «a» en vez de «o». Y, cuando Kapeller descendió del escenario dirigiéndose a la sala, le rodearon ejércitos de admiradores gritando «brava» a voz en grito.

De repente, Andreas notó un ligero y amable golpe en el estómago. Türkheimer, le sonreía animadoramente a la cara, moviendo la cabeza y balanceándose sobre los tacones. Arrastrando un poco la voz, le dijo con energía: «Bueno, al fin se sabrá por qué se tienen... bueno, por qué se tienen protegidos personales. ¿No le he dicho siempre que le tenía reservadas muchas cosas? Tantas como mi mujer...».

Se acarició el mentón, entre sus rojizas patillas.

«A mi modo, desde luego», añadió. «Todos mis respetos, querido amigo, lo ha conseguido usted. ¡Todos mis respetos!».

Andreas se sonrojó un poco por la alegría que le causaba el homenaje de este hombre, que debía de entender de éxitos de masas como muy pocos.

«¡Todos mis respetos, mi querido señor Zumsee!», repetía Türkheimer de continuo, enérgicamente y con voz nasal. ¿Quién sería ese joven guapo, al que todo un Türkheimer llevaba ya cinco minutos felicitando? Empezaron a prestar atención, y desde una mesa a otra se propagó un movimiento. «¡Es el autor!».

Un desconocido se separó de un grupo, se dirigió hacia Andreas, chocó los tacones y dijo un nombre. Otros siguieron su ejemplo, y luego desfiló una muchedumbre. Türkheimer se frotaba las manos; sonreía de satisfacción tal como sonreiría un soberano con dotes de filósofo cuando se cometieran bajezas en su honor. Puso en contacto al poeta con algunos admiradores de su inspiración: «Señor doctor Kumplach, nuestro afamado médico, señor Kokott, arquitecto, Madame Teifeles, señora Stiebitz, señor Bloch, señor Ratibohr...».

Ante este último, Andreas se inclinó más profundamente que ante los otros. Pues, incluso en la escarpada cima de la fama de que gozaba en este momento, conservaba un temeroso respeto por la ilustre alcurnia que se le atribuía al banquero, por la peligrosa fama que le acompañaba desde la bolsa y el salón de esgrima, y por el modo premeditado y seguro en que Ratibohr había vendido a la señora Türkheimer a su marido.

Türkheimer, agotado, se había apartado del tumulto, pero, sin embargo, mantenía el ojo vigilante para ver si se le dispensaba la justa reverencia al protegido personal de su mujer.

Andreas acogía los homenajes con gesto impasible, ceremoniosa y bondadosamente. Se esforzaba en corresponder a todos, y no pensaba en otra cosa más que en que debía mostrar una actitud serena, inmutable a pesar de lo

embriagadora que era la victoria. Estrechó la mano de Duschnitzki, Süß y Goldherz como a viejos conocidos, honró a Claudius Mertens, con el apelativo de «Querido maestro», y al profesor Schwenke, el académico mecenas de la literatura moderna, que, por temor a parecer pedante, movía los brazos y balanceaba el busto hacia delante y hacia atrás al hablar, a éste le aseguró el afortunado poeta: «¡Todo lo que sé, tengo que agradecerse a usted sólo, a mi admirado profesor!».

El doctor Bediener le saludó con elegante cordialidad. Dejó caer su monóculo del ojo.

«¿Y bien, mi querido amigo, quién le predijo todo esto desde el primer día? ¿No lo reconocí en seguida como a nuestro talento joven de más porvenir?».

«Es igual», pensó Andreas recordando algunos poemas todavía sin editar en *Tiempo Nuevo*. Sin embargo, reconoció que la recomendación del jefe de redacción le había abierto la casa de los Türkheimer, así que decidió ser clemente.

«¿Dónde estaría yo sin usted, señor doctor?», repuso a la ligera. Pero se estremeció, porque los agudos nudillos de un puño le golpearon el hombro de modo que sintió dolor. La cosmopolita viajera rusa, la princesa Bouboukoff lo contempló con suaves ojos eslavos y le dijo: «*Vous n'y allez guère de main morte, mon ami*».

«¿Qué?», dijo él sin querer. Ella completó la frase: «*Vous n'avez pas froid aux yeux, mon coco*».

Cuando tampoco esto fue comprendido por Andreas, la princesa le propinó un segundo golpe amistoso y continuó andando. Su hijo el príncipe, que tiraba de su amante, excesivamente escotada, también deseaba dirigirle la palabra a Andreas. Pero el joven, cuya cara de *clown* lo alegraba todo, poseía una lengua torpe, y los que empujaban por detrás no le dejaron tiempo de vencer esta dificultad.

Liebling, que como todo el mundo sabía, sentía preferencia por la más selecta sociedad, permanecía con gusto en el cortejo de la princesa. Tenía prisa por alcanzarla, y se contentó con intercambiar un fuerte y significativo apretón de manos con el escritor. Sin embargo, al seguir paseando, se sintió obligado a dejar testimonio del pensamiento moral del escritor. Si los ideales a los que había consagrado su vida se impusieran alguna vez, entonces, no habría, con toda seguridad, mujeres emancipadas en el país imaginado por él.

Andreas no pudo reprimir una sonrisa de superioridad. En su fuero interno calificó al grave Liebling de viejo guasón. «¿Todavía sigues con tu truco?», pensó. «¡Y, a pesar de todo, jamás te llevará hasta donde yo estoy ahora gracias al mío!». En voz alta dijo: «Tiene usted razón. ¡Y además está lo estético! Todas las emancipadas están flacas. Alabo el gusto de las tribus del desierto. La más bella es aquella mujer que no puede trasladarse más que a lomos de un camello. Luego va aquella que, para andar, tiene que apoyarse en dos esclavas».

En medio de la silenciosa alegría que sus palabras liberaban, distinguió un seco

balido que le pareció conocido. A los pocos instantes se detuvo ante él un hombrecillo imberbe de nariz aguileña y rostro amarillento, cuyo pelo negro e hirsuto caía sobre un cuello de camisa de dudosa blancura, y que con esa chaqueta larga y ancha en exceso, podría ser un clérigo o un concertista virtuoso. Al ver al doctor Abell, Andreas recobró en seguida el control, la serenidad.

«¡Eso es lo que yo llamaría un chiste sano!», exclamó el crítico. «Es evidente, señor Zumsee, que no sólo tiene ocurrencias ante el escritorio. Así debe ser. ¡Instinto fuego, eso es lo auténtico!».

La sonrisa con la que acompañó sus palabras el influyente crítico de teatro, descubrió sus negros dientes y plegó su rostro en mil sucias arruguitas; sin embargo, Andreas lo encontró simpático.

«Señor doctor, su benevolencia me avergüenza», repuso con amabilidad. Pero Abell lo tomó en serio.

«¿De benevolencia habla usted? ¿De benevolencia por mi parte? ¡Pero admirado caballero! ¿Qué significa benevolencia, qué quiere decir benevolencia ante un escritor al que agradecemos los más preciosos estímulos de esta temporada invernal? ¡De verdad, insolente debería llamársele a una benevolencia así!».

«¡Pero doctor!».

«En la edición de noche del *Correo Nocturno* hallará usted los frutos de estos estímulos. Los voy a enviar inmediatamente a la imprenta. Su *Desconocida* me ofrece la ansiada oportunidad de llevar a cabo estudios literarios comparativos en relación con las obras de teatro de poca ropa. Me refiero a nuestra poesía nacional alemana de café-cantante y a creaciones análogas del extranjero. A estas últimas voy a ajustarles las cuentas de raíz. ¡Qué carencia de profundidad hay en las *chansons* francesas!».

Abell se interrumpió repentinamente, porque Pimbusch desatendiendo todos los formulismos, le apartó a un lado con violencia. El fabricante de ron estaba fuera de sí de excitación. Llegaba con retraso, y, sin embargo, para poder presentarse ante el celebrado escritor antes que los demás, había perdido su gardenia y se había abollado la pechera en medio de aquel precipitado ajetreo. Ahora estaba a punto de morir de temor por haber dejado pasar ese instante en que todavía reina la euforia y se puede calificar el monólogo de *ultrasmart* y al escritor de *copurchic*. Si esta evidencia se había difundido ya en círculos más amplios, en ese caso, era como si Pimbusch no hubiera estado allí en absoluto, ¡entonces tendría que considerarse deshonorado! Pimbusch jadeó: «¡Mi cordial enhorabuena, amigo! Bien, y ahora dígame usted mismo, ¿tenía yo razón cuando comenté que Kapeller actuaba *ultrasmart* y que usted escribía *copurchic*? ¿Lo ve? Nada que objetar, lo dije en seguida, ya tras el primer ensayo».

Se giró hacia los que estaban alrededor, explicándoselo.

«En el primer ensayo no éramos más que ocho o diez personas. Yo, mi mujer, y

unos cuantos más. Pero no hay duda, lo dije en seguida».

Sus vecinos le separaron de Andreas, a quien todavía siguió saludando solícito desde lejos con el brazo levantado en arco. Y mientras iba repitiendo de continuo las mismas frases, Pimbusch desapareció entre la corriente de los que empujaban hacia delante.

Pero Abell propinó de repente un fuerte empujón a los que se amontonaban detrás, con lo que de nuevo salió a la superficie. Con un movimiento de brazo seco y fanático cortó el aire, antes de volver a empezar: «¡Qué falta de profundidad hay en las *chansons* francesas! ¿Ha visto usted alguna vez que una de ellas haya intentado, como su *Desconocida*, resolver un problema actual? ¡Jamás! ¡En cambio, en Alemania la seriedad social y la profundidad científica penetran hasta en la poesía de café-cantante! ¡También en este terreno se separa la sólida cultura alemana de la frivolidad latina... cultura, un concepto y un hecho que, evidentemente, es del todo ajeno a otros pueblos!».

«¿Qué querrá de mí?», pensó Andreas, un tanto extrañado, mientras Abell sacaba mucho el labio superior y el mentón, para apoyar su autoritaria sentencia con un gesto napoleónico. Pero, en ese mismo momento, fue definitivamente desplazado por una oleada que se acercaba. La señora Pimbusch se aproximaba irresistiblemente. Estrechó la mano del escritor con camaradería.

«¡Hoy me impone usted respeto! Se desmaya uno tres veces antes de poder decirle algo al oído».

Le acercó tanto la cara, que Andreas vio brillar un poco de líquido en sus curvadas y sangrientas comisuras, entre sus agudos dientes, y con su ronca risa le susurró: «Hoy me gusta usted de verdad, ¿sabe? ¡Recibe usted a la corte aquí como un embajador!».

«Como un embajador del arte», dijo él solemnemente, pero la voz le temblaba un poco. «Me ha nombrado su embajador particular».

Una corriente de aire desplazó varios rizos de su cabello rojo carmín hacia la frente. Su nariz larga y aguda tocaba casi la del joven; se erguía, blanca como la tiza, en medio de su rostro sonrosado y anormalmente hinchado, ese rostro cuyo perfume fustigaba a la carne, sacándola de su calma. Andreas se sonrojó de repente. Ella le hizo una mueca maliciosa, acercándose mucho a sus ojos.

«¡Bravo! Si tiene usted a menudo días tan buenos como éste, puede visitarme alguna vez».

«Incluso cuento con ello», le dijo todavía por encima del hombro antes de desaparecer.

Por unos segundos, Andreas se olvidó del lugar y la hora, tal era el asombro que le había causado su encuentro con Claire Pimbusch. Desde luego, era tan inhumana como un símbolo, era la encarnación del vicio; uno llegaba a pensar que tendría que

soñar con ella..., ¿pero se la podía desear? Esto no se le había ocurrido todavía hasta este minuto. Sólo ahora le había planteado un inquietante y profundo enigma su mirada verdosa y húmeda, pues le había mirado de un modo abiertamente provocativo, que Andreas llamaría incluso ardiente.

Sin darse cuenta, había estado correspondiendo a una docena de inclinaciones. En ese momento, una voz conocida le dijo: «Caramba, admirado señor y maestro, creo que ya no reconoce usted a sus viejos amigos».

«¡Ah, Kaflisch!».

«Pues a pesar de todo parece que sí», comentó el reportero, mientras sacaba un manoseado libro de notas.

«¡Bueno, dígame, rápido!».

«¿Cómo rápido?».

«No haga usted como si hubiera nacido ayer, maestro, tengo prisa. Nacido ¿cuándo? ¿Dónde? ¿Padres? ¿Herencias? ¿Su juicio preferido? ¿Le gusta Berlín? ¿Cuánto paga de alquiler?».

«Ah, sí», observó Andreas, dándole las informaciones deseadas. Kaflisch releyó: «Como ya es sabido, el autor es oriundo de la pequeña ciudad renana de Gumplach. He puesto, “como ya es sabido”, siempre causa efecto y no cuesta nada. Ahora, dícteme también los títulos de sus libros».

Andreas titubeó: «Todavía no he editado ninguno».

«Claro. ¿Quién ha dicho tal cosa? Pero podrá inventarse unos cuantos títulos sugestivos, ¿verdad? ¿No? Pero, por favor, eso lo sabe hacer cualquiera. ¿Quiere dejarlo de mi cuenta? Bueno, muy bien, ya verá usted. ¡Pero no nos venga luego con rectificaciones! O si lo hace, envíeme al menos lo correspondiente a esas cuantas líneas. Se pasa usted el día sentado en su preciada prosperidad, así que podrá ser un poquito amable con un pobre hombre».

El periodista se daba ya la vuelta para continuar andando cuando, de repente, se dobló tanto, que la cara le tocó el estómago. A dos pasos de ellos se encontraba Jekuser. Andreas lo había visto cómodamente instalado en una mesa alejada, con la mano en el bolsillo. Mientras la sala comenzaba a vaciarse, el propietario del *Correo Nocturno* había dado cuenta de una última botella de champagne, y ahora se acercaba, el negro peluquín sobre la nuca, sonriendo con majestuosidad. ¿Perteneecía su gesto a un actor o a un César? En la mente de Andreas se reunieron los cientos de miles de suscriptores del *Correo Nocturno* con los millones de sus súbditos lectores, con los ministros de ese estado dentro del Estado en una rápida imagen, pues esto era, al fin y al cabo, el *Correo Nocturno* con su ejército de pequeños funcionarios, con el poder de introducir impuestos y su poderío político, sobre el que reinaba Jekuser, un monarca constitucional. Y a pesar de lo mucho que le habían embotado hoy los homenajes de todo un pueblo, no pudo dominar un respetuoso estremecimiento

cuando aquel poderoso hombre despegó los labios para hablarle. Pero Jekuser dijo tan solo: «¿Sabe qué? Dénos su obra para imprimirla».

«Me sentiré muy honrado, señor Jekuser...». Andreas tartamudeó; pero el editor le saludó de buen humor, sin detenerse por más tiempo. A la ligera le preguntó: «¿Se contentará con la publicidad que le hagamos y renunciará a honorarios?». «Con mucho gusto».

«Muy bien dicho eso de “con mucho gusto”», comentó Kaflisch cuando Jekuser estuvo fuera del campo auditivo. «El viejo siente ciertos prejuicios hacia lo de dar dinero. Por lo demás es un ángel..., pero más bien el ángel Bezequiel que el ángel Bezahleel. A propósito, ¿qué es lo que le ha prometido al doctor Abell?». «¿Por qué?».

«Bueno, va a escribirle un artículo». «¿Y?».

«Pero, maestro, es usted realmente demasiado novato. Ya sabrá usted que siempre hay que prometerle algo a Abell. Esa buena alma se entusiasma tanto que soltará un panegírico sobre usted. Luego sólo hace falta que le dé usted la mitad, Abell lo acepta todo. Es un tanto avasallador. Pero me estoy yendo de la lengua. Saludos, maestro mío».

Kaflisch se alejó presuroso. Andreas, con los miembros doloridos, sintió ganas de bostezar. Miró hacia el otro extremo de la sala y advirtió que también Türkheimer estaba abriendo la boca en aquel momento. Las lágrimas les acudieron a los ojos a ambos simultáneamente. Türkheimer, cansado, sonrió al joven, y Andreas se dijo con orgullo: «Nos comprendemos».

Las filas de los que le felicitaban empezaron a disolverse. Türkheimer, harto del teatro de los suizos libres que saludan al sombrero de Gessler, les dio la espalda, aburrido. Cada vez se apresuraban más, para luego apiñarse frente a Andreas en un montón negro y sudoroso. Todos sacaban el cuello del mentón, todos agitaban los brazos en el aire, dando pisotones a los otros sin miramientos, y siendo, a su vez, desplazados por éstos a empujones. Antes de bajar la cabeza ante el celebrado escritor y de decir la frase correspondiente, todos lanzaban hacia la puerta en que estaba apoyado Türkheimer una mirada temerosa y esperanzada que parecía implorar: «¡Poderoso señor! ¡Aunque sea por medio segundo, date cuenta de que estoy en el mundo! Toma nota de que cumplo con mi deber y de que dispenso todos los honores humanos y divinos a este ser a quien tú te complaces en hacer famoso. En lugar de este joven, podrías colocarme a mí, también, en un rincón para que adore a tu perrillo, o tan sólo a los desperdicios de tu perrillo: me tenderé en el polvo con los brazos cruzados, lleno de fe ante cualquiera de las criaturas de tu antojo. Pero si alguna vez dejas caer de nuevo una lluvia dorada sobre tu bendito país y das de beber de ella a todos los tuyos, entonces, ¡oh poderoso!, recuerda con misericordia que soy tu siervo y uno de tus más fieles vasallos».

El diputado Tulpe, acostumbrado, como político, a respetar a la mayoría y a no negar jamás al más poderoso, expresó también su homenaje al héroe de la velada. Pero se asombró un tanto cuando Andreas le sonrió luminosamente en la cara. El viejo y alto Wennichen agitó su cabeza de pájaro, de modo que su blanca pelusa empezó a arremolinarse; Andreas pudo percibir: «¡Muy bien escrito, joven! ¡Le saludo como a un esforzado compañero de lucha por los ideales de la libertad y el progreso!».

Pero Andreas midió de pies a cabeza a aquella caduca celebridad con una mirada llena de fría compasión.

Aunque fuera de tiempo, le disgustaba haberse dejado amilanar también hoy por la majestuosidad de Jekuser. «¿Qué es en realidad ese Jekuser?», se preguntó a sí mismo. «¿Qué es sino un coloso de pies de barro? Junta la cabeza con la barriga ante las pisadas de Türkheimer. Hoy soy yo más poderoso que él; pues, ¿se habría ocupado de mí en caso contrario?». Jekuser tenía exactamente el mismo valor que los otros: Bediener, que se había erigido en protector de Andreas; Liebling, que extraía capital de su dignidad moral; Pimbusch, con su miedo a pasar inadvertido, y su esposa, que, desde luego, pretendía seducir al ahora célebre escritor; Abell, que no llevaba frac porque con él resultaba demasiado insignificante y que iba con su ridícula chaqueta de pastor protestante a la caza de gente que pagara bien y que encargara himnos de amor folletinescos; Goldherz, Wennichen, Schwenke y el innumerable ejército de los sin nombre, que doblaban la espalda ante la mirada de los Türkheimer, clientes, comensales, una servidumbre cobarde y codiciosa, que, de vez en cuando, atrapaba unas cuantas monedas de oro de las que aquí rodaban por debajo de los muebles. Todos ellos eran bastante más despreciables que Kaflisch, que, fiel a sus convicciones, no exigía nada y reconocía con inocencia que se alimentaba de propinas. Y aunque gozaban de la vida con menos sinceridad que Kapeller, todos ellos eran, en el fondo, de una naturaleza tan servil como ese grueso mimo, que pedía perdón humildemente meneando la cola y que, para agradar a sus amos, torturaba a una pequeña actriz hasta hacerla llorar.

Muy por encima de esta oscura muchedumbre, de esta esfera en la que había que cometer bajezas para vivir, muy alejados, no había más que dos hombres: Türkheimer y Andreas mismo. Aquí, por fin, el poeta vagaba junto al rey por las cimas de la humanidad, tal como correspondía a su profesión. Pues, para captar la vida en su totalidad, el poeta tenía que haber probado el poderío que sostenía entre sus manos un Türkheimer. En realidad, estar allí arriba era un destino trágico. Se sentía uno saciado, y ya no había que sostener más luchas por aquellas cosas que movilizaban todas las pasiones allá abajo. ¡Qué olímpico aburrimiento! Porque la dicha de dominar resultaba considerablemente disminuida por el abismal desprecio que se abrigaba hacia los dominados. Y lo único que le restaba al poderoso, en aquella

desértica altura, era el melancólico placer de calar a las personas.

Oprimido por el peso de sus pensamientos, Andreas, cansado, dio la vuelta para irse. Türkheimer había desaparecido, la sala se vaciaba, y en ella flotaba una maloliente nube de olores rancios. Afuera, Andreas se encontró a la joven señora Bloch, que correspondió a su saludo con cierto recelo; su obra debía de haber asustado a aquella pobre provincianita. La señorita Von Hochstetten que pasaba, le examinó a través de sus impertinentes, distante y altanera. El gabinete-Claudius le atrajo, parecía vacío; pero cuando entró, algo se movió tras un grupo de palmeras y la baronesa Asta pasó junto a él, con rapidez, del brazo de un moreno desusadamente largo y pálido, de seductora suavidad, en dirección a la puerta. Andreas acogió con indiferencia la mirada de Asta llena de iracundo desprecio, y la siguió con la vista encogiéndose de hombros: «¿De vuelta del viaje de bodas? ¡Mi cordial enhorabuena! Ya sé que no os gusto mucho ni a ti ni a todos vosotros, pero ¿qué podéis hacer contra mí? ¡Impotentes maquinaciones de esclavos!».

Y, a pleno pulmón, aspiró el fresco aliento de las plantas ornamentales, extendió los brazos y, agradablemente agotado por los honores del triunfo, se hundió en un asiento acolchado. Ante él se erguía aquella frágil y pequeña ninfa, que, inclinada sobre un manantial, tenía que rechazar los burlescos ataques de un Sileno marmóreo.

«¡Éste es el arte de Claudius Mertens!», dijo para sí en voz alta, pero un ligero carraspeo interrumpió su comentario. Se levantó de un salto sorprendido, porque Diederich Klempner, el mismo que una vez le había dicho esa misma frase en ese mismo sitio a él, al novato, estaba a sus espaldas. En el enérgico rostro de Klempner había una sombra de turbación. «¡Y tiene razones para ello!», se dijo Andreas silenciosamente. «¡Cómo nos hemos transformado los dos! Por aquél entonces yo era un torpe forastero lleno de fantásticas esperanzas y él podía permitirse el lujo de ser conmigo la bondad en persona; su excelente posición en el país de Jauja le autorizaba a ello. Ahora le han expulsado a tiros junto con su Lizzi. Él ya no representa nada, mientras que yo... ¡oh, como juega con nosotros la vida!». En la suerte había que mostrarse magnánimo, así que decidió tratar al otro como a un igual. Le tendió la mano.

«Querido colega...».

«¡Usted, envidiable señor! ¿Qué tal le sienta la gloria?», le preguntó Klempner. Andreas bostezó.

«Así, así. Cansa».

«Opino igual».

«Además...».

«¿Verdad que sí?».

Estaban sentados uno frente a otro. Klempner enlazó las manos sobre el estómago e hizo girar un pulgar sobre otro.

«Todas esas obligaciones sociales... ¡Si no lo necesitáramos tanto!».

«¡Si no lo necesitáramos tanto!», repitió Andreas. «Y, sin embargo, nos cuestan lo mejor de nuestras fuerzas».

«¿Y para qué?».

«Eso iba a preguntar yo. ¡Si pudiera uno librarse! ¡Dedicarse del todo al trabajo! ¡En un quinto piso, en medio de un barrio proletario de Berlín, o bien en la lejana soledad de cualquier bosque... igual da, trabajo, nada más que trabajo!».

«O, bien, habría que poseer la energía de un Claudius Mertens», insinuó Klempner. Andreas dejó resbalar una tierna mirada por las obras de arte de su alrededor.

«¡Ah, ése! A él no hay nada que le interrumpa en su trabajo. Recibe diez invitaciones a la semana. Durante la comida acepta encargos y gana dinero mientras hace la digestión».

Klempner sofocó una sonrisa; recordaba que Andreas había escuchado esas frases de sus propios labios tiempo atrás. Pero el joven lo había olvidado. Contemplaba el techo, soñando.

«¡Ah, Claudius!».

«¿Conoce su última obra?», preguntó Klempner.

«¿De qué se trata?».

«Arazzi».

«¿Qué?».

«Arazzi, estampados de alfombra, simbólicos, muy elegantes. Grandes flores decorativas enlazadas por arabescos. Pero si se miran detenidamente, entonces son letras góticas, y con alguna dificultad se logra descifrar este bello lema: “Con honradez es como más se perdura”».

«¡Caramba! Y a lo mejor esa alfombra es incluso para...».

«Justo, para... Türkheimer».

«¡Ja, ja!».

«E, imagínese, esa alfombra tiene que cubrir una superficie de diez metros cuadrados. Se tejerán alrededor de ciento cincuenta flores, todas con la inscripción: “Con honradez es como más se perdura”».

«¡Cállese! ¡Ya no puedo respirar!».

«La alfombra está destinada al despacho personal de Türkheimer».

Andreas estaba con la cabeza apoyada en el bajo respaldo de su sillón. Todo su cuerpo se estremecía, y el joven se sujetaba los costados porque le dolían. Toda la felicidad, la felicidad imprevista y sobrehumana como un sueño que se había ido acumulando esa noche en el pecho del joven y que hasta ahora había sido reprimida, estalló entonces en una risa incontenible, inagotable.

Klempner rió también sonoramente, pero de vez en cuando volvía la cabeza hacia

la puerta, escuchando con atención cualquier ruido de pasos lejanos. Se contuvo primero y luego continuó, interrumpido todavía por la ruidosa hilaridad del afortunado escritor: «Claudius se burla de todo este asunto, puede permitírselo. Y, en realidad, toda esta gentuza con la que uno se codea aquí, debería inspirar compasión más que otra cosa. ¡Por favor, vaya costumbres!».

Andreas se irguió, abandonando su irreflexión.

«¿Qué costumbres?».

«Por ejemplo, la baronesa Hochstetten. ¿No la ha visto salir de aquí con su amante?».

«¿A Asta? Desde luego, y he estado pensando que era un poco prematuro darse una cita detrás de las palmeras».

«¡Lo que hay que ver! ¡Ocho semanas después de la boda! ¡Y comportarse así aquí, siendo la hija de la familia!».

Andreas contempló asombrado a su interlocutor. Y se puso a reflexionar: «¿Qué le pasa a Klempner? ¿Por qué le irrita tanto la vida amorosa de Asta?». Klempner era otra vez todo virilidad y seriedad. Estaba sentado en actitud marcial, su pechera reforzada se arqueaba de un modo imponente sobre su pecho, su rostro humorístico mostraba severas arrugas. Hacía un efecto sumamente conservador.

«¿Tan seguro está de que era su amante?», Inquirió Andreas. Klempner se encogió de hombros enojado.

«Si no lo es, puede serlo en cualquier momento».

«¿Cómo se llama?».

«También eso es una circunstancia agravante. Se llama Von Rcszscinski y es colega de Hochstetten en el Ministerio».

«¿Rcszscinski?», repitió Andreas pensativo. «¿Dónde he oído ya ese nombre?».

«¡Ah!».

La sorpresa le hizo casi saltar del asiento. ¡Claro, Kaflich le había contado hacía algún tiempo, que un tal señor Von Rcszscinski se había interesado por la abandonada Lizzi Laffé! Así que, por ese motivo, había conseguido Klempner volver a pisar esa casa que había abandonado la última vez en tan desagradables circunstancias, ¡eran problemas de subsistencia los que le impulsaban! ¡Asta estaba planteando una competencia desleal! ¿Qué necesidad tenía esa acaudalada mujer de privar de sus medios de subsistencia a la pobre gente?: ¡a la madura Lizzi, que creía haber hallado un último sustento a pesar de ese cutis suyo cada vez más manchado, y al infeliz de Klempner, relegado al olvido por todos, cuya *Venganza* ya no se representaba ni siquiera en Posemuckel ni Meseritz, y de quien ni un perro aceptaría ya nada! ¡Pobre gente! ¡Cuánta miseria se ocultaba tras el gesto enérgico de Klempner y en su pecho heroico! Por lo demás, estaba representando una comedia lograda, cualquier otro se la habría creído. Pero Andreas ya estaba muy acostumbrado al melancólico placer de

calar a las personas.

Sólo le restaba ya esperar, para ver con qué intención le informaba de su situación el protegido de Lizzi. Los pequeños ojos de Klempner parpadearon un poco bajo los lentes de montura negra y la cicatriz de su mejilla izquierda se oscureció. Sin embargo siguió hablando con aplomo: «Mire, yo comprendo algunas cosas. Desde luego, aquí nunca es igual que en el campo. Vivimos entre gente bien y la cultura refinada vuelve indecentes a las personas. Pero hay cosas que ya se pasan. Si, por ejemplo, la hija única de la casa Türkheimer, justo ocho semanas después de la boda, hace preparativos públicos para engañar a su marido, y encima, con su más íntimo amigo, entonces tengo que decir que eso está en el límite de... de...».

«¿De qué?», le preguntó Andreas muy interesado.

«Eso lo dejo al buen criterio de cada uno. Pero en todo caso es poco honroso, y si yo fuera su madre, ¡se lo impediría!».

Proclamó esto último levantando la voz. Andreas se dijo con satisfacción que veía venir a Klempner. Así que le preguntó: «¿Y opina usted que yo podría hacer algo al respecto?».

«Siendo uno de los más íntimos amigos de la familia... ¿por qué no? Ya comprende, le hablo en nombre de nuestro común honor. En cierto modo, el honor de los Türkheimer es también el nuestro. Si las cosas empiezan a enturbiarse aquí demasiado, entonces, al fin y al cabo, debemos sentirnos aludidos nosotros mismos como amigos de la familia».

«Le comprendo perfectamente», explicó Andreas. Pero el otro opinaba que tenía que ser más explícito.

«Sólo pretendo con ello que entienda, señor colega, cómo se inmiscuye la mala conducta de Asta en la existencia de numerosas personas».

Andreas lo confirmó: «Y respecto a eso, no se puede comprender por qué los íntimos de los Türkheimer tienen que ser cada vez más numerosos. ¡Debemos mantenernos unidos contra los advenedizos!».

Klempner se levantó, contento por tan favorable acogida.

«Ha sido para mí un verdadero placer, admirado colega, pasar esta horita charlando tan agradablemente con usted», le dijo con un fuerte apretón de manos.

«Sus esfuerzos por mantener a esa joven en la senda del honor no serán estériles. ¡Salud!».

Andreas, pensativo, contempló cómo Klempner se alejaba, lleno de dignidad, por el centro de la estancia.

«Quiere que hable con Adelheid. Esta historia me huele a chamusquina, pero ¿qué me cuesta decir unas cuantas palabras? En realidad, no está bien, voy a fastidiarle la diversión a Asta. Pero ¿por qué voy a respetarla? ¿Me respetaría ella a mí?».

Nadie le había herido tan dolorosamente como Asta, nadie, excepto la chica de la barra del Café Hurra. Ahora tenía la ocasión de mostrarle su poder. Además, los apuros de Lizzi merecían alguna ayuda.

Entretanto, Klempner abandonó el gabinete no sin dificultad. En la puerta se vio envuelto inesperadamente por un enjambre de muchachas que entraban y, sin la menor consideración, fue aplastado contra la pared. Andreas, con el corazón palpitante, recordó ante esta visión aquella otra imagen de después del estreno de *Venganza*: El poeta rodeado de admiradoras que intentaban besarle las manos. Cómo se excitó en aquella ocasión en él la ambición y un ardiente anhelo de ser tan admirado como aquél. Y ahora, esas mismas muchachas pasaron de largo junto al olvidado Klempner precipitándose hacia él, hacia Andreas, y hubo un confuso y excitado parloteo:

«¡Por favor, no le diga a mamá que estamos aquí!».

«Bah, si es por la mía, puede hacerlo. Maestro, escribe usted maravillosamente».

«Celestial, maestro. Dígame, cuando escribe esas cosas tan extrañas, ¿se propone algo?».

«¿Cómo extrañas?», preguntó una muchacha pequeña e inquieta que parecía lista.

«Desde luego, como se imaginará, no entendemos la mayoría de las cosas, maestro».

Andreas respondió con modestia: «Me alegra que haya sido de su gusto, señoritas».

Una pálida morena de formas precozmente desarrolladas, y que las exhibía más que las otras muchachas de encantos más exiguos, comentó romántica: «En realidad, no parece usted el mismo que el que escribe».

«¿Sino qué?».

«Muy agradable».

«Déme su dirección, maestro», dijo de repente una que iba vestida de blanco y que, con los brazos colgando, examinaba al joven con ojos críticos. Andreas se estremeció y enrojeció. ¿Es que ella...? ¡Decididamente, esto pertenecía a esa serie de cosas que Klempner había calificado de excesivas! Pero la muchacha sonrió con ironía. «Es que quiero enviarle mi libro genealógico. ¿Me escribirá algo en él?».

«Ah sí, maestro, a mí también, pero algo que sea adecuado».

«¿Dónde se puede comprar su fotografía, maestro?».

«¡Regáleme una, pero con firma y dedicatoria!».

«¡Regáleme un guante viejo, maestro, uno que haya usted llevado mucho tiempo! ¡Me lo quiero comer en bocadillo!».

Andreas miró desconcertado alrededor, cosa que pareció hacer gracia a sus admiradoras. No sabía qué responderles y no se encontraba en absoluto cómodo en medio de ese hato de pavas, como él las llamaba. Pero, a pesar de que las

despreciaba, le seguían resultando inquietantes, incluso hoy. Incluso estando en la cima de la humanidad, encontraba desafiante e inaccesible la superioridad de esas enigmáticas criaturas con sus claras y curiosas miradas que no decían nada, y que se ocultaban tras su inocencia como tras una fortificación. Apenas acababan de provocar la confusión del joven con una ambigüedad, añadían alguna palabra inocente que lo sacaba del error, y entonces, malévolas, gozaban con su chasco. ¡Ni siquiera era capaz de distinguir hasta dónde llegaba la admiración en los homenajes que le rendían, ni dónde empezaba la burla! Con miedo, les retiró la mano que ellas se esforzaban por atrapar. Como cada vez se abalanzaban sobre él con mayor ímpetu, su contacto le fue resultando cada vez más sofocante, aunque lo que revoloteaba hacia él no eran más que vestidos de gasa, batas de tul y guirnalda de flores. La cabeza se le llenó del olor agrio y amargo que exhalaba aquel montón de doncellas y de su absurdo parloteo y sus risitas. Una de ellas, que estaba al fondo, susurró: «¿Verdad que es lindo? ¡Imagínatelo como a Amor, con medias de color rosa!».

Y luego chilló: «¡Y con alas!».

Las demás se dejaron contagiar por ese estado de ánimo travieso, y al joven le invadió un penoso malhumor de ver cómo aquellos necios seres se ahogaban casi por contener la risa, sin que él pudiera comprender por qué. Una muchacha larguirucha que se controlaba a duras penas, hizo brillar de repente unas pequeñas tijeras ante sus ojos.

«¡Un rizo, maestro!».

Entonces, Andreas fue asaltado por un terror tal, que ello le proporcionó valor. Se abrió paso con un movimiento brusco. En medio del silencio de la primera sorpresa, sacó el reloj, porque ahora poseía uno de oro, y gritó con vehemencia: «¡Caramba! ¡Casi me olvido de lo más importante!».

Inmediatamente salió por la puerta, sin parar de correr hasta que el griterío y las risas dejaron de sonar tras él. En el comedor tomó fuerzas y, mientras masticaba, lanzó miradas orgullosas y amenazadoras en derredor, para vengarse de la turbación que le habían causado aquellas muchachas. Pero ¿a quién no habrían sacado de quicio? Podía consolarse, pues ¿qué iba a hacer con ellas, siendo así que no eran capaces en absoluto de inspirar a un escritor? Las cintas, encajes y fruslerías que se colgaban, escondían a veces cierta poesía; pero en todo caso, sólo la modista era poética, no ellas. Además, la mayoría tenía muy poca carne. Recordó entonces que aún no había visto a Adelheid esa noche. Le sobrevino el deseo de recuperarse de lo de las muchachas con su tierna proximidad. Pero, en vano, la buscó por los tres salones. En el salón verde pálido, algunos conocidos quisieron atraerlo a una conversación, pero Andreas, ajeno, no detuvo la vista en ellos. En el salón rojo púrpura alguien manipulaba el piano de cola. Andreas se enteró entonces de que los artistas de la casa de los Türkheimer recibían unos honorarios de quinientos marcos

por noche, y el respeto que le inspiraba esa gran suma le movió a escuchar durante dos minutos. Pero había demasiado ruido. En el tercer salón, azul pálido y rococó, la Pompadour-Bergère, el asiendo usual de Adelheid, estaba ocupado por la horrible señora Bescheerer. Asustado, el joven se retiró para escurrirse cuando no le vieran tras alguno de aquellos biombos, que, con sus cristales tallados y sus floridos marcos, parecían paredes arrancadas de alguna antigua carroza. Como él ya sabía, allí se podía retirar el tapete de tela como si fuera una cortina. Entró en un pequeño gabinete cubierto de gruesas alfombras y, con precaución, se acercó a una segunda puerta secreta medio abierta; sólo unos pocos amigos íntimos conocían la entrada del salón de té de seda amarilla, que durante las grandes veladas permanecía cerrada. Andreas echó un vistazo al interior. Allí estaba, reclinada en una de las sillas lacadas en negro con figurillas doradas, las rodillas apoyadas en un cojín de delicado dibujo, mirando soñadoramente, con la cabeza algo hundida, la llama de la única vela que ardía a sus pies en el candelabro transportado por dragones bronceados. Se dijo con satisfacción que Adelheid ofrecía una estampa fuera de lo común con ese corpiño de tela plateada que encerraba sus poderosos pechos como una coraza de resplandor opaco, y sobre el que descansaba su nuca, blanca y plena, con un intenso brillo; con su vestido de seda blanca bordada de grandes lirios azules y bajo el brillo de aquellos otros lirios, que, tallados en piedras de colores, coronaban el yelmo de cabellos oscuros por encima de la estrecha frente. La penumbra y el silencio la mantenían absorta.

Andreas carraspeó, y ella levantó la vista sin mostrar sorpresa.

«Estás aquí», dijo simplemente.

«¿Y bien?».

Esta única palabra equivalía a una gran cantidad de preguntas: ¿Estás contento ahora? ¿Te alegra tu gloria? ¿O estás harto de felicitaciones? ¿Deseas que el soplo de verdaderas palabras de amor te limpie de todas las frases banales e hipócritas que se han abalanzado sobre ti? ¡Pues ven!

Cuando la contempló, se sintió algo avergonzado sin saber por qué, cosa que le ocasionó cierto malestar. Rápidamente, con una fugaz caricia de sus ojos de muchacha de espesas y curvadas pestañas, dijo: «¡Uff! Es más una fatiga que un placer, ¿sabes? ¡Todo ese montón de pecadores que han pasado por encima de mis pies! ¡Esas reverencias! Estoy derrengado, tendré que hacer que me den masajes. Sí, sí, en cuanto uno tiene fama hay que cuidarlo y festejarlo. ¡Cuántas cosas voy a tener que hacer! Por ejemplo, ahí está ese Abell causándome preocupaciones. Quiere que le unten para escribir un folletón en el *Correo Nocturno*».

«¿Va a escribirte un artículo? ¡Qué bien!».

«Muy bien. Pero ¿y el dinero? En este momento no tengo y, precisamente, quería pedirte que me devolvieras los doscientos marcos con los que querías comprarme ayer acciones de la Gold Mounts. ¿O ya las has pagado?».

«Pero por favor, doscientos marcos son muy poco para una oportunidad tan importante. Además, han vuelto a subir bastante, has ganado. Mañana te enviaré el dinero».

«¿Cuánto?».

«Mil».

Andreas se quedó perplejo, se sentía exageradamente feliz ¡Ganar ochocientos marcos de un día a otro! Pero, al fin y al cabo, habían acordado que esos asuntos no le concernían en absoluto.

«Mucho mejor», repuso a la ligera. «Eso bastará».

«Dale cuatrocientos y verás cómo te entona cánticos de alabanza».

Andreas tomó aliento. «Aparte de eso, tengo que entrevistarme contigo para hablar de otra cosa algo delicada, se trata de tu hija».

«¿Asta?».

«Por desgracia, parece que desconoce sus obligaciones».

«Ah, ya. También yo he oído hablar de eso».

«¿Y piensas intervenir?».

«¿Yo? Pero si ya es una mujer casada, ¿no?».

Tanta tolerancia sublevó a Andreas. Le dijo: «¡Pero siendo tú la madre! Yo comprendo algunas cosas, pero hay otras que se pasan. ¡Ocho semanas después de la boda! ¡Y con el más íntimo amigo de su marido! ¿Lo concibes?».

Adelheid titubeó.

«Desde luego tienes razón, tesorito. Pero, por otra parte, ten en cuenta lo que diría ella si precisamente yo le hablara del asunto. Quiero decir, que nosotros mismos... en pocas palabras, ¿cómo iba a decírselo?».

La alusión a su propia situación le irritó del todo. Había decidido hacerle sentir a Asta su poder y aparecer ante la pobre Lizzi y su Klempner como un salvador; y ahora las excusas de Adelheid se lo obstaculizaban. Además, la encontraba muy amoral y le contestó con dureza: «Yo opino que una madre debe ejercer su autoridad bajo cualquier circunstancia. Eso es, para mí, una cuestión de honor. En cierto modo, el honor de los Türkheimer es también el de sus amigos íntimos. Si las cosas empiezan a enturbiarse aquí demasiado, entonces, al fin y al cabo, debemos sentirnos aludidos nosotros mismos... y extraer de ello nuestras consecuencias».

Ella le fue comprendiendo muy poco a poco, aterrorizada, le contempló. ¡Quería abandonarla! ¡Y sólo por sensibilidad moral!

«¡Oh!».

Su voz temblaba de miedo y ternura.

«¡Cómo puedes hablar así! Si yo hubiera sabido que eso te importaba... ya sabes que hago todo lo que tú quieres. En caso de necesidad, daría un escándalo, confía en ello, corazoncito, la amenazaré con desheredarla. ¿Bueno, está bien así?».

«Espero que esa joven volverá al buen camino», respondió Andreas, todavía un

poco severo, pero ya medio calmado.

Adelheid le rodeó los hombros con el brazo.

«Dime corazoncito, ¿en realidad has venido a verme sólo por esos... negocios? Estamos todo el día tan formales uno con el otro, como si fuéramos dos desconocidos. Y, sin embargo, te he estado esperando, aquí, donde nadie nos ve. Porque yo, querido, sabía que vendrías».

Y le susurró con voz cálida: «Hoy es día de alegría para nuestro amor. Ningún día ha sido tan bello como hoy. Piénsalo, hoy eres famoso, y juntos somos felices. ¡Qué feliz soy, sujetaré muy fuerte a mi gran escritor!».

Andreas sintió que debía hacer algo y aplastó los labios en su cuello.

«Tienes una bonita línea de mentón», comentó.

Agradecida, ella colocó su mejilla junto a la de él. Un denso perfume subió desde los curvados encajes de su corpiño a la cara del joven. Éste se abandonó a un dulce letargo, contento de haber hallado el descanso que tanto necesitaba tras todas las emociones y fatigas de la velada. Desde la lejanía se deslizaba hasta el ensimismamiento de ambos, el suave y discontinuo eco de los ejercicios artísticos del pianista de a quinientos marcos, como el último recuerdo de una melodía, consumiéndose melancólicamente.

«Toca muy bien», dijo Andreas, de vuelta de su ensoñación.

«Con mucho sentimiento», añadió Adelheid. «Es un *Notturmo* de Chopin, creo que el doceavo».

Y, luego, quedaron de nuevo en silencio.

Andreas pensó que su relación con Adelheid había experimentado hoy un cambio esencial. Hasta ahora habían podido llamarle su protegido, su pupilo personal, como decía ese desagradable título; sin embargo, un autor cuyo nombre, anunciado a son de trompetas, volaba hacia todas las comarcas alemanas, suponía una publicidad inmensa para la casa que él frecuentaba como huésped. Aunque Adelheid le llamaba «su» poeta y creía poder «sujetarle», esto no era más que una idea completamente falsa. ¿Qué derecho tenía? Ella le amaba, bueno, bien. ¿Pero y si un día él dejara de amarla del todo? Entonces, no cabía ninguna duda, tendría que arrancar de sí, con el señorial egoísmo del artista que no tolera ataduras, a esa mujer, que lloraría y se resistiría. Un amor extinguido, cuyas cenizas intentaba reavivar la mujer, no era un compromiso válido para un artista, cuyo primer deber consistía en desarrollar libremente su personalidad y en gozar de su individualidad al máximo.

Entretanto, ella, reclinada sobre los hombros de Andreas, meditaba cuántas cosas había ya conseguido para él incluso luchando, cuánto le amaba y qué otras cosas estaba dispuesta a lograr y a entregarle.

Un ruido que se acercaba, asustó a ambos y les hizo levantarse de un salto. Adelheid tuvo que hacer memoria para recordar dónde se hallaba; luego, con esa

gracia que sabía darle a su corpulenta figura, y que Andreas encontraba algo ridícula últimamente, se deslizó hacia la puerta secreta y corrió el cerrojo sin hacer ruido. Al punto, alguien intentó correr el bastidor. La voz de Asta llegó a sus oídos: «Está cerrada. Además, reconozco que tengo cierta prisa. ¿Puedo preguntarle, qué es eso que tiene usted que decirme tan en secreto?».

Otra voz respondió: «Lo sabe usted muy bien, querida Asta, y yo quisiera, precisamente, pedirle explicaciones por la dudosa conducta que ha mostrado usted esta noche. ¿Hace falta que se lo diga? Está usted a punto de comprometerse».

«¿Y sí fuera ésa mi intención?», repuso Asta con brusquedad.

«¿¡Asta!?».

«¿¡Querida Griseldis!?».

«¿Griseldis?», preguntó Andreas en voz baja. Adelheid había regresado junto a él y, asustada, le puso la mano sobre la boca.

«La señorita Von Hochstetten», explicó. Andreas comentó: «¿Es que el nombre está reservado sólo para las grandes ocasiones? Desde luego, tiene un algo dramático».

«Pero explíqueme», se dijo afuera, «lo que tiene usted en contra de mi hermano. ¿Pretende un escándalo?».

«El divorcio, querida Griseldis».

«No lo comprendo, ¿por qué?».

«Para ciertas cosas hay que tener una cierta sensibilidad que no parece estar suficientemente desarrollada en su familia».

«¿Qué sabrá usted de familias como la nuestra?, querida Asta».

«Más de lo que quisiera. Y si no, ¿quiere escucharme, querida Griseldis?».

«Por favor».

«Ayer mismo le dije a su hermano —no quiero llamarle mi esposo por ciertas razones, no se merece ese nombre—, ayer mismo durante la comida le recordé que tenía que llevar zapatos de charol para aparecer por mi salón, especialmente de noche. Durante todo el viaje ya me hizo la vida imposible con sus costumbres innobles, ¿cómo le diría?, con sus costumbres burguesas. ¿Y qué cree usted que ha hecho? ¡Hoy viene aquí, a una gran gala de mis padres, con botas corrientes de calle! Debo considerarlo como un claro desafío».

«¿Eso es todo? ¿Y se imagina que por ello tiene derecho al divorcio?».

«Desde luego. Aunque no conozco vuestras leyes, estoy convencida de que en alguna parte debe estar escrito que una mujer puede divorciarse de un hombre que no lleve zapatos de charol».

«Eso lo ha cogido de “Nora”», susurró Andreas al oído de Adelheid. Asta empezó a hablar de nuevo: «Además, el señor Von Hochstetten carece de las necesarias cualidades personales. No se suele hablar de ciertas cosas con las jóvenes; pero usted,

querida Griseldis, está precisamente en la edad en que se pueden oír esas cosas. En pocas palabras, sólo he buscado en mi marido lo que toda mujer, incluso la más pobre, está acostumbrada a encontrar en el suyo».

«Suponiendo que le haya entendido bien», respondió la señorita con mucha frialdad, «ni aun entonces podría considerar eso como una queja justificada. Aunque fuera usted una muchacha joven, querida Asta, con toda seguridad no era del todo inexperta. En el ambiente en que usted ha crecido, no existe la inexperiencia. Si se casa usted con un hombre de una familia antigua, muy antigua, debe saber, ¿cómo le diría?, que no debe buscar en él la brutal naturaleza de un advenedizo, de un hombre de sus propios círculos».

«¡Oh, brutal! Me supervalora usted, querida Griseldis. No le he exigido tal cosa a su hermano. ¿Pero acaso no tiene el deber de darme un heredero?».

«¡No hable usted de un heredero de su dinero, querida Asta, sino de un continuador del linaje de los Hochstetten!».

«¿Tanto desprecia el dinero, señorita? ¡Yo también, pero no juego a la bolsa ni siquiera con mi propio dinero!».

«¿Qué quiere decir, por favor?».

«Que me imagino muy bien por qué no lleva zapatos de charol. Sencillamente, no tiene medios. Porque el dinero para gastos, del que le proveo con tanta abundancia, ése, querida Griseldis, deja usted que se lo entregue, para luego comprarse Gold Mounts con él».

«¡Ah! ¡Esto es vergonzoso, vergonzoso!».

«¿No pretenderá negarlo, querida Griseldis? Si al menos se hubiera usted conformado con mandar con mi dinero calcetines de algodón a Palestina para la conversión de niños judíos... ¡Pero últimamente tienen que ser Gold Mounts!».

«¡Qué vergonzoso es esto!».

En medio de su desesperación, la señorita Von Hochstetten gritaba en voz alta. Andreas se retorció reprimiendo la risa, sepultó la cara en el cuello de Adelheid. Era demasiado. Así que la Griseldis esa que, aún hoy, lo había mirado llena de helada altanería, que vagaba por aquí tan distante y agria, como si ya tuviese bastante que hacer con tragarse el asco que le inspiraba este mundo, y como si ya no gozara con nada: ¡esta vieja y elegante virgen estaba exactamente al mismo bajo nivel que, por ejemplo, Kapeller o Diederich Klempner! ¡También ella escarbaba por debajo de los muebles, donde rodaban las monedas!

«¡Si me lo hubiera imaginado!»., se lamentó la señorita. «¡Si hubiera tenido la más ligera idea de las condiciones de la familia en la que cayó mi hermano! ¡Jamás, jamás lo habría aceptado!».

Asta respondió con calma: «¿Una idea, querida Griseldis? Es usted modesta. Estaba perfectamente informada de todo aquello que tuviera interés para usted. Pero,

en honor a la pequeña renta de la que usted se hacía esperanzas, ha hecho usted la vista gorda ante las cosas más inmorales. Entre otras, allí estaba mi señora mamá, la querida matrona. Ya ve, también yo defiendo el derecho a mi personalidad. Una mujer moderna tiene el deber, por dignidad personal, de engañar a un hombre que no la comprende, que no lleva zapatos de charol y que descuida sus obligaciones matrimoniales. ¡Y le engaña públicamente, con belleza y sin subterfugios vergonzantes! Escoge un amante, contra el que su esposo no tenga nada que objetar, uno de su misma clase social, por ejemplo, su amigo. Él encontraría de mal gusto, con razón, que yo le diera a mi cochero por rival. Sin embargo, eso es lo que hace mi señora mamá, o bien, algo parecido, y ese asunto le era conocido desde hace mucho tiempo, querida Griseldis. Usted sabía tan bien como yo, o como cualquiera que frecuente esta casa, que la señora Türkheimer mantiene relaciones indignas con jóvenes de origen desconocido, de posición dudosa y con ingresos confusos. El último de esos equívocos galanteadores...».

Andreas perdió el final de las palabras de Asta. Sintió a Adelheid respirar dificultosamente a su lado, y comprendió su implorante mirada. A guisa de despedida le susurró: «Perdona que te lo diga, pero tu hija tiene un alma grosera y carente de piedad».

Cuando ella lo confirmó tristemente con la cabeza, Andreas todavía encontró una frase tierna y bienhechora: «¡Oh, tú eres distinta! ¡Te doy las gracias por todo!».

Luego caminó, silenciosamente, pero lleno de dignidad, hacia la salida principal de la estancia. Las alusiones de Asta, en las que latía la impotencia, no le conmovían. Se sentía demasiado satisfecho interiormente por el desenmascaramiento de la supeditación de Griseldis a las tentaciones del país de Jauja. Ella le completaba ese melancólico placer de calar a las personas.

En las escaleras le cegó el resplandor de las luces. Iba a sentarse sobre una de las banquetas en la que un turco repujado en cuero blandía un sable, pero por entre los altos ramos de heliotropos y las orquídeas y cactus purpúreos apareció el pálido y grueso rostro del señor Stiebitz, que le saludó amablemente.

«Vaya, no sabíamos dónde se había metido usted, caro maestro. ¿Qué le parecería una partidita? ¡Sea bueno y tráiganos un poco de animación al cuchitril! ¿Qué? ¿No dice nada? ¡Ah, vaya, no me hable de los caballitos de la ruleta! ¿Que qué significa caballito? ¿Que qué son caballitos? Niñerías es lo que son. Venga, jugaremos un poquito, sólo un poquito al baccarat. ¿No lo conoce? Pues forma parte de la cultura, y con su conocidísima buena suerte puede usted ganar en él un montón de dinero».

Pero Andreas había ya acabado de bajar las escaleras. Se dijo: «Mientras la bolsa produzca suficientes beneficios no necesito ningún baccarat».

Se alejó de la casa a pie con pasos elásticos y balanceando el bastoncillo, los labios dispuestos para silbar. En la plaza de Potsdam entró a las oficinas de telégrafos

y, con unos cuantos trazos sueltos y elegantes, despachó un telegrama informando al *Diario de Gumplach* del fenomenal y avasallador éxito de la *Desconocida*, «la más reciente obra dramática de un superdotado hijo de la ciudad, el señor Andreas Zumsee, que ha conquistado inmediatamente las simpatías de la capital del reino».

Luego se fue a descansar, y el afortunado escritor se adormeció con el pensamiento de que los telégrafos y la prensa estarían haciendo crecer su fama hasta extremos gigantescos mientras él dormía.

Por la mañana, hacia las diez, un botones le dejó un paquete junto a la cama. Dentro, halló una bombonera de seda azul, y, mientras se vestía del mejor humor, se llenó la boca de Pralinés. Su júbilo le abrumaba, necesitaba comunicárselo a alguien; pero su vecino Kopf ya había salido. En el pasillo se encontró a la señorita Levzahn, a quien había estado evitando continuamente desde aquella insatisfactoria visita a la habitación de las dos mujeres. La joven iba a pasar de largo sin saludarle, pero el hosco semblante de ésta disminuyó el buen humor de Andreas. Sintió la necesidad de alegrar a aquella amargada muchacha y, de repente, le dio en la mejilla un pellizco tan fuerte que la muchacha soltó un chillido. «Desde luego, no es nada musical», pensó Andreas, pero, sin embargo, al punto le rodeó el talle con el brazo.

«¿Qué ha tomado hoy?», le preguntó ella, mientras intentaba rechazarle con una coquetería forzada.

«¿Tomado? Ah sí, las damas me envían en seguida cosas delicadas para el desayuno. Ya sabe, señorita Sophie, de vez en cuando, uno hace alguna pequeña conquista».

«¿Es que para usted también vale ese dicho de: Engordar es mi fortuna?».

«¡No lo quiera Dios! ¡Hechos, sólo hechos! ¿Quiere probarlo?».

La muchacha metió la mano en el paquetito con delicada discreción. Pero la segunda vez, sus dedos se extendieron bastante menos, y la tercera desapareció toda la mano. Andreas se asustó.

«Por favor, no sienta reparos», le dijo. «¿Qué tal?».

«Dulces», cuchicheó ella, intentando poner un morrito pícaro del que salió un poco de chocolate líquido. Pero, de repente, paró de masticar y abrió los ojos de par en par. Sacó un papel de la bombonera y se lo puso delante de la nariz a Andreas. El joven se sonrojó; era un billete de mil marcos.

«Ah, debe ser de mi tía», tartamudeó, luchando por no perder la calma.

«De la tía Adelheid, ¿no?».

«¿Cómo lo sabe?».

La muchacha sonrió con mordacidad. «Bueno, una también se entera de las cosas, y también tiene sus conexiones».

Andreas levantó los hombros. «Si eso le hace feliz...».

«Claro, usted está sentado en la olla de Abraham, a usted puede tenerle sin

cuidado lo que la gente diga de eso. ¡Una linda tía vieja, que le regala esas cosas tan dulces a su tierno corazoncito!».

Y siguió agitando el billete de banco en su cara. Andreas recuperó la calma y se lo arrancó de la mano.

«Desde luego, tiene usted una lengua hábil y afilada» comentó con frialdad volviéndole la espalda.

La malévola risa de la joven lo persiguió hasta la habitación. Comprendió que debía haberla desilusionado, de ahí su enojo. Pero ¿qué tenía contra él?

Salió, compró el *Correo Nocturno*, y durante la comida se dejó acariciar por los suaves halagos de Abell como por las manos de una hurí. Luego fue a visitar al crítico a la redacción, en muestra de agradecimiento y, como abstraído, deslizó cuatro billetes de cien marcos: entre los papeles de su escritorio.

Un poco después de su vuelta, hacia las tres y media, sonó la campanilla del pasillo, y Andreas percibió el conocido crujido de los vestidos de Adelheid. Pero ella no aparecía, la señora Levzahn parecía retenerla. La grosera y gangosa voz de la vieja llegaba hasta Andreas.

«La señora me disculpará, tengo que decirle algunas cositas. Porque la señora no querrá perjudicar a una pobre mujer como yo, y el vicepatrón ya se ha enterado de que mis inquilinos reciben visitas de damas».

«No comprendo», repuso Adelheid.

«Oh, la señora lo entenderá aunque tarde un poquito. la visita de damas, naturalmente, es contraria al reglamento de la casa. El vicepatrón puede ponerme de patitas en la calle en cualquier momento. Y, si no lo hace, entonces me subirá el alquiler. Hay que conocer a esa gente, todos son iguales y todos estafan».

«Así que es un intento de chantaje», pensó Andreas. «Eso es lo que ha surgido de los escrúpulos morales de las Levzahn». Con la mayor cautela abrió la puerta un poquito y miró por el resquicio. Sophie, dispuesta a luchar, estaba detrás de su madre; ya no ejercía ningún control sobre su expresión, sus ojos, codiciosos y recelosos como los de un usurero, examinaban despectivamente el rostro de Adelheid y su traje, se clavaron en los pendientes de brillantes y parecieron quererle arrancar de la mano el paraguas de mano de oro. Acudió en ayuda de la vieja: «Desde luego, la señora no se negará a compensar decentemente a mi madre».

«¿Por qué tengo que compensarla?», preguntó Adelheid más asombrada que enojada. «Pero ¿por qué razón? ¿Qué me importa a mí que su patrón les suba el alquiler?».

Pero la señora Levzahn perdió la paciencia.

«¿Se hace la tonta o lo es de verdad?», le preguntó a su hija. Sophie repuso: «Nos podemos hacer fácilmente con ese dinero dirigiéndonos a su señor esposo».

Adelheid encontró desvergonzada esta amenaza.

«Mi marido conoce todos mis pasos», dijo, rehusando con frialdad.

«¡Vaya, pues entonces...!», gritó la vieja, y la sincera y popular indignación de las Levzahn cayó sobre Adelheid.

«¡Eso ya pasa de castaño oscuro! Esta exquisita dama visita a los caballeros en su habitación, ¡y su marido conoce todos sus pasos! ¡Dios mío, qué vergüenza! No, si ya lo digo yo, ¡si la gente fina hace esas cosas! Una no es una mojigata, pero eso es para perder el color».

«¡Cállese!», exclamó Adelheid.

«¡Para morirse! ¿Que me calle, cuando esas cosas ocurren en mi propia casa? Pues está prohibido por la policía. ¿Es que no ve lo pálido y débil que está ya ese joven? Parece que le haya chupado la sangre. Si lo debilita usted más, al final se me morirá aquí en casa, entre mis brazos. Y entonces, a ver dónde me meto. ¡Entonces, todas las damas exquisitas se largarán, y yo pobre de mí, cargaré con los gastos, y los daños y las molestias!».

La hija intervino con voz aguda: «¡Señora del cónsul general, denos cien táleros, o le armaremos un escándalo que ya verá!».

Adelheid llegó a la conclusión de que tenía que decirle a aquella gente algunas palabras claras en su propio idioma, pues en caso contrario, jamás se libraría de ellas. Tomó fuerzas y repuso con énfasis: «Váyanse a freír espárragos».

«Y usted puede soplar me donde queme», resonó puntualmente.

Un grito, la puerta se abrió de par en par, y Adelheid se refugió sollozando en los brazos de Andreas. Éste demostró mucha sangre fría, cerró con llave, tiró el cigarrillo delante de la estufa e intentó calmar a Adelheid, deshecha de vergüenza y dolor. Pero no era fácil; sofocada por las lágrimas, gimió: «¿Lo has oído? ¡Oh, esa frase infame! ¡¿Por qué tendremos que encontrarnos con tantas ruindades en la vida?!».

«Consuélate», le rogó Andreas. «Esa gente ya nace con instintos sucios. Nosotros no podemos comprenderlos, son de una raza distinta. Cuando alguna vez se nos cruzan en el camino, es como si nos hubiera rozado un animal repugnante, un sapo o una rata. Entonces, uno se lava las manos y deja de pensar en ello. ¡No pienses más en ello!».

Él mismo se admiró de su inteligente escepticismo. Adelheid susurró bajo el pañuelo que apoyaba sobre su cara húmeda: «Oh, qué noble eres».

«No se trata de que yo imponga una norma moral», continuó él, «pero este pueblo es estéticamente ínfimo. Hasta las estafas pueden tener belleza y grandiosidad. Alguien que arruina a masas enormes de gente, para meterse en el bolsillo innumerables millones como...».

Andreas reflexionó si debía mencionar el nombre de Türkheimer; pero lo omitió.

«Bueno, una persona así también sería moralmente criticable, pero desde el punto de vista estético, tiene un cierto sello grandioso. Comete robos en público, en pleno

día, y deja a la justicia con un palmo de narices. Por el contrario, los timos pequeños que esa chusma indigente urde a oscuras, en trastiendas enmohecidas, ¡qué repugnantes son! ¡Imagínate cuánto tiempo habrán estado discutiendo y regateando entre sí esa pobre gente, para decidir si se conformaban con ochenta táleros o si se atrevían a pedirte cien! ¡Y cuánto miedo habrán sentido en secreto por ese mísero intento de chantaje! Merecen que se les regale alguna cosita».

Y con pasos triunfantes atravesó la habitación.

«En realidad es divertido», dijo. «El placer de calar a las personas debería reconciliarnos con todas las miserias de este mundo».

Adelheid se levantó de un salto repentinamente.

«¡No debes quedarte aquí!», gritó con pasión. Y le echó los brazos al cuello.

«No debes quedarte aquí ni un día más. De momento, te irás a un hotel discreto, donde no seamos molestados, y luego alquilarás tu propia casa».

«¿Pero, y el dinero?», objetó Andreas.

Ella dio una patada en el suelo. ¿Cómo iba a solucionar esta vez esa susceptibilidad en asuntos monetarios? ¿Le sorprendería demasiado si, de repente, ganara en la bolsa lo necesario para la instalación de tres o cuatro habitaciones conformes a su rango? Entonces hizo un acopio de valor y lo miró firmemente a los ojos. Su rostro estaba pálido, los agujeros de la nariz, negros y muy abiertos, temblaban. Había retirado la cabeza muy hacia atrás, mayestática, tal como él la amaba.

«¿Qué prefieres?», dijo con voz insegura. «¿No deber unos cuantos miles de marcos o poner a la mujer que amas y que te ama fuera del alcance de las ofensas más groseras?».

«¿Cómo puedes preguntarme una cosa así?», respondió Andreas estampándole un beso en el mentón. Ella sintió que le había vencido en medio de la tempestad.

«Te buscaré una casa bonita con parterre y me ocuparé de todo lo necesario. Dime dónde. Pero no tiene que estar lejos de casa...».

Andreas dijo titubeando: «¿Te parece bien la calle Lützow?».

XI

La pequeña Matzke

El precio de algunas compras indispensables para la instalación de su nuevo hogar causaron preocupaciones a Andreas. Adelheid se sentía a disgusto cuando le veía abrir las facturas dirigidas a su nombre. Se las quitaba y pagaba todas las deudas. Pero ¿cuánto tiempo iba a durar eso? Los muebles de tafilete prensado, sin los que él no podía concebir el despacho, eran increíblemente caros, y a pesar de que la cama estilo Luis XV, tallada y dorada, costaba veinte mil marcos, Adelheid no quería renunciar a ella. ¿De dónde iba a sacar él tan enormes sumas? El juego de bolsa le aseguraba, de momento, unos ingresos prósperos, pero esa fuente de ganancias honradamente burguesa no podía bastar en absoluto para un lujo tan extravagante. A veces, apasionado y sanguíneo, soñaba con una jugada inaudita, un golpe del estilo de Türkheimer, pero sin poder imaginarse algo más concreto. Suspirando, reanudó la lectura de las cotizaciones de bolsa, costumbre que había abandonado en días más despreocupados.

Con ello, aumentó su asombro ante lo divididas que estaban las opiniones sobre el valor de las Texas Bloody Gold Mounts. Los tozudos y salvajes aullidos de reclamo de la *Pequeña Bolsa*, fiel al Banco germano-americano F. W. Schmeerbauch, eran vivamente apoyados por los esfuerzos del *Cable* y del *Diario de la Noche*; el *Correo Nocturno*, sin embargo, se mantenía a la expectativa con preocupación. Esto resultaba incomprensible, ya que se decía que Türkheimer también andaba metido en el negocio. Su órgano de prensa daba a entender que la extracción de oro se había limitado, hasta ahora, a una sola veta, que, entretanto, se había agotado. Se había tenido que abandonar un pozo ya excavado. Además, la región de los Gold Mounts era una ciénaga hedionda de atmósfera asfixiante, sin agua potable, inhabitable para europeos. Últimamente, las acciones apenas habían subido; y el día en que el *Correo Nocturno* se expresó con tanta claridad, hubo un colapso. Andreas dedicó a esta circunstancia una seria atención, decidió no confiarle a Adelheid más dinero para la adquisición de Gold Mounts.

Pero veinticuatro horas más tarde, el periódico de Jekuser publicó en lugar preeminente un entusiasta artículo del famoso viajero e investigador, señor von Birkenbusch-Fellenthien. En él se decía que los Gold Mounts equivalían a otros tantos recipientes; sólo se necesitaba quitar directamente la tapa, para hallarlos del todo repletos de ese metal amarillo. En la mayoría de los casos podía ahorrarse el lavado, puesto que muchos trozos de oro ya mostraban una acabada forma de monedas, aunque, por desgracia, todavía sin acuñar. Además de esto, los alrededores

eran una de las zonas más sanas de las tierras conocidas, de floreciente romanticismo y feracidad paradisíaca.

«¿A quién debo creer?», preguntó Andreas. «¿Supongo que un sabio tan renombrado no dirá mentiras...?».

«Espero que no», comentó Adelheid. «Lo que es seguro, es que la gente se pelea hoy por las Gold Mounts. Türkheimer se ha mantenido al margen hasta ahora, pero hoy está interviniendo bastante más. Me lo ha dicho él mismo».

«Bueno, entonces...». Andreas dudaba.

«Aquí está todo lo que puedo reunir de momento».

Y con cierta melancolía siguió con la vista los dos mil marcos que ella introdujo en su manguito de piel: el precio del suntuoso lecho.

Durmió intranquilo y a la mañana siguiente cogió el *Correo Nocturno* con una impaciencia llena de presentimientos. Allí aparecía en grandes titulares un telegrama del señor von Birkenbusch-Fellenthien, con una declaración terminante de que él no era el autor del artículo sobre las Gold Mounts. Y se reservaba el derecho de dar los pasos necesarios. En un comentario final, la redacción se mostraba indignada contra el insolente falsificador que había imitado tan refinadamente el estilo del famoso investigador y viajero. Por desgracia, la redacción ya había destruido el original, según su antigua costumbre. Sin embargo, también se reservaba el derecho de dar los pasos necesarios.

Un dolor como Andreas no había sentido desde hacía mucho, mucho tiempo, le hizo arrojar sobre la mesa de trabajo. Sepultó la cabeza en las manos y lanzó gemidos por su dinero perdido. Lo había amado tanto como si le hubiera costado el mismo sudor que aquellas cuatro perras gordas a su padre, el viñador, que cuidaba sus viñas como a lactantes y que se sentía contento si producían una buena cosecha cada siete años. Por fin se irguió, se pasó la mano por la frente, y decidió reflexionar con frialdad y actuar sin miramientos. ¡Adelheid era la única responsable de todo lo que le ocurría! ¿Cómo estaban las cosas en este momento? A consecuencia del artículo de los recipientes, las Gold Mounts habían subido ayer de noventa a ciento setenta enteros por encima de la par; posiblemente, Türkheimer las habría comprado a ese precio. ¿Había que esperar ahora una caída de la cotización inevitable a consecuencia del telegrama del *Correo Nocturno*? ¿No se podría vender antes? Adelheid tenía que conocer los medios y caminos para ello. Aunque también había que pensar que las Gold Mounts inundarían hoy el mercado desde todas partes, y tal vez ya no valieran nada cuando se abriera la bolsa. ¡Poco importaba! Andreas, tras prometer una propina extra, marchó en coche a la calle Hildebrandt, pero no encontró a Adelheid en su casa, cosa que le pareció un síntoma nefasto. Le dejó, escritas y redactadas en términos severos, unas instrucciones de vender todo en seguida. Después de un desayuno ingerido sin apetito, se dirigió a la calle Burg, pálido y excitado por la

cólera.

Allí le acogió un denso montón de gente que compartía su mal humor. Los ánimos se caldearon por tener que esperar en medio de la humedad y la suciedad. Jugadores de bolsa engañados alzaban en medio de la multitud sus puños contra el palacio de la bolsa. Lanzaban amenazas contra especuladores y explotadores; otros, los que no habían sido afectados, bromeaban. Y la aglomeración iba creciendo en número y fuerza, cuidadosamente acordonada por celosos policías.

Una repentina sacudida se propagó de pronto por la muchedumbre. Allá, al fondo, se había abierto una puerta, detrás de ella se veía una confusión de brazos agitándose y bastones blandidos en medio de una nube de polvo. Un estruendo penetrante y belicoso fue acercándose en persecución de un hombre que iba tropezando descompuesto, desfigurado, el sombrero de copa abollado, el chaleco abierto, la corbata arrancada y unos pantalones que mostraban huellas de puntapiés. Como un flácido y sucio paquete de ropa vieja, voló escaleras abajo y subió a un coche ya preparado. Los caballos se espantaron, el cochero los fustigó con el látigo hacia la muchedumbre amontonada, que lanzaba mordiscos a su alrededor con amenazas iracundas.

«¡Abajo Schmeerbauch!».

«¡Matad a ese perro a golpes!».

«¡Rompedle esas patas de cerdo!».

«¡A ese tipo hay que partirle la cabeza a garrotazos!».

«¡Pajarraco asqueroso!».

Y los bromistas gritaron hacia la ventana del coupé.

«¿Sueles gastar estas bromitas, pequeño?».

«¡Hágase carroña para alimentar patatas!».

«¡Cómprese un negocio de corbatas!».

Luego, el torrente de asaltantes, rechazado por policías a caballo con el sable desnudo, persiguió con sus rugidos al vehículo que huía. Cuando Andreas llegó a Unter den Linden ante las oficinas del banco, las persianas metálicas de las ventanas había sido bajadas. El sordo murmullo y las maldiciones de los sitiadores se apagaron: creían haber oído un disparo. Transcurrió un cuarto de hora antes de que la autoridad, en la persona de un comisario de distrito, penetrara en el local. Tras otros veinte minutos apareció una ambulancia, y por fin, entre vivos silbidos y una gran algazara, fue sacado el que había sido Friedrich Wilhelm Schmeerbauch. El pueblo, por cuyo furor él había huido del mundo, se quedó impasible.

«¡Cualquiera sabe diñarla!», le gritaron al cadáver.

«¡Siente miedo, pero no te cures!».

«¡Y yo respiraré por fin!».

El policía que estaba situado ante la puerta del edificio se mostró jovial. Explicó

con sonrisa satisfecha a los que se apretujaban, que Schmeerbauch se había cortado el cuello con una hoja de afeitar al mismo tiempo que se disparaba con el revólver en la boca. Esta noticia, que se extendió rápidamente, encontró una acogida unánime y alegre. La muchedumbre se retorció de risa, los cocheros, detrás sobre la calzada, se daban palmadas en los muslos y tenían que sujetarse para no caer del pescante; los escolares daban saltos haciendo muecas.

Pero Andreas pensó que la muerte de Schmeerbauch, que había conciliado los ánimos, con todo, no le devolvía el dinero perdido. En general, la gente bien vestida de entre el público parecía ser de su misma opinión. Un viejo caballero belicoso, de aspecto imponente y sombrero de copa gris, expresó en voz muy alta: «¿Es que a esta gente le está permitido todo? ¡Expolian a grandes masas de ciudadanos engañando conscientemente a la opinión pública para librarse, con ello, de toda responsabilidad! ¿Y es que no se va a hacer nada en protección de los especuladores honrados?».

Bajo la provocadora impresión de estas palabras, Andreas se dirigió de nuevo hacia la calle Hildebrandt. Haciendo caso omiso de la sospechosa sonrisa del criado, subió la escalera de dos en dos a grandes saltos, y antes de haberlo pensado bien, se encontró con Adelheid. Ella dio un grito.

«¿Qué ha pasado? ¡Tienes un aspecto!».

Andreas miró tras de sí y advirtió que cada una de sus pisadas había dejado un líquido espeso sobre el parqué. Sus pantalones estaban manchados por la parte baja, y su chaqueta, calada y feamente arrugada. Estos descubrimientos lo irritaron más todavía.

«¡He entrado en contacto con el pueblo! Pero no se trata de eso. ¿Quién tiene la culpa de todo, y de que yo tenga que correr detrás de mi dinero con este tiempo?».

«¡Andreas! ¿Tu dinero?».

«Tiene usted ganas de hacerse la ingenua, señora mía. Naturalmente, usted no tiene ni idea de que lo de las Gold Mounts se ha ido a paseo».

«¡Ni una palabra! Toda la mañana he estado de prueba con la modista».

«¡Ah!».

Silbó entre dientes, y con pasos trágicos atravesó la habitación, cuyo suelo perdía todo su brillo bajo sus pisadas. De repente, se detuvo muy erguido, lanzó a la asustada mujer una mirada fulminante y empezó a declamar: «El artículo de los recipientes era una falsificación. ¡Hoy, las Gold Mounts no son más que paja! Schmeerbauch se ha cortado el cuello, ¡y yo he perdido mis dos mil marcos!».

Adelheid, aterrorizada y pensativa, no respondió.

Por fin dijo: «¡Türkheimer no puede haber perdido también!». El pálido éxito de su dramático informe desilusionó a Andreas.

«¿Es ésa la única cuestión que te interesa del asunto? ¡Y a eso llamas amor! ¡Muchas gracias! ¿Qué me importa a mí Türkheimer? Aun cuando pierda medio

millón o uno entero, eso no sería más que justicia, pues todo lo que tiene lo ha robado, perdona que te lo diga. Hay situaciones en que una palabra clara desahoga».

Y realmente, había recuperado un poco el aliento. Sin prestar atención a los implorantes ojos de Adelheid, continuó implacable con su declamación: «Lo único importante sería enterarse de si a esa gente le está permitido todo. ¿Tienen el derecho de expoliar impunemente a grandes masas de ciudadanos engañando a la opinión pública? ¿Y no se va a hacer nada en protección de los especuladores honrados?».

Adelheid plegó la frente en arrugas de dolor, buscando febrilmente algún medio de calmar a su amado. La desesperación le ayudó a idear algo.

«Figúrate, incluso yo misma le he dado esta mañana veinte mil marcos a mi marido para la compra de Gold Mounts. Todos mis ahorros».

«Veinte mil...».

Andreas se detuvo; la magnitud de la suma debilitó su seguridad. Adelheid intervino rápidamente para ahorrarle el bochorno.

«Dos mil o veinte mil, igual da. Desde luego, es igualmente irritante».

«Opino lo mismo. ¿Qué me importan a mí, en el fondo, los dos mil marcos? Dos mil o veinte mil, no veo apenas diferencia. Cielos, en el mundo de los pensamientos donde estoy acostumbrado a moverme, los números juegan un papel tan secundario... ¡Pero lo inaguantable, es sentirse engañado! Ser víctimas de la vulgar astucia de una gente que uno sabe que está por debajo, muy por debajo de uno, en un elemento extraño para nosotros. ¡Ah, qué desagradables experiencias! Nos amargan durante muchos días».

Andreas reanudó su grave paseo, pero ella se le acercó en seguida, y le cogió el brazo llena de pasión.

«No puedes imaginarte cuánta razón tienes. Expresas los sufrimientos de mi vida. Porque, ¿en qué mundo me veo obligada a vivir? Y siempre he tendido a lo más alto. Siempre he estado muy a gusto con los poetas y los artistas. Desde luego, podía haberme ido peor. Por lo menos, Türkheimer es complaciente, y lo que no tiene que ver, no lo ve. Pero, por otra parte...».

Adelheid titubeó imperceptiblemente antes de sacrificar a su marido a la cólera de su amante. Pero ello apenas si le costó algún esfuerzo.

«¡Pero vaya carácter que tiene este hombre en cuanto se trata de dinero! Lo peor no sería que me dejara en la estacada en la bolsa. Le encargo que invierta nuestro dinero en Gold Mounts, siendo así que él mismo se espera un crac. Hay que conocerlo, todo esto le parecen bromas. Por mí... Pero que todo, todo lo valore como un negocio...: fidelidad y fe y la vida familiar y todo ese jaleo, y yo misma... ¡oh! No puedes imaginarte las veces que me ha vendido, a mí, su mujer, y vuelto a comprar luego».

Se hizo el silencio. Ambos, un tanto penosamente afectados, pensaron en

Ratibohr. Andreas se preguntó: «¿Así que esas cosas ya han pasado más de una vez?».

Las confesiones de Adelheid vengaron la pérdida que le había ocasionado gente del tipo de su marido. Jamás se podría degradar como se merecían ni describir con palabras lo suficientemente intensas a Türkheimer y sus semejantes.

«Consuélate», dijo con desprecio. «Él y los otros no son más que representantes de una atávica moral de estafadores. No están demasiado por encima de los monos. Además, primero quería llamarte la atención, en pocas palabras, sobre el alma totalmente malograda de tu hija».

«Y, sin embargo, sólo por ella he estado renunciando hasta hoy al divorcio».

Adelheid dio un profundo suspiro, con la cara hundida en los húmedos hombros de Andreas. Tenía la sensación de que el joven se había apaciguado sólo a medias, y de que su malhumor tan sólo se había desviado. La voz de Andreas seguía conservando un tono duro que Adelheid se veía obligada a escuchar con regularidad en el transcurso de las irritadas disputas que últimamente se estaban haciendo cada vez más frecuentes entre ellos. Ya no podía ocultarse a sí misma por más tiempo el hecho de que Andreas intentaba reñir. ¿Por qué le hablaba con tanta crueldad, como un enemigo que defiende sus propios intereses? Él tenía que advertir en su gesto el temor y el pesar que le causaban cada una de sus malévolas palabras. ¿Es que su amor empezaba a debilitarse? Esta idea la asaltó por primera vez; fría como el hielo, se apoderó de su cálido corazón, que encogió aterrorizado. Adelheid rodeó con más fuerza el brazo de Andreas y gritó con inspiración repentina: «¿Pero por qué tener tantos miramientos con un convencionalismo vacío? ¿Y si lo hiciera?».

«¿Qué?».

«¿Y si pidiera el divorcio?».

«¿Es que estás...?».

Andreas, asustado, retrocedió un paso. Pero cuando hubo captado la ocurrencia en su totalidad, abrió los ojos de par en par, y su rostro enrojeció.

«Si tú quieres, ¡entonces huyamos!», le dijo Adelheid apremiándole.

«¿Huir contigo? ¿Y por qué no?».

Ella sonrió.

«¿No me crees? Pues menosprecias mi valor, yo soy capaz de todo».

«Eso parece».

Se le hincharon las venas de las sienes; se echó a reír, primero muy bajo, pero con una fuerza cada vez más incontenible, incapaz de dominar la hilaridad que le inspiraba la idea de fugarse con Adelheid. ¿No había decidido ya el día de su primera aparición en el país de Jauja, en aquellos tiempos en que acariciaba tan torpes y sanguíneos sueños de conquista, no había decidido entonces que esto no era un idilio y que no se trataba de raptar a la esposa del cónsul general Türkheimer para llevarla a

una isla de amor? ¡Y, a pesar de todo, ahora deseaba ser raptada, y no admitía otra cosa! Ya la veía subir a una canoa diminuta dando saltitos con esa gracia que tienen las gordas. En la canoa atravesarían el mar azul en dirección a algún islote de corazones románticos. Era delicioso.

Adelheid, asombrada y algo compungida, miraba cómo su risa se hacía cada vez más desenfundada. Sin embargo, se consoló por haber logrado, al fin, ahuyentar del todo el malhumor de Andreas. ¡Qué bello estaba cuando sus ojos reían, y sus sanos dientes blancos brillaban bajo el bigotito rubio! Y Adelheid se le unió, primero resignada, y luego de todo corazón.

En ese momento apareció Türkheimer en la puerta de la habitación vecina. Entró a pasitos cortos, y, derrengado, se dejó caer con cuidado en un sillón.

«Por fin tiene paz esa pobre alma. Todavía queda gente inocente, capaz de hablar irritada. Me ha ido muy mal en la bolsa».

Balanceando la cabeza con astucia, examinó el traje del joven, y las huellas húmedas que había dejado en el piso.

«¿Así que usted también ha estado allí? Qué negocio tan estúpido, ¿verdad?».

«Lo he visto desde fuera», explicó Andreas. Türkheimer notó recelo en su voz.

«¿No le ha gustado?», le preguntó familiarmente.

«Así, así. Si las relaciones con la bolsa no resultaran tan caras, yo no tendría nada contra esa institución».

«Es usted demasiado benévolo. ¿Es que también usted ha sangrado un poquito?».

«Yo pensaba que usted sería quien mejor lo sabría, señor cónsul general».

«Vaya, vaya. ¿Pretende usted hacerse el sinuoso?».

Adelheid intervino.

«Pero James, el señor Zumsee te ha enviado a través de mí diferentes sumas para que le compreses Gold Mounts. El señor Zumsee, desde luego, no es el único de nuestros amigos a quien tú complaces con ello».

Türkheimer se acarició sus rojizas patillas. Sonrió con ironía, lleno de admiración hacia el inteligente artificio de su esposa. Así que de ese modo proveía a los jóvenes de medios económicos... ¡Estas astutas mujeres! Se apretó los lentes en la punta de la nariz y sacó una agenda.

«Es cierto», dijo. «Su estimado encargo ha sido efectuado con toda prontitud».

«Muchísimas gracias», le respondió Andreas con frialdad. «Mientras tanto, ¿me permite una pregunta indiscreta, señor cónsul general? ¿Compró usted ayer también Gold Mounts de su propio bolsillo?».

«¡Vaya pregunta! Pues claro. Tomé parte en ello por pura bondad, para no fastidiarles la diversión a los demás».

«¡Bueno, entonces también usted ha quedado en la estacada!».

Andreas suspiró con satisfacción. Pero Türkheimer le sonrió con la cabeza

apoyada en el hombro.

«¿Tanto le alegra eso? ¡Malvado! Pero, justamente, voy a revelarle algo. Todas las Gold Mounts con las que cargué ayer, las fui vendiendo en seguida poco a poco».

«¡Ahá!», dijo Andreas muy disgustado. Se giró con rapidez. Pero el otro le atrapó por los faldones de la chaqueta.

«Usted cree que yo quiero timarle, amigo y maestro, le noto hasta por detrás que es eso lo que opina. Pero yo sólo le pregunto, ¿para qué? ¿Es que no me interesa su amistad? Usted sabe muy bien que debe uno procurar conservar las simpatías de un escritor famoso como usted, ¿no? Pues entonces...».

«¿Qué significa la amistad, señor cónsul general?, usted ya sabía ayer que el artículo de Birkenbusch-Fellenthien era una falsificación y que hoy habría un crac... y a mí no me ha dicho usted nada de eso».

«No se enoje, maestro, no le favorece. ¡Noble siempre, aunque ello le cueste cinco fénigs! Usted está enfadado conmigo, porque ayer también le compré Gold Mounts. ¿Quiere que le cuente una cosa? No le compré ninguna».

«¿Ah, no? Es usted... esto es...».

«Encantador», completó Türkheimer.

Andreas, invadido por una alegre emoción, le cogió la mano derecha que colgaba, flácida, del respaldo del sillón. Y le dijo con fervor: «Es usted demasiado amable, señor cónsul general».

«¿Verdad que sí? Siempre soy así. Pero escuche hasta el final».

«Oh, por favor, no urge que me devuelva los dos mil».

«A lo que iba: ayer, cuando estaban a ciento setenta enteros por encima de la par, no le compré ninguna, pero hoy que iban tiradas, he invertido en ellas sus dos mil marcos completos».

Este repentino susto arrojó al joven sobre una silla. Sintió que le corría un sudor frío. Türkheimer continuaba hablando, con voz jovial y nasal, balanceando la cabeza con precaución y haciendo pequeñas pausas significativas con las que aumentaba el efecto de su explicación, como si estuviera contando una anécdota divertida.

«Schmeerbauch, desde luego, se merecía ese destino, y además, ello es didáctico. Hasta el más corrompido chapucero puede llegar a tener alguna vez entre manos el mejor negocio del mundo, sólo que no lo sabe. Según la costumbre, engaña a la gente y comete estafas, aun cuando no sean necesarias. Yo sólo pregunto, ¿por qué voy a estafar, siendo así que mediante la honestidad puedo llegar más lejos? Bien, pues Schmeerbauch infló artificialmente las Gold Mounts con sus estúpidas mentiras, a pesar de que las acciones hubieran subido por sí mismas mejor, y con más firmeza. Entonces va y llega el gran desconocido que siente compasión por ese bonito negocio, y supera a Schmeerbauch, y dice todavía más mentiras que él. ¿Y qué es lo que pasa a consecuencia del supuesto artículo de Birkenbusch-Fellenthien? Que las

Gold Mounts suben rápidamente a ciento setenta. ¿Y qué ocurre a consecuencia del mentís de nuestro gran sabio? Que descienden por debajo de la par. Tenía que ocurrir. Tanto tienes, tanto debes, y Schmeerbauch se corta el cuello. Y dígame usted mismo, ¿por qué *no* se iba a cortar el cuello? ¿Acaso se merecía algo mejor? Piense, simplemente, en todos esos tontos a los que ha arruinado con su estafa, en su mayoría pobre gente que conserva sus cuatro cuartos en amargo sudor, como si fueran arenques en vinagre. Hoy día, a fin de cuentas, hay que tener algún sentido social que otro, en nuestros tiempos no puede ser de otro modo, y los tontos también son personas».

Andreas realizó un gesto desalentado, pero Türkheimer continuó hablando con sonriente superioridad: «Ahora piensa usted que esa historia se ha acabado. Pero no es así. Este crac ha producido un saneamiento de la situación. El gran desconocido del *Correo Nocturno* ha vuelto a situar el negocio sobre unas bases sólidas, mañana mismo lo confirmará la bolsa. Las Gold Mounts se recuperarán y adquirirán firmeza».

«Eso es lo que usted dice, señor cónsul general».

«¡Hágame un favor y ponga una cara alegre! Tiene usted un algo dichoso, que nos agrada a todos, ¿verdad Adelheid? Cuando está usted triste, se sale del papel. ¡Valor, joven! Mañana ya habrá ganado algo con sus papelitos, ¿apostamos?, ¿una botella de agua de Seltz?».

Andreas intentó recuperarse de su dolor, y con la mayor naturalidad que pudo, le dijo: «Apostémonos más bien el precio de la botella. Ahora puede que necesite cada fénig».

«Pues, de acuerdo».

Türkheimer le estrechó la mano; durante bastante rato estuvo riéndose cordialmente por lo bajo, mientras le daba pequeños golpecitos amistosos en la barriga. Adelheid, que, inadvertida y preocupada, se había estado cambiando de sitio continuamente, quiso cerciorarse en la despedida de si Andreas se había reconciliado y calmado. Pero éste rehuyó su mirada temerosa e implorante.

En la escalera se encontró a Griseldis von Hochstetten, que había perdido su altanera sangre fría. Llevaba abierto el abrigo de peluche medio largo, de virgen vieja; subía las escaleras a toda prisa, con gesto ausente, profundamente sobrecogida, sin aliento y asustada. Andreas, a quien ella trató de no ver, la saludó con energía. Y al pasar le dijo: «Las Gold Mounts están por debajo de la par, señorita».

El placer de esta venganza le permitió respirar con más libertad; su estado de ánimo se aclaró. Se le hizo agradablemente consciente que acababa de mantener una conversación bastante original. ¿Quién podía jactarse de haberse expresado en el tono del que él, Andreas Zumsee, se había servido frente al cónsul general James L. Türkheimer? Casi había llegado a ser insolente.

Por la noche bebió más vino tinto de lo usual. Pero el consuelo más eficaz se lo proporcionó la edición de noche del *Correo Nocturno*. El órgano de Jekuser expresaba la indignación moral que un delito increíblemente infame podía provocar en almas, por lo demás, bondadosas. Sólo ahora, comprendía la redacción en todo su alcance la monstruosidad de la falsificación de la que había sido víctima. Así pues, ello había acarreado la consecuencia de que los especuladores honestos que, cuando compraron las Gold Mounts, creían invertir su capital, honradamente ganado, en un negocio sólido, habían perdido su dinero a causa de tan abominable manejo. De hecho, había que cursar una protesta enérgica, precisamente, en nombre de los hombres de negocios decentes contra tales abominables manejos, que podían ser capaces de hundir la reputación de la Bolsa y de toda la clase mercantil y de rebajarlos ante la opinión pública. Por lo demás, había rumores insistentes de que en las más altas esferas habían aparecido unas impopulares declaraciones referentes a este incidente. Por lo que concernía al autor, ¡él mismo se había hecho justicia públicamente! Al parecer, Schmeerbauch se había equivocado en sus criminales cálculos. El mentís de nuestro apreciado viajero había llegado un día antes de lo planeado, antes de que hubiera actuado y se hubiera llevado el producto del robo a sitio seguro. Del todo arruinado y cargado con la maldición de todo un pueblo, a él, al degollador profesional, no se le había ocurrido nada mejor que pasar su propia garganta a cuchillo. *Habeat sibil*. Si, como rezaba la frase latina, no se debía decir más que cosas buenas de los muertos, entonces, lo mejor era no decir nada sobre Friedrich Wilhelm Schmeerbauch.

Pero al mediodía siguiente, Andreas leyó en la edición matutina un nuevo telegrama del señor von Birkenbusch-Fellenthien en grandes titulares. Si era cierto que en el artículo aparecido con falsificación de su nombre se afirmaba que las Gold Mounts eran otros tantos recipientes, y que sólo se necesitaba quitar directamente la tapa para verlos del todo repletos de monedas acabadas, entonces, desde un punto de vista científico, esto era una exageración rayana en lo cómico. Aunque ello no quería decir, en absoluto, que ésta discutida empresa no estuviera hoy cimentada en sólidas investigaciones científicas. Si su primer telegrama había tenido como consecuencia un pánico bursátil, lo lamentaba. La verdad era que, hasta ahora, se habían excavado dos pozos y cinco galerías, y en su opinión, basada en la ciencia, todavía se alcanzarían más resultados positivos. La suposición de que el clima era uno de los más fecundos de las tierras conocidas, desde luego, carecía de todo fundamento científico, del mismo modo, ese supuesto «romanticismo floreciente» y «feracidad paradisíaca» de la región tampoco resistirían una crítica científica. Sin embargo, había pruebas científicas de que, utilizando mucha franela y evitando el alcohol, la vida en la zona en cuestión podía resultar soportable incluso para los europeos.

Hacia el final de la sesión de bolsa, el joven se dirigió de nuevo a la calle Burg.

La cotización del día ya era conocida entre el público que se reunía allí, en menor número y con menos pasión que el día anterior. A consecuencia de unas tranquilizadoras noticias de prensa, las Gold Mounts se habían recuperado. Forzadas por las intervenciones, había cedido un poco cuando ya estaban a treinta enteros por encima de la par; pero compras repetidas las habían reforzado. En general, las perspectivas eran de alza.

El negocio, en este momento firme y sólido y que se había convertido en una institución válida para padres de familia, estaba ahora, sorprendentemente y del todo, en las manos de la casa James L. Türkheimer. Andreas, que oyó intercambiar opiniones sobre este hecho a dos caballeros, fue incapaz de no mezclarse en la conversación.

«Yo sé, por casualidad, cómo lo ha hecho», dijo, enrojeciendo de orgullo. «Anteayer, cuando las Gold Mounts estaban a una altura de vértigo, Türkheimer realizó sólo compras aparentes, pero ayer, cuando ya no valían nada, arrambló con todo lo que se lanzaba al mercado. Y ahora controla la totalidad».

«Entonces, él tenía que estar al tanto de la falsificación del *Correo Nocturno*», comentó su vecino.

«Desde luego, o al menos es muy probable», repuso Andreas sonriendo misteriosamente. No estaba pensando en nada, pero al punto le vino a la mente una idea desconcertante. ¿Y si Türkheimer en persona fuera ese gran desconocido del que le había estado hablando todo el rato? Él era quien había lanzado aquel funesto artículo del *Correo Nocturno*, él era quien había provocado el crac que costó la vida a Schmeerbauch, y también era él quien había saneado el negocio. Saltaba a la vista, ¡cómo no se había dado cuenta hasta ahora! Empezó a bailar sobre uno y otro pie, lleno de impaciencia por hacer notar lo que sabía. Por fin, se puso a hablar.

«¡Estos financieros! No les cuesta nada hacer aparecer en los periódicos noticias apócrifas, arruinar miles de existencias, y apoderarse de todo el negocio mediante un crac. Son superhombres, todos los demás no podemos hacer nada en absoluto contra ellos. Ahora afirman que la culpa es de Schmeerbauch. ¡Dios mío!, ese pobre muerto tiene unas espaldas muy anchas. Espero que no creerán una sola palabra de ello ¿verdad? En realidad, claro está, lo ha hecho Türkheimer solito».

Se habían ido reuniendo algunos oyentes; Andreas miró a su alrededor con la cabeza erguida, poseído de su propia importancia.

«Eso sería demasiado fuerte», comentó alguien. «¿Tan bien conoce usted esas historias?».

«Oh, soy un íntimo amigo de la familia Türkheimer».

Y con estas palabras lanzadas con indiferencia, se alejó. Allá, en el vestíbulo, aparecieron algunos caballeros, poco a poco se formó una aglomeración, entonces abrieron una calle: Türkheimer había hecho acto de presencia en el fondo. Por en

medio de las encorvadas figuras de satélites mudos, Türkheimer, con una sonrisa saturada de poder, atravesó la misma puerta por la que Friedrich Wilhelm Schmeerbauch había sido arrojado al exterior en aquella hora trágica. Su inmenso abrigo de visón caía, pesado y vertical, desde sus hombros hasta los pies, estorbándole al andar, y lo envolvía con la inhumana y hierática majestad de un soberano bizantino. Sus patillas rojizas brillaban, iluminadas por un rayo de luz, como un distintivo reconocible desde lejos de su temible dignidad. En la calle sólo le rodearon unos susurros de tímida veneración. A ninguno de los expoliados se le ocurrió levantar contra Türkheimer, el vencedor, alguno de aquellos gritos rebeldes con que habían acogido al desgraciado Schmeerbauch. Türkheimer parecía alejarse, andando sobre los cuellos de sus contemporáneos, con brutalidad imperial; que lo odiaran si querían, mientras lo temieran... Querían saber si Türkheimer había ganado hoy por lo menos seiscientos mil marcos. Unos creían que sólo había ganado ochenta mil, pero otros, sin dejarse desconcertar, hablaban de cinco millones.

Türkheimer se alejó a pie, avanzando muy lentamente, rodeado por su pesada magnificencia. Un elegante landó, con un sirviente de librea verde plateada y un turco blandiendo un sable pintado en la portezuela, lo seguía a una distancia prudente. El lacayo de uniforme verde y plata iba tres pasos detrás de él.

Andreas se esforzó en vano por atraer la mirada de aquel gran hombre, pero algunos visitantes de la bolsa que conocía se acercaron a saludarle. Estrechó las manos de Süss y Duschnitzki.

«¡Un golpe magnífico!», dijo Andreas. «¡Un auténtico Türkheimer!».

«Son ganancias ilícitas», repuso Süss con gesto amargo, pero Duschnitzki, que había ganado, sonrió satisfecho de sí mismo.

«Pues Schmeerbauch con su indigna falsificación tampoco se libra», comentó.

«¿No se creerá usted eso?», gritó Andreas.

«¡Estos financieros! Hacer aparecer noticias apócrifas en los periódicos...».

Y de nuevo expresó su convicción de que el gran desconocido era Türkheimer y nadie más. Luego, dejó plantados a sus asombrados oyentes. Kaflisch, del *Correo Nocturno*, corrió para alcanzarle: «Buenas, maestro, ¿también ha tenido un día bueno?».

«¿Y cómo no? Estaba claro que Türkheimer sanearía hoy el negocio».

«¡Es usted un vivo!».

«Me lo dijo él mismo».

«¡Vaya, vaya, con usted!».

Kaflisch abrió ojos y boca de par en par. Andreas le preguntó: «¿Es que se había creído usted la fábula de la falsificación de Schmeerbauch, ese cuento chino que Jekuser les ha contado a sus inocentes lectores?».

Nuevamente soltó su discurso: «¡Estos financieros! Noticias apócrifas...».

«¿Así que Türkheimer en persona es el cordero de esta fábula?», comentó el periodista; pero todavía dudaba: «Bueno, por mí puede serlo».

Y abrió su libro de notas. Andreas se asustó.

«¿Qué hace? Espero que no...».

«Bueno, ¿qué?».

Kaflisch ya estaba escribiendo.

«Que no revele usted lo que le he contado confidencialmente».

«Lo de “confidencialmente” está bien. ¿Y para qué me lo cuenta si no quiere que yo lo revele? ¿Y para qué se lo ha contado a usted Türkheimer? Naturalmente, se ha dado cuenta de que usted no es capaz de mantener el secreto, y precisamente le convenía eso. No lo conoce usted; es vanidoso como todos los grandes hombres y quiere que se tenga noticia de sus actos, pero sin que se le puedan probar. Y usted, maestro, ¿se ha creído usted que él le revela sus secretos más íntimos sólo por bondad? ¡Vosotros los escritores! Si no estáis casualmente henchidos de inspiración... el resto del tiempo no os enteráis de nada».

Kaflisch había desaparecido, Andreas se volvió para buscar a Türkheimer; su instinto social le decía que no debía dejar pasar la oportunidad de aparecer ante los ojos del vencedor en la hora de su triunfo. Lo alcanzó junto al monumento de Federico el Grande y, trazando un arco, cruzó la calle en dirección a Türkheimer, esforzándose cuidadosamente en aguantar el instante en que su saludo tuviera que ser advertido. Türkheimer lo llamó con un gesto afable.

«Me debe usted una botella de agua de Seltz», le dijo.

El joven no pudo responderle enseguida; la dicha y el orgullo le sofocaban. Con el cuello rígido, altanero, entornó los ojos mirando a los que al pasar le veían hombro con hombro a uno de los poderosos de ese siglo.

«¿Sólo una botella de agua de Seltz?», exclamó por fin. «Oh, señor cónsul general, le debo mucho, mucho más de lo que pueda saber usted mismo. Lo preciado que resulta para un escritor la amistad de un genio de acción, ¡eso es incalculable! Dejo para los moralistas el contar mentiras sobre noticias periodísticas falsificadas, engaños a la opinión pública y grandes masas de ciudadanos expoliados. Para mí prevalece el aspecto estético en su personalidad y en su eficaz actividad. ¡Usted nos concede el placer de contemplar a un prototipo de conquista, a un hombre del Renacimiento, a nosotros, los débiles hombres modernos!».

«Bueno, bueno», repuso Türkheimer con modestia, pero, agradablemente conmovido, sacó un poco más su puntiaguda barriga. Andreas estaba entusiasmado de verdad.

«Estoy muy lejos de halagos rastreros, pero permítame que le exprese, señor cónsul general, ¡que es usted un gran hombre!».

«¡Desde luego! ¿Pero maestro, es que el bonito negocio que está haciendo usted

hoy, ha embriagado un poquito su espíritu poético?».

«¿Tanto es?», preguntó Andreas con voz temblorosa.

«¿Qué?».

«Lo que... bueno, ¿lo que estoy ganando con las Gold Mounts?».

«Pues suficiente para unas aspiraciones medianas. Si se espera unos cuantos días más, entonces le prometo... bueno, digamos...».

«¿Digamos?».

Andreas contuvo el aliento. Türkheimer hizo cuentas con los dedos y le espetó caprichosamente y al azar: «Digamos treinta mil».

Andreas dio un salto. Para no gritar de júbilo, se mordió los labios tanto, que se hizo daño. Luego se dijo, con un gesto ahora serio, que aquí empezaba una época notable. Esto ya no era calderilla; así pues, ya estaba empezando a conquistar una fortuna jugando a la bolsa. La instalación de la casa de la calle Lützow, los muebles de cuero prensado, la cama estilo Luis XV tallada y dorada, descendieron inmediatamente hacia él desde una esfera más alta, colgados de hilos: podía apropiarse de ellos con la conciencia tranquila. Hasta el lujo más extravagante dejaría poco a poco de ser un sueño. Por otra parte, debía capitalizarlo. Puesto que, desde ahora, podía operar en sus especulaciones con sumas mayores, pronto alcanzaría los primeros cien mil marcos. Decidió, que, una vez hubiera reunido medio millón, emprendería un viaje a su ciudad natal para cegar a los de Gumplach con la visión de su esplendor.

Una pellita de barro que le saltó a los pantalones le arrancó de sus ufanos pensamientos. Enojado, se giró para mirar la carroza de corte que pasaba a toda velocidad haciendo ruido. Al mismo tiempo, vio bailar una silenciosa sonrisa en el rostro de Türkheimer. Andreas creyó entenderla y repuso: «Hoy en día, desde luego, no es delicado expresar opiniones democráticas; pero dejando eso aparte: ¡con qué extrañas y anticuadas instituciones tenemos que habérmolas todavía en nuestro mundo moderno! ¡Una carroza de corte! ¡Una corte!».

«¿Tan extraño le parece?».

«Sólo me sitúo en un punto de vista social y filosófico. ¡Qué hace esa gente en realidad! Representan algo que no son en absoluto, y se atraen el temor y el odio de la gente mediante la fe de ésta en un poder que ya no poseen desde hace mucho tiempo. ¿Dónde se encuentra el poder ahora? ¿Dónde se deciden, al fin y al cabo, los más altos intereses de la nación, dónde se agitan las pasiones auténticas, dónde se balancea uno entre la cúspide social o el abismo? Está muy claro: en la media hora que he pasado sobre el asfalto de la calle Burg delante de la bolsa, he podido sentir un poder más real, que durante una grandiosa ceremonia principal y oficial».

«Lo que está usted diciendo tiene cierta grandeza», comentó Türkheimer sonriendo con satisfacción, «y no tiene por qué ser absurdo».

«No son más que simples hechos. No me refiero a diplomáticos ni dignatarios, pero imagínese a un príncipe cualquiera que desee el mal de alguna persona privada o de una industria, o de una clase social. Quisiera castigar a los aludidos; frunce el ceño, echa mano a la funda del sable, y por mí, puede proferir amenazas. ¿Pero y qué más puede hacer? Pues, de hecho, carece de todos los medios necesarios para llevar a cabo sus amenazas. No mantiene ningún tipo de relación con nosotros ni con nuestra vida burguesa. Aunque tuviera algo muy concreto contra mí, no podría ni rozarme el pelo. Por el contrario usted, señor cónsul general, me podría matar con toda facilidad».

«Me guardaré de hacerlo. ¿Por qué iba a llegar yo a eso?».

«Un capricho, una señal suya, y éste o aquél se arruina, innumerables familias caen en la miseria o alcanzan la felicidad, según le apetezca a usted, las clases miserables se hunden del todo o bien se les permite que aprovechen la existencia, y la inquietud social decrece o aumenta. Si usted, señor cónsul general, llevara un uniforme guatado con muchos galones, cintas, botones y borlas doradas, y un casco de penacho belicoso y ondeante en la cabeza, entonces todo el mundo advertiría dónde se halla el poder. Pero el estúpido populacho sigue confiando todavía en aquellos otros vestidos de colorines que no hacen nada más que teatro. Sueltan discursos, imparten medallas, almuerzan solemnemente y besan en la frente a doncellas honorarias, venerados en público y ridiculizados a sus espaldas, hostigados por la prensa y asesinados por anarquistas: ¡todo eso le correspondería a usted en realidad, señor cónsul general!».

«¡Caramba!», exclamó Türkheimer asustado. «Asesinado por... ¡Qué dice usted de anarquistas! Se ha pasado usted de la raya, con lo agradable que resultaba charlar con usted por lo demás. Venga por aquí, amigo mío, le mostraré mi nuevo negocio».

Doblaron hacia la calle Friedrich. Andreas, dulcemente embriagado por la locuacidad que la felicidad había desatado en él, chocó con violencia al correr contra un caballero que se había detenido para saludar a Türkheimer. Éste le dijo: «¡Si está usted aquí, Kokott!, véngase con nosotros».

Andreas recordaba al arquitecto; había sido uno de los primeros en felicitar al escritor en aquel desfile de homenaje que se produjo tras la representación de *Desconocida*. Era un hombre de hombros estrechos y de miembros desusadamente largos; su cabeza descansaba sobre un cuello nervudo que emergía en espirales nudosas de un cuello alto demasiado ancho. Una rala barba negra le crecía por las mejillas y el mentón; la nariz, ganchuda, se hundía en su delgado rostro moreno, sus ojos miraban malignos, huraños y con una brutalidad insostenible. Kokott no llevaba gabán; de las mangas demasiado cortas de su raída chaquetilla colgaban unas manos velludas, grandes y asombrosamente retorcidas hasta más allá de los nudillos. Daba la impresión de que era desdichado, obstinado y de que estaba lleno de desatinados

instintos.

«¿Dónde se mete usted?», le preguntó Türkheimer cuando reanudaron el camino. «¿Por qué no aparece ya por mi despacho?».

«No sé, no estoy a gusto en él», dijo Kokott con voz ronca y tranquila, mirando torvamente. Türkheimer se rió por lo bajo.

«¿Es que este hombre tiene alguna idea de negocios? No ha pagado usted los plazos vencidos. ¿Qué voy a hacer con usted? Tendrá que suscribir plazos nuevos».

El arquitecto se volvió hacia Andreas.

«Señor colega Zumsee, me parece que será mejor abrirme también camino como escritor».

«¿Por qué?».

«Bueno, el que escribe a trochemoche...».

«Eso ha estado muy bien Kokott», comentó Türkheimer. «Le mandaré una caja de puros a cambio. Ya sabe usted, exquisitos, exquisitos. ¿Todavía le quedan?».

«Pronto no tendré ni siquiera una camisa sobre el cuerpo. ¿Qué voy a hacer con todos esos puros?».

«Pero no necesita fumar en camisa».

Andreas se rió de corazón. Kokott comentó con melancolía: «Este chiste ha sido mejor todavía, señor cónsul general».

De vez en cuando, Türkheimer miraba de lado al arquitecto, sonriendo con ironía. Parecía que lo llevaba a rastras como a un mono grande y maligno que muerde la cadena y cuyo rechinar de dientes inquieta, pero divierte.

El ajeteo de los presurosos viandantes los separó. Andreas se quedó unos pasos atrás junto a Kokott; entonces le preguntó: «¿Así que es usted quien construye el nuevo edificio comercial?».

El otro se encogió de hombros.

«Vaya cosa. Una caja de hierro, americana, doce pisos sólo para oficinas. ¿Y dónde queda el arte? Pero eso tiene que ocurrir si nosotros, los artistas, nos convertimos en esclavos de especuladores y explotadores del pueblo».

«¡Oh, oh!», exclamó Andreas, a quien esas duras palabras le parecían ahora grosera ingratitud. Pero Kokott continuó hablando de un modo insinuante y con mucha soltura.

«No podemos pasar sin ellos. Yo, por ejemplo, yo tengo mucho talento, pero no tengo dinero. Por eso he dejado que ése de allí...».

Y señaló con su ancho y amarillento pulgar a Türkheimer, que avanzaba delante de ellos.

«Que ése de allí me peine la melena de león-arquitecto».

«Ajá, de león-arquitecto», dijo Andreas sin comprender.

«Ya sabe cómo lo hacen. Me ha prestado un montón de dinero como no he visto

nunca; con ello me iba a construir la casa. Naturalmente, no alcanzó, y cuando los proveedores me acosaron a causa de las facturas atrasadas, tuve que declararme en quiebra. Me preguntará usted por qué yo, un artista, me dejo arrastrar por cosas tan turbias, pero es que uno quiere vivir, al fin y al cabo».

«¿De qué vive usted?».

«Bueno, de los sobornos que me da».

«¡Ah, sobornos! ¡Siga, siga!».

«Como es lógico, mis acreedores no sacaron nada con mi quiebra, ya que, por desgracia, carezco de medios económicos. La casa pasó a su propiedad, porque, naturalmente, había hecho anotar su préstamo como una primera hipoteca. Los albañiles no cobraron nada en absoluto; desde luego, no tenían ningún derecho a ello. Por un especial humanitarismo les permitió... bien, ¡adivínelo!».

«¿Qué?».

«Seguir trabajando en esta nueva construcción. Y ellos lo hacen de muy buena gana».

«¡Magnífico!», gritó Andreas a media voz, arrebatado por la admiración: Kokott hizo un gesto vengativo a las espaldas de Türkheimer y mostró toda la dentadura.

«Y ya se podrá imaginar que yo todavía no he visto ni un fénig de mis honorarios. Y tampoco hay perspectivas de ello, pues, desde que tengo memoria, estoy entrampado con él. Y ahora cada día vence un plazo, y tengo que estar contento con que me permita que le construya casas gratis durante toda mi vida. Pero si, por casualidad, consigo que suba conmigo a un andamio ¡entonces llegará abajo bastante más repentinamente de lo que él quisiera!».

Así cerró Kokott sus palabras, en un tono sordo y funesto. Al punto añadió con viveza: «Por aquí, admirado maestro, ya hemos llegado».

Corrió tras Türkheimer, que había entrado a la calle Markgrafen antes que ellos. Los condujo hacia el interior de la nueva construcción y luego escaleras arriba, ágil, entre continuas contorsiones y con una gesticulación llena de humildad. En el primer piso, los instaladores del parqué estaban recogiendo ya las herramientas.

«Hemos elegido el parqué de Bohmke & Piep de entre los que se presentaron a concurso», le dijo Kokott. «Es gratuito, tal como había ordenado el señor cónsul general».

Un operario que todavía estaba ocupado, sentado de rodillas, se levantó cuando aparecieron los caballeros.

«¡Todavía no!», dijo acercándose a la ventana. Türkheimer, sin aliento y encorvado bajo el peso de su fabuloso abrigo de piel, se dirigió a otra. Observó con picardía al proletario, un hombre calvo con chaleco de punto, pálido, de nariz muy encarnada y encrespada barba roja. Andreas miró hacia la calle bajo la penosa impresión que le producía a sus refinados sentimientos aquel contacto accidental con

la clase baja. Unos cuantos coches de punto pasaban trepidando. De repente, oyó murmurar al trabajador.

«Esa carroña gorda y corrompida, no pega golpe en todo el día, *va sobre ruedas de goma*. ¡Ya te daría yo!».

Al mismo tiempo vieron deslizarse a Adelheid rápida como una sombra, y reclinada en los cojines de seda de su landó descubierto. Y ya se alejaba al retumbar de los cascos de sus caballos.

Andreas se sintió turbado e hizo un gesto asqueado. Türkheimer balanceaba la cabeza, sumamente divertido. Pero Kokott se puso nervioso. Expresó con solemnidad, entre desesperadas cortorsiones del rostro, que lamentaba el incidente, pero Türkheimer comentó: «No es más que la sana rudeza que caracteriza a nuestro pueblo».

Y empezaron a descender mientras el proletario se llevaba a la boca una botella redonda. Kokott continuó disculpándose.

«Ese hombre es un borracho y un revolucionario peligroso. Lo hubiéramos despedido hace mucho tiempo, pero tiene demasiada influencia sobre sus compañeros».

«¿Cómo se llama?», preguntó Türkheimer.

«Se llama Matzke».

Ante la puerta del edificio jugaban algunos niños. Se dispersaron cuando desde arriba se dejó oír la voz del trabajador: «Achnes, maldita mocosa, ¿qué demonios andas haciendo con esos podridos golfos?, espera, ¡ya te daré yo en casa!».

La larguirucha muchacha de diecisiete años, flaca, descarada, linfática y llena de exigencias miserables, levantó la cabeza hacia su padre sonriéndole venenosamente. Luego, hizo una mueca torva a los caballeros cuando pasaban, y miró desafiante a uno tras otro con sus ojuelos acuosos y casi cerrados. Pero al final se detuvo en Türkheimer.

Éste se acercaba resollando bastante a pasitos muy cortos, poderosamente atraído por los hombros de la muchacha, donde la harapienta chaqueta dejaba asomar un trocito de una carne empalidecida en ambientes viciados. Ella le dejó describir una pequeña curva para que satisficiera su curiosidad. Sin un movimiento, por el rabillo del ojo, lo siguió con la vista. Los sonrosados agujeros de su nariz corta y respingona y sus delgados labios de color rojo rabioso resultaban unas manchas audaces en medio de su rostro lechoso. Y el pelo, del mismo color que la barba paterna, era más suelto y rizado, semejante a una estopa llameante que rodeara su cabeza.

Cualquiera tenía que captar la escabrosa seducción que había en su aspecto. También se tenía la sensación confusa de que la muchacha, ya muy atractiva, todavía no había alcanzado en absoluto el límite de impudor a que estaba destinada.

Türkheimer intentó cogerle el mentón con una mano; entonces la muchacha se

giró con tal violencia que Türkheimer recibió un codazo en el estómago. Pasando de largo ante él y Kokott, un brazo sobre la cadera, la cabeza inclinada hacia atrás y la boca tentadoramente abierta, le guiñó un ojo a Andreas.

«La pequeña Matzke, mírala, la pequeña Matzke», murmuró Türkheimer mientras subía a su coche, que acababa de llegar en ese momento.

«Debo decirle, Kokott, que me gusta. Tiene un cierto aire bautismal. Desde luego, el pueblo es la única cosa auténtica. ¿Qué opina usted al respecto, maestro?».

Andreas titubeó.

«Según como se mire».

«Comprendo. No es de su gusto... afortunadamente. Todavía no es usted lo bastante maduro para ello. ¡Un hombre tan joven, y con todos los éxitos que le aguardan!».

El tono más animado de la voz de Türkheimer llamó la atención de Andreas. La piel de los pómulos se le había enrojecido débilmente, y en la mortecina mirada de aquel gran hombre bailaba una llamita. Al parecer, también Kokott advertía todo esto; y con habilidad tomó parte en el asunto: «El señor cónsul general tiene mucha tazón. Esa muchacha se merece todas las simpatías. ¡Ese padre! Bueno, y a fin de cuentas, tampoco el padre es tan malo, es más desgraciado de lo que debería serlo un hombre solo. Dejaron que su mujer se muriera de hambre en la *Charité*. Y entonces, se comprenden ciertas cosas».

«Desde luego. Realmente no todas las cosas están bien en nuestra sociedad. Tiene que suceder algo en favor del pueblo. Envíeme a Matzke y a su hija a mi oficina privada».

Türkheimer tomó aliento y se arrellanó en los cojines.

«Febrero, y ya hace calor. Esa gente le puede enseñar a uno muchas cosas, yo no creo en la congelación social».

«Lo de la congelación no son más que patrañas», confirmó el arquitecto apoyándole.

Andreas se quitó el sombrero, los caballos se pusieron en marcha. Pero Türkheimer todavía saludó a sus acompañantes otra vez, asomado a la ventanilla. Se sacó una moneda de cinco marcos del bolsillo del pantalón y lo colocó como un cebo entre el pulgar y el índice.

«¿Sabe usted qué es esto, Kokott? ¡Haga usted la caricatura del judío!».

«Déme sus lentes, señor cónsul», le respondió Kokott. Se colocó las gafas en la punta de la nariz, que, de repente, se había achatado, abultó los labios y frunció la frente en sucias arrugas. Su rostro adoptó súbitamente una expresión codiciosa, preocupada e hipócrita.

Türkheimer se estremecía de risa.

«¡Bravo Kokott! ¡Tiene usted gran talento!».

«Tengo mucho talento, pero no tengo dinero, por desgracia».

Y, al tiempo que le devolvía las gafas, trató de atrapar la moneda de plata con la otra mano. El vehículo se puso en movimiento entre las animadas risas de los caballeros.

XII

¡Ésos sí que viven. Ésos sí que disfrutan!

Al regresar de la calle Lützow, donde Kopf y Andreas habían visitado la casa de éste todavía sin acabar de instalar, Kopf comentó: «Ha hecho usted una carrera magnífica, amigo mío».

«¿Sí?».

«Oh, sin duda. Desde luego, yo le predije un bonito éxito, como recordará. Pero no le creía capaz de tanto».

«Seguramente, me infravaloró. Le voy a revelar mi secreto. Sólo se trata de una simple observación psicológica: En el país de Jauja sólo se necesita parecer dichoso, para serlo de verdad en poco tiempo».

«Y a eso hay que añadirle una alegre falta de memoria», comentó Kopf para sí. Pues recordaba haber conducido a su amigo en otros tiempos a las profundidades de ese conocimiento psicológico. Entonces le dijo: «Pero conserve usted esa inocente capacidad de placer suya. Con ello podrá conseguir todavía cosas que ni imagina».

«¿Inocente? ¡Ah, bah!».

Andreas hizo una cara displicente.

«¿Qué quiere decir “inocente”? Hace poco, aquel gran día en que paseaba con Türkheimer por Unter den Linden hacia la Bolsa, le dije a la cara que era un hombre del Renacimiento, un prototipo de conquistador. Bueno, tal vez me lo creí yo mismo en aquel momento. No quiero negar que estaba entusiasmado por el rasgo artístico que se esconde en las estafas de esos financieros. ¿No opina usted lo mismo?».

«Oh, claro. ¿Pero es que ahora ha cambiado usted de juicio?».

«¿Y qué quiere? La gente como nosotros lleva una doble vida anímica. Desearíamos entregarnos a las apariencias, desearíamos disfrutar y asombrar como los demás. Pero nuestra literatura, el espíritu crítico de que estamos impregnados, nos muestra siempre de nuevo el aspecto poco agradable y mezquino que tienen las cosas. ¿No lo ha advertido usted también ya? Padecemos del dudoso placer de calar a las personas. Así, por ejemplo, ya no queda nada del hombre renacentista».

«¿De verdad?».

«Patrañas, caro colega, cuando le expuse que las funciones honoríficas de soberano, como, por ejemplo, ser asesinado por anarquistas, le correspondían a él solo en realidad, se pegó un susto. Y ahora le pregunto a usted, ¿si él pudiera llevar el nombre de Borgia tan bien como el de Türkheimer, se hubiera pegado un susto? No, nosotros deberíamos conservar siempre nuestra superioridad sobre esas gentes; no son más que explotadores comunes y corrientes».

«Es usted severo, querido colega».

«Pero justo. Porque esos se embolsan la fortuna nacional».

«¡La fortuna nacional!», repitió con energía.

Esta frase, de la que estaba orgulloso, le estimuló y agravó su juicio.

«¡Otro ejemplo! Türkheimer se propone provocar un crac, eliminar a un competidor y expoliar a un gran número de ciudadanos. Y a eso lo llama: sanear la situación. Tenga esto en cuenta. Antes de decidirse a realizar una gran acción, busca un eufemismo para describirla. Lo mismo hace con esa pequeña hija de trabajador, como ya le he contado. Cuando la cita a ella y al viejo en su oficina, utiliza para ello la frase siguiente: hacer algo por el pueblo. ¿Qué dice usted a eso?».

«Estoy desconcertado».

«Entonces se lo explicaré. ¡Ese pobre hombre siente escrúpulos de conciencia!».

«¡Ah!».

«Pues su mala conciencia le torturaría, si él no rodeara todas sus malas faenas con una capita moral. Confíe usted en mi experiencia: Entre los Türkheimer está uno rodeado de escrúpulos morales en el fondo, a pesar del mucho cinismo que prescribe el buen tono. ¡Al fin y al cabo, no son más que burgueses!».

«¡Qué cosas dice! ¿De dónde saca tanta sutileza?».

Kopf parpadeó sospechosamente. Con la alegría de un mentor altruista, gozaba al volver a encontrar tal cual en la boca de su afortunado alumno las enseñanzas con las que hace tiempo él mismo había dirigido los primeros pasos del joven por aquella escabrosa carrera. Y así le dijo: «Pero guárdese de que sus acaudalados amigos adviertan que les ve usted las cartas».

«¡Bah! ¡Qué me importa!».

Andreas jugueteó con los dedos.

«Como si ellos no necesitaran más mi amistad que yo la suya».

«¡No! ¿De verdad?».

«El mismo Türkheimer me lo ha dicho. Incluso me he propuesto meterme enérgicamente con él en la primera oportunidad que tenga. Si yo supiera...».

Y, con expresión de conquista, miró al infinito como buscando una posibilidad de mostrarle su poder al soberano del país de Jauja. Un penetrante rayo de luz relampagueaba sobre los arneses de los caballos y el farol de un coche, que, todavía muy lejos, subía por la calle Königgrätzer.

Kopf sacudió la cabeza en silencio, lleno de callados recelos. Ya había supuesto que ese joven apasionado sobrevaloraría muy pronto su posición en aquella sociedad. Esa dichosa confianza en sí mismo le sentaba bien, pero a pesar de todo, sólo se le podía aguantar un rato. Pero ¿y si cometía cualquier tontería excesiva que levantara contra él demasiados intereses heridos? ¿Y si se libraban de él? En ese caso quedaría prematuramente interrumpida una carrera esperanzadora. Entonces, por desgracia,

quedaría sin resolver la interesante cuestión de hasta dónde podría llegar un pupilo óptimamente dotado, un inocente trepador y vividor, un especulador inconsciente en el terreno abonado y preparado para él del país de Jauja. Sumido en sombrías intuiciones, el bien intencionado amigo se preparaba a recibir acontecimientos extraordinarios. ¿Qué peligros, destinados a hacerle dar un tropezón, se cernirían sobre ese pobre perrillo?

Sintió vacilar el paso de su acompañante; y entonces vio cómo Andreas estiraba el cuello, con los ojos de par en par, mirando boquiabierto a los pasajeros del vehículo señorial que, mientras tanto, había ido acercándose. En él se sentaba una joven dama, cuyo pálido rostro estaba rodeado de colores llameantes. Un monstruoso artefacto de plumas de color rojo subido se inclinaba, balanceándose y bamboleándose, sobre el pelo de un color algo más claro que ondeaba en torno a sus sienes, airosamente rizado. Sobre el vestido de visita de terciopelo verde, llevaba un Golf-Cape blanco, cuyo cuello rígido y alzado de piel gris hacía resaltar doblemente la llameante magnificencia del peinado y del sombrero de plumas. Entre las rodillas sostenía un bastoncito de paseo de puño de plata, y su mano derecha, cubierta por un guante blanco, acariciaba el largo y sedoso pelo de un gran perro que, con su pequeña y triste cabeza de hiena sumisamente inclinada, ocupaba el puesto de honor de al lado de la muchacha. En el asiento trasero se encontraba un caballero de barba roja vestido con elegancia. Miraba con hosquedad y presunción a los peatones sentado en una postura torpe y con las manos extrañamente fuertes, cubiertas de guantes de cuero amarillo, apoyadas en las rodillas.

Andreas se había llevado la mano al sombrero, pero la volvió a bajar; parecía estar dudando. Pero la dama levantó los impertinentes. En vez de llevárselos a los ojos, los agitó en el aire. Hizo señas a los dos amigos con las manos y les saludó con la cabeza, sonriéndoles cordialmente, muy entusiasmada. El paso amortiguado de los corceles la hizo desaparecer como envuelta en una llama que se encendía y se apagaba.

Los jóvenes se miraron. Kopf pestañeó un poco.

«Ésa era ella, la pequeña... la pequeña...».

«La pequeña Matzke», completó Andreas con solemnidad. «Era ella».

«Desde luego, usted se ha quedado atónito mirándolos, por no decir más, querido colega».

«¡Bueno, es que eso también es algo realmente magnífico!».

«Verdaderamente, no se puede negar».

«Realmente magnífico», repitió Andreas, como inmerso en pensamientos lejanos. Durante el resto del trayecto común sólo dio a conocer su agitación interna a través de algunas exclamaciones cortas.

«¡Caramba con la chiquilla! ¡Qué bien maneja ya los impertinentes!».

«¿Opina usted que los sostenía con corrección?».

«¡Y todo eso en menos de dos semanas!».

«Oh, las mujeres no pertenecen a ninguna clase determinada», comentó Kopf impasible. «Los más elegantes modales y el encanallamiento más profundo, son cosas con las que ya nacen. Se les pone un vestido nuevo y, en un santiamén, descubren en sí mismas los gestos más apropiados».

«¡Y el viejo!».

«Parece haberse reconciliado con las ruedas de goma, ¿no?».

«¡Y era un revolucionario peligroso!».

«Al parecer ahora le ha dado por cosas más consistentes. Türkheimer se lo debe de haber ganado».

«¡Y si esos camaradas se instalan en el país de Jauja!».

«Entonces, todavía puede arreglarse todo».

Cuando se separaron, Andreas repuso con renovado asombro: «¡El carruaje! ¡Por Dios, señor colega, y el lacayo de librea roja-dorada! ¡Pero si ese vehículo era incluso más exquisito que el de la señora Türkheimer!».

«Por eso, porque todavía era nuevo del todo», aclaró Kopf.

La estampa de la pequeña Matzke que se había deslizado ante sus ojos con dogo y lacayo, con un padre y un cochero de hermosos colores y llena de pompa, esta inquietante estampa no se le borró a Andreas de los ojos ni un instante. Durante aquellos días de Carnaval visitó bastantes salones de baile y embelleció sus noches gozando del vino y del amor. Pero, en medio de la euforia más festiva, se le presentó una cosa penosa, algo así como una aburrida obligación. En su primer encuentro, ante la nueva construcción de la calle Markgrafen, la pequeña Matzke le había sonreído a él, Andreas, de un modo provocativo. En aquellos momentos, Türkheimer no había recibido más que un golpe en el estómago; sin embargo, ahora la poseía. Lo más cómodo hubiera sido tranquilizarse al respecto, pero Andreas temía sufrir por ello una merma en su honor. ¿Es que Türkheimer tenía el derecho de quitarle una muchacha que hubiera preferido ser de Andreas sólo mediante los groseros atractivos de su dinero? ¡Un individuo tan rastrero como Türkheimer, un burgués de estrechas miras, un enemigo de la sociedad y un pobre diabético! Si Andreas se callaba ante semejante trato, entonces, es que posiblemente se había merecido ciertos apelativos ambiguos que le había puesto ahora el jovial humor de los poderosos del país de Jauja. En ese caso, era, tal vez, una especie de Pulcinella, un payaso y un protegido personal, una flaca distracción y un amable conversador que se salía de su papel cuando se tomaba algo a mal. ¡Pero al final se vengaría! Todo aquel benévolo menosprecio que sospechaba en los poderosos, él lo invalidaba de antemano con su ilimitado desprecio. Cuando estaba bebiendo champagne a una hora avanzada y en la alegre compañía de las damas, lanzó a la cabeza de Türkheimer un montón de los

calificativos más humillantes. Así, pues, le preguntó a Werda Bieratz.

«¿Dónde ha hospedado a su huesudo amor?».

«Lo de “amor huesudo” está bien. También sabes hasta contar chistes. Pues Türkheimer la ha instalado, ¿no lo sabías?».

«¿Dónde?».

«Westend, Villa Bienaimée. Una villa propia, queridito. El dinero no le ha importado».

«¿En seguida, toda una casa para esa poquita carne! ¿Cómo tiene tanta suerte esa mocosa?».

«Eso precisamente me pregunto yo. ¡Y con el aspecto tan corrompido que se le ve ya a sus diecisiete años!».

«¿Y lo de Bienaimée? ¿Qué pretende con eso?».

«Es su nuevo nombre, entra en su dote de novia. Achnes ya no era lo bastante bueno para ella, se ha vuelto fina, ya me comprendes, y todo le repugna».

Ya al día siguiente se encontraba Andreas ante la dorada verja del jardín, en la que se veía el sonoro nombre de la propiedad escrito en letras barrocas. El visitante descubría el edificio pequeño, elegante y airoso en las profundidades de un parque, oculto tras miradores e invernaderos de cristal para naranjos, como un lugar de ternuras secretas. Intercambió una mirada con la cabeza de Moisés jadeante de pasión que asomaba por el muro, sobre el cancel de cuatro hojas; luego, un sirviente con la librea de la casa Matzke le abrió la habitación de recibir.

El corazón le empezó a latir con más violencia; a la vista de tanta riqueza, no pudo librarse de un sentimiento del respeto hacia la poseedora, cosa que le irritó. Con los dedos cuidadosamente extendidos acarició la seda verde-clara con estrías de satén del mismo color de que estaban tapizadas las paredes y los muebles. Comprobó el peso de las sillas: pesadas estructuras de caoba de formas muy resaltadas y con remates de bronce auténtico. Andreas se sentó un momento en un ángulo ante la gran mesa. Unas patas de bronce, arqueadas, sostenían la plancha triangular de caoba en cuyo centro, sobre seda verde damasquinada, exhibía sus músculos un discóbolo alto de bronce. Bronce, caoba y seda verde: Todo anunciaba un gusto serio y tranquilo, acostumbrado desde antiguo a la prosperidad. No había ni rastro de las molestas veleidades de un advenedizo, ni de la propagandística sensualidad de la casa de una hetaira. ¿Era posible que aquí viviera un ser con el nombre de Matzke?

Andreas se acercó a la vitrina; detrás de los cristales brillaban lujosas alhajas: un autobús de filigrana con caballitos de plata, un sonajero de oro, una bombonera sembrada de brillantes. Venus, llena y esbelta, tallada en ónice, sostenía delante de su rostro un espejo que era una gran perla. En el momento en que Andreas se inclinaba ante el genio de Claudius Mertens, se abrió la puerta. La señora de la casa se acercó dando vivos saltitos para estrecharle la mano como a un compañero de juventud. El

llameante pelo de alrededor de sus sienes estaba tan espontáneamente encrespado como aquella vez, ante la nueva construcción de la calle Markgrafen; pero, en cambio ahora, crujía tras ella la cola de un camisón azul celeste estampado de rosas blancas de contornos dorados que, por debajo, abierto, dejaba ver un trozo de seda rosa de una prenda íntima. La pequeña Matzke le dio a su huésped la impresión inmediata de que estaba desanimada de tanta felicidad y de que, continuamente, por causa de un asombro prepotente, se estaba moviendo entre la risa y el llanto, en medio de una fiesta mágica a la que había ido a parar sin saber cómo.

«Buenos días», le dijo ella. «Cómo me alegro, señor mío, de volver a verle. Pues ya tuvimos el placer de conocernos hace poco».

Andreas se inclinó muy respetuoso.

«Me siento dichoso de que me recuerde, señorita Bienaimée».

«Pues claro. Kokott ya me ha revelado quién es usted. Preferí no preguntarle nada sobre usted a mi ilustre protector. Ya se sabe cómo son a veces estos vejestorios, podría interpretarlo mal. ¿Me comprende?».

«Tanta bondad, querida señorita Bienaimée...».

El rostro de la muchacha se iluminaba de agradecimiento cada vez que Andreas se dirigía a ella por su nombre recién adquirido. Ella observó: «Incluso he contado con toda seguridad con que viniera usted a bailar a mi Villa Bienaimée dentro de muy poco tiempo. Es usted un escritor famoso, y esas cosas hay que verlas de cerca, pues pertenecen a la cultura. Es que Türkheimer quiere que me cultive».

«Vaya, ¿así que también le exige eso encima?».

«Está entusiasmado con la idea. ¿Verdad que es demasiado? Pues las otras cosas que me pide ya son suficientemente asquerosas».

Se interrumpió con tanta habilidad como una dama mundana.

«Pero ¿a qué viene toda esta palabrería? Siéntese usted en alguno de mis silloncitos verdes».

Andreas miró alrededor, cautivado.

«Realmente, se ha instalado usted de un modo encantador, señorita Bienaimée. Ni siquiera en las mejores casas se encuentra con frecuencia un gusto tan elegante».

«Oh, esto no es nada. Luego le enseñaré una cosa, que se le van a salir los ojos. ¿Ya ha examinado mi electricidad?».

Y corrió hacia la consola que tenía cuatro figuras de muchachas de cuerpo añinado, hechas de alabastro transparente. Sostenían, con las manos levantadas, cálices de flores blancas en los cuales encendió la luz la pequeña Matzke.

«Aquí todo es eléctrico», aclaró ella. «Y no se crea que esta cosa sólo puede estar ahí. Ni hablar, la puedo arrastrar a donde quiera».

Y con una de las lámparas corrió hacia la mesa y se puso a encender y apagar la luz. Lo hacía con un dedo cuidadoso, pensándolo mucho y no sin temor, con el busto

apoyado sobre la tabla de caoba, los labios apretados de concentración y completamente entregada a su enigmática ocupación.

«¿Qué me dice ahora?», le preguntó la muchacha. «¡Y por si piensa usted que allá no funciona! ¡Ya lo ve, siempre funciona!».

Y recogándose la cola del camión saltó por encima del cable que había en el suelo, tal como si todavía estuviera saltando a la cuerda y con la misma gracia, aquí, sobre la multicolor alfombra de Esmirna, que antaño en las aceras. En una ocasión falló el juguete; la llama no apareció.

«¡Tú, basura!», repuso Bienaimée, pero en seguida se corrigió. «Iba a decirle, que no funciona siempre. Bueno, dejémoslo».

Apartó a las portadoras de flores a un lado y volvió junto a Andreas.

«Dígame, ¿su amigo también es escritor?».

«¿Qué amigo?».

«No finja. Ése con el que iba usted el otro día por la calle Koniggrätzer, cuando usted miraba cómo pasaba yo en coche con todos mis niños mimados».

«¡Ah!, ¿ése?».

En cierto modo, le extrañó que ella hubiera reparado en Kopf y lo hubiera retenido en la memoria. Pero le dijo: «Le conozco sólo de un modo superficial, es posible que también escriba, aunque no es nada conocido».

«¿Cómo se llama?».

«¿Que cómo se llama? Vaya, querida señorita Bienaimée, pregunta usted más que... Realmente, me trato con mucha gente diferente, y él ni siquiera pertenece a la sociedad selecta en la que suelo moverme».

La muchacha lo miró con picardía y abandonó el asunto.

«Y yo lo tengo sentado aquí, en una habitación sin ventilación», exclamó saltando de la silla. «Tengo que llevarlo de una vez a mi cuarto bueno».

Movió el pestillo de la puerta de caoba; la mitad superior era un espejo dividido por barras de latón en pequeños cristales cuadrados. Bienaimée se detuvo ante él, le guiñó un ojo a su propia imagen y, mediante el espejo, le lanzó una sonrisa picara a Andreas, que esperaba tras ella. Y luego, abrió la puerta que conducía a su suntuoso aposento. Atravesó el umbral en solemne silencio; carraspeó y miró a Andreas llena de expectación. Pero éste no pudo formar un juicio con tanta rapidez.

«No conozco otra cosa igual», dijo al fin, extasiado aún en contra de su voluntad. La muchacha respiró.

«¿Verdad que por fin le impongo respeto? ¿Y qué opina usted de esas criaturas desnudas de allí arriba?».

El techo ovalado estaba ricamente habitado por cuerpos sonrosados que vagaban por el limpio azur o que, rodeados de florecientes guirnaldas, descansaban uno en brazos de otro, mecidos en grandes conchas resplandecientes. Ingeniosamente

escorizados, mostraban unas veces sólo un pedazo de hombro, otras sólo las caderas. Algunos muslos aislados asomaban, henchidos, por entre miembros enlazados; mechones de pelo, no se sabía de qué cabeza, ondeaban en el aire como estandartes de oro.

«Seguro que es más difícil de lo que parece», comentó la pequeña Matzke con evidente admiración. Andreas volvió a hablar del efecto general que causaba la habitación.

«¡Y, qué bien entonan todos estos colores rojos! ¿Todo esto lo ha hecho usted sola, señorita Bienaimée?».

«Es usted un guasón. Sabe usted muy bien que no entiendo ni jota de estos asuntos. No, el que me ha comprado todo esto es un hombre llamado Liebling, una persona excelente».

«Es un buen amigo mío».

«Bueno, entonces ya sabrá el aspecto que tiene con su sucio faldón largo. Lo único es que siempre anda con la moral y que le marea a una con frases. Pero no cuenta las perras, y para qué va a hacerlo, a fin de cuentas, no son suyas».

«Desde luego, ya me era conocido el hecho de que mi amigo Liebling posee un gusto muy refinado».

Con las manos en la espalda, en la actitud de un conocedor, Andreas contempló la decoración de la habitación. Espejos tan altos como las paredes, y de cuyo cristal pulido sobresalían unos candelabros como brazos cristalinos, se empotraban en el tapizado de damasco rojo Burdeos. Por entre éstos, surgían los pliegues de seda de las cortinas color fresa que cubrían las cinco ventanas. Un bordado de ramos tornasolados, sobre fondo azul-pavo real, cubría el piano de cola «Erard», situado en el centro del parqué. Unas figuras danzantes, talladas en un gran colmillo de marfil, se inclinaban, sonriendo, hacia su amarillenta imagen reflejada en el oscuro espejo de una mesa de ébano. Unos pocos muebles, pequeños sofás y sillones dorados, estaban distribuidos por los ángulos del aposento y delante de la chimenea, cuya repisa descansaba sobre las nuca de jóvenes muchachos marmóreos. Sobre ésta, algunas vasijas esmaltadas y con incrustaciones de latón arqueaban sus vientres orientales, y arriba, colgaban dos cuadros españoles en marcos de suave colorido: una escena de iglesia, en la que se entremezclaban velos blancos y ojos negros, flores de azahar, mosaicos, casullas y coronas de mirto, envueltas por el reflejo de las velas y por nubes de incienso; y una guitarrista de considerable realismo, ya que se distinguían todos los pliegues de su vestido reticulado.

«¡Y tiene unos colores muy bonitos!», dijo la pequeña Matzke, que muy seria, con un dedo en la boca, permanecía ante ellos. Andreas señaló el hueco que quedaba entre ambos cuadros.

«Ahí todavía falta algo, ¿no?».

Ella afirmó con la cabeza.

«Ahí va una cosa superfina».

«¿Qué?».

«Ni se lo imagina. Es una cosa que siempre he querido tener, desde que yo no era más que una criatura todavía y tomé la confirmación».

La muchacha suspiró levemente y sacudió la cabeza. Andreas intentó animarla.

«¿Por qué no toca un poquito de música, señorita Bienaimée?».

«¿Es que quiere divertirse otra vez?».

Y en un salto estuvo ante el piano, lo abrió y rasgó las cuerdas de forma que éstas produjeron un sonido penetrante. Luego golpeó las teclas; una tras otra, descubrió tres notas de «Salud a ti, vencedor».

«Y la tiene», comentó la muchacha. «Es verdad. Bueno, ahora enséñeme usted las piezas que conoce, y lo que ha aprendido junto a la gente fina. Pues usted ya lleva con ellos mucho más tiempo que yo».

Andreas se sonrojó. Y al punto se lanzó rabiosamente sobre el teclado. Intentó recordar alguna melodía, pero sólo halló una polca y comenzó a martillearla. Y le arrancó un ruido tan ensordecedor al instrumento, que los cristales tintinearón y los candelabros rechinaron. Los pliegues de las cortinas de seda crujieron y susurraron, una puerta se abrió de par en par, y la pequeña Matzke fue arrastrada como en una tormenta. Giró, arrebatada por un súbito frenesí de Ménade, agitando los brazos en el aire, la cabeza echada hacia atrás, con su rojo pelo ondeando en torno a su amarillento rostro y con los ojos cerrados y la boca de par en par, envuelta por la cola del camión que, como un enorme plumaje azul, ascendía y descendía revoloteando. Un choque ciego con la mesa de ébano, que hizo caer del estante el colmillo de marfil, sacó a la propietaria de la Villa Bienaimée de su delirio. Se detuvo, apretándose el corazón con una mano, jadeando, y aun semiinconsciente, y, sonriendo de felicidad, susurró: «Eso ha estado muy bien».

«¡Lo que hubiéramos disfrutado!», comentó, algo más repuesta. «Vamos».

Atravesando el comedor, donde un suntuoso aparato de plata esparcía una luz blanca por el oscuro artesonado y por los ribetes del aparador de madera tallada, y un salón de columnas de roble con muebles tapizados de terciopelo ámbar a cuyas ventanas se asomaban naranjos en flor, llegaron a la escalera. Arriba, se inclinó un lacayo. Bienaimée le hizo un gesto con la cabeza.

«Es Friedrich, mi criado», dijo la muchacha. «¿Verdad que es un hombre muy guapo? Podría serme peligroso. Pero Antón, ya lo verá, tiene todavía más encanto. Antón es mi cochero».

«¿Ya ha limpiado aquí?», preguntó ella con un asomo de severidad. Pero en seguida se giró hacia Andreas.

«Es que Friedrich les quita el polvo a todos estos cachivaches, es asquerosamente

hábil con los dedos, podría coger una pompa de jabón sin romperla. Desde luego, yo no toco nada».

Y al mismo tiempo, señaló los delicados bronce, las figurillas de Heissen y de Sévres que había, a lo largo de todo aquel corredor decorado en rojo oscuro, sobre los tableros de cuero incrustados en pequeñas mesas metálicas.

Ante el dintel del dormitorio, le dijo la muchacha: «Y ahora, de cabeza al placer».

Pero Andreas retrocedió asustado; delante de él había alguien, una matrona pulcra y gorda, de pelo negro y aceitoso sobre una frente maquillada de color blanco, y con los brazos, el pecho y la barriga cargados de resplandecientes azabaches artificiales. Los saludó con solicitud, al tiempo que la pequeña Matzke le explicaba: «Esta dama es la señora Kalinke, éste es un buen amigo y socio de Türkheimer. Mi protector me lo envía para que visite mi Villa Bienaimée».

La matrona respondió: «Vaya, vaya, criatura, no se esfuerce en convencer a su Kalinke, ella sabe muy bien cómo son los jóvenes y qué deseos encierran sus corazoncitos».

Suspiró un poco, les amenazó pícaramente con un dedo cubierto de anillos, y se retiró, llena de discreto celo, por el corredor rojo, entre el tintineo de sus falsos azabaches.

«La buena de Kalinke», comentó Bienaimée, «tengo que regalarle alguna cosita por el buen corazón que tiene. Pero ¿qué le parece Türkheimer, que me regala a una como la Kalinke como dama de compañía? Lo único que saca con eso es tener a dos rondándole en la cabeza, en vez de una sola. Una también se siente atraída por un hombre así. Tiene algo. Es gallardo y nada más. Puede usted creerme».

«Es curioso», pensó Andreas. «Todo resulta simple a los ojos de una muchacha así. El más grande de los hombres se vuelve loco por ella, y ella no siente respeto por ninguno de nosotros».

La observación de este hecho lo irritó; con bastante frialdad repuso: «Esto es bastante acogedor».

«¿Verdad?, un bonito motivo para dormir».

Sobre la seda azul de que estaba tapizada la habitación, flotaban negros marcos de cuadros, como grandes insectos en un cielo estival. Un espejo con un impresionante bastidor de ébano se alzaba en medio de la alfombra de tejido dorado. La chimenea de *ñero antico* mostraba un grupo de luchadores bronceos.

Bajo el baldaquino, entre las pesadas columnas salomónicas, estaba la cama, un poco abierta. Andreas vio una cosa blanca por entre los pliegues de seda azul, un trozo de lino que parecía conservar las tiernas huellas de unos miembros a los que había cubierto no hacía mucho. A pesar de todo, aquel lecho monumental exhalaba una frialdad que excluía toda emoción íntima. El joven atravesó el aposento con pasos seguros, sin prestar atención a los astutos guiños de su acompañante.

Allí, cerca, reinaba una penumbra verdosa. Del techo pendía una lámpara de cristal; las paredes gris claro, cercadas por listones dorados, no quedaban interrumpidas por ninguna ventana. Formaban un octógono, cuyas caras se abrieron bajo una presión de la propietaria. Andreas dio un respingo cuando vio su guardarropa. A pesar de lo natural que se sentía en el país de Jauja, a pesar de ello, ninguna de sus habitantes femeninas le había enseñado su ropero todavía. Y ese lujo femenino, la despreocupación con que una criatura cualquiera, aunque fuera fea, llevaba sobre el cuerpo la fortuna de una familia, esto poseía para él un encanto excitante.

Cuidadosamente, pasó el dedo por una prenda de satén, dejó resbalar por su mano una manga de terciopelo y palpó un corpiño de encajes con curiosidad. Se preguntó, dónde habría sido adquirido todo aquello con tanta urgencia. Tal vez se trataba de los atuendos de Lizzi Laffé: ¿es que Türkheimer los habría hecho estrechar hasta la mitad para la pequeña Matzke? La muchacha corrió una última cortina: «Y estas cosas tan feas de aquí me las tengo que poner cuando mi protector viene a tomar café y tengo que bailar algo».

«¿Es que no se lo cree?», añadió. «Desde luego, ninguna persona sencilla se puede hacer una idea de lo pervertidos que son estos viejos verdes».

Andreas evitó con precaución todo contacto con aquellas extrañas prendas de vestir parecidas a camisas, cuyo corpiño no era más que un estrecho cinturón y que, plegadas en mil pequeñas arrugas rectas, ondeaban a uno y otro lado ante cualquier soplo de viento como telarañas. Le encantaban sus pálidos tonos, sembrados de granitos de oro y plata. No pudo por menos de pensar en el sonriente y satisfecho Türkheimer que contemplaba las lascivas contorsiones de una criatura blanca, a cuyo alrededor ondeaban unos vestiditos centelleantes y unos cabellos rojos. Y empezó a sentir un calor sofocante. Toda la inquietante femineidad que parecía ocultarse en aquellas prendas pensadas para seducir, manaba de los armarios, desde todas partes, hacia él. Detrás de Andreas, la pequeña Matzke soltó unas risitas. La calma del joven ya estaba algo mermada cuando éste echó a andar de nuevo.

«Aquí es dónde me arreglo», explicó Bienaimée. «¿Qué le parece mi bañera?».

«Sumamente original», dijo él.

«¡Es usted de hielo! Yo siempre pienso que a cualquiera que le enseñe mi bañera tiene que gritar “hurra” tres veces y hacer una reverencia».

En el centro de la gran habitación chapada de azulejos de colores se encontraba la bañera. Tenía la forma de una concha a cuyo sonrosado fondo conducían tres peldaños de mármol blanco. Al otro lado de la barandilla dorada que rodeaba el estanque, entre ventanas con vidrieras, y tras unas cortinas claras y bordadas, había unas mesas largas lacadas en blanco, sobre las que se amontonaban los objetos de marfil.

«Un montón así de peines», dijo la pequeña Matzke. «Y además las cajas, y los cepillos, y las borlas, y las bandejas, y las cazuelas, y los botes y los pinceles y las botellas, y todas esas otras monerías que ni sé cómo se llaman. Y ni siquiera Kalinke lo sabe, y eso que ya lleva tiempo en el negocio».

«Esto de aquí son perfumes, ¿no?», le preguntó Andreas, señalando a las repisas de vidrio sobre las que se alineaban frasquitos de cristal.

«Eso es», le respondió la muchacha. «Y me unto toda la piel con ellos. Cuando estoy metida en el agua caliente jugando, Kalinke me va salpicando, primero con una botella y luego con otra. Entonces, resulta que por delante huelo de una manera y por detrás de otra. Es estupendo, por así decirlo».

«Desde luego», le dijo Andreas con la mente totalmente en blanco. Los densos aromas mezclados de aquella habitación sobrecalentada se le subieron a la cabeza, su frente enrojeció. La escena que Bienaimée acababa de pintar excitó su imaginación, se sentía dispuesto a dar un golpe de mano.

«Y también hace un bonito calor aquí», repuso ella. Con la punta de la lengua en el ángulo de la boca, contempló a Andreas con su viciosa mirada oblicua.

«Da usted unos saltitos muy chocantes», comentó.

Andreas le había colocado de repente el brazo alrededor de las caderas, la atrajo hacia sí e intentó alcanzar su cuello con los labios. Pero la muchacha se inclinó muy hacia atrás, y le rechazó con el mismo doloroso golpe en el estómago con que había recompensado el primer cumplido de Türkheimer.

«¡Quite las manos o le araño!».

Andreas estaba atónito.

«Pero señorita Bienaimée, yo no intentaba eso. No irá usted a creer que...».

«Y usted no va a decirme cómo ha sido la cosa... Está claro que usted me ha querido faltar al respeto que me debe. Pero le ha salido mal, pequeño».

La pequeña Matzke dio algunos pasos dignos mientras se empolvaba la cara con una borla. De repente le tiró a la cabeza todo el contenido de la caja.

«¡Parece usted necesitar un descanso!», le dijo.

Y mientras Andreas se estaba sacudiendo el traje todavía, le llevó hacia la puerta.

«Pero ahora nos instalaremos en mi gabinete, y allí hay que comportarse como Dios manda. ¿Me comprende?».

Andreas se sentía ahora muy calmado, casi amable, y se permitió preguntarle: «¿Así que no quiere?».

«Yo no he dicho nada», repuso ella, llena de bondad. «Sangre fría y vestidos calientes, eso es lo que importa. Además, nosotros dos estamos destinados, con toda seguridad, a conocernos más de cerca y a apreciarnos».

El joven se dijo, con satisfacción, que su petición estaba prácticamente concedida.

«Esto es acogedor de verdad», comentó, con un grato sentimiento provocado por

la iluminación tenue de la sala. También aquí, las altas ventanas tenían pequeños cristales enmarcados en plomo. Cómodos sillones tapizados de terciopelo, divididos en zonas por multicolores bordados a mano, descansaban sobre una blanda alfombra roja delante de mesas con remates de bronce. Desde el tapizado gris-plata de las paredes sonreía la imagen de tamaño natural de Türkheimer, satisfecha de sí misma y benévola.

Cuando ambos estuvieron sentados uno frente a otro, hundidos en dos sofás bajos, Bienaimée dijo: «Vaya, vaya».

Andreas la miró lleno de esperanza. Ella repitió de nuevo: «Vaya, vaya. Cómo juega la naturaleza. Un genio así viene de arriba».

«¿A quién se refiere usted?», preguntó Andreas, enrojando de dicha. ¡Así que, a pesar de todo, él le inspiraba respeto!

«Su amigo, ése con el que iba usted hace poco por la calle Koniggrätzer, debe de ser un genio realmente grande».

«¡Oh, déjelo estar!», gritó con viveza, cuando Andreas, muy desilusionado, intentó poner reparos. «Es usted un hombre muy fino, y tampoco está mal por fuera, pero si opina que su amigo es un escritor sin importancia, entonces déjeme decirle: ¡Ni hablar, corazoncito! Usted es quien no tiene nada dentro».

«¿Y él sí?», repuso Andreas ofendido. Ella hizo un elegante gesto negativo.

«Por favor, señor mío, nada de distinciones. Yo entiendo mucho de eso, puede creerme, y a un genio lo reconozco ya desde muy lejos. Me doy cuenta sólo por el hecho de que su chaqueta negra le viene un poco estrecha. Tanta pobreza y, a pesar de ello, un porte tan noble, como si os dijera a vosotros, monos presumidos: Os permito que me cambiéis un fénig».

La muchacha bajó la voz.

«Es que tengo la idea de que podría ser muy bien de origen ilustre».

«¿De verdad lo cree?».

«Tengo mis motivos. Pues es que él tiene un gran parecido con el bello príncipe que conocí una vez, todo vestido de satén azul con grandes mangas de farol y calzas de punto a rayas azules y blancas. Era el hombre más bello que he visto nunca, y jamás, jamás podré olvidarlo».

Andreas la contemplaba. ¿Era ésta la misma pequeña Matzke que había saltado por encima del cable eléctrico como si fuera una cuerda, que había estado bailando su polca y lo había cubierto de *Poudre de riz*? Ahora, soñaba con los ojos muy abiertos y húmedos y una cándida sonrisa en el rostro.

«¿Dónde lo conoció?», le preguntó Andreas.

«Fue en mi más temprana juventud, yo era una mocosa, y cuando mamá iba a lavar la ropa a las casas, me llevaba consigo. Y una vez, en el lavadero de un consejero privado, allí lo encontré. Estaba pintado en una vieja caja de jabón que

andaba rondando por el agua sucia. Y yo, una pequeña criatura, me enamoré hasta morir de aquel bello príncipe y quise quedármelo. Pero otra chica que se llamaba Bertha me lo quitó. Todavía hoy la sigo odiando».

Parecía perdida en sus recuerdos. Andreas la animó a que siguiese hablando.

«¿Y su príncipe de la caja de jabón y mi acompañante del otro día se parecen?».

«Ya se lo he dicho. Como dos huevos podridos. Y lo único que falta es que su amigo lleve mangas de farol y calzas de punto a rayas azules y blancas».

«Todo eso pertenece, sin duda, al príncipe azul».

«¿Lo ve? Por eso se me ha ocurrido una idea clásica y quiero organizar aquí, en mi Villa Bienaimée, un baile de máscaras, para lo cual reuniré a la banda de Türkheimer y todo el jaleo. Entonces, podrá ver a mi príncipe y lo bello que es. ¿Qué le parece?».

«Asombroso».

«Se me ha ocurrido esa idea clásica gracias a usted, porque me ha tocado usted algo al piano en mi habitación buena. Qué piso más bonito para bailar, he pensado allí. Tengo que bailar aquí la polca con él. Será una gloria».

De repente, estuvo junto a él en el sofá; acercándosele mucho, juntó sus caderas con las de Andreas.

«Va, no sea así», le rogó, «y dígame cómo se llama y dónde vive...».

«No lo sé».

«Le regalaré algo también».

«¿Cómo a Kalinke?».

«Algo más fino, claro».

«Pero es que no lo sé».

Ella suspiró.

«Entonces, está bien claro. Nadie sabe, con seguridad, quién es él. Eso es lo misterioso y el origen ilustre. Me siento muy diferente sólo con pensar en él».

Y con rápida decisión corrió al escritorio, abrió la carpeta de cuero repujado, y regresó junto a él con un papel.

«Ya le he escrito una carta, tiene usted que dársela la próxima vez que lo vea. ¿Me hará ese favor?».

«Con mucho gusto», dijo Andreas con fría cólera.

«Ya lo sabía. Es usted una persona muy simpática. Y tiene usted también que repasar la carta ésta. Ya me comprende, a lo mejor sólo está bien en parte, y qué impresión tendría de mí si hubiera faltas de ortografía».

«Comprendo».

«Espere, le encenderé mi electricidad, esto está un poco oscuro».

Le acercó la mesa de la lámpara y le enderezó el cojín de la espalda con presteza. Andreas deslizó la vista por aquellas líneas cuidadosamente trazadas. Lleno de

pensamientos iracundos, se mordió el bigote. ¡Por eso le había querido destrozar los nervios con la suntuosidad de su dormitorio, por eso le había dejado meter la nariz en su ropero y en su bañera! Convertido en un esclavo enamorado, tenía que servirle de emisario de sus tiernas misivas. Pero le apreciaba en menos de lo que valía. Él, que no temía la rivalidad de todo un Türkheimer, también sabría barrer muy bien de su coto de caza a un hombre de sentimientos como Kopf, incapaz para la acción. «Astuta arpía», se dijo secretamente, «jamás descansarás sobre el pecho de tu príncipe azul. —¿O tal vez sí?», añadió. Un plan diabólico empezaba a tomar forma en él. Entretanto, llegaban a su conciencia frases sueltas de la pequeña Matzke.

«... y usted, desde luego, será noble y magnánimo, cosa que me alegraría muchísimo».

«Usted, estimado señor, ha sabido conseguir mi aprecio en muy poco tiempo, y encima, seguro que es usted de origen ilustre, sin saberlo. Esto ocurre con mucha frecuencia, y ya llegará a sus oídos».

«Pobre y noble como usted, lo he sido yo también en otros tiempos y ahora, aún con tanta pasta, no me he vuelto orgullosa».

Andreas se dijo que allí estaba todo: el sentimentalismo barato de aquella buena chica y su fantasía de folletín. Apenas sentada sobre los cojines de su landó, con cochero, perro, padre y lacayo, se enamoraba, llena de emoción, de la primera chaqueta gastada que se encontraba, y sin más la transformaba en seda azul.

Bienaimée continuó dirigiéndose a su ideal.

«Si usted ve pasar a uno de nosotros sobre ruedas de goma, entonces, seguro que exclama usted: ¡Ésos sí que viven, éstos sí que disfrutan!, como decía siempre un copista que era inquilino nuestro cuando todavía vivía mamá, y llegaba por las noches de la destilería y veía pasar a los señores con esos presuntuosos carruajes por la calle Friedrich. Con lo cual no pretendo en absoluto colocarle a la misma altura que aquel miserable. Sólo quiero que se dé cuenta de que éstos que viven y disfrutan también tienen sentimientos hacia la pobreza, y, aunque tengo una indudable convicción cristiana, a pesar de que no soy una beata y no conozco el fanatismo como cierta gente, y odio a los curas y realmente soy demasiado ilustrada como para...».

La escritora se perdía en detalles superfluos. Al final, exponía su invitación para el baile de máscaras que tendría lugar ocho días más tarde.

«Cuento con usted por encima de todo, y yo, su leal Bienaimée Matzke, le doy las gracias por anticipado».

«Sabe usted expresarse con una gran seguridad», le dijo Andreas levantándose.

Ella le respondió: «Me alegra muchísimo. ¿Entonces se encargará usted de mi carta y me lo traerá el próximo miércoles con mangas de farol y calzas de punto aquí, a mi Villa Bienaimée?».

«No perderé un minuto».

Se despidió formalmente y marchó en seguida en coche a ver al señor Behrendt, a quien encargó el atuendo descrito por la pequeña Matzke. Esperaba presentarle ante los ojos toda la felicidad de sus recuerdos de niñez, para, así, hacer caer en el olvido la raída chaqueta de Kopf. Su plan era añadir a la imagen soñada de la muchacha su propio encanto personal. ¿Y por qué no iba a atribuirle a él, en vez de a cualquier otro, un discreto carácter principesco al fin y al cabo?

Pero, por otra parte, le ofendía tener que encarnar un ideal surgido de un lavadero y de una caja de jabón. Y además, ganarse a una criatura proletaria significaba, desde luego, descender hasta el sentimentalismo del pueblo. Con la mente clara, y libre ya de las influencias de los perfumes y de las suntuosas tentaciones de la casa de la muchacha, Andreas reconoció para sí que la pequeña Matzke, en realidad, no era de su gusto. Lo que había fascinado del país de Jauja a ese joven necesitado era la plenitud, el hábito a la abundancia desde la juventud, una carne más exquisita que la que se podía conseguir en cualquier otro lugar, alimentada por delicados manjares, impregnada de esencias caras y cuidada y conservada de continuo con unos remedios increíblemente sofisticados. Por el contrario, por el roto del hombro de Achnes Matzke no había asomado nada más que esa piel desmedrada de la gente pobre. Antes de los veinticinco años tendría ya arrugas. ¡Pero esta joven delgada que ya respiraba decadencia había encendido una última llama en los ojos apagados de Türkheimer! Entonces es que algo se escondía detrás. La frase de aquel gran hombre «cuántos éxitos aguardan todavía a un hombre tan joven», excitaba la vanidad de Andreas. Consideró un deber serio perfeccionar su educación de hombre de mundo con la posesión de Bienaimée.

Cuando se probó por primera vez ante el tocador el jubón de satén de enormes mangas de farol de tiras amarillas, los pantaloncitos bombachos y las calzas a rayas blancas y azules, se sorprendió y quedó fascinado. Se colocó la gorra de peluche azul sobre la larga peluca rubia y rizada, se ciñó la daga, y se echó sobre los hombros la manteleta azul-plata. El señor Behrendt había escogido las telas más ricas; el broche de brillantes de la pluma de garza era auténtico. Andreas se dijo que apenas podría acercarse uno más al hechizo de aquel cuento de hadas, y que, ni en las épocas más sensuales, habrían abundado por el mundo hombres más bellos.

La noche de la fiesta se retrasó, porque le asaltó el recuerdo de Adelheid. Trastornado, se dejó caer en un silla. ¡De modo que ésta era la hora, prevista ya desde hacía mucho tiempo, en que el artista apartaba de sí a la amada, ya agotada, en favor de objetivos más altos! ¡Ah!, la llorosa mujer que se aferraba a él no le retendría. Se rizó de nuevo su suave barbita con unas tenacillas calientes, y partió.

El vestíbulo estaba vacío, pero una inaudita aglomeración de invitados lujosamente vestidos parecía moverse entre los tapices de damasco del salón rojo. Los espejos enfrentados daban una falsa impresión de salones infinitos, en los que

sedas brillantes, gasas transparentes y blancos encajes se mezclaban con terciopelos exuberantes. Los resplandecientes cuellos de las mujeres, en contraste con los densos colores de sus atuendos, la luminosidad de sus ojos y todas aquellas alhajas con sus reflejos azules, amarillos, rojos, verdes y violetas en aquella distancia fulgurante, aparecían como un gigantesco ramo de flores que chispean eléctricamente.

Desde el dintel, buscó a la señora de la casa. Ésta permanecía en medio de un círculo de parejas danzantes, al lado de un caballero grueso, a quien le estaba sacando la lengua en ese momento con inmovilidad desusada. Andreas pronto comprendió el motivo de ello. Su pecho medio desnudo resultaba apenas cubierto por una cinta plateada; pero de cintura hacia abajo, la pequeña Matzke estaba embutida en una estrecha funda cubierta de brillantes escamas, cuya prolongación se arrastraba por el suelo, tras ella, formando rígidos pliegues. Los pies asomaban por debajo, a través de una estrecha abertura, y resultaba un enigma en qué modo pensaba utilizarlos la muchacha. Pero, en cuanto advirtió la presencia del príncipe azul, empezó a avanzar a pasitos diminutos y apresurados, en medio de un evidente nerviosismo. Agitó los brazos en el aire con suavidad, de modo que algunos de los aros de oro resbalaron hasta sus axilas tintineando. En su esfuerzo por ir más aprisa de lo que permitían sus piernas impedidas, inclinaba el cuerpo hacia delante. Los mechones de pelo entretejidos con grandes estrellas azules se ensortijaban alrededor de los puntiagudos hombros de Bienaimée como serpientes de fuego.

Lo empujó hacia la habitación de visitas verde que había detrás, y cerró la puerta tras de sí. Mientras tanto, no le quitaba la vista como si temiese que él se le escapara de repente como un sueño excesivamente hermoso. Lo contempló, feliz y temerosa.

«¿Es usted de verdad?», le dijo con una voz temblorosa. Pero al punto se cortó. Andreas repuso: «Soy yo, bella Melusina».

«¡Atiza!».

Lo miró fijamente a los ojos. Y, de repente, puso los brazos en jarras.

«¡Qué broma es ésta! ¡Usted no es él!».

«Soy Fortunato, el príncipe azul en persona», aseguró Andreas con caballerosa gentileza. Pero no fue capaz de vencer la iracunda desilusión de la muchacha.

«Le voy a decir lo que es usted, ¡es usted un frescales, por si quiere saber algo nuevo!».

Andreas sacó su carta de la manopla.

«Aquí os devuelvo vuestro pergamino, bellísima señora. No he podido hacerla llegar al príncipe al que me enviasteis. No estaba en el registro de la policía».

«¿De modo que piensa usted que puede tomarle el pelo a su Bienaimée y disfrazar de príncipe azul su estúpida persona? ¡Oh, pues se ha equivocado de medio a medio!».

«Bella Melusina, permitidme tan sólo...».

«¿Qué anda usted diciendo todo el rato de “su Melusina”? No le permito esas alusiones. ¡Jovencito!, ¿qué modales son éstos?».

Andreas retrocedió tambaleándose; no estaba preparado para oír salir de labios femeninos otra vez la terrible frase de aquella chica flaca de la barra del Café Hurra. Le había ido a dar en una zona demasiado dolorida de su corazón, y se encolerizó.

«Al fin y al cabo puedo vestirme como quiera», comentó. La pequeña Matzke se echó a reír con desprecio. «Y encima se ha maquillado toda la cara de color rosa. Le señalaría imperiosamente las puertas de mi Villa Bienaimée, pero me ha dejado usted tan fría, señor mío, que por mí, puede usted quedarse».

«Muchas gracias», repuso él, y la siguió. Pasó bastante tiempo hasta que ella, embutida en su jaula de cartón, llegó al salón. La muchacha gritó con voz estridente: «Sitio para un payaso. ¡Aquí viene el príncipe azul Frescales!».

«Fortunato», corrigió Andreas con modestia. Kaflisch, del *Correo Nocturno* se acercó cantando:

«Vienes y, sin embargo, empieza a ser demasiado tarde».

Llevaba un pintoresco abrigo de ladrón y un sombrero puntiagudo, e iba rascando continuamente una mandolina. En sus labios, todo se transformaba en una melodía.

Una criatura femenina, pequeña y de falda exageradamente corta, empezó a brincar delante de los pies de Andreas gorjeando. Por delante, le golpeaba las piernas un satén blanco, por detrás un terciopelo azul oscuro. En los hombros llevaba unas alas gigantescas, y sobre su peinado descansaba una gran cabeza de pájaro de largo pico y ojos de vidrio. El antifaz, tan estrecho como unas gafas, le cubría el rostro apenas desde las cejas hasta el dorso de la nariz.

«¿Me conoces, bello príncipe?», le preguntó.

«Todavía no».

«¡Soy una golondrina, y voy anunciando por todas partes el verano, con sus flores y tibias brisas!».

Y chillando y agitando los brazos, se alejó de allí. Sus aletazos le daban en los ojos a todo el mundo, estropeaban los peinados de las damas y provocaban una hostilidad general.

«Ésa era Werda Bieratz», comentó Andreas. «Buenas noches, señor Liebling».

Un mago persa de abrigo negro, con el bastón y la alta mitra cubiertos de signos místicos, se pasó una mano pálida por su barba color ébano.

«¡Ésos sí que viven, éstos sí que disfrutan!», dijo con un gesto amplio. Y en seguida añadió: «Mire esto, mi querido joven, podría usted tener una cosa igualmente bonita».

«¿Cómo?».

«Se está usted poniendo una casa nueva en la calle Lützow, no lo niegue, amigo. Uno se entera pronto de esas cosas, porque el mundo es tan pequeño... Bueno, ¿qué

iba a decirle? Si usted me hubiera otorgado su confianza a mí, su más viejo amigo, todo estaría hecho ya desde hace mucho tiempo. ¿Qué digo? Estaría hecho por la mitad de precio, y a pesar de ello, mucho más bonito. ¡Pregúntele usted al mismo cónsul general! Pregúnteselo a nuestra amable anfitriona, la señorita Bienaimée Matzke. ¿Qué no le he procurado? Hasta su nuevo nombre se lo he procurado yo, y todo lo demás le ha resultado igualmente barato».

La orquesta invisible tocaba un «Sir Roger». Pimbusch pasó, girando gentilmente con una atildada gitana vestida de Satin-Duchesse y cubierta de brillantes. El señor feudal del ron, vestido de frac y dominó, les dijo desde lejos por gestos: «¡Ésos sí que viven, éstos sí que disfrutan!».

Pimbusch no soportaba a nadie de la sala a quien él no hubiera iniciado en esta fórmula. En sus labios resultaba sacramental. Si hoy alguien, digno de compasión, hubiera aparecido tardíamente con la expresión, de moda en otro tiempo, de «santa inocencia», bajo las miradas de Pimbusch hubiera tenido que darse cuenta de que estaba desfasado.

Lizzi Laffé se exhibía del brazo del señor von Rcszscinski, pomposamente envuelta en los pliegues de terciopelo blanco de su vestido renacentista de talle estrecho, mangas muy abombadas y bordado, de pies a cabeza, con arabescos dorados.

«Va demasiado ceñida», le comentó Andreas a uno que bostezaba a su lado, «pero lleva un escote muy discreto. ¿Y para qué va a hacer más? Tiene razón al negarse a exhibir unos méritos, que, de todos modos, no son desconocidos para nadie».

Desde que el impulso amoroso de Asta, tan fatal para Lizzi, había sido sofocado con su ayuda, Andreas le manifestaba una simpatía desinteresada a la antigua amiga de Türkheimer.

«Es bueno», comentó, «que, al menos, se mantenga parcialmente entre nosotros a causa de Rcszscinski. ¿Qué sería del país de Jauja sin ella?».

«La señora es la reina de la fiesta», le dijo cuando ella pasó muy cerca de su hombro al bailar. Lizzi le hizo un gesto agradecido con el abanico.

Pero los hombres se apiñaban estirando el cuello, formando un cerrado círculo alrededor de la señora de la casa. Incapaz de moverse del sitio, la muchacha entretenía a sus admiradores contorsionando el busto como una bacante.

«¿Verdad que ésta es una vida como la del verano?», gritó.

«Y hay de todo, y si uno desea alguna otra cosa, sólo necesita decirlo. Se compra todo, aunque resulte difícil. Miren ustedes ese bonito cuadro de colores que hay allí, sobre la chimenea».

Todas las cabezas se giraron. A una altura algo menor que la de las magníficas obras de Benlliure y Villegas, en el sitio de honor que quedaba entre ambos, colgaba ahora un horrible óleo de pesado marco dorado, la representación sentimental de la

sencilla felicidad familiar burguesa. Bienaimée explicó conmovida: «Ésta es la cosa esa que siempre he querido tener desde que yo no era más que una criatura todavía, y tomé la confirmación. Quería tenerlo, aunque hubiera costado cinco fénigs. Mi ilustre protector ha ido de cabeza por su culpa, y el señor Liebling se ha mamado cincuenta marcos sólo en coches de punto hasta que consiguió esa cosa. ¿Y qué, eh? ¡Pues que, como ven, aquí está esa cosa!».

Diederich Klemptner, que estaba estrechándole la mano a Andreas, le comentó: «Y pensar que nuestros bestiales instintos nos hacen perder la cabeza de tal modo, que, por un momento, olvidamos la grosera ridiculez de estas hembras... ¡Pero, estése atento, próximamente les voy a dar qué hacer a éstas!».

Desde que Klemptner, apoyado en el señor von Rcszscinski, mantenía sólo una relación laxa con el país de Jauja, le había dado por sostener, cada vez con más decisión, opiniones demagógicas, contradiciendo así su aspecto conservador. Andreas temía dañar su propia fama si lo trataba en público; se alejó de su colega. Sin embargo, las ruidosas frases de la pequeña Matzke también le habían dejado una impresión penosa a él. Intuía que él mismo, con todo su hechizo de cuento de hadas, despertaba en el alma de aquella feliz criatura proletaria fantasías parecidas a las de aquella baratija sentimental. La dicha familiar y el príncipe azul procedían, posiblemente, de un solo y mismo lavadero. ¡Qué vergonzoso era! ¡Cuántos recuerdos mohosos de trastiendas se habrían mudado aquí junto con la hija del camarada Matzke, para vagar por aquellos suntuosos aposentos como espectros míseros!

Poco a poco, sus malignas reflexiones fueron extendiéndose a toda la reunión. La Golondrina que anunciaba el verano no era, en absoluto, la más poética de entre las ocurrencias de las damas. Una Cocinera vestida de seda rosa, muy escotada y con los brazos desnudos, con un delantalito de encaje y una cofia de muselina, hacía tintinear las cucharas de madera, las sartenes y los rayadores que se balanceaban colgados de su cuerpo y del borde de la falda, al ritmo de sus ondeantes caderas. Satanella daba saltos indisciplinados y diabólicos con su vestidito de fuego, del que salían unas llamas de seda amarilla. A intervalos de tiempo regulares, perdía uno de sus zapatos rojos y chamuscaba con su profesional mirada oblicua al incauto que se lo devolvía. Su capa llameaba y ella agitaba un tridente. Por el contrario, los dichosos Hijos de la primavera, caminaban dulces y píos, y llevaban sobre la cabeza un pensamiento de tamaño mayor que el natural o una zarzarrosa gigantesca. La Campesina llevaba una falda rojo púrpura que apenas le llegaba a las rodillas y que se elevaba cada vez que daba un paso. Su corpiño negro brillaba a causa de sus muchas lentejuelas, y los grandes lazos de detrás de la cabeza y de los zapatos de charol estaban sujetos por broches de brillantes. También el atuendo de terciopelo de la Labradora italiana, oriunda, más o menos, de esa zona en que la gente se consume de hambre y fiebre

sempiterna, estaba ricamente sembrado de piedras preciosas. Una rubia rechoncha había hecho adornar su vestido de satén blanco con unos bordados negros que representaban el sistema de notas. Arcos y barras habían sido distribuidos sin vacilar por todas partes, y las claves de sol constituían el estampado de fondo. Sobre su peinado se elevaba una artística construcción hecha de papel pautado. En cuanto la orquesta comenzaba a tocar una nueva pieza de baile, aquella se detenía y, sonriendo soñadoramente, levantaba la batuta. Andreas identificó sin esfuerzo en aquella dama a la Música hecha carne; sin embargo, no supo interpretar en absoluto una aparición similar, cuya túnica estaba sembrada de letras grandes y pequeñas sin orden ni concierto, en vez de notas musicales. Toda su espalda estaba cubierta por una pesada capa que caía, susurrante, hecha de tapas de libros abiertas y apenas sujetas. Cabeza y hombros ostentaban ornamentos del mismo tipo. «Tal vez pretenda ser la cultura alemana», opinó Andreas, pero apenas ella hubo advertido que le resultaba un enigma, le aclaró en seguida: «Soy la polilla de los libros».

«¡Ah! Debía haberseme ocurrido. ¿Y eso de ahí también está lleno de libros?», le preguntó Andreas, al tiempo que se disponía a investigar su busto, que le pareció excesivamente desarrollado. Pero ella se lo tomó a mal.

«¡Vaya tipo simpático! ¿Es que los príncipes azules como tú piensan que nosotras sólo nos vestimos bien en domingo?».

Y, claramente enojada, lo dejó plantado.

«No tengo suerte esta noche», se dijo Andreas. «Fortunato es un nombre desacertado».

Su frialdad irónica desilusionó a bastantes máscaras femeninas que se le acercaron amigables. Opinaba que era difícil decidir quiénes eran más tontas, si las mujeres respetables que uno se encontraba en el salón de los Türkheimer, o las criaturas que andaban por aquí. Posiblemente, el premio les correspondiera a estas últimas. No cesaban de alborotar con una euforia fingida, exhibían todos sus encantos con una liberalidad desesperada, y encima, chillaban como locas para, de repente, volver a distender su alegre expresión en aquellas arrugas malignas, gastadas y codiciosas que les eran propias, cuando las alas de dragón de Satanella les quebraban alguna pluma de avestruz o cuando sus etéreos chales eran arrancados por alguna mano torpe.

Los hombres no ofrecían tampoco un aspecto más optimista. Embutidos en un dominó, pensaban que debían comportarse de un modo distinto al usual, pero no sabían cómo hacerlo. Daban algún que otro salto jovial, o arriesgaban algún gesto que se podía malinterpretar fácilmente, pero al punto se disculpaban con una sonrisa indecisa por su arrebatado salvajismo. Sofocaban lágrimas de aburrimiento y se animaban gritándose mutuamente: «¡Ésos sí que viven, ésos sí que disfrutan!», con el profundo suspiro de aquel copista borracho que había adquirido carta de naturaleza

en el país de Jauja por mediación de la pequeña Matzke.

«Su alegría es conmovedora», comentó Andreas. «¿Y cómo no va a ser así? Jamás han visto una mascarada de verdad».

Y se regodeó pensando en la cultura más ligera y antigua de su patria, donde cualquier campesino afincado era un aristócrata comparado con aquellos vagabundos adinerados procedentes del salvaje Este. Pero un extraño roce parecido al de un ratero que intentara robarle le interrumpió. Andreas se giró: era la señora de la casa, que andaba olisqueándole el traje en silencio y cuidadosamente. Cuando se vio sorprendida, le explicó: «Perdóneme, sólo quería comprobar si también huele así. Por fuera es del todo igual, ¿huele también así? Ésa es la cuestión».

«¿Cómo tiene que oler?».

«Bueno, pues como la caja de jabón, ya sabe usted dónde estaba pintado mi hombre ideal. Olía tan bien, que uno se caía de espaldas, y yo me desilusionaría muchísimo si esto no oliese igual».

Andreas se dijo que la magia de aquel recuerdo se había apoderado de Bienaimée. Apoyó la diestra con enérgico donaire sobre su estrecha cadera y se llevó la mano izquierda al mango de la daga sacando tanto el pecho, que las costuras del jubón crujieron. «Así que me acerco bastante a su ideal, ¿no?», le dijo Andreas. Ella le envolvió con sus miradas, seria, pálida y visiblemente intimidada.

«Y tanto», repuso románticamente.

«Entonces, ¿por qué se ha comportado usted antes conmigo de un modo tan inconveniente?».

«¿Todavía está enfadado conmigo? Pues es que, desgraciadamente, tengo una lengua un poco afilada, es cosa de familia. Todos nosotros, los Matzke, la tenemos así, ¿me comprende? Pero no se enemiste por eso. A pesar de todo, es usted un hombre guapo y fino de verdad».

«¿Lo ve?».

«De eso no digo nada, y de todos los que rondan por aquí, por mi Villa Bienaimée, usted es, desde luego, el más guapo».

«¡Pues entonces!».

Y se apartó de ella con indiferencia.

«¿Dónde está Türkheimer?», le preguntó Andreas.

«Vaya y mire usted detrás de aquella pantalla de seda donde están esos cuadros tan bonitos y de tantos colores. Debe estar metido ahí. Tiene un mal día hoy. ¿Y qué quiere? Un vejestorio así...».

Türkheimer, tras el bajo paraván, parecía haberse despedido de todas las alegrías de la vida. La seda azul de su caftán brillaba, sus amplios pantalones de satén rojo cereza caían en deslumbrantes pliegues sobre sus babuchas verdes. Un fajín de púrpura le ceñía la barriga, y un turbante blanco descansaba sobre su cabeza, bajo el

sangriento resplandor de una media luna de rubíes. Pero Türkheimer había entornado sus hinchados párpados, cansado de su propio resplandor; el labio inferior le colgaba sobre el mentón, sus rojizas patillas, desalentadas, se aplastaban sobre el pecho, rodeadas por los arabescos de los bordados de oro y plata, iluminadas por los reflejos de los brillantes de la Medalla del Sol de Puerto Vergogna. Los resplandores de todas las alhajas de un reino de leyenda se entremezclaban en la ancha vaina de aquel gigantesco sable curvo; sin embargo, la mano que descansaba sobre la empuñadura era una mano flácida. Sombriamente sumido en sus penas, el sultán se acurrucaba en su *easy-chair*.

«¿Cómo va a irme?», repuso éste a la apremiante pregunta de Andreas. «Podrido, podrido. Pregúntele a Kumplasch si no. ¡Eh, Kumplasch, oiga!».

Y aquel médico instruido y mundano se acercó a toda prisa. Türkheimer le preguntó: «¿Todavía la misma cantidad?».

«Cuarenta gramos, señor cónsul general».

Türkheimer reflexionó.

«No es mucho, desde luego», dijo suspirando.

«Suficiente, para empezar. Pero debe usted respetar la dieta».

«¿Y champagne no?».

«Sea usted razonable, señor cónsul, ya ha bebido usted bastante champagne a lo largo de su preciada vida».

«Pero si no digo nada. No es por lo del champagne, pero es que me veo, cómo le diría... me veo tan dulce con toda esa azúcar...».

«Purísima azúcar de uva, estimado señor cónsul».

Türkheimer calló, y se acarició el mentón. Luego dijo:

«¡Si al menos se pudiera utilizar para algo!».

«¿Todavía más? Alégrese de tenerla».

«En realidad tendría que haber más. Dígame doctor, ¿no se la podría emplear para algún tipo de fines industriales?».

«Es una buena idea, señor cónsul, habrá que trabajar en ello».

«Sí, habrá que trabajar en ello».

«Pues le deseo un trabajo fructífero, señor cónsul».

Kumplasch se alejó. Y Andreas pensó: «¡Cuarenta gramos de azúcar! ¡Es digno de compasión!».

Pero le dijo: «Por lo demás, tiene usted un color excelente, señor cónsul general».

«¿Se referirá usted al cuerpo, no? Bueno dejémoslo. ¿Y qué hago yo aquí? ¿Por qué no me iré a la cama? Si no tuviera que ayudar a mi pequeña Bienaimée a inaugurar su villa... ¿Cómo iba a hacerlo sin mí? Esa pobre criatura, mírela, allí está. ¿Verdad que parece un lirio?».

«Un lirio de fuego, señor cónsul», exclamó Süß, asomando la cabeza por detrás

de la pared de seda.

Türkheimer sonrió apenas.

«Así es, Süß, ha acertado usted. Es usted mi amigo, Süß, le voy a hacer participar en... bueno, pronto encontraremos algo en qué hacerle participar. Creo que ahora vamos a comer. Comer, ¿qué significa comer? ¿Acaso puedo comer?».

En el umbral de la puerta del comedor apareció la señora Kalinke con un traje de satén negro, que crujía, crepitaba y amenazaba con reventar. Enlazó sus gruesas manos sobre el estómago y, con la cabeza tiernamente inclinada sobre el hombro izquierdo, se dirigió hacia la pequeña Matzke a pequeños pasitos cortos y rápidos.

Y la señora de la casa dijo en cuanto se hubo sentado: «Y ahora vamos a comernos mi cena».

Su voz era firme, y con los ojos muy abiertos y brillantes paseó la mirada por los comensales. A pesar de lo espontáneamente que se había comportado hasta ese momento, ahora la invadió una elevada solemnidad, como si se estuviera reflejando en su vajilla de plata maciza. Leda con el cisne, una majestuosa obra de los talleres de Claudius Mertens, estaba situada entre ella y Türkheimer. Totalmente poseída por el sentimiento de su alta responsabilidad, le quitó el vaso de la mano a su vecino, el barón von Hochstetten, para limpiarlo con su servilleta. La oposición de éste la reafirmó en su celo.

«Tiene que haber limpieza», le explicó ella.

Y para mayor susto de la señora Kalinke, estiró el brazo todo lo que pudo para despachar con la servilleta todos aquellos refulgentes cristales, los vasos de Bordeaux —de vino del Rhin— y de Sherry, y las copas de champagne finamente talladas. Pero retrocedió asustada ante la jarra de tapa de plata, en la que chispeaba el vino, y con ambas manos cogió su plato de color blanco mate, adornado con un monograma y provisto de cantos lobulados, al tiempo que se negaba decididamente a tomar algo, antes de que fueran atendidos todos sus huéspedes.

El director Kapeller se había convertido en objeto de extraordinaria curiosidad por parte de los que le rodeaban. Diederich Klempner le preguntó: «¿Es cierto, señor Kapeller, que ha sido usted nombrado director del “Ballet popular alemán”?».

«Me complazco en reconocer que tengo ciertas perspectivas», repuso el actor, sonriendo con modestia.

«Vaya, ¿y cómo lo ha conseguido?», gritó Lizzi Laffé. Andreas comentó asombrado: «¡Quién le hubiera dicho tal cosa hace cuatro semanas, señor director!». Pero Kaflisch repuso: «¿Y por qué no va a ser director del “Ballet popular alemán”? En el país de Jauja cualquiera puede llegar a serlo todo».

«Por favor, señores», dijo Kapeller. Y se movió inquieto en su silla por temor a despertar la envidia de los otros.

«¿Y qué voy a hacerle?, señores, díganmelo. ¿Qué voy a hacer yo si la gente es

tonta? ¿Por qué se ha tenido que colgar ese desdichado director Nothnagel de un clavo en su despacho?».

«De un clavo de miseria», completó Kaflisch.

«Un Schmeerbauch que se quita la vida y un Nothnagel que se cuelga de sí mismo. Demasiado tonto».

Kapeller estalló en carcajadas amplias, lleno de agradecimiento hacia el periodista. Sintió que la envidia que le rodeaba se avenía a razones.

«En fin, señores míos, ¿qué voy a decirles? Ese pobre hombre, profundamente complicado en dificultades financieras insuperables, se ahorca, y cuando el señor cónsul general Türkheimer, que, como saben, financia el “Ballet popular alemán”, se entera de esta desgracia, en ese momento, resulta que yo estoy presente por casualidad. Una simple visita, ya saben, sólo para refrescarle amablemente la memoria a nuestro poderoso bienhechor. Pero el que está allí, ése es quien lo consigue. Así pues, ¿qué méritos tengo en el asunto, señores míos? No, no tengo ninguno. Pero el señor cónsul general va y me dice: ¿Qué le parece a usted, Kapeller? Y yo le contesto: Señor cónsul, estoy a su servicio, y espero manipular el asunto de forma conveniente. ¿Qué me dicen? ¿Tengo yo la culpa? ¿Tengo algún mérito?».

Y sonriendo con humildad, apretó su gruesa barbilla contra la húmeda pechera. Una voz interior le decía que, incluso una suerte tan grande como la suya podía obtener perdón al final, siempre que no estuviera unida a méritos personales. Entonces se giró hacia Andreas.

«¿Podré contar con su bondadoso apoyo, caro señor mío? Para nuestro instituto resulta una necesidad ineludible mantener una estrecha relación con los círculos literarios. ¿Nos cederá su *Desconocida* para ponerla en escena?».

Antes de que el joven pudiera responderle, la Zarzarrosa, la Cocinera y la Polilla de libros se precipitaron sobre el director. Pedían ser contratadas. Duschnitzki comentó, mientras se metía en la boca una trufa violeta: «Esta taberna es muy agradable».

«Vendremos con más frecuencia», añadió Süß.

Había trufas negras, violetas y blancas, trufas y más trufas en rodajas, salsa de trufas, trufas con champagne, y puré de trufas. Un guisado español de carne de ave con alcaparras, aceitunas y pasas de Corinto en salsa blanca, desató algunas pasiones. Después que la mayoría hubo reconocido la novedad de aquellos manjares, Pimbusch se dejó inducir por su orgullo a la afirmación de que ya lo había comido en alguna otra parte. Y un enojo general se levantó contra él; Liebling le aconsejó seriamente que fuese sincero. Bienaimée se irritó.

«¿Cómo puede mentir así, señor mío? Esta comida se la ha inventado mi cocinera solita. No hay una cocinera igual, se lo digo yo, señores. Lo único, es si todavía cabrá por las puertas. Y no hace lo que esas gordas y sucias ma...».

Pero se dio cuenta a tiempo.

«Y no hace lo que esas chicas cuando cocinan la comida. ¡No piensen que toca nada de la casa! ¡Antes se arrancaría el dedo pequeño de un mordisco!».

Nada, excepto la comida, podía restarle de momento simpatías a la señora de la casa.

«¡El pato!», gritó Bienaimée. «Esto es para la gente pobre que lo necesite. Muslos y pechuga, no van a comer otra cosa. Lo demás está exprimido. Por eso está tan fuerte esa salsa estúpida».

Türkheimer suspiró.

«¿Qué hago con esto?».

Lanzó una mirada envidiosa hacia Jekuser, que masticaba despreocupadamente, y dejó la servilleta a un lado.

«No debo beber champagne», dijo «¿por qué no me iré a la cama? Sólo porque mi pequeña Bienaimée me necesita en la primera fiesta de su nuevo hogar. ¿Verdad que es joven? ¿Verdad que es inexperta? Y las tentaciones, qué fácil es que se le acerquen las tentaciones a una criatura así».

Türkheimer repitió varias veces sus lamentos, moviendo la cabeza al mismo tiempo con un gesto lloroso. Al poco rato, se puso a comer un poco de pan-Graham, y luego, perdido en melancólicas meditaciones, se fue sacando con un cuchillo los fragmentos duros que se le habían quedado entre los dientes. Estos daban unos inesperados saltos de rana, y aun cuando ya hubieran desaparecido del todo, Türkheimer, con la boca abierta, se quedaba mirando a su alrededor. Werda Bieratz, en diagonal frente a Türkheimer, empezó a remedarle la diversión. Impulsaba las cortezas con tanta habilidad por encima de la mesa, que un trozo diminuto fue a parar al gáznate de Türkheimer, que seguía abierto. El cónsul se atragantó, tosió tanto que se le saltaron las lágrimas, y, a causa del susto y de su malhumor, volcó un vaso de champagne.

La pequeña Matzke, a pesar de lo solemne de su estado de ánimo, había bebido más de lo que parecía aconsejable para un primer intento. Contemplaba la fila de invitados todavía en una actitud rígida, pero con los párpados algo pesados. Y entonces, comenzó a decir cosas involuntarias.

«Yo ya estoy fina», comentó con un hipo emocionado. «Pero creo que todavía me voy a poner más. ¡Paciencia, saco de perras!».

Y haciéndole guiños con los ojos, le sacó la lengua a Türkheimer. Los esfuerzos de Lizzi Laffé por encaminarla de nuevo hacia modales más refinados, no dieron frutos. Türkheimer sonreía con ternura cada vez que Bienaimée le llamaba «su saco de perras». Y Kaflisch hizo notar: «Cuando un gran hombre se hunde, ¡qué puesta de sol más solemne!, por así decirlo».

«Eso de “saco de perras” está bien», dijo Klempner. «¿Saben qué me recuerda? A

la Dubarry, cuando llamaba “La France” a su viejo rey. “La France, no derrames tu café”, le decía ella. En ambos casos, todo un régimen, en la persona de su representante coronado, resulta objeto de burla y es profanado por una muchacha así».

«¡Oh!», susurró Liebling sombríamente. «¿A quién le dice usted eso? Me ha tocado usted en mis heridas más secretas. Esas muchachas son unas avanzadillas de la revolución en medio de nuestro propio campamento. Se infiltran entre nosotros para profanar todo lo que nos es sagrado, y para socavar el terreno en el que estamos. Si todo un Türkheimer se deja llamar “saco de perras” por una pequeña Matzke y, encima, se ríe halagado, entonces...».

«¡Entonces es que esto ya no va a durar mucho!», exclamó Klempner con un júbilo desencadenado. Se jactaba de unos conocimientos que era de esperar que nadie más tuviera aparte de él, y bebía más que cualquier otro: ambas cosas con la intención de resarcirse de la reputación que había perdido. Liebling, por su parte, hacía fructificar el sentido moral que habitaba en su interior, paladeando Heidsieck. Por el contrario, Kaflisch empinaba el codo sin reservas. Insensible a problemas más serios, le preguntó a la señora de la casa que cómo le iba a su señor padre y que si éste no pensaba aparecer ya esa noche por allí. Tal vez había esperado que ella reconociera su amabilidad; sin embargo, la señora de la casa le dio a entender su enfado.

«¿Qué se piensa usted, grosero, que me puede contar sus chistes estúpidos? ¡Tenga cuidado, no sea que me compre esa aceitosa cabeza suya! El que se meta conmigo, saldrá volando de mi Villa Bienaimée. Todo lo que hay aquí es mío, no necesito consentirle nada a nadie, y os puedo sacar a patadas, de modo que os crujan los huesos. ¿O no es así?».

Todo el mundo lo confirmó vivamente, y ella se fue calmando poco a poco.

«¡Pero, caramba, pequeña!», comentó Kaflisch todavía muy turbado.

A pesar de estos incidentes, la reunión no se dejó arrebatar ninguna diversión. La depresión anímica de Türkheimer gravitaba sobre todos ellos. Sólo Pimbusch y Hochstetten conversaban con animación a espaldas de la «Música» que, sin parar, se llenaba la boca de pasteles de *foie-gras*. La similitud de sus destinos como esposos los había convertido en amigos que se apoyaban mutuamente y se daban consuelo. El barón, que por culpa de su hermana, ya no recibía de Asta más que un sueldecillo que no le bastaba ni para gastos, había encontrado en el fabricante de ron una mano siempre abierta. Pimbusch le ofrecía en todas las ocasiones el doble del dinero que necesitaba, porque el trato con Hochstetten le seguía dando nuevas fuerzas en su absurda ilusión de ser admitido en el Club de Juego de la alta aristocracia. La medalla que se estipulaba en el contrato de boda de Asta para el padre de ésta, no le había sido concedida y Türkheimer se mostraba enojado con Hochstetten. Pero Pimbusch

continuaba amando a su amigo, como a una bella quimera en la que uno desearía creer.

No se percibía nada más que alguna risita furtiva, de vez en cuando, que parecía surgir de debajo de la mesa, y el continuo y satisfecho chasqueo de lengua del señor Jekuser. El propietario del *Correo Nocturno* no fumaba y era un sibarita. Alguien suspiró en medio de aquel lánguido silencio: «¡Camarero, una ración de alegría de vivir!».

Pero los ecos de este grito de socorro se apagaron como si hubiera sido ahogado y absorbido por los pesados pliegues de aquellos atuendos de exuberante colorido que rodeaban la mesa como una guirnalda. Magníficos, solemnes y amplios, esperaban el momento de extenderse y brillar con los poderosos y ligeros ademanes de vencedores eufóricos que hubieran medido sus fuerzas en vino y mujeres, bajo el resplandor de las velas, de la plata y los cristales, en medio del vapor de los manjares y del lozano aliento de las flores. Pero ahora, no eran más que unos miembros ya gastados, extraviados por aquella locura mansa que los había animado sólo durante unas pocas horas; se desplomaban sobre unos pechos que no lanzaban gritos de júbilo, sino que, sabios, ahorran aliento; languidecían sobre unos estómagos que guardaban una dieta temerosa, y sus colores se apagaban bajo las miradas inexpresivas de unos ojos agotados.

En cuanto se hubo saciado de comer, Andreas fue adoptando distintas posturas seductoras cuyos efectos en la pequeña Matzke superaron sus propias esperanzas. La muchacha abrió los ojos de par en par cuando Andreas, levantando de repente sus largas pestañas, le mostró un perfil enmarcado por rubios rizos. Apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla, de modo que el puño de encajes se deslizó hasta más abajo de los dedos, bajó soñadoramente la cabeza, que quedó cubierta por los cabellos..., y Bienaimée suspiró. Pero de repente, se irguió, el puño sobre el pecho, con la frente nublada, para buscar con la vista, orgulloso y belicoso, a un enemigo desconocido. Entonces ella enlazó las manos, y Andreas la oyó susurrar temblorosamente: «¡Hay algo más bello! ¡Esto no se puede ver ni en un teatro!».

Pero nadie prestaba atención a la dichosa muchacha; Kapeller estaba dando en ese momento un interesante informe de su debut como artista en Inowrazlaw, veinte años atrás. De ello se dedujo que Kapeller ya había conocido a Lizzi Laffé en aquella lejana época.

«La hermosa juventud», dijo Kapeller, ligeramente conmovido.

Lizzi rió con una cierta amargura.

«Oh, sí. *Tempi peccavi*».

Liebling la corrigió: «*Pater passati*».

«¿Es que cree que no lo sé?», gritó Lizzi.

«Desde luego, sólo era por decir algo», aseguró Liebling disculpándose.

«Un malentendido sin importancia, señora». Pero las manchas rojas del rostro de Lizzi asomaron bajo los polvos. Respiraba con dificultad.

«¡No me ofenda usted!», repuso con energía, al tiempo que se ponía en pie para abandonar la estancia, pomposa y susurrante, del brazo del mudo y servicial Rcszscinski.

«Consuélese, amigo Liebling», dijo Kaflisch. «Usted no ha tenido la culpa. Lo que pasa es que esa alma de Dios va demasiado ceñida y la situación se le había hecho insostenible. Ahora ya tiene motivo para marcharse, ¿qué más quiere?».

Algunos invitados más aprovecharon la ocasión para despedirse. Türkheimer afirmó que ya era hora de irse a la cama, y, gimiendo, se levantó. Al punto, brotó de la pequeña Matzke una animación renovada.

«¡El saco de perras se va a la cama!», gritó. «¡Ahora, juega en casa de los Matzke! ¡Hurra!».

La señora Kalinke, que carraspeaba y hacía melindres, tuvo que quitarle de las piernas aquella funda cubierta de escamas, y la muchacha, en cuanto se vio libre, empezó a dar grandes saltos y gritos estridentes alrededor de su bienhechor, que se iba. Su enagua de seda roja voló, como azotada por un ciclón, hasta más arriba de sus caderas. Extendió sus brazos desnudos hacia Türkheimer, sin que éste consiguiera tocarlos. De repente, con su hirsuta y llameante cabellera muy cerca del rostro de Türkheimer, le hizo una mueca horrorosa, y antes de que éste se hubiera recuperado, la muchacha ya le había asestado tres o cuatro golpes fuertes y burlones en la barriga. Türkheimer, inclinando la cabeza, le dio un adiós lleno de anhelante pesar. Alcanzó la puerta a cortos pasos, continuamente rodeado por aquella criatura roja y saltarina. Desde allí se giró de nuevo y dijo, melancólico y lleno de resignación: «¡Ésos sí que viven, éstos sí que disfrutan!».

Los restantes invitados se miraron como si se prepararan para un cambio de ambiente. De la habitación de al lado, procedente de la puerta de la terraza, entraba un resplandor gris y mortecino que amarilleaba la luz de las velas y desteñía los gestos de los invitados. La conciencia de haber pasado toda la noche en el salón de baile y sentados a la mesa encendió en ellos, por unos instantes, una alegría salvaje. Diederich Klempner chilló: «¿Verdad que hemos nacido para el lujo?».

Todo el mundo estuvo de acuerdo con ello. Reprimidos hasta ese momento por aquel melancólico aburrimiento, toda su embriaguez acumulada poco a poco estalló ahora de repente. Todo aquel que creía haberse perdido algo, lo recuperó a toda prisa, y Duschnitzki, sin ningún motivo especial, dio cuenta de un vaso lleno de coñac. La pequeña Matzke, que no necesitaba hacerlo, cogió una garrafa con la inscripción de «Málaga» sobre una placa de plata y se la colocó sobre los labios. Kaflisch aporreaba las cuerdas de una mandolina al tiempo que cantaba como un gallo. Süß intentó ponerse cabeza abajo sobre su silla, pero la campesina le chilló: «¡Con esa birria de

piernas no hace falta que lo intente!».

Y lo tiró abajo, a pesar de lo mucho que él pataleó. Pero con la tozudez de un borracho, tomó impulso de nuevo, y aquella misma crueldad innecesaria volvió a privarle de su diversión hasta que al fin, impotente y desengañado de todas sus ilusiones, se tumbó en el suelo llorando a gritos.

Werda Bieratz vociferaba porque quería ver a Antón, el cochero de la señora de la casa, pero ésta la agarró de los pelos inmediatamente, con los dedos extendidos.

«Puede que a ti te guste él, vieja arpía. ¡Pero ese hombre tan guapo no será para esa cara tuya de pan quemado!».

Sólo con algún esfuerzo consiguió Liebling separar a las damas. Pero incluso este moralista se dejó arrastrar, aunque pasajeraamente, a unos actos desusados. Colocó su largo gorro de mago cubierto de signos místicos sobre las llamas de un candelabro y lo lanzó al aire. Alguien lo atrapó, se estuvieron tirando incansablemente uno a otro aquella antorcha llameante, sin pensar siquiera en un peligro de incendio.

Satanella y la Cocinera iniciaron con Kaflisch y con el abogado uno de esos bailes ajenos a la buena moral. Pero, a pesar de que todos andaban armando escándalo, y de que, enlazados, se balanceaban en medio de un griterío inconsciente, sin embargo, todos parecían vivir en una soledad profunda y remota. Esos rostros sudorosos y pálidos con sus ojos vidriosos y las bocas abiertas de par en par eran la máscara de un iluminado sumido en sí mismo y poseído por una idea.

Rodeado de hembras que chillaban como pavos reales, Süß vomitó silenciosamente sobre la alfombra de felpa roja una parte de lo que había paladeado. La «Música», tras haber dado fin a los pasteles, tenía que habérselas con un violento ataque de disnea. Le aflojaron el corpiño y le vaciaron una botella de champagne por el escote. Dolorosamente conmovida por esta visión, Bienaimée se apoyó sobre el respaldo de su silla. Se llevó las manos a la cara y estalló en patéticos lamentos.

«¡Oh!, si mamá desde el cementerio de la calle Heinersdorfer hubiera sabido que me iba a liar ya tan joven con un tirano que va para viejo...».

Los caballeros intervinieron con entusiasmo.

«¡El tirano que va para viejo, hurra, hurra, hurra!».

Bienaimée se levantó de un salto.

«¡A ver quién no reventaría! Pero cuando, como yo, estoy harta, me voy a entregar a...».

«¿A la bebida?», sugirió Klempner.

«¿Al crimen?», preguntó Goldherz.

«¿Al ateísmo?», inquirió Liebling.

«No, ¡a la borrachera de los sentidos!», gritó la muchacha, y al tiempo que extendía los brazos tendiéndolos como en éxtasis, envolvió la figura del príncipe azul en una mirada ferviente, deshaciéndose de ternura. Pero a Andreas le pareció que la

situación todavía no estaba madura, y se alejó de ella con una finta elástica con la que le mostró el juego de músculos de sus muslos ceñidos por las calzas de seda azul.

Ajeno a todos estos pormenores, Kapeller se subió a la mesa para declamar, en medio de flores deshojadas, de cortezas de pan, cenizas de puro y residuos de vino, el prólogo con el que pensaba inaugurar el «Ballet popular alemán». Pero no llegó muy lejos; se bajó de un salto aullando de dolor, pues la Golondrina le había pinchado violentamente en la pantorrilla con su largo pico.

Sólo Duschnitzki permanecía tranquilo en su sitio. Una exquisita sonrisa iluminó sus facciones. Cogió con la mano derecha su plato de porcelana blanco mate con el monograma B. M. y cantos dorados y lobulados sopesándolo, lo balanceó durante un segundo, y, dándole un impulso previamente calculado, lo lanzó hacia el techo, con elegancia y energía. Siguió un segundo plato, y pronto, con la habilidad que le había dado la práctica, Duschnitzki ya había lanzado una docena o más en la misma dirección. Con el cigarrillo entre los labios y paseando en derredor con cierta vanidad sus almendrados ojos de terciopelo, siguió trabajando certero e infatigable a pesar de todo.

Bienaimée le estuvo contemplando durante un largo rato sin comprender lo que pasaba. Por fin le gritó: «¡Se está cargando mi vajilla! ¿Qué, sabe usted lo que costó cuando todavía estaba nueva?».

Y al momento, inundada por las lágrimas, se colgó del cuello de Andreas, y se quedó allí. Pero sus invitados se pusieron a bailar alrededor de Duschnitzki con los dos dedos índices muy levantados, balanceando los faldones del frac y haciendo revolotear las colas de los vestidos, silbando, dando balidos y gritando de júbilo a voz en grito. Se empujaban mutuamente hacia la lluvia de cascotes que caían del techo sin interrupción. Aquél que era alcanzado por uno de los trozos de lo que había sido la vajilla de la pequeña Matzke, se tiraba al suelo en medio de un griterío penetrante e incesante, y pataleaba.

Klempner y Liebling, los dos seres en los que más enraizadas estaba la dignidad humana, se miraron de repente y bajaron la vista. Liebling todavía mantenía levantado el brazo con el que, lleno de una insospechada alegría juvenil, había tratado de atrapar un plato que pasaba volando. Lo bajó, se encogió de hombros lleno de pesar, y, como si no hubiera pasado nada, se volvió de nuevo hacia su abandonada botella. Klempner se deslizó hacia la puerta, avergonzado. Y, muy lentamente, también los demás fueron recobrando la sensatez. Uno tras otro miraron a su alrededor, asombrados, como si todo les resultara desconocido. Todos advertían de repente que habían estado sumidos en un ataque de locura. Entonces, bajaban la cabeza y se alejaban en silencio, con las rodillas temblorosas, la espalda doblada, gotas de sudor sobre sus frentes pálidas y el ánimo decaído. La mañana penetró en la estancia y los barrió con el fantasma de su mano gris y paralizadora.

Andreas llevaba todavía a la señora de la casa colgada del cuello. Notaba los espasmos de su esbelto cuerpo, veía las angustias que le ocasionaba su estómago y la verdosa palidez de su rostro. De vez en cuando ella, inconsciente e interrumpida por el hipo, balbucía: «Hubiera sido tan bonito...».

Cada vez que alguno de los que salían le rozaba con una mirada significativa, Andreas decía maquinalmente: «¿Y por qué no?». Pero en la viciada y melancólica atmósfera de aquel abandonado lugar de recreo de instintos humanos universales, cada respiración alimentaba el desencanto más lamentable. La carne de la pequeña Matzke le parecía recalentada y marchita, olía de un modo dudoso y sospechoso. Su pelo y sus pechos medio desnudos se notaban húmedos, sus antebrazos, cuya transpiración se filtraba a través de la crema, se pegaban a las mejillas del joven. Debería haberse lavado, pensó Andreas. Y además, él también sentía un mal gusto de boca que trataba de tragar en vano.

«¿Cómo voy a empezar esta aventura ojeroso y amodorrado?», se preguntó.

«Encuentro sencillamente repulsiva a esta criatura», añadió. Pero al punto recordó a Türkheimer y se irguió con más orgullo.

«¡Va a ver a quién tiene enfrente!».

Luego le vinieron a la mente Kopf y Adelheid. Entonces se puso muy alegre.

«En este asunto no necesito preguntar a quién engaño. Veamos, engaño a Türkheimer, engaño a Kopf y engaño a la pequeña Matzke, que me confunde con él. ¿O tal vez me toma ahora con toda seriedad por su príncipe azul?».

Y esta vez con decisión, repitió: «¿Y por qué no?».

Liebling, que por ser el último se alejaba con un porte sorprendentemente rígido, le inclinó la cabeza con cierta reprobación, pero lleno de comprensión. El sirviente Friedrich se asomó vacilante buscando a su señora, pero la señora Kalinke, con un dedo en los labios, lo empujó hacia la puerta, rodeada por los sigilosos crujidos de su vestido de satén. Andreas permaneció en la sala con aquella gimiente carga amorosa sobre sus hombros. Con la cabeza llena de champagne y los sentidos adormecidos percibió cómo corrían el cerrojo de la puerta de la casa.

XIII

La alta corrupción

«Si mi protector entrara ahora por la puerta, yo reventaría de alegría», dijo Bienaimée cuando visitó por primera vez la nueva vivienda de Andreas en la calle Lützow.

Tras todas las citas, ambos acababan hartos uno del otro, pero el pensar en Türkheimer y en la cara que pondría si, de repente, apareciera en el umbral, mantenía juntos a los amantes. Cada vez que la cita amorosa transcurría sin haber sido sorprendidos por aquél, les invadía un sentimiento insípido, como si hubieran estado trabajando en vano. Pero siempre volvían a empezar.

«Sería mejor en mi casa, en mi Villa Bienaimée», dijo la pequeña Matzke.

«Si él cayera allí de narices, precisamente en el momento más fino. Ya no digo nada más».

«¡Piensa en su barriga fofa y en sus patillas!», suspiró ella, saliendo de sus ensoñaciones.

Andreas reflexionó.

«Entonces, ¿por qué no vamos a tu casa?», le preguntó.

Ella se puso muy seria.

«¡Una porra! No haremos una cosa así. ¡Qué te piensas!».

«Eres demasiado sensible».

«No es por él. Pero si fuéramos a mi casa, naturalmente se enteraría todo el mundo. Desde luego, a mí también me importa un pito la opinión pública, pero siento miedo a escandalizar a mi gente. No se debe dar un mal ejemplo a las capas bajas. ¿Dónde iría a parar si no el orden social y todas esas pamplinas? Mi lema es: hacer como si en este mundo fino todo fuera limpio».

Con la cabeza echada hacia atrás e impulsando solemnemente los impertinentes, atravesó dos veces la alfombra, susurrante. Andreas frunció la frente. Posiblemente le importaba bastante menos el orden social que los arrebatos de celos de su criado Friedrich o de Antón, su cochero. Era de temer que ella le hubiera otorgado ciertos derechos a alguno de los dos; y tal vez a ambos. Andreas no sabía hasta qué punto podía confiar en ella. Así que repuso con desdén: «Bueno, está bien que seas precavida. Al fin y al cabo dependes de Türkheimer».

«Vaya, ¿y tú?».

La muchacha se puso las manos en las caderas. Andreas la miró desde una altura orgullosa.

«Yo me gano el dinero por mí mismo».

«¡A ti nadie puede perjudicarte!».

Ella volvió la cara, mirándole con ironía.

«Pues saluda a tu gorda de mi parte y dile que la habitación nupcial es muy linda, y que no todo el mundo es tan ingenuo como ella».

Andreas se mordió los labios. Bienaimée había adivinado que su dormitorio era una creación de Adelheid. Esbeltas espirales doradas trepaban por las paredes de seda blanca desde los ángulos y se extendían luego por el techo formando gavillas. La costosa cama Luis XV resplandecía con sus dorados nuevos bajo un dosel de satén azul. Las patas curvas de los sillones bordados de colores se hundían en unas pieles blandas y profundas.

Bienaimée cogió con los dedos uno de los visillos de tenue color rosa.

«Que no se vuelen», dijo. «Lo que se va, ya no vuelve».

Luego, levantó la mullida almohada del diván y se puso a curiosear en las profundidades del mueble. Andreas retiró la vista sonrojándose. Recordó la mirada húmeda y el gesto lleno de tierna expectación con que Adelheid le había abierto esta estancia como si fuera su propiedad más sagrada. Había entretejido toda su alma en aquellas telas y la había enlazado en aquellos esbeltos arabescos, y ahora, conteniendo el aliento, esperaba sus elogios. Desde luego, él tan sólo le había tributado un homenaje frío. El gusto de Adelheid era sorprendentemente juvenil para una matrona corpulenta como ella. ¿Pero es que la habitación dejaba por ello de ser maravillosa? Calificó de injustas las burlas de la pequeña Matzke, lo herían, pero a pesar de todo, no se le ocurría ninguna respuesta cortante. ¡Cuántas veces le había hecho una escena a Adelheid por diferencias de opinión bastante más nimias! Pero Bienaimée poseía una superioridad inexplicable; lo provocaba continuamente y a pesar de ello, sólo lo llenaba de una tristeza infantil, desconsolada.

«También yo podía haberme burlado de la decoración de tu Villa», advirtió por fin. «Pero no me gusta alejarme de los buenos modales tradicionales, y quisiera mantener esos hábitos también en tu compañía».

«¡Y debes hacerlo, queridito!».

La pequeña Matzke se le arrojó al cuello y lo arrastró consigo. Y atravesando el salón de billar con tapete de cuero y armarios de licor lacados en blanco, y el serio gabinete de trabajo con sillones repujados, biblioteca de madera tallada y altísimas plantas ornamentales, entraron retozando al comedor, cuya mesa llena de flores invitaba a los amantes. Andreas se dispuso a cumplir con dignidad sus obligaciones de anfitrión, pero Bienaimée parecía no querer tomar nada en serio hoy.

«¡Ojalá que esos tipos de la pared no nos escupan en la sopa!», gritó, sacándoles la lengua a los cinco bustos blancos que se asomaban desde los nichos de la pared pintada al estilo pompeyano. Andreas desperdició su paciencia explicándole a la hija del camarada Matzke quiénes eran Heine, Poe, Baudelaire, Nietzsche y Verlaine. Andreas los veneraba a todos; a unos por haberlos leído esmeradamente, a otros sólo

por fe y fidelidad, sin conocerlos. Y ahora, toda aquella reunión de héroes del espíritu contempló cómo almorzaban Andreas y la pequeña Matzke.

Con bastante frecuencia, al joven le asaltaba la tentación de poner a su amada de patitas en la calle. Entonces se planteaba a sí mismo la siguiente reflexión: Si lo que pretende es irritarme, eso es asunto suyo; a mí no me altera. Pues no la retengo por ella misma, sino por ciertas ventajas sociales. Hoy en día, todo el país de Jauja sabe que poseo a la querida de Türkheimer. A mí, personalmente, no me gusta ella, pero es indispensable para mi educación de hombre de mundo. El amor de Adelheid me resultó demasiado fácil, podía conseguirlo en cualquier momento. Pero a esta criatura maligna, flaca y estúpida tengo que conquistarla de nuevo todos los días, y lo que conquisto, no vale la pena ¡Pero supo encender una última llama en la mirada apagada de Türkheimer! Estoy obligado a disfrutarla, precisamente por los pocos encantos que tiene. Eso es, justamente, lo que constituye la alta corrupción.

Y a esta obligación profesional, claramente reconocida, es a la que Andreas sacrificaba sus gustos personales. Pero, de vez en cuando, sus disposiciones naturales se vengaban y una sed campesina de enorme plenitud carnal lo invadía. Entonces se esforzaba por mostrarle una frialdad todavía mayor a Adelheid.

Ésta había esperado celebrar una nueva luna de miel en la calle Lützow, en aquellas habitaciones que eran el ropaje que había soñado para su amor. Había librado al amado de su entorno burgués, de las garras de gente vulgar y de todas las posibles profanaciones cotidianas, para acostarlo en este nido blando y resplandeciente que habían construido ellos dos juntos y en el que sólo ella debía hacerle compañía, sólo ella. Cuando Adelheid retiró la cabeza por primera vez en aquel dormitorio de seda blanca y le ofreció su mentón tantas veces besado, ya había olvidado los antiguos abrazos de Andreas, ahora debilitados, y pensaba sólo en las muchas caricias, siempre jóvenes que había estado guardando para él, y que, incalculables, bastarían para llenar toda una vida. Pero cerró los ojos palideciendo, los labios de Andreas estaban fríos.

Quiso entibiarlos con los suyos, no cesó de hacerlo durante semanas. Por fin, tuvo que plegarse a la voluntad del joven, en lo sucesivo vivieron sin reproches ni emociones fuertes, sumidos en una tibia atmósfera de amistad caducada que necesita de una buena mesa y vinos bien elaborados para mantener el buen humor. Adelheid se encargaba personalmente de surtirle la mesa, utilizaba el temor que el joven sentía hacia las artes sofisticadas, para deslizarse furtivamente en su existencia, esa existencia que debiera haberle pertenecido a ella del todo y sin rodeos. Iba en coche a Huster para encargar zorzales, el caviar lo compraba en Schischin, y los cangrejos en Martini. Cuando pensaba en él, sus pensamientos se unían totalmente con la preocupación de procurarle bocados delicados, y al final, ya apenas le dolía que Andreas sólo dejara de encontrarla molesta cuando le llevaba golosinas. Durante la

cena era cuando se dilucidaba el resultado. Y una vez que Andreas se había bebido el cognac a sorbos y encendido el puro, Adelheid lo veía convertirse de nuevo en un chiquillo, en aquel niño abandonado y precoz que tan deliciosamente había disfrutado con ella tiempo atrás, a principios de invierno, en la mísera habitación de estudiante de la calle Dorotheen. Adelheid recordó aquel tiempo ido con melancolía.

«¡Qué bello era entonces!», dijo en una ocasión, suspirando.

«Yo lo encuentro bastante más agradable ahora», le dijo Andreas con frialdad.

Para su cumpleaños, el 5 de mayo, ella hizo que le mandaran desde París un juego de desayuno de Chevet. Andreas estaba sentado enfrente, vestido de frac con chorreras bordadas, un capullo de rosa en el ojal y una elegante frialdad en todos sus ademanes. Adelheid tuvo que superar un dolor instantáneo.

«¿Por dónde vagará su alma?», se preguntó. «¿Qué poder tengo sobre ella? ¡Ay!, sólo influyo ya en su paladar».

¿Y esa relación duradera basada en una amorosa confianza en la que ella había soñado? Ahora descansaba sobre la base de pastelillos de carne de corzo y ensaladas da lengua de buey.

Cuando se levantaron, le trajeron un paquete. Contenía unas cuantas lámparas, y Andreas reconoció a las desnudas y esbeltas portadoras de flores de las que se había burlado Bienaimée.

«¿Es que te has metido en gastos?», comentó el joven con una mirada torva. Adelheid no comprendió qué era lo que le irritaba.

«Las encontré bonitas. Me dijeron que una altísima personalidad acababa de comprar un par parecido».

«¡Ah! Pues esa personalidad tiene un gusto de *cocotte*. Perdona, pero encuentro estos chismes exquisitamente cursis, poco artísticos, lascivos e indecentes».

«¡Oh!».

«Puedo decírtelo, ¿no? Al fin y al cabo, no lo has hecho tú. Cursis y totalmente carentes de seriedad artística».

«Eres muy severo».

«Se trata de principios estéticos».

Y durante un rato bastante largo estuvo abogando por la seriedad y la dignidad del arte, por lo burlón y humillante que le parecía el azar de haber recibido de Adelheid las mismas figuras que su esposo le había regalado a la pequeña Matzke. Ella le imploró en vano:

«Tesorito, dime con qué puedo darte una alegría».

Por fin, el joven interrumpió su oratoria.

«Pues dame alguna tontería barata. El valor de un regalo depende, para mí, de si hace o no referencia a mi personalidad íntima. Soy escritor, ¿verdad? Tal vez hayas advertido que, de vez en cuando, busco febrilmente a mi alrededor, pues es que me

hace falta un trozo de papel o un lápiz. Por lo demás, no te reprocharía que no lo hubieses notado. Nuestro espíritu trabaja continuamente, ¿sabes? Las impresiones van tomando forma, no podemos, detener la gestación de la obra ni cuando comemos ni cuando nos acostamos. Necesitaría tener libros de notas en todas las habitaciones. El porqué no me los he comprado durante tanto tiempo, es uno de los enigmas que me plantea mi naturaleza. Pero así es el intelectual; cualquier actividad le cuesta un esfuerzo ímprobo».

Adelheid se los compró, y Andreas arrancaba de vez en cuando alguna hoja, para anotar las camisas que daba a lavar. Pues controlaba sus pertenencias como un padre de familia campesino. Echó de allí al joven criado que lamía los restos de su compota. Al mediodía, después del baño, con un camisón de seda y el cigarrillo del almuerzo entre los labios, se informaba del estado de cuentas de su economía, de cuando en cuando, examinaba las existencias de la despensa. Comía a las dos, hacía o recibía visitas, y al anochecer solía ir al «Club de los Conquistadores». Liebling lo había introducido, y allí se reunía con la mayoría de sus conocidos: Kaflich, Blosch, Goldherz y Abell, Stiebitz y el consejero comercial Bescheerer, Kapeller, Ratibohr, Bediener, Jekuser, Hochstetten y Claudius Mertens. Los socios disfrutaban de múltiples ventajas, siempre encontraban preparada una ducha fría, un masajista y un maestro de esgrima, y a través del ejercicio de su título de socios, siempre lucían las últimas novedades de Londres en guantes, cuellos y corbatas, antes que los demás mortales.

El banquero Ratibohr solía pavonearse por el salón de esgrima. Su peligrosa fama hacía que su amistad resultara apetecible. Andreas siempre lo buscaba todos los días; durante la comida, y luego, en el salón de fumar durante el whisky, era su oyente más agradecido. Después de las clases de esgrima y de los chistes de bolsa, las historias de mujeres llenaban el resto de la velada, y, aunque en el «Club de los conquistadores» podía uno contar lo que quisiera, de hecho, era todo un arte conseguir crédito. Andreas lo aprendió de Ratibohr: pronto empezó a narrar con voz cortante las más extrañas aventuras, y nadie las ponía en duda, pues su mirada era tan amenazadora como un golpe de sable. Sólo en una ocasión, cuando citó el nombre de Claire Pimbusch, pasó una tenue sonrisa por la amarillenta faz de duelista de Ratibohr. El joven enseguida hizo como si no hubiera dicho nada. Por otra parte, ninguno de los demás había siquiera pestañeado.

Su suerte en el juego de bolsa parecía invencible, y por las noches, en cuanto empezaba a perder en la ruleta, se alejaba. Todo el mundo reconocía que su posición social era sólida; en bastantes ocasiones se enteró de que se le atribuía más crédito e influencia de lo que esperaba. En una conversación con el doctor Bediener, éste mencionó casualmente la difícil situación en que se encontraba Diederich Klempner hacia quien él guardaba afecto. Andreas se interesó vivamente y afirmó, puesto que la

armonía de la conversación parecía exigirlo, que el nombre de ese famoso dramaturgo había sido ensalzado hasta la gloria por todos los periódicos. Ocho días más tarde, cuando el joven ya ni siquiera recordaba aquello, Klempner se sentaba en la redacción del *Trabajador patriótico*, una filial popular del *Correo Nocturno*. La fama de Andreas debía de haber crecido enormemente en su lejana patria. De vez en cuando, se presentaba ante él algún joven de Gumplach equipado con una recomendación del viejo señor Schmücke, y que, estimulado por el ejemplo de su gran compatriota, deseaba servirse de la literatura para ganarse el pan. Andreas le daba consejos graves y benévolo con unos movimientos de mano elegantes y negligentes desde su monumental escritorio. Sobre éste descansaba su busto, salido del cincel de Claudius Mertens. Trabajando mucho, mucho, cualquiera podía llegar tan lejos como él, le decía Andreas. Había que ser ahorrativo, sobrio y práctico, y también era conveniente espiritualizarse cada vez más. Desde luego, también se requería un poco de suerte. Al final, le entregaba al respetuoso novel su tarjeta de visita con unas cuantas líneas de su puño y letra, y al cabo de poco tiempo, Andreas se enteraba con satisfacción de que su protegido había ganado sus primeros dos marcos.

Poco a poco, se fueron acumulando en la mesa del tocador de Andreas tantos instrumentos dedicados al embellecimiento corporal, como los que había sobre el tocador de la pequeña Matzke. Ningún miembro del club superaba su colección de perfumes. En un lapsus de debilidad, Liebling le reveló el último secreto referente al cuidado de la piel, se trataba de un líquido de color lechoso procedente de Bruselas, que él había prescrito a la señora Türkheimer y a algunos pocos elegidos más; se decía que era de origen humano. El débil crecimiento de su bigote le resultó de ayuda con ocasión de la última moda alemana en bigotes. Andreas pudo así colocar un pelo junto a otro, antes de curvarlo hacia arriba hasta los párpados. Sabía subrayar con sombras negras fabricadas con carbón la dureza y decisión de la mirada que había copiado de Ratibohr. Del mismo modo, también sabía darle a su ceño una profundidad aparente. Durante un mes estuvo enojado con el señor Behrendt, a quien reprochaba carencia de fuerza plástica; no hacía resaltar suficientemente su busto.

Desde los primeros días de primavera. Andreas dio preferencia a las camisas de color heliotropo y azul pálido. Bajo las amplias perneras de sus pantalones, resplandecían los bordados de seda de sus calcetines. Ahora, apoyaba sus zapatos marrones de piel de Rusia con más firmeza que nunca sobre el asfalto de la ciudad del rey Federico y miraba a los transeúntes a la cara y con desafío, lleno de desprecio y sin apartar la vista. Cuando se encontraba a algún otro joven mundano, era como si dos gatos con los bigotes erizados se rondaran. Había que inspirarse un temor recíproco mediante unas virtudes masculinas fuertemente acentuadas, mediante frialdad, un brutal sentido de la realidad y una susceptibilidad extrema. Un teniente

del cuerpo de guardia, de diecinueve años, que caminaba hacia Andreas con los codos rígidos en la esperanza de vencerle, tuvo que reconocer su error en el último momento. Unos segundos antes de chocar contra él, realizó un movimiento rápido con el tronco, y se inclinó ligeramente.

Andreas se sintió entonces como ennoblecido en el campo del honor. Quitó el rótulo que había en la puerta de su casa, e hizo fijar uno nuevo con la inscripción «Andreas Zum See». Encontraba que este nombre, aunque todavía no era aristocrático, al menos, ya no resultaba apenas burgués. Una oficina heráldica le proporcionó un escudo: un motivo misterioso y legendario; rodeado de riscos escarpados, un lago del que asoma un brazo femenino desnudo. Gustosamente lo habría hecho pintar en la portezuela de un coche; pero de momento, tenía que contentarse con el señorial Coupé y con la insignia que el Club ponía a disposición de sus miembros.

Rápidamente y sin esfuerzo, se habituó a una forma de vida que antes sólo se había imaginado en sueños como algo muy escogido e inaccesible. Paseando de arriba abajo por entre la calle Hildebrandt, el Westend, la calle Lützow y el Club, desde su tienda de flores hacia su sastre y su proveedor de puros, por los teatros, los restaurantes y cabarets donde siempre volvía a encontrar al mismo círculo de amigos fijos siempre de camino, mas en todas partes como en su casa, ajetreado, pero sin embargo, impasible como un vagabundo, paseaba en coche arriba y abajo por el Berlín elegante, igual que si paseara por su propio jardín de rosas. Todos los placeres se le habían hecho baratos y sencillos, el ejército de los indigentes le ofrecía con unas manos anhelosas y extendidas para vender, todo lo que podía apetecerle. El mecanismo de todo un mundo de cultura se movía, trabajaba y producía para él, sólo para que él disfrutara.

«La vida me plantea unas exigencias inauditas», le dijo a Adelheid, a la que solía comunicar sus pensamientos. Ésta se mostraba mucho más agradecida que la pequeña Matzke.

«Mis obligaciones mundanas y representativas, mi posición en la prensa y en la sociedad, y el continuo dominio de sí mismo que tiene que imponerse toda personalidad públicamente reconocida, todo ello, sería suficiente para mantener ocupadas toda la vida a otras diez personas. Ya no podrían pensar, en absoluto, en los refinamientos del alma; pero, en cambio, yo no puedo renunciar a ellos. La gente cree que me conoce, ¿verdad? Pues bien, nadie sabe quién soy. Poseo, casi diría que por desgracia, una sensibilidad excesiva para cualquier hálito espiritual de la época, aún cuando apenas sea perceptible todavía. ¡Ah, en el fondo, qué pocos hay en toda Europa que la posean! Por así decirlo, formamos una asociación secreta con el objetivo de percibir lo que nadie percibe, los refinamientos recién inventados, el cosquilleo todavía gestante de una alta corrupción espiritual. ¡Sentir, eso es todo!

¿Qué importancia tiene asesinar una poesía o escribir una novela?».

No escribió ninguna. Por el contrario, la vulgaridad de la pequeña Matzke, el agotamiento de todos los placeres y el aburrido transcurrir de días siempre felices, fueron relegando al hipersensible joven a un rincón de su salón de billar, sepultado en su mullido sofá de cuero, ante la puerta de espejo abierta del armario de licor lacado en blanco. Cuando dejaba resbalar por la lengua los densos rones holandeses, entonces, aparecían ante él, muy cerca de su rostro, unos miembros deliciosos de cálida suavidad al tacto pero inalcanzables, surgiendo de entre unos velos que le acariciaban como una brisa estival. Se tomaba dos vasitos de Chartreuse verde, y entonces, un impulso enervante y abrasador le obligaba, el rostro iluminado y los brazos alzados, a perseguir en sueños las alegrías de lo inmaterial, a perseguir mujeres que no son más que una idea que estrechamos en nuestro pecho o cuyo linaje es transfigurado por las artes inauditas de tiempos remotos, a Helena en su tumba y a la mujer del futuro, en las sombras de lo que nunca ha existido. Sollozando lleno de anhelos metafísicos, se levantó de un salto, había tomado un sorbo del ron de Pimbusch.

Inmediatamente, se procuró unas cuantas velas de color púrpura con estrellitas de papel de estaño, así como también un poco de incienso. Durante varios días estuvo tomando sólo un poco de miel de Atenas. Hizo tapizar una habitación vacía con telas de colores mortecinos y aspecto raído, y se fabricó una especie de altar con almohadones cubiertos de alfombras. Luego hizo venir a la pequeña Matzke.

La muchacha enmudeció al contemplar la expresión pálida y solemne de Andreas; le remordió la conciencia. Se quedó muy quieta de admiración cuando él le colocó sobre el pecho y los hombros dos impresionantes brocados bordados que caían hasta el suelo en gruesos pliegues. Andreas la tomó de la mano y la condujo a su penumbroso sancta sanctorum; las velas ardían tras unas cortinas medio cerradas. La muchacha ya había bajado los peldaños y se encontraba allá abajo entre recipientes humeantes. La atmósfera estaba cargada de los vapores de flores ajadas y hierbas quemadas. Con una rodilla en el suelo, Andreas impulsó el incensario hacia la muchacha.

De repente, ésta se lanzó al cuello del joven, que estaba sumido en la meditación. Envuelta en su talar bizantino, la pequeña Matzke rodó junto a Andreas por el suelo.

«Ya es de día», chilló la muchacha. «¿Es que crees que no necesito aire para vivir? ¿Por eso me llenas de humo las narices?».

«¡Silencio! ¡Te comportas indignamente!».

«Me importa un pito la dignidad. ¡Si voy a ser ahumada como un bacalao!».

«¡Bienaimée! ¡No sabes lo que estás destruyendo en mí!».

«¿Es que estás idiota? ¿En qué tonterías estará pensando?».

Andreas tuvo que dejarla que acabara de hablar y se alegró cuando ella le

encontró una cara divertida a aquella experiencia. La pequeña Matzke lo cogió, y a pesar de su resistencia, lo hizo galopar alrededor del altar, y la muchacha cantó al mismo tiempo con resuelta voz de niño: «El bobo debe morir, todavía es tan joven, joven, joven».

Esta vivencia le amargó. Había momentos en que casi se sentía inclinado a probar el espíritu de la infamia y la rebeldía. Y se preguntaba: «¿Qué pasaría si mi alma insatisfecha fuera a caer en deleites satánicos?».

Pero ¿quién estaría dispuesto a colaborar con él? Adelheid era demasiado bondadosa para hacer tales cosas y la pequeña Matzke era demasiado profana. Se desesperó.

No voy a poner un anuncio en el *Correo Nocturno*: Caballero refinado desearía encontrar una agradable compañía familiar con el objeto de celebrar misas negras y etc.

Entonces le sobrevino un escalofrío repentino, acababa de pensar en la señora Pimbusch. La vio ante sí, abrazando y ofendiendo alternativamente a la pequeña Werda Bieratz, tiempo atrás en el salón de los Türkheimer, y oyó de nuevo la frase de aquel joven escritor surgiendo del enjambre de los sin nombre. «Esto ya es puro sadismo». ¡Oh, ese gesto suyo tan malicioso que había fustigado su carne, sacándola de su calma en aquella noche de triunfo, tras la representación de la *Desconocida*! ¡Oh, los bucles de su pelo rojo carmín, que le habían golpeado la ardorosa frente!

Quiso seducirme, y en realidad ¿por qué no he seguido su invitación? Ah, sí, esta vida banal no me ha dejado tiempo para ello. Además ¿quién sabe? Tal vez vaya al encuentro de una aventura llena de enigmas y de extraños misterios.

Para darse valor, por la noche le propuso una apuesta al banquero Ratiboehr, sin prestar atención a la tenue sonrisa que bailaba en su amarillenta cara de duelista, apostó que en un plazo de catorce días conseguiría conquistar a Claire Pimbusch. Tales apuestas eran inseparables del modo de ser de un vividor, se planteaban todos los días, Andreas lo había leído en innumerables ocasiones. A la tarde siguiente acudió a la casa de los Pimbusch.

Un criado grave y pálido, vestido de negro y de ademanes comedidos, le abrió silenciosamente una puerta acolchada. Se encontró en una estancia envuelta por una media luz, en la que parecía dormitar un secreto. En el centro, en el diván, se movió una cosa blanca. Andreas se acercó, y la señora de la casa le invitó a sentarse. Ella callaba, Andreas carraspeó y miró alrededor, asustado. Todos los sonidos desaparecían absorbidos, como si fueran líquidos, por la gruesa guata de que todo estaba revestido; las paredes de seda blanca, los muebles, las alfombras, el techo. Uno se sentía alejado de todas las durezas de la existencia, libre de opresiones y golpes. Todo se había vuelto blando, ligero, etéreo, y era como si uno flotara elevándose hacia el techo, liberado del cuerpo hacia un mundo verdosamente iluminado, en el

que visiones sin nombre ni sentido atemorizaran y cautivaran el alma. Plantas fantásticas, con unas excrecencias que parecían caras, agitaban sus hojas carnosas como animales que estirasen sus miembros. Soldados moribundos, sangrando por cortes espantosos, yacían sobre una nieve deslumbrante sobre la que revoloteaban unos espectros de luengas barbas vestidos con caftanes negros. Acababan de llegar, sacaban las uñas y escarbaban por entre los heridos para substraerles las joyas. Uno le mordía el dedo a un oficial que llevaba un anillo obstinado. Otro blandía un sable y se acercaba a la cabeza pálida cuyos cabellos se erizaban; del cuello de este hombre asustado colgaba un amuleto de una cadena de oro cuyo cierre no se abría. Sobre un estrado del que colgaba una alfombra negra y plateada, un monstruo velludo, posiblemente el tan añorado eslabón entre el mono y el hombre, rodeaba con uno de sus brazos largos y repugnantes a una figura de muchacha impúber y muerta de miedo, cuyas trenzas ondeaban. Cada cinco minutos lanzaba su otro brazo violentamente contra un perseguidor invisible. Andreas, en su sitio, se encontraba en un peligro continuo de recibir un golpe.

«He soñado», le dijo la señora Pimbusch con un bostezo. «Sueños etéreos. Un poco pesado, pero ¿qué quiere usted? Cada uno se evade de esta estúpida realidad lo mejor que puede. ¿Conoce usted los sueños etéreos?».

«Por desgracia no, señora, pero creo que me agradarían enormemente».

«Hay que acostumbrarse a ello. Yo he llegado a tomarme más de media cuchara de éter. Este mundo es aburrido, ¿verdad? No sucede nada. Pero después de tomarme mi media cucharada experimento todo lo que quiero. El pecho se vacía, la existencia ya no pesa, no siento nada más que los latidos de mi corazón, fuertes y cada vez más fuertes. Sus latidos son como olas amplias que me llevan más allá».

«¿Adónde, si me permite la pregunta?».

«A todas partes. Viajo a través del mundo, gozo de cosas que ni siquiera existen, vivo aventuras, y a veces, incluso soy asesinada. Bueno, siempre me recupero en seguida».

«¡Pero si eso es precisamente lo que busco!», exclamó Andreas, que empezaba a entusiasmarse. La señora Pimbusch siguió hablando con una voz fatigada y vidriosa.

«Se lo aseguro, hay viajes largos de los que no sé en absoluto, si los he hecho o no. ¿Los habré soñado sólo? Bueno, a fin de cuentas daría igual».

«Sería, incluso, más bello».

«Nos comprendemos. En una ocasión unos ladrones me preguntaron con toda franqueza si llevaba dinero».

«¡Ah!».

Ella advirtió que lo había desilusionado y añadió: «Podría haberme ido mucho peor. Una vez fui a Italia, un amigo me había escrito desde allí, diciéndome que los alrededores eran muy bellos. Al apear me, no veo ningún ómnibus. Un tipo de aspecto

sospechoso me ofrece un carruaje de un solo caballo. Bueno, de noche en ese carruaje de un solo caballo... Así que paso la noche en la posada. ¡Caramba con la posada! Abajo, sentados, no hay más que italianos, sumamente asquerosos y lascivos, y ninguno entiende alemán. Me dan la habitación de lujo, ¡y en ella hay dos camas! La acepto, pero con miedo. Levanto las almohadas, pero no hay nada debajo. Las puertas no cierran y la casa está rodeada por un balcón; cualquiera que lo pretenda, puede subir y entrar. Levanto barricadas con mis maletas, pero ¿de qué sirve? Afuera oigo continuamente algo que araña, se lo aseguro, horas y horas arañando, y todavía hoy no sé lo que era».

«¿Ratones, tal vez?».

«¡Oh! ¿Cómo puede decir eso? Cuando me despierto a la mañana siguiente, me asombro mucho de estar allí todavía. Así pues, me voy con ese inquietante coche de un solo caballo, porque no hay manera de conseguir otro. Pero tal vez lo hubiera cogido incluso en ese caso ¿Me comprende? Un paisaje colosalmente bello, y desde luego, me regodeo en él. De repente el cochero se gira hacia mí desde su asiento, hace un gesto siniestro y me pregunta algo. Yo no lo comprendo, pero intuyo que me va a pasar algo. Por fin, oigo que no quiere otra cosa de mí más que dinero, el miserable. ¿Tiene oro? Yo le digo: No, en este momento no puedo pagarle, y le pongo una cara bastante cándida. Luego, cuando llegamos a la zona donde vive mi amigo y yo saco mi monedero, entonces ese tipo me mira así, bueno, ya sabe usted, con una mirada tan fulminante como si quisiera decirme: Si hubiera sabido que llevabas tanto oro...».

«¡Increíble!», exclamó Andreas, herido en su sentimiento de propietario. Pero la señora Pimbusch sonrió con desprecio.

«¿Cree usted? Se lo dije a mi amigo y él demandó a ese tipo».

«¡Ah!».

«No me entiende. Posiblemente yo no le hubiera denunciado por el intento de robo».

«¿Entonces?».

«Al principio, cuando todavía no había comprendido su pregunta, yo me esperaba una cosa muy distinta ¿Aún no se lo imagina? ¿No? Yo creía que quería violarme».

«¡Oh, qué espantoso!».

«Horrible, ¿verdad?, y luego no pude perdonarle que sólo quisiera mi dinero. Por eso lo entregué a la policía con un sentimiento especial, cómo le diría, con una especie de deleite... Además, era un hombre guapo, muy moreno y fuerte».

«Otra vez el sadismo», pensó Andreas.

Pero dijo: «La señora se mostró verdaderamente muy valerosa ¿Le sucedió algo más en Italia en aquella ocasión?».

La señora Pimbusch soltó algunas risitas.

«¿Lo viví? ¿Y quién le dice a usted que yo no había tomado éter? Por lo demás, Italia no me interesa mucho, me resulta demasiado dulzona. ¿Cómo vive un italiano de éstos? Pues no piensa más que en robar a los forasteros y en quitarle la chica a otro. Le da una puñalada entre las costillas a su rival y en la iglesia más próxima obtiene la absolución, con eso se arregla todo, y esto transcurre en un paisaje desvergonzadamente azul y sin carácter. No, yo prefiero al noruego. Sentado en su cuchitril de madera que huele a aceite de ballena, se tortura hasta morir con cavilaciones sobre Dios, Satanás, sobre sus pecados de pensamiento y los castigos eternos que el infierno ha inventado expresamente para él. Por lo demás, ese hombre tiene un alma».

«Aunque un poco mohosa», le dijo Andreas, aprobando con la cabeza. Y se puso a meditar.

«Ese hombre, con su refinado automartirio, también tiene, en realidad, algo de sádico. ¿Qué opina la señora del sadismo, si me permite la pregunta?».

«¡Oh!, exquisito. Por lo demás, ¿le habría usted atribuido una cosa así al director Kapeller? Va a inaugurar el “Ballet popular alemán” con un “Coucher”».

«¿Es que no se le ha ocurrido nada más antiguo?».

«Nada más nuevo, amigo mío. En ese “Coucher”, una persona mira a través del agujero de una cerradura. La dama se está abrochando el vestido en ese momento, y entonces, tocan a la puerta: un amante que no puede esperar. Pero ella está indecisa, se quita la falda. Él hace más ruido, empieza a lanzar improperios, ella lo encuentra brutal y se dispone a quitarse el corsé. De repente, todo queda en silencio, a través del agujero de la cerradura, se escucha la respiración jadeante del hombre. Ella comienza a sentir un violento placer. Muy comprensible, ¿no? Se suelta el cabello y se pone a lavarse... Él suplica detrás de la puerta, completamente deshecho. Luego, una nueva explosión de cólera, intenta forzar el cerrojo, en vano, y llora de un modo desgarrador. ¡Y de repente se muere! ¡Sí, de verdad, se muere! Se oyen unos estertores repulsivos. Ella sonríe dichosa hacia el público y se pone la camisa sobre los hombros, lentamente, con deleite. Muy refinado, ¿no cree?».

«Muy refinado», repitió Andreas. «El sadismo de por sí».

La señora Pimbusch suspiró, luego alargó un brazo para oprimir un botón en el suelo. Al punto, la mesa de al lado se puso en movimiento. Se deslizó silenciosamente por la alfombra, desapareció tras una cortina y regresó al cabo de un momento a la habitación desde la pared opuesta. Traía té y cigarrillos. La señora Pimbusch aspiró codiciosamente el dulce aroma del tabaco quemado.

«¡Ah!, el sadismo», comentó: «Por ejemplo, cuando como carne. Ya me comprende ¡carne de nuestros semejantes!».

Y después de esto, se sumió en un silencio cargado de recuerdos y anhelos. Andreas observó cómo se abrían y cerraban las aletas de su nariz. Viendo su pelo,

recordó con amargura y desprecio la llameante estopa que se arremolinaba irreflexivamente en torno a la cabeza de la pequeña Matzke. En la mente de Claire Pimbusch se urdía una borrachera; los pálidos cuerpos de sueños de amor subían y bajaban por el profundo carmín de sus rizos, con unos gestos tristes y viciosos.

«Mi apuesta ya está medio ganada», se dijo Andreas «¿Por qué me habré fijado catorce días? Podría tomarla hoy ya, ahora, tal como yace, tal vez sólo espera eso. Pero, por esta vez ya he conseguido bastante, será más inteligente dejar que su fantasía se entretenga conmigo. Cuando vuelva, ella ya no tendrá nada que perder».

Y se fue al Club para informar de su éxito.

«Esa mujer tiene algo inhumano que infunde pavor. Hay que tener valor para enfrentarse con lo que tengo ante mí, señores míos, incluso mucho valor. Se me aparece como la encarnación del vicio, un símbolo».

«Tonterías», dijo el doctor Kumplasch. «Lo único que ocurre es que la pobrecilla está muy enferma, y usted, estimado señor, la estimula con su fantasía de neurasténico».

La mirada de Andreas lo atemorizó, entonces rectificó.

«Naturalmente, me refiero a su sensibilidad de escritor. Disculpe mi terminología científica».

La siguiente vez que Andreas visitó a la señora Pimbusch, ésta le pidió información sobre las particularidades físicas de los caballeros en cuya compañía se bañaba y recibía masajes. El uno ocultaba unas caderas asimétricas, el otro unos pies planos, y un tercero ocultaba un defecto bastante más desagradable bajo las artísticas envolturas de la sastrería Behrendt. Cualquier detalle provocaba un ardoroso interés en la señora Pimbusch. Poco a poco, Andreas empezó a asombrarse de ella como de una hechicera; bajo las manos del hada Pimbusch todo se volvía lascivo, hasta las cosas más inocentes. Le habló de la numerosa descendencia de su amiga Mohr, una buena madre de familia.

«Por lo que a mí respecta, yo me prevengo de la fertilidad mediante artificios infames», le dijo lenta y claramente. Y acto seguido le hizo una pregunta.

«Supongamos que usted engañara a sus dos amantes, cuyos nombres conoce todo el mundo, con alguien cualquiera, por ejemplo conmigo. ¿Le apetecería hacerlo? ¿Qué sentiría usted?».

Andreas le respondió con cierta inseguridad.

«Posiblemente me doliera, pero no podría dominar mi pasión».

«¿Nada más? Pues yo me desmayo de placer en cuanto me traslado a su situación. Me imaginaría a esas dos damas juntas, no quiero decir cómo...».

Cerró los ojos y oprimió un segundo botón que había en el suelo. En el tapizado de seda blanca se abrió un orificio negro y circular y una voz cavernosa empezó a declamar versos:

*Sur ta chair le parfum rôde
Comme autour d'un encensoir*

La señora Pimbusch suspiró.

*Et tu connais la caresse
Qui fait revivre les morts.*

De repente hizo una mueca, la misma que ya le había inquietado tanto tiempo atrás. Sus sangrientas comisuras se curvaron, por entre sus párpados hinchados y enrojecidos brilló una luz verdosa. La luz verdosa de la estancia parecía emanar sólo de ella; la señora Pimbusch flotaba en aquella luz con sus miembros blancuzcos de carne parecida a la del pescado; y hubo como un murmullo misterioso y lascivo que se apoderó de los sentidos de Andreas. De más allá de la oscuridad, surgieron unas palabras que resonaron sordamente:

*Quelquefois pour apaiser
Ta rage mystérieuse
Tu prodigues, sérieuse
La morsure et le kaiser.*

«¿Qué opinaría usted de una amante que, por acallar una avidez enigmática, le mordiera y le besara alternativamente?».

Andreas tomó aliento sin darle la explicación que le había pedido. Turbado, contempló fijamente aquel monstruoso eslabón entre el hombre y el mono, que, ahora con más fuerza que nunca, apretaba su repugnante brazo en torno a la temblorosa figura femenina. Esta visión le abochornó. Un visillo se hinchó, aquel día de lluvia estival envió un soplo cálido y húmedo a través de la ventana.

De repente, Andreas se inclinó, acercando su sudorosa frente a la mujer inmóvil. La señora Pimbusch replicó prematuramente a un movimiento que el joven todavía no había realizado siquiera, y soltó unos chillidos desesperados y penetrantes, llenos de una aversión sin sentido y de un pavor demente. Andreas retrocedió, sujetándose su cara ardorosa entre las manos; una mano dura y fría le había arañado horriblemente las mejillas. Miró a su alrededor, ¿es que allí todo estaba embrujado? ¿De dónde había sacado tanta fuerza aquella mujer vociferante? Su mejilla sangraba; debía de haber sido aquel repugnante eslabón perdido que cada cinco minutos, regularmente, lanzaba su zarpa al vacío contra un enemigo invisible.

La puerta fue abierta y Pimbusch, que se estaba poniendo un poco de brillantina en el bigote, se acercó.

«¿Qué te pasa, querida Claire?», preguntó. «¿Es que estás sufriendo?»:

Advirtió al joven, que intentaba colocarse junto a la mesa.

«Ah, señor Zumsee, me alegra mucho verle. ¿Es que quería ayudar a mi pobre esposa? Bah, déjelo, no hay nada que hacer cuando grita. Lo sé bien».

De repente se interrumpió: aquella atmósfera bochornosa le sofocaba. Su esposa exhalaba de vez en cuando un sonido ronco, luego, revolcaba la cabeza en los cojines, y se echaba a reír estridentemente, sin interrupción. Pimbusch miró a Andreas; el silencio del joven hizo que el esposo lo comprendiera todo por fin. Casi aterrorizado, retiró la mano que le había tendido gentilmente, la contempló con miedo y se llevó a los labios la larga uña delicadamente pulida de su dedo pequeño.

«Pero ¿qué ha hecho usted?», le dijo en voz baja y rápida, con una sonrisa cortés. «Ya me he dado cuenta, usted ha intentado... alguna cosa. Pero se equivoca usted, estimado señor».

Y como si quisiera disculparse, repitió persuasivamente: «Se encuentra usted en un error, de verdad».

Andreas tomó fuerzas y declaró con solemnidad y caballerosidad: «Señor Pimbusch, me ofrezco a satisfacerle del modo que usted prefiera, por haberme inmiscuido en sus derechos».

El fabricante de ron dio un saltito sobre sus tacones.

«¿Inmiscuido? ¡Por favor, inmiscúyase! ¡Si es que puede!».

Esa satisfacción que debía recibir lo ponía visiblemente nervioso.

«Aborda usted este asunto con unas suposiciones muy falsas», gritó con voz de falsete, y enarcando las cejas con gravedad, añadió en tono aleccionador: «Como ya le he dicho, le aseguro que la injerencia que usted deseaba es del todo irrealizable. No necesito prohibírsela en absoluto, está prohibida por sí misma. ¿Me comprende?».

Y en medio de la violenta preocupación de tener que vengar su honor tan innecesariamente, volvió a repetir lo mismo. Por fin, Andreas alcanzó a comprenderle; y entonces, pensó que allí ya no cabía decir ni hacer nada más. Bajó la cabeza y se alejó no muy orgulloso, perseguido por las risas espasmódicas de aquella dama descifrada tan de repente, y por aquel parloteo de su esposo sobre derechos inviolables.

De modo, que aún me quedaban ilusiones por perder, se dijo una vez afuera, y esta idea lo irritó contra la señora Pimbusch. ¡Qué criatura era ésa, qué conducta era aquélla! ¡Y sus ideas! Italia era una zona bella e insegura a causa de los bandidos, es decir, por unos cuantos ratones y un cochero que pedía sus honorarios por adelantado. Luego aparecía el consabido hombre guapo «muy moreno y fuerte» con el que acababan todas las historias de aquella dama; de otro modo, ella se hubiera considerado profundamente disminuida. Sus inmoralidades eran tan burguesas como las mojigaterías de otras. Pero ¿qué se le podía pedir a esa gente? Qué ingenuidad buscar en ella esa alta corrupción intelectual exclusiva de los pocos sibaritas selectos

que había diseminados por toda Europa, y buscarla allí, donde no había más que estupidez degenerada, nervios débiles, una enfermiza sangre de horchata, y como mucho, unos desvaríos malogrados como los de aquella desgraciada. Esa gente hacía lo que podía para librarse de toda su moral burguesa y no conseguía, con ello, ni una brizna de intelectualidad. Griseldis von Hochstetten, esa virgen vieja y altanera que se permitía despreciar a la gente de cuyas limosnas vivía, tenía razón en el fondo; en el país de Jauja no había más que honrados burgueses.

Pues ¿qué era la señora Pimbusch, cuya cabeza semejaba una flor venenosa, multicolor y abotargada sobre un tallo demasiado débil, qué era cuando uno la examinaba más de cerca?

Y Andreas respondió a esto: «Nada más que madera de boj aquejada de histeria».

XIV

Consejo de familia

Al principio, se sintió tentado de mandarle a Ratibohr por correo el monto de la apuesta que había perdido. Cuando, a pesar de todo, se la entregó personalmente a la vista de todos los que había en el salón grande del club, consiguió adoptar un aspecto tan peligroso, que nadie se atrevió a preguntar nada en voz alta. Pero ni todo el honor del mundo hubiera podido sustituir el menoscabo de prestigio personal que le había causado al joven aquel indigno incidente con el matrimonio Pimbusch. Le había quedado un estado de ánimo deprimido, profundamente insatisfecho; durante algún tiempo lo estuvo adormeciendo con extrañas reflexiones.

«Tales experiencias», comentaba, «debemos agradecerse a esta locura que ha elevado a la mujer a la categoría de individuo. Una mujer sola se apodera de nuestra existencia, pues le mostramos nuestra alma en exceso y ello merma su respeto. No me disgustaría comprarme un yate, cosa que, por lo demás, debería hacer cualquier hombre decente, y llenar el camarote de odaliscas».

Entretanto, hizo que buscaran a la muchacha que una vez, en los tiempos del Café Hurra le había lavado las camisas por amor. Ahora podía cubrirla con aquellas entradas gratuitas que tan en vano había estado esperando ella en otros tiempos. ¡Qué feliz sería! ¡Qué orgullosa estaría de él! Pero sus amos la habían despedido, porque atendía más a los méritos físicos y espirituales de los clientes que a su solvencia económica. No hubo manera de encontrarla.

Aquella rubia flaca que antaño lo había herido tan profundamente, seguía sentada en su trono, a la barra de la calle Potsdam.

Andreas la miraba de soslayo todas las veces que pasaba por allí. Estaba planeando sorpresas.

«¡Y si la hiciera capturar por la noche en un callejón oscuro por un par de tipos seguros y la metiera en un coche ya dispuesto! ¡Y si, después de llegar a un escondite desconocido, le quitara la venda de los ojos y ella se viera reflejada en espejos pulidos en medio de muebles tapizados de seda, en un dormitorio donde la estuvieran esperando unos ropajes de terciopelo y encajes! ¡Si, entonces, se abriera la puerta, y yo, el mismo a quien ella evidenció su menosprecio tiempo atrás, apareciera con los brazos cruzados y una mirada llena de grandeza! No, eso sería teatral, yo haría como si no hubiera pasado nada».

También esto se quedó sólo en pensamiento. Por el contrario, un día le escribió a la señorita Sophie Levzahn, calle Dorotheen, diciéndole que debía de haber olvidado allí uno de sus cuellos duros al mudarse. Que seguramente lo habrían recogido y que,

si quisiera traérselo ella misma, su visita lo alegraría muy especialmente.

Ella se presentó cuando Andreas ya había dado su esperanza por perdida. El rostro de la muchacha, ligeramente enrojecido por el calor, parecía menos cansado que otras veces bajo el sombrero negro de plumas. Su gastada chaquetilla de verano no estaba exenta de manchas, y sus guantes olían a bencina. A pesar de todo, Andreas exclamó lleno de satisfacción «¿Así, que ya no está usted enfadada conmigo, señorita Sophie?».

«No hay por qué ser enemigos», repuso ella.

Andreas le hizo una pregunta impremeditada.

«¿Llegó usted por fin a recibir el dinero aquella vez?».

«¿A qué se refiere?».

«Bueno, a la... compensación que ustedes le exigían a mí... a mi tía».

La muchacha murmuró: «Era sólo por mamá. La pobre vieja tiene una idea de la decencia y todo eso... Lo que es yo, yo sí conozco el asunto y todo lo que hacen esos caballeros jóvenes».

Andreas la acalló colocándole un brazo alrededor de las caderas e intentando besarle el cuello. Ella lo rechazó con coquetería, pero bajo aquella sonrisa complaciente, su expresión seguía conservando la amargura de todos los desengaños sufridos.

«A usted le ha ido cada vez mejor desde entonces, ¿verdad?», comentó; y sus claros ojos de usurero tasaron la instalación del despacho de Andreas.

«Oh, en eso no hoy problema. Tengo suerte, ¿sabe usted, pequeña Sophie? Jamás me abandona, y cada vez es más bella».

La condujo a través de la casa, y luego se sentaron a la mesa del comedor.

«¿Y a usted?», le preguntó Andreas. «Está usted más bonita todavía. ¿Cómo van las cosas por casa?».

«¿Y cómo van a ir? No hay nada que hacer. Quien nada tiene, nada consigue, y mamá anda ahora enferma de hidropesía».

Andreas le soltó el brazo, no tenía ganas de comer nada más. El silencio sólo fue interrumpido una vez, el joven ya había paladeado algunas copitas de licor. La muchacha lo contemplaba fría y atentamente, al tiempo que iba comiendo a grandes bocados.

Durante la sobremesa, Andreas intentó apoderarse de su blusa. Ella le dejó hacer, pero cuando el joven iba a desabrocharle el primer botón, Sophie, retirándose un poco, le dijo: «Yo no me niego, pero...».

«Todavía no se ha negado ninguna», explicó Andreas.

«¿Sí?, entonces es que ésas también querían lo mismo. Debería saberse lo que es una muchacha decente. Si usted tiene intenciones honradas...».

Sophie se había levantado prudentemente, dejando la prenda de vestir abierta

sobre su pecho. De nuevo se cercioró del mucho Chartreuse verde que faltaba ya en el frasquito; y se puso a aguardar. Para asombro suyo, Andreas se comportaba con mucha calma. De repente, él le preguntó:

«¿Qué es lo que debo tener?».

Y antes de que ella pudiera responderle, el joven ya se había echado a reír con muchas ganas y a pleno pulmón, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, las manos enlazadas sobre el estómago y mostrando unos dientes fulgurantes.

«¿Es que le pasa algo? ¿Está usted enfermo del pecho?». Le dijo ella, acechando con inquietud. Andreas le repitió haciendo un esfuerzo: «¡Intenciones honradas! Bah, desde luego, en otra ocasión, si se vuelve a plantear lo mismo, tendré intenciones honradas, ¡pero hoy todavía no!».

La muchacha estalló en llanto, silbando e hipando como un organillo átono.

«¡Oh, qué grosería! ¡Me ha puesto en ridículo! No le basta con abusar de mí, no, si una muchacha decente no le obedece en todo, entonces, encima, se burla neciamente de ella».

De repente, dio dos pasos hacia él en una actitud trágica.

«¡Tiene usted que casarse conmigo! Soy de una familia intachable. Usted me ha ofendido, y ahora tiene que casarse conmigo».

«Un motivo muy bonito», comentó Andreas, repentinamente frío y elegante. «Por el contrario, yo sólo pienso casarme con una mujer a quien jamás haya ofendido».

Sophie apretó los labios, la partida estaba perdida. Y entre frases despectivas, se ordenó el vestido.

«Al fin y al cabo no me habría tocado en suerte más que un borrachín. ¡Y con lo que aguanta uno de éstos!».

«¿Verdad que sí?», confirmó Andreas con amabilidad. «Qué suerte tengo aguantando tanto, pues si no, ¿qué iba usted a hacer ahora conmigo?».

Al abrocharse la chaquetilla, Sophie silbó con renovada cólera: «¡Pero ya cambiarán las cosas! Me encargaré de ellos, se lo prometo».

Andreas se encogió de hombros y se puso un cigarrillo en la boca.

«Naturalmente, usted cree que todo debe ser así y que a usted no puede faltarle de nada. Pero ¿y si la gente que le tira del cordón se harta alguna vez y lo suelta; qué hará usted entonces... títere?».

Andreas le tendió la sombrilla con una reverencia llena de respetuoso temor. Luego tocó una campanilla.

«Estimadísima señorita», gritó tras ella. «¿No podría soportarme un momentito más? Debe usted de haberse acalorado, mi criado le procurará un coche».

Andreas estaba satisfecho de sí mismo, y, en adelante, se vengó de la derrota sufrida con Claire Pimbusch humillando a todas las criaturas femeninas que caían en sus manos. Adelheid fue la primera en sufrirlo; en numerosas ocasiones Andreas se

excusaba ante ella con mentiras, o bien la despedía en seguida.

«Tengo jaqueca y estoy muy ocupado, ¿en qué puedo servirte?».

«Nos vemos tan poco»...

«¿Acaso es culpa mía? El deber es antes que el placer, naturalmente. Además, ¿no te ibas al balneario?».

«¿Separarme de ti, Andreas? ¿No irás a creer eso? Sí, podríamos ir juntos. Pero entonces...».

Adelheid enmudeció bajo el peso del mutismo del joven.

«En realidad, necesitaría un descanso», añadió por fin. Andreas le dijo: «Soy de la misma opinión. Estás agotada. Se te ha estropeado el cutis, deberíamos vernos sólo de noche, tienes mucho mejor aspecto a la luz de las velas».

Adelheid tartamudeó: «¿Quieres sólo de noche? Pero si sabes muy bien que por las noches no puedo en absoluto. Si no vienes tú...».

¿Es que quería librarse ya totalmente de ella?

Dos días más tarde, cuando ella volvió a aparecer, Andreas se sintió molesto por el crujido de sus enaguas.

«Me irrita, sobre todo si pienso en que sólo te has cosido unas cuantas tiras de seda. ¡Cómo puede hacer tal cosa una mujer decente! Pero, por favor, mira que provocar un crujido tal como si toda la falda fuera de seda, siendo así que sólo son dos tiras. Eso es falsificación de hechos».

«¿Quién lleva, hoy en día, un vestido entero de seda?», objetó ella con modestia.

«¡Oh, permíteme!».

La pequeña Matzke los llevaba, y Andreas estuvo a punto de gritárselo a la cara.

Sin embargo, a Bienaimée no le iba mejor. En una de sus visitas siguientes, la muchacha se comportó de un modo silencioso y meditabundo. De repente, dijo hablando consigo misma: «No hay nada que hacer. Ya he estado buscando en vano por todo el Noroeste».

«¿Buscando? ¿Qué cosa?».

«Oh, sólo estaba pensando. ¿Es que he dicho algo?».

«Si es que tienes tus secretos...».

«Oh, me conoces muy mal. Lo único que pasa es que no puedo encontrar a mi príncipe azul».

«¡Todavía con eso! ¿Y por ese imbécil estás revolviendo distritos enteros de la ciudad?».

Andreas se puso a caminar por la habitación irritado, ella lo siguió con la vista, con unos ojos pequeños y mordaces.

«Los conozco más imbéciles».

«¿Quién es más imbécil?».

«Cierta gente es bastante más imbécil».

Andreas, furioso, se lanzó sobre ella, pero la muchacha se mostró valiente: «No permito que toquen mis ideales. Soy así, es cosa de familia».

«Yo creía que lo habías encontrado hacía ya mucho tiempo», comentó él con acritud.

«¿Sí? ¿Cuándo?».

«Yo mismo te lo presenté en tu baile de máscaras».

«¡Ah! No se le parece en nada».

«Pues en aquella ocasión estabas encantada, me encontrabas muy bello».

«No tengo nada en contra. Eres un granuja tan grande como un violón, pero no te pareces en nada, para empezar, porque tienes los muslos demasiado flacos».

«¡Como si no se te hubieran salido los ojos de la cara precisamente por mis piernas!».

«¡No se lo imagina! ¡Pues porque las medias se te caían!».

«¡No se me caían!».

«¡Desde luego que se te caían!».

«¡No!».

«¡Claro que sí!».

«¡Te digo que no!».

Y, antes de que ella pudiera volver a hablar, una fuerte bofetada la tiró de la silla. La pequeña Matzke se llevó las manos a la cara, pero continuó gritando por entre los dedos: «¡Qué sí!».

Entonces, Andreas le mostró una fusta.

«¡No hay más que una respuesta ante las insolencias de una criatura tan desvergonzada y terca como tú, ésta!», gritó.

Era la primera vez que se ponía furioso, y la primera vez en que ella se vio obligada a tomarle en serio. En ese instante lo amó por él mismo, sin acordarse del traicionado Türkheimer ni del príncipe azul. El tierno miedo de su expresión apaciguó un poco al joven.

Afuera se oyeron unos pasos que se acercaban, Andreas entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

«¿Otra vez?», preguntó cuando vio a Adelheid. «¿Es que no te ha dicho mi criado que estoy sobrecargado de trabajo y no puedo recibir a nadie?».

«Sí, lo sé, pero se trata de algo importante».

«¿De qué se trata?».

Buscó una silla, y miró a su alrededor desconsolada, sin ver nada. Por fin pudo pronunciar algunas frases.

«Comprendo que no puedas dedicarme todas las horas. Además, ya estuve aquí ayer. Pero es que cuando no te veo se me hace tan largo el tiempo... No sabes lo mucho que te amo ahora, de verdad».

«¿Cómo no voy a saberlo? Pero, querida Adelheid, eso es evidente, no vale la pena que nos detengamos en ello. Por favor, siéntate y ve directamente al asunto».

Ella quiso hablar, pero la voz no le obedeció. Hace una media hora acababa de tener una idea que la había impulsado a venir rápidamente, llena de una esperanza desbordante. Esa pobre esperanza se había desvanecido de nuevo. ¿Podría conquistarle otra vez? Ahora, tal como permanecía ante ella, impaciente, con una mirada dura y labios contraídos, ¡le resultaba tan lejano! ¿Regresaría alguna vez?

En la casa flotaba un residuo de olor a incienso, desde que Andreas había investido a la pequeña Matzke de brocados bizantinos y la había colocado sobre un altar.

«Así que organiza fiestas de las que yo no sé nada», se dijo Adelheid. No podía olvidar el aspecto de Andreas sentado con su hábito de monje ante la mesa de pino, bajo aquella sangrienta cabeza de Cristo, antaño, en aquellos días de plena dicha. «Un escritor, un místico como él es tan susceptible, que retrocede asustado ante cualquier intromisión ajena, profana. Por eso me oculta aquello que más le conmueve. Yo no conozco en absoluto, ni debo conocer, toda una cara de su interior, la más refinada, profunda y sensible. ¡Ni siquiera profeso la misma fe que él! ¡Qué noble es, jamás me lo ha reprochado!».

«Puedo esperar», le expresó Andreas con un gesto de desesperación. Se dejó caer junto al escritorio y revolvió algunos papeles. Adelheid le dijo, decidiéndose de repente: «Pues es que quisiera convertirme».

«¿Qué es lo que quisieras?».

«Convertirme, pasarme a tu credo».

«Que quisieras; eso es».

«Increíble», añadió Andreas en voz baja, al tiempo que desviaba la mirada de Adelheid. Se controló violentamente y fijó la vista en un objeto cualquiera de la pared. A pesar de ello, todo su rostro se estremecía.

«¿Cómo se te ha ocurrido?», le dijo, casi sin voz a causa del esfuerzo.

«Lo hago por ti, Andreas mío».

Adelheid temió estropear el asunto.

«Es decir, naturalmente, siento una necesidad interior, ¿cómo te diría? Por otra parte, la decisión de cambiar de fe cuesta bastante en cierto modo, ¿verdad? Pero tu amor me la facilita».

Andreas se había levantado de un salto, estaba de espaldas a Adelheid, con el rostro levantado hacia el techo, y apretándose las muñecas. Ella levantó la vista hacia el joven, asustada y llena de un temor respetuoso. «¡Ah! Ninguno de sus éxitos mundanos le ha proporcionado nunca tal alegría. ¡Está completamente en éxtasis!».

Andreas veía en una imagen clara, cómo Adelheid entra en la iglesia de San Hedwig con un vestidito de confirmación y velo blanco, escoltada por sus familiares

y por todas las personas importantes del país de Jauja. Türkheimer caminaba con ella hacia la pila bautismal, sonreía divertido, y se acariciaba sus patillas rojizas.

Adelheid añadió una aclaración más.

«Pues es que, hasta ahora, he sido protestante».

Entonces, Andreas se alejó de un salto. La puerta se abrió y se cerró, el joven había desaparecido. A los pocos momentos, Adelheid percibió unos sonidos sofocados, como si Andreas estuviera luchando con un ataque de disnea. Quiso correr en su ayuda, pero volvió a hundirse en el sillón; ahora parecía que se estuviera riendo. Ciertamente, el joven debía de haberse quedado muy cerca, tras la puerta cerrada, y se reía, al tiempo que sepultaba la cara en una cosa blanda, ¿en el cortinón tal vez?

De repente, Adelheid oyó unos gritos contenidos, los gritos de una mujer. Sí, era una cosa blanda aquello en que Andreas sepultaba su rostro, era un vestido de mujer, y quién sabe, tal vez el cuerpo de una mujer. Ah, allá en el ángulo, junto a la estancia, sobre un ala de la mesa que debía servir de escritorio para que el poeta tomara unas cuantas notas rápidas, allí había un objeto grande y rojo, un imponente sombrero de plumas. «¡He estado ciega, no habiéndome dado cuenta antes!». Abajo, en el suelo, se hallaba también un guante estrujado.

Adelheid ya no sintió apenas asombro.

«¡Cómo no se me ha ocurrido pensarlo!», exclamó.

«Yo creí que lo tenía completamente acaparado mediante su carrera artística, mediante sus éxitos de hombre de mundo, qué sé yo. Jamás me había pasado por la cabeza que su frialdad hacia mí pudiera obedecer a que daba todo su calor a otra. Es inconcebible».

Adelheid se dirigió hacia el espejo.

«Tiene mucha razón, sólo debo exhibirme de noche. Con bastante Eau de Lys y a la luz de las velas, todavía puedo pasar, o quizá ya ni siquiera eso. Además, ahora, da igual, ¿qué más quiero?».

Al abandonar la habitación, la siguieron las carcajadas reprimidas de Andreas y los estridentes gritos guturales de la otra. ¡Cuánta hilaridad había provocado su sacrificio, ese último sacrificio con el que había esperado recuperarle! Afuera, en el pasillo, hizo una observación.

«Estoy temblando de pies a cabeza. Tengo que tranquilizarme, pero ¿dónde?».

Enfrente, en un primer piso, vio un muestrario de sombreros polvorientos junto a una ventana. La mujer de limpieza, una persona triste de edad indefinida, se dijo, al ver a la inesperada cliente, que el vestido de verano que ésta llevaba, por muy barato que pudiera ser, habría costado por lo menos 300 marcos. Era un vestido sencillo, de lino gris. El corpiño llevaba encajes también de lino gris sobre un fondo de seda azul turquesa; un *echarpe* plisado le cubría cuello y hombros. El sombrero, de paja florentina, lucía plumas de avestruz y una rosa amarilla bajo el ala, detrás, junto al

negro moño. Este sombrero inspiró temor a la modista.

«¿Buscará aquí un sombrero de ese precio?», se preguntó.

Pero Adelheid se mostraba satisfecha con todo lo que le enseñaba. Examinó a la ligera unos cuantos gorritos marineros redondos en cuya parte superior había tres lazos mezquinos. Luego, se sentó en una silla que había junto a la ventana.

«¿Con cuál se queda la señora?».

«Es igual, tome».

Y le tendió tres monedas de oro; la otra empaquetó rápidamente todos los sombreros.

«¿Quiere la señora que le lleve el paquete al coche?».

«No he traído coche».

«Pues entonces, ¿a qué dirección quiere que se los mande?».

Adelheid suspiró con impaciencia.

«Permítame que espere aquí un poco más, creo que está empezando a llover».

Pero el cielo estaba casi despejado. La mujer comprendió que su cliente no deseaba irse y se retiró. En ese momento, el pequeño criado de Andreas atravesó la calle corriendo; y a los pocos instantes, un resplandeciente landó dobló por la esquina de al lado. La piel de los caballos brillaba, la pintura lacada del carruaje relampagueaba bajo el sol, y el cochero y el lacayo se pavoneaban con unas libreas rojo-doradas.

Dos minutos más tarde salió por la puerta de la casa de enfrente una criatura totalmente vestida de piqué blanco, excitada y desgredada como si acabara de sostener una batalla. Se meneó, balanceó sus delgadas caderas, miró en derredor con descaro, y saludó con la cabeza a sus sirvientes. El sombrero colgaba de sus llameantes rizos, ladeado hacia su rostro amarillento. Adelheid la conocía. Más de una vez, en el teatro y durante sus paseos, cuando su coche se cruzaba con el de la querida de su esposo, la había contemplado tranquilamente, sin odio ni prejuicios. ¿Qué le importaba aquella pequeña Matzke? Pero ¿y ahora?

«¿La señora no se encuentra bien?», oyó decir a la mujer de la limpieza muy cerca de sus oídos. Se había resbalado casi de la silla, y se sujetó del respaldo.

«¿Podría traerme un coche de punto?», le rogó Adelheid.

La mujer regresó.

«La señora me perdonará, pero sólo había uno de segunda».

Adelheid subió al miserable vehículo.

«¿A dónde?», preguntó el cochero.

Adelheid ordenó con voz ronca: «Adonde quiera. Pero primero, suba la capota, rápido». Temblaba, pero ahora de cólera.

«¡Ese ingrato! ¡Esa ingrata!», repitió con unos labios cada vez más blancos, rígidamente erguida en el duro ángulo del carricoche.

Cuánto le debía Andreas desde aquella época en que unas pocas frases amables de sus labios habían sacado de la nada a aquel torpe forastero; desde aquel momento en que ella había alimentado ansias de conquista en él, una conquista que debía de parecerle un sueño imposible a aquel pobre joven. Pero pronto, él había ido dejando de sentir asombro. Cuánta astucia y precaución le había costado conseguir vencer su susceptibilidad y proveerle de dinero. Qué desesperadas luchas había arrostrado por su culpa contra Lizzi Laffé, contra aquellas sucias Levzahn, contra sus envidiosas amigas, contra Asta, a quien, por deseo de él, había colocado ante la disyuntiva de romper con Rcszscinski o ser desheredada. Oyó el nombre de Andreas, llevado por ella a todos los labios y proclamado por orden suya; lo vio rodeado de alabanzas, admirado, celebrado con gritos de júbilo tras la representación de su obra. Recordó toda la diplomacia, el arte de disimulo y la terquedad imprudente de que había hecho gala para convertir a aquel insignificante estudiante que vivía en un cuchitril de la calle Linien, en este caballero influyente e importante de la calle Lützow.

«¡El ingrato! Cada palmo de sus habitaciones tienen que llevarle mi recuerdo a la mente. ¿Acaso recibiría algún saludo de esa gente que ahora le lame las botas, acaso gozaría un solo bocado de las comidas de que ahora disfruta, sin mí? ¿Es que no lo soy todo para él, su suerte en la bolsa, su fama de escritor, sus éxitos sociales? ¡Todo ello lo tendrá sólo mientras me tenga a mí! ¿O es que se figura que es él quien ha ganado en realidad esas fabulosas sumas que han estado pasando por sus manos durante nueve meses? Me pertenece. ¿Cómo se atreve a engañarme?, ¡me está robando mi dinero! ¡¿Acaso no sabe ese ladrón que puedo aniquilarlo en un solo día, aniquilarlo totalmente?!».

Hubo una sacudida, el coche se detuvo. El cochero empezó a regañar, pero entonces se elevó la voz amenazadora de un policía. Adelheid se asomó. La caída del rocín de un vehículo de carga había provocado un atasco. El pueblo se aglomeraba por todas partes, y la miraba, boquiabierto, a través de los cristales del coche. «Es imposible que yo haya estado aquí alguna vez», se dijo Adelheid, y de repente, se le hizo patente toda la desolación de su situación: sola, traicionada, abandonada y ridiculizada, con un último desengaño en su empobrecido corazón, sentada sobre los despedazados cojines de felpa de una trepidante tartana de segunda clase, rodeada por la hostilidad de los proletarios de un barrio de arrabal. Se enterneció. Cuando el caballo volvió a tirar del coche el empujón arrojó de nuevo a aquella desgarrada mujer al ángulo del vehículo, con la cara entre las manos.

«¡Qué he hecho! ¡Lo he calumniado, a él! No es más que un escritor, un auténtico escritor, casi un niño, un hijo del sol que todo lo ve a través de unas gafas de oro ¡Qué sabe él de la vida! ¿Cómo va ni a imaginarse de dónde viene el dinero? Naturalmente, se cree todo lo que le cuento. Sigue siendo tan cándido como antaño en su sencilla habitación donde yo le visitaba al principio. ¿Por qué no lo habré

dejado allí? ¡Qué bello y puro podría ser todo!».

Ante sus ojos apareció una imagen paradisiaca. Ella mantenía a su escritor, a su corazoncito, a su amado, bajo llave, como en un joyerito. Nadie sabía nada de su existencia. Ella lo visitaba muy en secreto y se alejaba luego de él como de una vida más hermosa. Y esto duraba eternamente, ella se mantenía siempre joven, y él la amaba incansablemente. Él no conocía ninguna otra cosa, ella era lo único que veía. No debía salir; ella lo llevaba a lo más profundo del jardín zoológico en su coche, cuyas cortinas estarían firmemente bajadas. Allí, en un escondrijo verde y guardado por ella el joven podría respirar aire puro.

Adelheid prorrumpió en sollozos, y el paraíso naufragó.

«En vez de hacer eso, yo misma lo he empujado hacia el mundo, lo he expuesto a todas las tentaciones. ¿Cómo pude dejar de prever que no las resistiría? Su temperamento artístico es tan delicado y sensible..., él y los otros portadores de la cultura que hay diseminados por toda Europa necesitan placeres refinados. ¿Qué se le va a hacer? Es propio de su arte, y su arte lo es todo para él, lo sé muy bien. ¡Pobre corazón mío, no tienes derecho alguno sobre tu amado!».

«¡Pero yo lo amo!».

Fue un grito que sofocó todo argumento racional.

«¡Lo amo!», repitió, sin encontrar ninguna objeción. «Tengo que retenerlo, al fin y al cabo, es mío, pues yo lo amo. ¿Cómo pudieron atreverse a quitármelo, con qué derecho se cruza en mi camino una persona así? Alguien debe de tener la culpa».

Se volvió en su estrecha jaula. Su cólera había regresado, ¿dónde estaba el culpable en quien pudiera descargarla?

«¡Ah, Türkheimer!».

El cochero le preguntó por la ventana:

«¿Quiere que siga?».

«¡Regrese, calle Hildebrandt!».

«No me he ocupado jamás de sus queridas y he contemplado pacientemente cómo su gusto se iba haciendo cada vez más grosero. Pero ahora se ha pasado de la raya, ¡esa mocosa no se la perdono!».

Sus pensamientos de venganza se precipitaron, cada cual más salvaje que el anterior. Castigar públicamente a la pequeña Matzke, escándalo, divorcio, no retrocedía ante nada. ¿No se podría poner a Türkheimer bajo tutela? Nada más fácil, pues ya estaba chocheando. Un hombre que estuviera en plena posesión de sus facultades mentales no le regalaría villas y millones a un producto de los barrios bajos. ¡Nada más fácil! Pero cuando el fatigado carricoche hubo llegado a la calle Potsdam, Adelheid empezó a encontrarle dificultades al proyecto. En la calle Reina Augusta ya casi había renunciado al divorcio. ¿Qué hubiera dicho Asta de los desvaríos de su madre? Asta hubiera tenido razón. Y ante la puerta de su casa, el dedo

sobre el botón del timbre, Adelheid se dijo que entre las chimeneas de las fábricas y los barracones de los trabajadores, allí de donde venía, las cosas se veían y se sentían de un modo distinto que aquí, en la calle Hildebrandt. Se asombró de haberse dejado arrastrar por unas pasiones casi populares por su violencia; se avergonzó un poco. A pesar de todo, había que arreglar cuentas, a ser posible, antes de la comida. Hizo llamar a su esposo, pero lo hizo ya casi sin rastro de cólera, sino, por el contrario, más bien con voz doliente.

Lo esperó en el salón de té de seda amarilla, en el hueco de la ventana. Ay, cada uno de aquellos objetos le hacía recordar a Andreas. Puso una rodilla sobre la silla y enlazó los brazos por encima del respaldo. Con la cabeza un poco inclinada, y los párpados muy abiertos, se puso a soñar mirando una oscilante vela. En esta misma postura la había encontrado él tiempo atrás, la noche de la *Desconocida*, aquella ocasión en que ambos habían triunfado definitivamente. Eso ya había pasado, jamás podría volverse a repetir. Otra mujer lo había seducido y yacía en sus brazos, y tal vez mañana yacería otra vez.

Adelheid se irguió y dio una patada en el suelo. Aquello era del todo insoportable, no debía ser. Este destino criminal tenía que ser destruido, la hacía sufrir demasiado. Türkheimer respondería de que aquella criatura que andaba suelta fuera inmediatamente devuelta al barro al que pertenecía, lejos de Andreas cuya alma envenenaba con su trato. Pero ¿y Türkheimer? ¿Acaso no sufriría él?

«¿Debo dejar que sufra él en mi lugar?».

Adelheid soltó un débil grito, le había parecido ver durante medio segundo la silueta del amado, esbelta y erguida ante el sillón en que solía sentarse, junto a la mesita de té, allí donde ambos habían pasado algunas horas charlando juntos, donde sus manos se habían tocado por primera vez, donde ella, en su primera visita Five o'clock le había explicado lo de moda que estaban las flores campestres y lo agradable que sería que él acudiera a ver *Venganza* a pesar de sus severos principios católicos. Ahora estaba pálido, y el abrirse de sus ojos de muchacha, claros y sombreados por largas pestañas, la hacía perder todo sosiego. El amado parecía susurrarle: ¡No me hagas daño! El ruido de unos pasos se acercó, Türkheimer entró; Adelheid lo encontró sumamente odioso.

«Y bien, ¿qué pasa?», le preguntó en voz baja cuando ya estuvo muy cerca de ella.

Adelheid había pensado pronunciar una frase ruda, pero ahora, Türkheimer le inspiró casi terror, tan desesperadamente minado, tan triste y vencido era el aspecto de aquel hombre. Las mejillas le colgaban tanto, hasta el mentón, que parecía que iba a perder sus patillas, teñidas con descuido, y también su puntiaguda barriga había descendido notablemente. Adelheid descubrió de repente que aquella desgracia que acababa de presentarse le haría, tanto daño como a ella en el caso de que estuviera

informado del asunto, es decir, si es que él había amado a la pequeña Matzke. ¡Pobre hombre! Jamás había sido capaz de conseguir algo, como no fuera con su dinero. Y ahora había caído tan bajo que pagaba a otros sin poder disfrutar del placer que había pagado. Una compasión mitigada por el desprecio invadió a Adelheid. Le preguntó: «¿Es que has tenido pérdidas?».

«¿Cómo?».

«¿Tal vez una mala jornada de bolsa?».

«¿La bolsa?, esa sí que me ama».

«Tienes razón, a veces los disgustos domésticos son más importantes que los comerciales».

«¿Importantes? ¿Qué significa importantes?».

Y al parecer se extravió en una maraña de reflexiones, sobre el concepto «importante». Adelheid empezó a asustarse; debía de estar muy enfermo.

«¿Cuántos gramos tienes ahora?», le preguntó. «¿Te han aumentado?».

Türkheimer se encogió de hombros.

«Pregúntale a Kumplach».

«James Louis, me preocupas. Deberías estar hace días ya en Karlsbad, ¿qué haces aquí todavía?».

«Sí, ¿qué hago aquí todavía?».

«¡Mañana te irás! ¿Me has entendido?».

«Mañana me iré».

La apática paciencia de su esposo la conmovió.

«Siéntate en una butaca de una vez», le rogó. «Te tiemblan las rodillas».

Y le cogió la mano, que colgaba, flácida.

«Puedes contármelo todo tranquilamente, ¿sabes? En tu mujer tienes una amiga a la que ya nada le resulta desconocido desde hace mucho tiempo».

Türkheimer hizo una mueca, la solidaridad de Adelheid le daba ganas de llorar. Tras titubear un poco, empezó a hablar: «Voy a hacer una tontería. Perdóname si puedes, Adelheid, voy a hacer una tontería».

Buscó penosamente por los bolsillos, le tendió una carta, y de nuevo se hundió, pesado, en los cojines.

El autor de la carta aseguraba que por su sentido de la justicia se veía obligado a impedir que un hombre como el señor cónsul general Türkheimer fuera engañado por más tiempo de un modo tan indigno. ¿Y engañado por quién? Por una persona procedente de las esferas más bajas que tenía que agradecerle todo lo que tenía a la desinteresada magnanimidad de su bienhechor, y por un joven, a quien el autor de la carta sólo quisiera describir con las iniciales A. Z., que había traicionado del modo más innoble la generosa confianza depositada en él por el cónsul general y su señora esposa. Uno no era un mojigato, pero la conducta de esas dos personas más

específicamente descritas arriba, era, desde luego, como para calificarla de desvergonzada, sobre todo, porque se producía diariamente. El autor de la carta podía, asimismo, informar de fuentes muy fidedignas que la llamada señorita Bienaimée Matzke engañaba a su paternal bienhechor con toda otra serie de personas cuyos nombres no venían al caso. Sí, llevaba tan lejos sus groserías, que por las noches iba por la calle, según se decía, para buscar a un príncipe disfrazado. Pero debía de ser un príncipe extraño si había que acecharlo a la una de la madrugada por la calle de los Inválidos, y debía de pertenecer, más bien, a la confederación de los que llevan casco. Estas circunstancias, que respondían exactamente a la verdad, podrían resultar capaces de provocar la repulsa de cualquier persona decente, y el señor cónsul general, desde luego, no le negaría su gratitud al desconocido autor de la carta.

El mensaje estaba firmado del modo siguiente: «Con mis más profundos respetos, un amigo noble».

Algunas expresiones habían herido a Adelheid personalmente, como un recuerdo de un incidente significativo en su vida; ¿acaso su disputa con las Levzahn? De repente, sintió náuseas. ¡Cuántas cosas repugnantes! ¡Cuántas cosas repugnantes! Y había que soportarlas todas de una sola vez. Hizo un gesto de aversión.

«Esto proviene, con toda seguridad, de alguna amiga envidiosa de esa señorita Matzke», insinuó. Pero Türkheimer le dijo: «El estilo es demasiado culto».

«Bueno, por lo que se refiere a la cultura...», comentó Adelheid, haciendo recaer sobre estas palabras, con una alegría dolorosa, toda la vanidad literaria que había aprendido de su amado. Luego preguntó: «¿Qué piensas hacer, pobre amigo?».

«¿Y qué voy a hacer? es mi destino. Uno paga, y los harapientos disfrutan. Ésos sí que viven, éstos sí que disfrutan», murmuró.

«No pensarás perdonar a esa muchacha, ¿verdad?».

«Ella me cuesta...».

Türkheimer se interrumpió, asustado por lo que había estado a punto de decir.

«No lo harás, James Louis», repuso Adelheid.

«Tu destino es ser engañado, pero eso no tiene por qué ser nuestro destino. ¿Me entiendes?».

Türkheimer la miró parpadeando con perplejidad. De repente enarcó las cejas, sus cansados ojos tuvieron que abrirse. Acababa de caer en la cuenta de que aquel asunto, al fin y al cabo, le concernía a su mujer tanto como a él. La escuchó boquiabierto.

«¿Acaso pretendes», le decía Adelheid, «seguir tirando como antes tu dinero al regazo de esa pequeña y desalmada hija de proletarios para que ella se lo siga entregando a sus amantes? En primer lugar, eso sería...».

Adelheid tomó un poco de aliento, y decidida, le expuso a Türkheimer el aspecto económico del asunto.

«Eso sería nuestra ruina a la larga. ¿O es que no sabes lo que es capaz de consumir una personita de ésas, flaca y maligna, que en su vida ha tenido un billete de diez entre las manos? Hemos oído hablar de algunas que en un solo año han dilapidado una fortuna honradamente ganada y mayor que la que podríais reunir Ratibohr, Blossch y tú juntos en diez años».

Adelheid comprobó el efecto que habían causado sus palabras en la expresión de su marido, y se dulcificó.

«James Louis, me he portado muy mal contigo. ¿Quieres que te diga lo que había pensado? Ha perdido la razón, pensé, pues de lo contrario, no le regalaría villas y millones a ese producto de los barrios bajos, él, el mismo que hizo aquellos negocios con Puerto Vergogna y con las Bloody Gold Mounts. ¿Quieres que te confiese más cosas? En medio de mi comprensible indignación, pensé en dar un escándalo público mediante chismorreos y artículos periodísticos, ¡pensé, incluso, en el divorcio y en la separación de bienes!».

Türkheimer le tendió la mano en gesto de súplica.

«¡Adelheid!».

La voz le falló, aquellas confesiones le habían conmovido súbitamente hasta las entrañas.

«Adelheid, la pequeña Matzke está muerta y enterrada, ¿puedes perdonar a este pecador arrepentido?».

Türkheimer se inclinó hacia Adelheid implorante, tropezó y cayó sobre la alfombra ante ella. Su esposa puso un brazo alrededor del cuello de aquel hombre arrodillado.

«Estás envejeciendo, pobre amigo», le dijo bondadosamente. Türkheimer suspiró.

«Es una desgracia, nos estamos haciendo viejos».

Adelheid no se tomó a mal aquella falta de tacto.

«¿Es que alguien tiene una idea de lo mal que está el mundo?», exclamó Türkheimer con indignación repentina.

Adelheid se estremeció, toda su desventura volvió a apoderarse de nuevo de su alma.

«Nos estamos haciendo viejos», repitió, llorando de tal modo, que las lágrimas le mojaron el cuello. Türkheimer sollozaba sobre sus rodillas: «Es una desgracia, es una desgracia».

Poco a poco, ella fue notando cómo la cabeza de Türkheimer pesaba cada vez más sobre su regazo; sintió la necesidad de sacudirlo.

«Mañana nos iremos de viaje. Me iré contigo, también yo lo necesito, pero antes, hay que poner en orden todo este asunto».

Türkheimer se levantó, suspirando descorazonado.

«¿Cómo piensas ponerlo en orden?».

«¿Y nuestra satisfacción? ¿No piensas conseguir una satisfacción?».

«Tienes razón, conseguiré una satisfacción».

Una nueva idea lo animaba, metió los pulgares en las sisas del chaleco. «Esos dos van a ver algo que les dará náuseas», aseguró Türkheimer con energía. «Ese joven tan fino va a pasarlo un poquito mal».

Su rostro pálido y flácido se hinchó y adoptó un color rojo oscuro, lo invadía una violenta ansia de venganza.

«¡Ese imbécil! ¡Qué tipo más imbécil! Siempre con sus palabras bonitas cuando se encuentra a alguien, pero a las espaldas no cesa de cometer abusos. ¿Es que no lo he cebado? Dime, ¿no lo he cebado yo mismo? Incluso con cierto afecto. Y esto es lo que he sacado en claro de mis sentimientos. Ese miserable, ¿quién es en realidad? Te ha entretenido a ti, me ha entretenido a mí, ha entretenido a todo el mundo, y ahora, ese imbécil cree que puede comportarse como un hombre serio, y seducir muchachitas. ¿Acaso alguien le ha tomado en serio? ¿Lo has tomado tú en serio? ¿Lo he tomado yo en serio? Tiene que enterarse de quién es, ¡nada más que un bufón, un payaso, una diversión flaca!».

«No te pongas tan furioso», le rogó Adelheid atemorizada. No había previsto tanto apasionamiento.

«Vas demasiado lejos, sobre todo, porque la culpa no es suya en absoluto, sino de ella. Él es muy ingenuo, posiblemente, ella habrá ido detrás, ha ido detrás de todo el mundo».

«¿Ella?, pero si esa pobre criatura no tiene más que diecisiete años...».

«Ésas son las peores».

«¿De verdad crees eso? Mira, Adelheid, voy a decirte una cosa: la culpa siempre la tenemos nosotros los hombres. ¡Si algo ocurre, siempre es por culpa nuestra!».

Adelheid lo miró de arriba abajo.

«Pobrecillo», pensó, pero en cambio le dijo: «Pues entonces haz algo en el asunto. Sólo necesitas retirarte, lo demás vendrá por sí solo».

«Desde luego que me retiro. Le retiro mi mano a ese joven».

«¿A él?», gritó Adelheid, decepcionada y llena de miedo.

«A él. ¿A quién si no? Lo tengo completamente en el bolsillo, sin mí se caerá de espaldas en seguida cuan largo es. Espera y verás, monigote, has estado haciendo negocios de bolsa durante demasiado tiempo. Y contaré en el club que estoy enfadado con él. Mañana ya no lo conocerá nadie, ya verás, nadie lo conocerá ya. Y dentro de cuatro semanas volverá al asfalto de donde lo saqué y se buscará un puesto de profesor particular, pero no lo encontrará, de eso me encargo yo».

Adelheid tuvo que superar un desfallecimiento, se apretó la mano contra el corazón. Ese pobre corazón suyo no podía librarse del infiel amado y sangraba con cada herida que él sufría.

«¿Y esa persona?», preguntó haciendo un esfuerzo. «Me refiero a esa que llaman pequeña Matzke. ¿Es que no piensas hacerle pagar las consecuencias de su conducta de ningún modo?».

Türkheimer apartó la vista de ella, azorado.

«Entiende ya de una vez, James Louis, lo mucho que te está ofendiendo. Te ha convertido en objeto de burla. Cualquiera que alcanza a ver su landó y sus desvergonzados lacayos, se echa a reír y se alegra de que hayas caído en la trampa. La pequeña Matzke, a pesar de lo pequeña que es, se le ha montado al gran Türkheimer, como dice todo el mundo. Tu honor está en juego, James Louis. ¿Vas a tolerar que siga viviendo a todo tren? Tienes que destruirla».

«¿Acaso puedo? La villa le pertenece y también lo que hay en ella. Un regalo es un regalo».

Se miraron de reojo, midiéndose con renovada desconfianza. El ruido de un carruaje que entraba en el patio interrumpió aquel penoso silencio.

«Son los niños», dijo Adelheid. «Vienen a comer».

Asta entró, seguida de Hochstetten. Un momento después, apareció también Liebling por la puerta. La joven les explicó a media voz: «Lo he traído, podemos necesitarlo».

Contempló a su afligida madre a través de los impertinentes, y luego se anticipó a su padre, que gimiendo, se inclinaba para recoger un papel arrugado.

«No te molestes, papá», le dijo. «También yo he recibido una cosa igual. ¿Creéis que al desconocido autor del anónimo le apetece contarle sus horrores a vosotros solos? ¡Oh, qué equivocados estáis! En estos momentos, todo el mundo anda ya chismorreando sobre este asunto».

«¡Grosera!», exclamó Türkheimer, «¡qué grosera es la gente!».

«Le he aconsejado a tu padre que ponga este asunto en orden. Deberías apoyarme», repuso Adelheid, intentando darle a su voz un cierto timbre de autoridad materna. Asta sonrió con altanería: «Es difícil aconsejaros, jamás sentaréis la cabeza. Se trata de todo un concepto de la vida. Botho, ¿se te ocurre algún consejo?».

«¿Ordenas algo?».

Hochstetten se sobresaltó saliendo de su ensoñación. Sólo muy lentamente, comprendió que se le estaba exigiendo una intervención en la asombrosa situación sentimental de aquella familia que, ahora, era la suya.

«Naturalmente, no tienes ninguna opinión», comentó su esposa, hablándole por encima del hombro. «¿Cuándo has tenido alguna?».

Türkheimer lanzó una mirada llena de desprecio hacia el ojal de la solapa, modestamente adornado, del barón. El prestigio de Hochstetten se hundía cada vez más aprisa, tanto en Asta, como en los suyos. Türkheimer ya iba olvidando aquel fraude del consejero privado del ministerio, que todavía no le había conseguido una

medalla al padre de su mujer. Adelheid repuso: «Tu padre afirma no poderle impedir nada a esa persona que lo pone en ridículo».

«Cállate, Adelheid», le dijo Türkheimer. «Voy a ajustarle las cuentas a ese imbécil que nos está apestando. Va a salir volando, y se le hará boicot de modo que no pueda vivir, ese sinvergüenza, ¿y quién es quien se niega? Tú, Adelheid».

«Ah, ¿deseáis vengaros cada uno por vuestra parte? Deberíais hacerlo de otra manera, queridos padres».

Asta apoyó gentilmente un brazo sobre el alto respaldo en forma de lira de una sillita tapizada de piel de serpiente. Su figura rechoncha quedaba estrecha y elegantemente ceñida por un traje de Crêpe-Lisse verde plateado, cosido sobre un fondo de seda oscura. Asta no se había quitado su sombrero de plumas de avestruz abierto por delante; estaba ante sus padres con la actitud de una bienhechora bondadosa y conciliadora que procede de esferas más altas. Unos movimientos libres y negligentes de sus manos de guantes blancos acompañaban a sus palabras. «Primero tú, papá, debes proporcionarle al joven un pequeño puesto medianamente remunerado».

«¿Un puesto? ¿A él? ¿Es que estás...?».

«Me das pena, papá, pero no hay otra solución. Medita cuánto tiempo lo hemos tolerado entre nosotros y todo lo que, por desgracia, ha alcanzado a ver. ¿Verdad, querida mamá, que le hemos mostrado muchas cosas? ¿Y aquello del crac de las Gold Mounts, papá? ¿No es cierto que le hiciste ganar mucho dinero en ello y que, incluso, le dejaste echar una ojeada detrás de las cortinas? ¿Acaso no podría cometer indiscreciones?».

«Oh, yo no le tengo miedo a sus indiscreciones», murmuró Türkheimer lanzando una mirada torva hacia Hochstetten, que no estaba escuchando. «Pero, con todo, hay que limarles la punta a todas las ocurrencias difamantes. Tienes razón, hijita, he ido demasiado lejos».

«Podrías hablar con Jekuser para conseguirle una colocación en el *Correo Nocturno*».

«Se hará, se hará. Una colocación ni demasiado próspera, ni demasiado miserable, de modo que jamás le vaya excesivamente bien, pero que, a pesar de todo, siempre tema perderla».

«¿Lo ves? Por fin te avienes a razones, papaíto. Y ahora, viene el consejo que quería daros. Los casaréis entre sí».

Al punto, Adelheid se levantó de su sillón.

«Los casare...».

Se controló con mucho esfuerzo.

«Bromeas. ¿Sería esa una venganza? ¿O es que opinas que lo exige la moral?», Türkheimer suspiró.

«Yo no tengo nada que objetar. Pero primero hay que conseguirlo. Y además, ¿para qué?».

«Para hacerlos felices», respondió Asta, casi burlándose. «Ellos se aman, os lo han demostrado. Pues hacedlos felices. Esa gentecita se lo merece, ¿verdad, Botho?».

«Yo encontré muy agradable a ese joven», le dijo Hochstetten.

Su esposa le dio unas cuantas palmadas en el brazo, compasiva y despectiva. Luego se giró hacia su padre.

«Y entonces le enviaremos a esa dama —¿cómo se llama?».

«La pequeña Matzke», le explicó Türkheimer.

«Debe de tener deudas, esa pequeña Matzke. Pues luego le enviaremos a sus acreedores. Y entonces, tú, papá, volverás a comprar la villa. Andreas, ese tierno joven estará comprendido en el precio. O lo acepta o se queda sin nada».

«¿Y él, y él?», susurró Adelheid con labios temblorosos y con una voz casi imperceptible; y, sin embargo, aquello era un grito de su corazón. No se atrevía a girar la vista, temía encontrarlo en su asiento acostumbrado. Él, que le había pertenecido del todo y en cuya alma había latido ella, Adelheid, ¿cómo podía estar lejos y ajeno a todo, mientras un cruel consejo de familia decidía su destino? Pero no, seguro que él estaba todavía allí, junto a la mesita de té, pálido, triste, con una muda acusación reflejada en sus ojos de muchacha, claros y sombreados por largas pestañas. Asta se sonrió ante los tormentos de su madre.

«No te inquietes», le rogó casi con ternura. «Para eso está aquí Liebling. Hablará con cada uno por separado y lo manipulará todo, como suele decir Kapeller».

Liebling, hacia el que se giraron todos, parecía estar al margen. Estaba sentado en el otro extremo de la habitación con un periódico en las manos, lleno de discreción. Türkheimer gimió en voz baja.

«Tu consejo es bueno, pero caro. ¡Qué cantidad de dinero me están costando ya esos miserables!».

Asta le contestó: «Al menos, ahora sabrás para qué, papá».

«¿Lo sé?».

«¿Y vuestra venganza? ¿Es que no te imaginas el matrimonio que saldrá de ahí? La bonita carrera de él se ha acabado, y la de ella, tres cuartos de lo mismo. Él cobra un sueldo que apenas satisfaría las aspiraciones pequeño-burguesas de un hombre soltero, por ejemplo, trescientos marcos. Encima, hay que mantener una casa, y con una ama de casa tan ahorrativa, ordenada, y tan acostumbrada a una vida regular como la pequeña Matzke, no les puede faltar de nada. Al cabo de un año ya tiene un niño escrofuloso. Sus padres están idiotizados y pendencieros, llenos de vergonzosas y míseras apetencias. Nos los encontramos en el jardín zoológico. El padre empuja el cochecito de su niño, detrás de ellos va la madre arrastrando su andrajoso vestido de seda. Lleva unos botines con elásticos y un paraguas de algodón».

«Asta, ¡tú sí que eres mi hija! ¡Qué gran carácter tienes! ¡Sí, nos vengaremos y, además, con nobleza!».

Türkheimer estaba encantado, pellizcó a su hija debajo del mentón, y ella se dejó hacer de tanto como le alegraba el probable destino de aquel hombre que la había ofendido, ignorado, y que, además, se había inmiscuido, incluso, en su propia vida amorosa, y cuya buena suerte significa para ella una continua derrota. Ahora le tocaba vengarse a ella, y él iba a notarlo. De repente, Asta desarrolló una amabilidad seductora que nadie le conocía. Se cogió del brazo de su padre; en ese momento el mayordomo abrió la puerta para anunciarles la comida.

«¿Y tu salud, papaíto?», le preguntó Asta.

«¡Excelente!», exclamó Türkheimer, esforzándose por andar con elasticidad. «Excelente de verdad. Liebling, tengo que hablar con usted de una cosa importante».

Adelheid se retorció las manos en silencio, sabía que ninguna palabra, ninguna idea podía ya detener la caída de su amado, que estaba perdido; Andreas se hundía ante sus ojos. Se dejó conducir hacia afuera por Hochstetten. Liebling se les cruzó y se inclinó. En su oscura y espiritual mirada, Adelheid leyó una solidaridad que no había esperado encontrar en modo alguno; la señora Türkheimer se detuvo en ella con gratitud.

Al punto, Liebling se preguntó en silencio: «¿Podría ser posible?».

Se inclinó de nuevo, lleno de una devoción incondicional, al tiempo que se juraba a sí mismo: «Cumpliré con mi deber».

XV

Liebling

Cuando Andreas halló vacío su despacho, le asaltó una duda: «¿Habré ido demasiado lejos?».

La desaparición de Adelheid tenía el aspecto de una protesta muda. Ah, él sabría borrar su enojo... Habría que mostrarse duro. Pero el billete señorial que le mandó quedó sin respuesta, y cuando se presentó en la calle Hildebrandt le dieron la lacónica noticia de que los señores se habían marchado de viaje. Durante dos segundos se quedó como petrificado. Luego reflexionó; ¿acaso la voz del sirviente no había expresado el respeto acostumbrado? La mano derecha empezó a temblarle ligeramente, y de repente, cayó con sonoridad sobre el rostro del lacayo. Éste se frotó la mejilla. Andreas contempló su mueca de dolor: ¿no era ésta aquella misma persona que tiempo atrás le había cogido la tarjeta del doctor Bediener como a un candidato en busca de colocación? Algo más aliviado, se giró para marcharse. Todo acababa a bofetadas.

«Yo recibí una del eslabón perdido de Claire Pimbusch, pero he distribuido dos, una a este fatuo y otra a la pequeña Matzke. Los resultados pueden considerarse satisfactorios».

Se admiró de su propia sangre fría. «Soy más grande de lo que indican los resultados», comentó, mientras, ya en su casa, se tendía en su diván. Había decidido evadirse de aquella realidad, que en ese momento le parecía despreciable, mediante un sueño ligero; pero entonces le fue anunciado el señor Félix Liebling.

La chaqueta del moralista estaba solemne y firmemente abrochada, su hermosa barba negra brillaba y se estremecía. Miró a Andreas a los ojos con calor y comenzó a hablar.

«Los motivos, mi querido y joven amigo, que me traen aquí, afectan al destino de bastantes personas excelentes, y también al suyo».

«¡Un momento!», exclamó Andreas. Le había asaltado un helado escalofrío procedente de alguna cosa inquietante que parecía acecharle desde las desconocidas tinieblas del agujero del sótano que había precisamente delante de él. Levantó el brazo en el aire buscando algún objeto que colocar entre sí y la fatalidad.

«¡Mi nuevo Curaçao! Tomará usted un vasito, ¿no?».

«En realidad, no», le dijo Liebling, «tengo la costumbre de no probar nada en casas ajenas. En honor a usted, me apartaré de mi costumbre y le pediré un poquito de su ron».

Ya se lo había bebido, y ambos estaban sentados frente a frente. Liebling reclinó

la cabeza, su mirada descendía, según le parecía a Andreas, del techo o de regiones todavía más altas, por el modo radiante y calladamente persuasivo en que le miró. De repente, exclamó: «¡Qué bella! ¡Qué bella y floreciente es para usted la vida! ¿Me permite que utilice un símil?».

«¡Por favor!».

«Bien, pues utilizaré un símil. Es como si usted se hallara en una bella, bella isla pequeña. Por todas partes crecen las flores más modernas, grandes pájaros de color rosáceo vuelan por el aire y cantan la melodía de última moda. Además, huele a colonia de azahar o a esencia de lirio de los valles, lo que quiera... Las mesas están dispuestas para recibir a la sociedad más exquisita, a las mujeres más nobles, generosamente dotadas por la amorosa naturaleza; le hacen señas. Pero de repente, pasa algo. Súbitamente se propaga un olor equívoco, y todo el mundo se aleja de usted un metro o dos».

«¡Caballero!».

Andreas se había levantado de un salto, pero Liebling le tendió la mano con gesto conciliador.

«No es más que un símil. Por otra parte, si lo prefiere usted, retiraré lo de olor equívoco. El hecho es que lo dejen solo. Figuras simbólicas de cuyas ávidas fauces cuelgan unos letreros que dicen: Yo soy el hambre, y yo soy la autocontricción, han puesto sus miras en usted y le acosan hasta el borde de unos acantilados escarpados. Y ya se ha resignado usted a morir ahogado, cuando una mano salvadora llega hasta usted y lo lleva a una canoa ya dispuesta. Ahora, yo le pregunto a usted y a todos los hombres, ¿qué haría usted? ¿No se vendría con toda tranquilidad? Y aunque esa mano salvadora no le llevara a una isla tan excepcionalmente propicia como la que usted ha abandonado, pero le ofreciera una, en la que se puede vivir con holgura, digamos con trescientos marcos al mes, yo le pregunto, ¿pondría usted reparos?, ¿patalearía usted y volcaría la canoa? Seguro que no. ¿Quiere ahora que le cuente una cosa en serio?». Y antes de que el joven se hubiera podido dar cuenta, Liebling estaba ya muy cerca de él.

«Yo soy la mano salvadora», le dijo susurrando. Andreas lo miró con los ojos pálidos de miedo. «¿Viene usted de parte de Türkheimer o de parte de su mujer? Acabe ya, y dígame lo que quiere».

Se sentaron de nuevo; Andreas lo escuchó, pálido y frío, con una expresión tal, como si estuviera realizando un esfuerzo sobrehumano.

«Compare usted solamente», le rogó Liebling, «lo que Türkheimer ha hecho de usted, y cómo le ha correspondido usted en cambio. ¿Qué posición ocupaba hasta ayer? La de un respetado miembro de los círculos más exquisitos, la de uno de los dramaturgos más famosos de Berlín, e incluso diría que de toda Alemania, la del niño mimado de las mujeres y las masas, rodeado de gracias y jugueteos».

Andreas se había sonrojado un poco. Liebling respiró profundamente, y siguió hablando despacio y con energía. «Y a su bienhechor, que le había procurado a usted tal posición por puro altruismo, a él le ha dado usted las gracias seduciendo a su mujer, a su única y amada mujer, y ha sembrado usted cizaña en su pacífico hogar, pues suya es la culpa de que la hija se enfrente con la madre».

«Y eso todavía no es nada», añadió con rapidez cuando el joven hizo un gesto en defensa propia. «Le ha robado usted el consuelo de su vejez, ha arrastrado por el barro con sus manos sensuales al santuario de sus últimos días».

«No se referirá usted a la pequeña Matzke, ¿verdad?». «Joven, ¿se ha asomado usted al corazón de los ancianos? Un hombre tan grande como Türkheimer, tan sabio y astuto como pocos, va y cree de repente en la pureza de una muchachita. Una última ilusión, ¿no es conmovedor? Y mire usted el aspecto que ese hombre tiene ahora; se tambalea a ojos vista en dirección a la tumba. ¿Y quién le ha empujado por detrás? ¡Usted!». Andreas bajó la cabeza. Las palabras de Liebling respiraban una veracidad tan evidente, que el joven se atribuyó también la culpa de la diabetes de Türkheimer. El moralista lo miró enternecido, y lo cogió del brazo.

«Y a cambio de todo eso, Türkheimer le da un puesto de redactor en el *Correo Nocturno* y lo casa con la criatura de su corazón, con su Bienaimée. ¿Qué le parece? Le puso el sombrero».

«Venga. Todavía puede arreglarse todo. Le protegen dioses favorables, ultimaremos en seguida el negocio». Andreas se dominó con esfuerzo. «¿Y si me negara?», preguntó. Liebling se asustó.

«¡No pensará en tal cosa! ¡Cómo puede decir eso! Imagínese a alguien que fuera por las calles de Berlín cargado con la maldición de Türkheimer. El aire que respirara lo envenenaría, el pavimento de madera que pisara se abriría y se lo tragaría».

Esta imagen anonadó a Andreas, se dejó caer en el sofá y se quedó sentado entre los cojines, demudado.

«¡Un loco!» susurró para sí mismo, «no soy más que un loco. Todos los que me llamaban Pulcinella, diversión, y alegre conversador, tenían razón. No comprendí la seriedad de la vida, también eso es culpa de mi temperamento artístico».

La desesperación lo invadió completamente, se golpeó la frente.

«¡Pero si Adelheid era la mujer más bella que jamás he visto! Podría haberme pasado toda una vida rodeado de prosperidad. Y en vez de eso, tuvo que metérseme en la cabeza la pequeña Matzke, esa criatura veleidosa, flaca como un fideo, estúpida y libertina. ¡Si me hubiera reportado placer! Pero lo hice sólo por vanidad, para engañar a Türkheimer y a la buena y querida Adelheid. Y ahora soy yo quien está en ese trance».

El recuerdo del maestro de escuela de Gumplach volvió a resurgir en él.

«Es la *hybris* de los antiguos», murmuró.

«¿La qué?», le preguntó Liebling. Pero, en seguida cayó en la cuenta. «¡Ah, vaya! ¡Hable usted alemán! Nosotros, los alemanes, sólo entendemos ya el alemán y estamos orgullosos de ello».

«Qué indiferente me es ahora todo eso», le dijo Andreas sonriendo con amargura. Liebling lo cogió por debajo de los brazos.

«El aire fresco le sentará bien», comentó, sacándole de allí con suavidad.

Mientras tanto, el joven se iba cubriendo a sí mismo de reproches.

«Sólo esa *hybris* puede haberme cegado tanto. Türkheimer es la fuerza, yo el espíritu. Naturalmente, el espíritu vence a la fuerza, pero calladamente, calladamente, minándola en secreto. ¡Y de repente revienta! El cura se arma de hipocresía, como un guerrero con su armadura; eso lo debo de haber oído en alguna parte. Pero yo no he sido hipócrita en absoluto, y todas mis cerdadas las he cometido a la vista de todos, todo el mundo pudo contemplarlas».

Liebling interrumpió sus arrepentidas reflexiones.

«Esto es lo mejor para usted, amigo mío. Debe usted resignarse. Bueno, así es como lo llamaría todo el mundo. Pero yo preferiría decir: “Debe usted introducir un pensamiento moral en su vida”.»

«¿Y qué voy a hacer con ese pensamiento moral?», comentó Andreas.

Liebling se explicó servicialmente. «El pensamiento moral consiste en que le devuelva usted el honor a esa muchacha».

«¿Acaso puedo? Yo no se lo he quitado».

«Pues tanto más hermosa es su misión».

Cuando hubieron andado un trozo más, le dijo el moralista: «Lo inevitable, mi querido y joven amigo, eso es el pensamiento moral».

Y, cuando ya estaban ante el portal de la villa Bienaimée, añadió: «Y, además, también es lo más cómodo».

Dejó que el joven pasara delante, pero al trasponer el umbral, Andreas sintió un deseo frenético de girarse, saltar por encima de Liebling y huir lejos. Lo retuvo una visión que pasó por su excitado espíritu. Ante él se extendía como una inmensa madriguera de conejos, donde una muchedumbre negruzca y harapienta se entregaba jadeando a sus instintos populacheros, a la lujuria y la crueldad, rodeada por la pestilencia de su sudor y de asados grasientos. Aquí donde olía a alma popular, aquí estaba también Andreas condenado a hundirse.

Sus zapatos de charol ya parecían estar perdiendo su brillo. ¿Y no colgaba ya un andrajo de sus perneras? Sacudió la cabeza, la pesadilla desapareció y Andreas entró.

Liebling se dirigió a solas al salón, Andreas permaneció sentado en la habitación de recibir de seda verde, con la mirada centrada en el resquicio de la puerta entornada. Allí dentro, la pequeña Matzke rodaba por el suelo envuelta en una alfombra de Esmirna y exhalando nubes de vapor. Sus cabellos rojo fuego ondeaban

en todas direcciones, su cara parecía una mancha amarillenta en medio del parqué.

«Es que tengo frío en las piernas», aclaró ella.

«Pero no por eso necesita usted calentarse la boca», le dijo Liebling. Y, sin más ceremonias, le quitó el cigarrillo que ella sostenía entre los labios y lo tiró a la chimenea. La pequeña Matzke gimoteó.

«¡Mi colilla!».

Pero Liebling la adoctrinó.

«No me gusta que las mujeres fumen. La hembra debería permanecer fiel a su profesión natural de madre de familia, especialmente la hembra alemana. Y además, esto me lleva a los motivos por los que he venido».

«¿Cuáles son?».

«Antes siéntese usted en una silla como Dios manda, señorita Matzke».

«¡Caramba! ¿Es que acaba usted de llegar de sus señoríos de más allá de Pomerania y le dan asco los modales finos, señor conde?».

«Señorita Bienaimée, el asunto es serio y requiere toda su atención».

Ella se levantó.

«¡Bueno, bien, vale!», dijo simplemente.

Un ligero tintineo de perlas de azabache se hizo perceptible. La señora Kalinke pasó por la puerta del comedor pegada a la pared, haciendo reverencias y frotándose las manos. Se disculpó: «Hace usted que una sienta curiosidad de verdad, señor Liebling».

«La situación se resume», comenzó éste, «en que el señor Türkheimer está informado de todo y dispuesto a romper con usted».

La pequeña Matzke se puso roja de cólera repentinamente.

«¡Ese asqueroso!», repuso con energía. «Pues fuera con los males», comentó al punto, esforzándose visiblemente en conservar una actitud despreocupada.

«Si rompe conmigo, le estaré agradecida mientras viva».

«A pesar de todo, a él le debe usted esta buena vida tan envidiable y las perspectivas más prósperas que, por cierto, usted ha perdido ahora por causa de su ligereza».

«¿Y por unas cuantas bromitas me tira en seguida al barro?».

En la voz de la muchacha temblaban las lágrimas. Liebling sintió compasión hacia aquella criatura asustada.

«Consuélese, querida pequeña. No se trata en absoluto de reclamaciones hostiles por parte de su bienhechor. El señor Türkheimer es de un temperamento demasiado elevado como para guardarle rencor a una criatura joven que ha embellecido su triste vejez con una inocencia radiante por unos instantes de euforia pasional. Ya comprenderá usted que después de lo sucedido, el señor Türkheimer está obligado a romper con usted por dignidad personal. Pero, al mismo tiempo, le invade una

generosísima preocupación por el futuro de usted, y le da como esposo a un joven honesto y encantador, que por lo demás, no le es desconocido».

«¡Es un hombre noble a pesar de todo!», exclamó la señora Kalinke.

«¿Y quién es ese niño modelo?», preguntó Bienaimée.

Liebling inclinó la cabeza sobre un hombro y susurró confidencialmente: «Su nombre es Andreas Zumsee».

«Entonces, es mejor que se vaya usted a casa otra vez».

La señora Kalinke añadió: «Y yo también le pregunto ahora: ¿para qué todo ese caldo?».

«Por el bien de su pupila», aclaró Liebling a modo de silenciosa reprimenda. Aquélla le respondió riéndose: «A mí no me engaña usted, señor Liebling, su Andreas será joven y todo lo fino que usted quiera, pero sólo vive de las propinas que le dan las damas elegantes».

Liebling le hizo notar en seguida a aquella mujer petulante toda la severidad de su persona.

«Conoce usted muy mal mis principios, querida señora, si piensa usted que yo hubiera aceptado esta misión sin poseer al mismo tiempo la seguridad de que las relaciones de ese joven con una dama, que no quiero nombrar, son ya agua pasada».

«Pues Dios sea alabado», respondió la matrona desilusionada, «entonces se habrá quedado sin nada».

«¡Vaya trampa!», advirtió Bienaimée. Liebling la informó.

«Obtendrá un puesto rentable. Además, usted tampoco es pobre, y el señor Türkheimer se cuidará de aumentar sus ingresos en lo que corresponda».

Las demás se miraron titubeando.

«Un ángel del paraíso», dijo la señora Kalinke. «Uno no se lo cree, y va y aparece».

«Naturalmente», siguió explicando Liebling. «Tendrá usted que vender esta villa con todo el mobiliario, ya que usted...».

«¡Mi villa Bienaimée! ¡Déjeme que me ría!».

Pero Liebling no se dejó aturdir.

«... ya que usted vivirá en el futuro en una situación diferente, y quisiera añadir que más decente. Si usted, querida señorita, se digna aceptar este benévolo favor que le propongo, entonces lo solucionaremos todo en cinco minutos ya que soy portador de plenos poderes».

Sacó de su portafolios un papel que desdobló dándole mucha importancia. La señora Kalinke le echó mano con viveza, y se puso a reír con toda su alma.

«¿Cien mil marcos? ¡No se pisa usted los dedos! Pero si vale por lo menos medio millón redondo, dice el arquitecto Kokott... ¡Oh, Dios mío!», dijo sin aliento a causa de la risa. Bienaimée puso los brazos en jarras.

«Ya lo veo yo venir. ¡Por eso mata usted a la gente hablando! Su amigo y socio Türkheimer había pensado con toda su nobleza que iba a estafar a una pobre muchacha indefensa, llena de preocupaciones, y, pim-pam, manos a la obra. Y, por eso, toda esa importancia y esa chaqueta abrochada y toda esa dignidad moral. Pues míreme: ¡Imbécil!».

«Yo podría llamarla marrullera. Pero dejémoslo estar».

Se había puesto muy pálido y, muy erguido, retrocedió tres pasos. La señora Kalinke exclamó en voz baja: «¡Qué pena, un hombre tan fino!».

«¿He dicho alguna palabra de más?», preguntó Bienaimée un poco atemorizada.

«¡Y vaya palabra!», hizo notar la matrona. «No he visto cosa igual. ¿De dónde lo ha sacado, niña mía?».

«¡No digas eso Kalinke!», rogó Bienaimée. Corrió hacia Liebling y le dio un golpecito en el estómago.

«Bueno, no se enfade. Seguro que no es usted quien ha urdido esta intriga diabólica».

«Ni un enemigo mortal lo creería capaz, señor Liebling», confirmó la señora Kalinke. Liebling se puso a hablar de nuevo, todavía con cierta frialdad: «Les pido, señoras, que examinen este estado de cosas con la tranquilidad y el desapasionamiento que se merece, pues si no, tendrán que lamentarlo luego».

«¡Amenazas no, por favor!», dijo la pequeña Matzke con firmeza.

«El aspecto desfavorable de su situación, querida señorita, se resume en que debe usted deshacerse de su propiedad sin más remedio, porque sus acreedores se lo exigirán. ¿Tiene usted acreedores, no?».

Bienaimée, suspiró.

«Ya lo ve. Imagínese que esa jauría de comerciantes cayera sobre su propiedad, ¿cree usted que le dejarían cien mil marcos?».

«Es una pregunta directa», comentó la señora Kalinke.

«Guarde usted sus objeciones hasta que lo haya escuchado todo, querida señora. El señor Türkheimer se encargará de todas las deudas de la señorita Matzke, sí, e incluso le pide que lo considere como un amigo paternal».

Bienaimée hundió la cabeza en el pecho.

«Se referirá usted a una amistad en el sentido moral más rígido, señor Liebling. Una mujer casada...».

«Bah, déjalo estar, nenita, todo se andará», le explicó la matrona, con un abrazo amoroso. La pequeña Matzke estaba orgullosa y conmovida.

«Casada, ya es otra cosa».

Liebling deslizó ante ella el contrato de venta, y le puso la pluma en la mano. Pero la señora Kalinke sujetó el brazo de Bienaimée.

«¡Qué gente tan noble!», dijo con ternura. «Lo único es que no se sabe por qué. El

señor Türkheimer tiene que llevar alguna idea en la cabeza».

«Muy cierto», declaró Liebling. «Piensa en hacer bastante feliz a toda la gente que pueda, por ejemplo, también a usted, querida señora».

Se pasó dos dedos por su pelo liso y negro.

«No me refiero a eso, señor Liebling. A la fuerza no».

«¿Digamos diez mil marcos al contado?».

La matrona se apretó el pecho con la mano, y, avergonzada, soltó unas risitas. Bienaimée había estado reflexionando.

«¿Y papá?», preguntó. «Él se había jurado no trabajar más en toda su vida...».

«Diez mil para su señor padre», dijo Liebling con seriedad.

«Y luego, también está mi ajuar. Lo digo sólo porque hay que llevar algo sobre el cuerpo».

«Y los muebles», intervino la señora Kalinke.

«Ya me entiende usted, señor Liebling, todo muy sencillo, pero de mal gusto. ¿Y para la boda y todo el jaleo?».

Liebling sacó un reloj.

«Como representante del cónsul general Türkheimer no pienso hacer tratos ni regatear».

«Ya lo sabemos», confirmó la señora Kalinke, «siempre honrado cuando se trata de nimiedades».

«Les ofrezco ciento cincuenta mil por todo. Y, además, como amigo, les aconsejo que no dejen pasar esta oportunidad. Posiblemente no se repita».

Y de nuevo les puso el contrato ante los ojos. Bienaimée se inclinó mucho sobre el papel. Con su dedo índice, trabajando esforzadamente, trazó en la parte baja una firma rígida y solemne. La matrona suspiró un poco.

Luego, la pequeña Matzke se puso de puntillas para darle a Liebling algunos golpes amistosos en las mejillas.

«No creo que tenga tan buenos sentimientos, seguro que es usted mi policía salvador».

Liebling respondió con modestia: «Hago lo que está en mis manos. Usted es una criatura del pueblo, querida señorita, y yo siempre estoy del lado del pueblo, mi corazón está con él».

«Si no fuera por el estómago», murmuró la señora Kalinke. «Éste no lo aguanta».

Y le preguntó con precaución: «He oído que quiere ser usted rey de Palestina, señor Liebling».

Éste se encogió de hombros.

«Y es un hombre guapo de verdad», dijo Bienaimée soñando en voz alta. La imagen de Andreas había surgido ante sus ojos, orgulloso, como aquella vez en que, no contento con haberla abofeteado, agitaba el látigo de montar por encima de ella.

Al recordar aquel instante, fue invadida por un amor auténtico.

«¿Qué les parecería?», comentó la señora Kalinke. Regresaba del comedor con una botella de champagne. Liebling la descorchó, dejando que estallara.

Andreas salió de su estado de maquinaciones confusas con aquel ruido. Tenía la boca seca y se dijo: «Sería una grosería que se bebieran el champagne ellos solos».

Pero en la habitación de al lado se elevó la voz de Liebling.

«Y ahora vayamos al asunto en sí. Para eso necesitamos al novio».

Abrió la puerta de la habitación de visitas. Bienaimée se subió de un salto al piano de cola y volvió a bajarse. La señora Kalinke se le arrimó y el moralista estaba junto a ambas, lleno de solemnidad. Como hipnotizado, Andreas se dirigió, pálido y directo, hacia la pequeña Matzke, que había extendido los brazos.

XVI

La necesidad de pureza

La pequeña Matzke, tal como Andreas creía con optimismo, era una esposa irreprochable, sólo le disgustaba como ama de casa. Le daba comida caliente muy raras veces, y por las noches tenía que acostarse, suspirando, sobre un colchón sin ahuecar. La criada se pasaba el día sentada ante la mesa de la cocina junto a su señora, que, con el pelo revuelto y el camisón abierto, el cigarrillo entre los labios, hacía solitarios con su amiga Kalinke. Las tres bebían cerveza blanca con pajitas.

Andreas le atribuía a la matrona toda la culpa del estado de cosas que reinaba en su hogar. Se sentía impotente, siendo un hombre solo, de luchar contra su influencia, que él consideraba disgregadora, sin embargo, consiguió ganarse un aliado enérgico en su suegro. Le daba un sueldecillo decente, y a cambio, el señor Matzke azotaba a la madre adoptiva de su mujer por lo menos cada tres días y la tiraba de la casa. Para el señor Matzke, ésta no era más que una «alcahueta de porquería, gorda y basta», y en momentos elevados, la llamaba «esclava capitalista». El antiguo proletario había regresado a sus ideas revolucionarias desde que ya no iba sobre ruedas de goma.

Como la vida familiar no le resultaba muy confortable, Andreas pasaba muchas horas libres en su despacho de la redacción. En los días bonitos de otoño, gustaba de asomarse por la ventana. Sobre el muro del edificio brillaban al sol las letras en relieve tan grandes como un hombre, hacia las que él, tras su primera visita al doctor Bediener, había levantado su vista deslumbrada, llena de anhelos y esperanzas. *Correo Nocturno de Berlín*, así se llamaba la primera parada de su trayecto por el país de Jauja, y así se llamaba la última. El viaje había acabado. A veces, cuando meditaba sobre el asunto, se preguntaba: «¿Para qué?» y contestaba: «Con cuánta frecuencia se sirven la naturaleza y el destino de grandes medios para alcanzar un resultado proporcionalmente insignificante. Yo fui un león de moda, una celebridad, y según mis rentas, casi un millonario, y ahora cobro trescientos marcos al mes. Pero el supremo designio de todo aquello era: yo no debía convertirme en un profesor auxiliar de ciencias del Instituto de Gumplach, sino redactor del *Correo Nocturno*, lo cual ya es diferente».

Cuando le sobrevenía un deseo urgente de trabajar, entonces hojeaba un manuscrito que Kopf le había entregado para que lo examinara. Desde que éste vio que Andreas imprimía todos los poemas que quería en *Tiempo Nuevo*, el novelista no se pudo negar el deseo de introducirse en el suplemento del *Correo Nocturno* mediante la protección de su antiguo vecino de habitación. El placer de calar a las personas consoló pronto a Andreas de aquella inesperada falta de altura de su amigo.

Por lo demás, su relación con Kopf se había empañado desde aquel episodio del príncipe azul; y aunque no era factible que le pidiera cuentas por el enamoramiento caprichoso de Bienaimée, a pesar de todo, esto era para Andreas, comprensiblemente, un motivo más para encontrar desagradable a su amigo. La novela de Kopf le produjo un sincero desagrado que trató de traducir en palabras. Pero nunca se le ocurría más que una sola frase, una noche la llevó al papel y se la mandó al autor de la novela. «Su obra, por desgracia, se burla de nuestros más altos bienes, y por ello lamentamos muy profundamente no poderla utilizar en nuestro órgano».

Algunos días más tarde apareció Kopf con su carta en la mano.

«¿Es de usted?», le preguntó con modestia.

«Desde luego. ¿Por qué?».

«Era sólo un comentario».

«Entiéndame bien, yo no digo que su manuscrito no valga nada, pero el pueblo alemán preferirá decididamente renunciar a él».

«Yo casi creo lo mismo».

«Bien, ya lo ve. Yo, personalmente, opino que se ha aventurado usted en unos asuntos de los que no entiende nada. Pues, ¿qué sabe usted de nuestra gente bien? Si me permite una comparación, todo se lo ha sacado usted del aire».

«Tiene usted razón, señor colega, pero es que yo pensaba que con talento...».

«¡Oh, el talento!».

Andreas se acordó del doctor Kumplach, aquel médico mundano e instruido.

«Querrá decir usted fantasía de neurasténico. Por lo que concierne al talento...».

Se irguió con orgullo para pronunciar la más moderna de las opiniones que conocía: «Talento es aquello con lo que uno gana dinero».

«Desde luego, no tengo nada que objetar», le dijo Kopf.

Andreas sintió compasión hacia aquel escritor desilusionado.

«Le estoy dando a probar verdades muy duras», le expresó.

«Por favor, siga».

«Es usted un bilioso y un desdichado, querido amigo, al igual que su sátira, y ésta ni siquiera responde a la verdad. Su héroe se hunde en medio de las mujeres de los especuladores. Vaya, ¿y cree usted que alguien que era digno de vivir puede hundirse? Sin inmodestia: ¿Me he hundido yo? Uno se relaciona, frecuenta la gente del país de Jauja en pro de la sabiduría y reúne documentos sobre ellos. ¡Cielos, qué documentos y qué gente!».

Andreas empezó a acariciarse unas patillas imaginarias y a frotarse el mentón. Se colocó unos lentes en la punta de la nariz y se dirigió a Kopf sacando la barriga y con unos pasitos inseguros.

«Mi nombre es Escupitajo», dijo Andreas arrastrando una voz algo nasal, «cónsul general de Escupitajo, y ésta es mi mujer, nacida Arroyo».

Kopf, riéndose por lo bajo, contempló al joven, que sin aliento, con la cara roja, se sujetaba los costados.

«Por fin lo reconozco de nuevo», comentó Kopf.

Andreas recobró la compostura poco a poco.

«Pero, a pesar de todo, se mantiene en el poder», repuso, haciendo todavía un pequeño esfuerzo, «sigue siendo el amo de la situación. Y cuando un día, uno llega a estar harto de esos olores a pachulí y a cloacas, oh, Dios mío, poco a poco fui sintiendo una irresistible necesidad de pureza».

«Y entonces se casó usted con la señorita Matzke».

Kopf aprobó seriamente con la cabeza. Se produjo un silencio corto. De repente le dijo: «Toque de clarines».

«¿Qué dice usted?».

«¿No lo oye? Es un toque de clarines».

Se pusieron a escuchar con atención. Hasta ellos llegaron unos sonidos extraños, primero diferenciados; luego se produjo un estruendo, unos truenos y bramidos intermitentes que hicieron temblar los cristales de las ventanas y que llenaron a los oyentes de miedo salvaje y pasión bélica, como si se tratara de un desfile victorioso y épico.

La puerta fue violentamente abierta, y Kaflisch se precipitó hacia ellos.

«¡Vienen!», gritó.

Y al punto, se asomó por la ventana sacando medio cuerpo y pataleando.

Kopf y Andreas miraron hacia el extremo de la calle Leipziger. Se acercaba una multitud rebosante en cuyo centro se elevaba un artefacto parecido a una torre. Algo, que todavía no resultaba identificable, refulgía y relampagueaba por encima de las cabezas. Kaflisch fue el primero en distinguir algo. Sacó su libro de notas y se dictó a sí mismo.

«A las dos horas cuarenta y dos minutos pasó una majestuosa cuadriga húngara —oscura— de caballos color miel por la plaza Donhoff y por delante del edificio del *Correo Nocturno*».

«¡Presten atención!», les gritó por encima del hombro, «si dejan pasar esto, pueden recoger sus cosas. No se volverá a repetir».

«¿Quién conduce?», preguntó Andreas. «Atiza, ¿Ratibohr?».

El estruendo volvió a la carga, esta vez firme, prepotente e implacable. Por fin, descubrieron de qué se trataba. En las escalerillas traseras de un coche de Caza de forma piramidal había cuatro lacayos de uniforme verde-plata, que hacían retumbar unos clarines de dos metros de longitud por encima de las cabezas de los viajeros. El vehículo estaba lleno de caballeros elegantes, unos vestidos de cazadores, otros con sombreros de copa y abrigo claro. En el asiento más alto se hallaba Türkheimer, junto a un hombrecillo oscuro y pequeño. Kaflisch continuaba dictando: «A la derecha del

gran financiero se advirtió la presencia simpática y exótica del Gran Duque de la Valaquia, que ha elegido la capital del reino expresamente para lograr el apoyo del Banco James L. Türkheimer para su plan de introducir la cultura moderna en su país».

«Así que otros setenta millones», dijo Andreas totalmente fascinado.

El carruaje había llegado ya bajo su ventana, tuvo que detenerse un momento porque había demasiada gente. Cientos de paseantes rodearon los caballos lanzando gritos de júbilo, y los animales se espantaron. Ratibohr los fustigó hacia la muchedumbre y ello aumentó su entusiasmo. Pequeñas escolares con mochilas chillaban y aplaudían, los viandantes se detenían y se quitaban los sombreros, aprendices de zapatero tiraban sus gorras al aire, los policías se ponían firmes y saludaban. Alguien se cayó del pescante de un ómnibus, yendo a parar debajo de las ruedas. También Kaflisch hubiera acabado sobre el asfalto, pero los otros le agarraron a tiempo por los faldones de la chaqueta. Agitando su libro de notas, gritó: «¡Hurra! ¡Hurra!», hacia aquella atronadora ovación.

«Tiene usted razón», confirmó Kopf, «resulta bastante enardecedor».

El cortejo se puso en marcha. Türkheimer y los suyos se balancearon allí arriba como a lomos de un elefante adornado con oro, púrpura y plumas de avestruz y que, regresando de una batalla victoriosa, va salpicando con la sangre de diez mil esclavos pisoteados por sus patas. Y toda aquella confusión fue avanzando calle abajo, cada vez más oscura y caótica entre los retumbantes y lejanos sonos de los clarines. Las patillas rojizas de Türkheimer brillaban otra vez, doradas por un rayo de luz, como un símbolo místico erigido para veneración del pueblo. Luego, todo desapareció en el radiante azul del cielo en medio de una nube de polvo rosada por la luz del sol, igual que las apoteosis con que acaban los cuentos de hadas.

Andreas se dijo que pocas semanas atrás él mismo habría ocupado un lugar preeminente en el cortejo de aquel rey mítico. Esta idea le puso de mal humor, y le preguntó a Kopf: «¿Opina usted que Türkheimer tenía buen aspecto? Yo creo que su estancia en Karlsbad no le ha ayudado mucho».

«¡Mientras tenga fuerza como para llevar la cultura a países extranjeros!».

«Tendré que prepararme para escribir su nota necrológica».

Andreas se puso a soñar.

«Les contaré a los lectores que, a pesar de los más brillantes éxitos financieros, una aflicción íntima amargó el ocaso de su vida. Diré que la riqueza, a secas, no siempre hace la felicidad. Si la esposa y la hija no lo quieren bien, ¿sabe usted?, con esas cosas uno consigue que los grandes hombres se acerquen al pueblo». La idea le ilusionó.

«¿Qué les parece esto? Firmaré este artículo con mi nombre completo. Una nota necrológica, así, para todo un Türkheimer...».

Kaflisch, cansado de flotar en el éter, regresó a la habitación. Se asustó.

«¿Una nota necrológica para...? Bueno, inclúyala ya entre sus obras póstumas, pobre maestro. Türkheimer le sobrevivirá a usted y a todos nosotros, ¿me comprende? ¡Ya está en la gloria eterna!».

«¿Por el Gran Duque?».

«Ah, ¿ese pequeñito de la Valaquia? Ése no es más que un adorno, puede que colabore a empujar un poco por detrás de la carroza del triunfo. Pero la clave de la situación hay que buscarla en otra parte». Kaflisch se puso de puntillas.

«Hay rumores fidedignos de que Türkheimer recibirá una alta condecoración el próximo día uno. Hochstetten le ha conseguido una medalla».

«¡Ah! ¿Y sabe usted cuál es?».

«¡No va a creerlo! ¡La medalla real de cuarta clase!».

«¿De cuarta...?». El reportero se asombró.

«¿Es que no le parece bastante? ¡Si a ese gran hombre se lo parece! Y si se pudiera recibir una de quinta clase, también la aceptaría. Ha sufrido mucho más de lo que un hombre puede soportar, estimado caballero. Ahora, de repente, todo se arregla. Asta y su marido vuelven a estar a buenas, Türkheimer vuelve a estar a buenas con Hochstetten, Adelheid vuelve a estar a buenas con todo el mundo». Andreas bajó la cabeza.

En el silencio que siguió al tumulto se escuchó el retumbar de los cascos de caballos señoriales. Kopf, violentamente asombrado, preguntó: «¿Quién es el que está sentado junto a la señora Türkheimer? ¿No es el señor...?».

Kaflisch se estremeció de risa.

«¿Qué le pasa a usted? ¿Es que no conoce ya a Liebling?».

«No comprendo cómo Liebling va en el coche con la señora Türkheimer», murmuró Andreas.

«¿No es sionista?», comentó Kopf. «Bueno, pues entonces su tarea profesional consiste en consolar a la gente abandonada y desdichada de su pueblo».

Kaflisch sonrió con ironía.

«¡Es usted un guasón! ¿Cree usted que sólo le ofrece los consuelos del sionismo?».

Andreas se esforzó por sonreír despectivamente.

«¡Un moralista de pega!».

Los siguió con la vista. Adelheid estaba cómodamente reclinada junto a Liebling, en medio de la hermosa plenitud de su satisfecha existencia, tal como en otros tiempos había descansado junto a él mismo. Bajo el negro velo de encajes, resplandecía su rostro, amplio y blanco, una tentación opulenta. Andreas se retiró de la ventana pálido y tembloroso.

«Eso es lo que he conseguido», susurró para sí. «No acallar mis ansias y una

penitencia sin fin».

Tuvo que dominarse, los otros se despidieron.

«¡Que se divierta!», le gritó Kaflisch.

Andreas los empujó hacia la puerta.

«Al menos, está claro que todos esos señores parecen bastante felices», dijo Kopf.

«¡Obra maestra! En el país de Jauja es feliz todo el mundo», dijo Kaflisch.

«Idiotas, pérfidos y felices. Tienen todas mis bendiciones», dijo Andreas.